

**¿Una historia sin historia? Aparición del editor colombiano a finales del siglo XIX,
el caso Jorge Roa y la Librería Nueva**

Miguel Ángel Pineda Cupa

**Trabajo de grado para optar por el título de Comunicador Social con énfasis en
Editorial**

Director: José Luis Guevara Salamanca

**Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Carrera de Comunicación Social
Bogotá, 2015**

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica y porque las tesis no contengan ataques personales contra persona alguna, antes bien se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Artículo 23 del Reglamento Académico

Marque en qué línea de investigación se clasifica su trabajo:

	Discursos y relatos	X	Industrias culturales
	Procesos sociales		Prácticas de producción innovadora

II. INFORMACIÓN BÁSICA

A. *Problema*

1. **¿Cuál es el problema? ¿Qué aspecto de la realidad considera que merece investigarse?**
En un párrafo conciso plantee el problema que motiva su investigación.

Uno de los más grandes vacíos en la historia del país es la carencia de análisis que discutan el surgimiento del editor como gestor cultural y literario a finales de siglo XIX y principios del XX, cuando empezó la proliferación de imprentas y con ello la creación de una cultura letrada y literaria de vanguardia. Se ha registrado, documentado y comentado acerca del surgimiento de las editoriales colombianas o de la llegada de las extranjeras (la gran mayoría durante el siglo pasado), pero se han descuidado las interpretaciones pertinentes que logren evidenciar las primeras funciones, roles y factores constituyentes que hicieron del editor una figura particular. Esta actividad ocupó lo que se podría llamar una “zona gris”, porque a pesar de contar con formación académica, muchos editores no tuvieron acceso a una formación editorial universitaria, no obstante desempeñaron sus funciones con criterio y desde conocimientos diversos que dieron lugar a publicaciones y escrituras propias, al igual que a un desarrollo considerable de una industria en crecimiento intermitente.

Por estas razones, parece interesante explorar este tema del papel particular del editor colombiano en finales de siglo XIX y entrado el XX, que merecería investigarse a través de una ubicación espacio-temporal ya referida, definir ciertos criterios para entender qué es ser editor en la época y tomar un caso de editores-libreros que ayudarían a definir las circunstancias por las que nació y se consolidó esta figura en el país. Ese caso será el de Jorge Roa, editor y fundador de la Librería Nueva en 1891. Bajo sus directrices y el ideal mayor de la difusión del conocimiento en nuestro país, se publicaron alrededor de 170 tomos que reunían los grandes clásicos de la literatura, la ciencia y los tratados políticos y religiosos nacionales e internacionales. Es quizá una de las primeras figuras que da a conocer en el país una colección de textos a la que llamó Biblioteca Popular, en la que aparecieron textos editados de autores como Poe, Pombo, Isaacs, France, Dario, Nariño, Alligieri, etc. A grandes rasgos para finales del siglo XIX y con este caso, se puede aseverar que esta figura parece ser diferente o construirse bajo otros determinantes sociales-contextuales. El editor-librero es un intelectual, estudioso en ciertas materias específicas, un sujeto ilustrado, en mayor medida apasionado por el arte escrito, que obedece a la proliferación de periódicos con el afán de muchos hombres de difundir sus conocimientos. Estos mismos individuos eran autores de artículos, de textos literarios, de estudios y manuales y muchos de ellos, por su experiencia e interés por los procesos de impresión y publicación, terminaron depurando y cuidando tanto de sus propios trabajos como el de sus círculos socioliterarios. Otro aspecto

para resaltar es que esta figura pudo no haber existido como tal, porque estaba constituida por varias labores o personas encargadas de la presentación y conformación de un texto. Es decir, el editor era varias personas, tales como el traductor, quien se encargaba de casi toda la edición por su responsabilidad de poner al español una obra extranjera.

Lo que pretende esta tesis es profundizar en estas aseveraciones y abarcar otras múltiples visiones que se tenían del editor, buscando relacionar la aparición de esta figura con un contexto sociocultural colombiano que poco ha sido abordado y entendido desde el estudio histórico del ejercicio editorial y de las publicaciones.

- 2. ¿Por qué es importante investigar ese problema?** Enumere las razones que justifican la investigación que se propone, su pertinencia e importancia, desde para el campo profesional y para la comunicación. En el caso de los productos, especifique su originalidad o rasgos que lo distinguen de experiencias similares.

Las razones por las cuales se postula esta serie de interrogantes en torno a la figura y función del editor colombiano a finales de siglo XIX encuentran su principal justificación en que este tema ha sido muy poco investigado. Son muy pocas las fuentes o trabajos que se han realizado para rastrear el nacimiento y estabilización del editor en el mercado laboral y en la misma industria editorial, lo que invita a pensar en sus condiciones y sus labores de antaño. Se nota evidentemente que aquí no solo hay un vacío académico, o un espacio en blanco o zona gris dentro de la historia de la industria editorial en Colombia, sino que conviven y coexisten varias inquietudes que hoy no se han resuelto y por ello vale la pena recapitular y documentar una realidad que no solo es útil para los profesionales en el campo editorial, sino para otras ciencias o estudios como historia, periodismo, literatura, sociología, estudios culturales, etc.

Por otro lado, es pertinente su investigación porque hoy nos permitiría entender que este editor 'empírico' (no formado en una tradición académica universitaria de carácter editorial), es una figura que sigue presente en las editoriales y en la industria en general, lo que a su vez daría lugar a intentar una definición de lo que es un editor y sus rasgos, requisitos o características más concurrentes. Es decir, nos ayudaría a definir la labor en el presente, en el hoy por hoy y hacia a dónde va, con unas bases o antecedentes provenientes del siglo XIX.

- 3. ¿Qué se va investigar específicamente?** (Defina el objeto o corpus de la investigación ¿Con qué materiales, entidades, espacios, textos, etc. va a trabajar?

Entonces, lo que se quiere investigar específicamente es la aparición y consolidación del editor a finales del siglo XIX y principios del XX. Se quieren definir unas circunstancias, un contexto y unas exigencias cognoscitivas para definir si existió aquella figura y cómo forjó su labor. Por otro lado, se insiste en explorar si el editor fue una sola o varias personas, procesos y funciones. Se quiere comprender cómo el contexto de imprentas, periódicos y diversos tipos

de textos (como manuales escolares, tratados, leyes, textos literarios, estudios, etc) surgieron como muestra de un ejercicio editorial. Esta investigación requiere la consulta de libros, análisis de contenidos, exploración de catálogos en las bibliotecas públicas del país, documentación de experiencias y consultas a expertos o profesionales en el campo editorial que tengan claro dicho contexto. En general la tesis se desarrollará a través de un rastreo histórico profundo y ello significa consultar de primera mano los textos publicados por el caso seleccionado, que sería el de la Librería Nueva de Jorge Roa, revisando gran parte de los 170 tomos de la Biblioteca Popular que perduró aproximadamente hasta 1910. En ese sentido también habría que consultar bases de datos y archivos históricos de entidades públicas para hallar ciertos registros notariales y de registraduría que permitan definir quién fue Jorge Roa y a qué se dedicaba, pues ese es otro vacío que hay que tratar de aclarar como un objetivo específico. De manera tentativa también se podría contemplar la idea de consultar si hay familiares o herederos en la actualidad para tener la posibilidad de documentar experiencias y testimonios que en últimas contribuyan a definir el surgimiento del editor y sus vicisitudes.

B. Objetivos

- 1. Objetivo General:** ¿Qué busca alcanzar? Párrafo puntual donde define la meta general que se propone para el trabajo.

Determinar, investigar y analizar cómo y cuándo se consolida la figura del editor a finales del siglo XIX y principios del XX a partir del estudio del caso de la Librería Nueva de Jorge Roa.

- 2. Objetivos Específicos (Particulares):** Especifique qué otros objetivos se desprenden del Proyecto. ¿Qué tipo de metas se propone cumplir para lograr el objetivo general?

- Recopilar información de las imprentas-editoriales propuestas a través de documentos o registros históricos que muestren su surgimiento y en qué condiciones económicas, políticas y sociales se dio a conocer. Es decir, observar, consultar y elaborar una historicidad que permita comprender quién edita y qué para la época.
- Revisar y analizar colecciones antiguas publicadas por las imprentas para comprender lo que se editaba y qué necesidades estaban sufriendo para la época seleccionada.
- Investigar y desarrollar hipótesis válidas para establecer quién fue Jorge Roa, sus labores, actividades, proyectos y en qué familia y contexto vivió. Establecer categorías para catalogarlo como uno de los primeros editores colombianos.
- Explorar la visión general de editor para principios del siglo XX a partir de una documentación apropiada que dé en últimas con la visión y evolución hacia el editor de principios de siglo.
- Revisar, documentar y analizar lo que se ha escrito sobre la elaboración del libro en Colombia, su proceso técnico y social y cómo ha sido contada su historia desde finales de siglo XIX y principios del XX. En otras palabras, mirar cuál era la visión del libro como objeto para el tiempo ya mencionado.
- Establecer y comprender qué se escribía y quiénes escribían para la época, es decir quiénes fueron los primeros publicados por estas imprentas y cómo se constituyó un contexto sociocultural de impresiones, editores, autores, libreros y lectores.

- Observar el contexto sociocultural de la época y determinar en qué medida procesos sociales, hechos nacionales, la educación, los contenidos, temáticas y el público lector influyeron en la creación de editoriales y de editores para ese entonces.

III. FUNDAMENTACIÓN Y METODOLOGÍA

A. Fundamentación Teórica

1. **¿Qué se ha investigado sobre el tema?** Antecedentes de investigación. Revisión de la bibliografía pertinente. Para trabajos con producción, ¿hay producciones que trabajen el mismo tema o alguno similar?, ¿existen manuales semejantes? ¿Textos de apoyo a su trabajo? Haga aquí una breve relación crítica de los textos que servirán de apoyo a su trabajo.

Con respecto a lo que se ha investigado sobre este tema, habría que responderlo en dos partes: la primera parte comprende textos y estudios que se han dedicado a mirar la industria editorial colombiana desde una óptica general y amplia, resumiendo la historia en apellidos como De Bedout, Carvajal y empresas como Voluntad. Por otro lado, se ha observado la historia del libro en Colombia también de manera macro y se intenta determinar sus aportes, comportamientos e influencias en el ámbito cultural colombiano del siglo XX. Entre estos textos encontramos *El libro en Colombia*, de Juan Ignacio Arango, *Industria editorial, cultura y desarrollo en Colombia*, de Tito Livio Caldas, *Historia de las empresas editoriales en América Latina siglo XX*, de Juan Gustavo Cobo Borda, *Situación de la industria editorial en Colombia*, de Hipólito Hincapié, entre otros que pueden ser consultados en la bibliografía anexada al final de este documento. Aquí también son importantes algunos documentos breves pero concisos que dieron con la pista y el origen de esta tesis, que si bien muestran un panorama general de los pioneros de la edición en Colombia, dejan de lado la formación y surgimiento de la figura del editor. Textos como *La republica de las letras en Colombia y las imprentas francesas (1814-1914)*, *El establecimiento de la imprenta en Antioquia. Largo camino hacia la industria editorial en el siglo XIX*, de Santiago Londoño y *Pioneros de la edición en Colombia*, de Juan Gustavo Cobo son los pilares, las claves y los que otorga las líneas por las que se trazará esta investigación.

En la segunda parte se encuentran textos que tratan el tema de la industria editorial de manera global, es decir, se habla de la industria norteamericana, latinoamericana y europea, esta última, fundadora de unos procesos y unas concepciones tradicionales del quehacer del libro, a su vez que explican cómo otros factores o fenómenos como la lectura, la educación y los usos del libro han configurado una cultura literaria clásica, base para las demás industrias culturales del mundo para el siglo XIX y posteriormente para el siglo XX. Aquí son importantes estudios como *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, de Robert Darnton, *La industria del libro: pasado, presente y futuro de la edición*, de Jason Epstein, *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, *Las reglas del arte*, de Pierre Bourdieu, *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*, entre otros que son importantes a la hora de definir los antecedentes de la creación de editoriales en nuestro continente y en nuestro país.

2. **¿Cuáles son las bases conceptuales con las que trabajará?** ¿Qué conceptos, categorías, relaciones conceptuales básicas va a utilizar? Descríbalas brevemente.

Los conceptos y categorías básicas que requiere este proyecto indudablemente deben apuntar a definir qué es una industria cultural y qué es específicamente una industria editorial para remitirse a construir un concepto histórico de este fenómeno. Para esto son importantes las consideraciones de Adorno, Horkheimer y su concepción de producción masiva de bienes culturales y los pensamientos de Jesús Martín Barbero. Es pertinente anotar que la visión de historia que deviene luego de definir qué es una industria editorial va ser entendida desde la óptica de la historia social de los medios de comunicación, entre ellos el libro. Para ello son indispensables los pensamientos de Roger Chartier, Lucien Febvre, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, Armand Mattelart, entre otros. También es necesario pensar conceptos como historia colombiana, industrialización, modernización y por otro lado, contexto social, educativo y cultural para la época que estén compaginados con la visión de historia social colombiana de finales de siglo XIX. En adición, ya adentrándonos en el campo editorial, hay que definir qué es ser editor para ese entonces, qué es una editorial y sus objetivos; qué es un libro como objeto cultural, para qué se edita y con qué fines, quiénes son los autores de determinados libros y en últimas qué y quiénes son los lectores y cuáles son sus exigencias y comportamientos. Para esta parte, hay dos autores que se escribieron para la época en la que se delimita esta investigación y que tratan de estos conceptos editoriales: se hace referencia al texto *Situación de la industria editorial en Colombia*, de Hipólito Hincapié, que desarrolla toda una conceptualización adecuada, pertinente y casi que precisa de estos conceptos y su visión para ese entonces. El otro texto es el de Tito Livio Caldas, *Industria editorial, cultura y desarrollo en Colombia* que también hace un buen balance e inclusión de estos conceptos para hablar de la cultura y los avances en este tema en el país.

B. *Fundamentación metodológica*

1. **¿Cómo va a realizar la investigación?** ¿Cómo va a alcanzar los objetivos propuestos? ¿con qué tipo de metodología? ¿qué instrumentos y técnicas de investigación va a trabajar? En trabajos con producción, ¿cómo lo va a realizar? ¿supone diagnósticos previos?, ¿entrevistas?, ¿observación?, ¿encuestas?, etc. Tenga en cuenta que la metodología no es una sola y está estrechamente relacionada con el tipo de trabajo de grado que usted(s) desarrollará.

Para alcanzar los objetivos propuestos, lo primero que se debe realizar es reunir una considerable y adecuada bibliografía de textos que den cuenta no solo de la industria editorial en Colombia para finales de siglo XIX sino tener en cuenta fuentes que hablen de la industria editorial en un marco global, evidenciando unas características y unos patrones para responder a la pregunta-problema del proyecto. Posteriormente se debe hacer una lectura crítica, comparativa, de relaciones y de síntesis que muestre los puntos más relevantes para orientarlos en la búsqueda de la figura del editor en el caso colombiano. Por otro lado, es necesario buscar, consultar y analizar textos que fueron editados por la Librería Nueva y con ello establecer la tipología de estos escritos, determinar sus contenidos, clasificar los

diferentes paratextos que componen cada edición y en fin comprender la estructura y la presentación encargadas por la figura del editor y sus colaboradores.

Es decir, revisar y evaluar con ciertos criterios colecciones de estos libros para establecer un análisis de discurso que defina a su vez unas decisiones editoriales que en últimas den con la función del editor de ese contexto. De manera general también se quiere mirar la literatura sobre el libro en Colombia, los escritores de la época y los autores, algo que se respondería con documentos impresos, visitas a bibliotecas, consultas a expertos en la materia, etc. Los métodos de investigación a emplear son quizás la observación, el análisis, la deducción y el método comparativo como líneas rectoras principales. Los instrumentos fundamentales a utilizar son evidentemente documentos, libros, otras fuentes como tesis, documentales, gráficas, entrevistas, consultas personales y transcripciones. En cuanto a las técnicas de investigación, se hará uso de la investigación documental.

2. **¿Qué actividades desarrollará y en qué secuencia?** Cronograma. Especifique tareas y tiempo aproximado que le tomará cada una. Recuerde que tiene un semestre (18 semanas) académico para desarrollar su proyecto.

SEMANA	ACTIVIDAD
1. 27 de enero – 02 de febrero 2015.	Revisión y lectura de material teórico.
2. 03 de febrero – 09 de febrero 2015.	Revisión y lectura de material teórico.
3. 10 de febrero – 16 de febrero 2015.	Visita a la Biblioteca Nacional para consulta de archivo histórico.
4. 17 de febrero – 23 de febrero 2015.	Escritura de los primeros dos capítulos.
5. 24 de febrero – 02 de marzo 2015.	Escritura de los primeros dos capítulos.
6. 03 de marzo – 09 de marzo 2015.	Revisión y lectura de material teórico. Correcciones con el asesor.
7. 10 de marzo – 16 de marzo 2015.	Revisión y lectura de material teórico. Correcciones con el asesor.
8. 17 de marzo – 23 de marzo 2015.	Visita a la Biblioteca Nacional para consulta de archivo histórico.
9. 24 de marzo – 30 de marzo de 2015.	Escritura de tercer y cuarto capítulo.
10. 31 de marzo – 06 de abril de 2015.	Escritura de tercer y cuarto capítulo.
11. 07 de abril – 13 de abril de 2015.	Revisión y lectura de material teórico. Correcciones con el asesor.
12. 14 de abril – 20 de abril de 2015.	Escritura de quinto y posteriores capítulos.
13. 21 de abril – 27 de abril de 2015.	Escritura capítulos finales.

14. 28 de abril – 04 de mayo de 2015.	Revisión y lectura de material teórico. Correcciones con el asesor.
15. 05 de mayo – 11 de mayo 2015.	Visita a la Biblioteca Nacional para consulta de archivo histórico. Escritura capítulos finales.
16. 12 de mayo – 18 de mayo 2015.	Escritura capítulos finales.
17. 19 de mayo – 25 de mayo 2015.	Escritura capítulos finales. Correcciones con el asesor.
18. 26 de mayo – 02 de junio de 2015.	Terminación tesis. Entrega y sustentación.

3. Bibliografía básica: Escriba todos los datos bibliográficos completos de aquellos documentos, textos, artículos, fuentes que serán fundamentales en la realización del trabajo. Siga las normas formales propuestas en el texto *Citas y referencias bibliográficas* de Gustavo Patiño.

- ARANGO, J. (1991). *El libro en Colombia*. Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC).
- BOURDIEU, P. (2010). *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*. México: Siglo XXI Editores.
- CALDAS, T. (1970). *Industria editorial, cultura y desarrollo en Colombia*. Bogotá: Minerva.
- CARVAJAL S.A. (1986). *Reseña histórica*. Santander de Quilichao: Carvajal.
- CATAÑO, G. (1999). *Libros colombianos del siglo XX: una aproximación*. Bogotá: Revista Credencial Historia, febrero de 1999, n° 110. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/73401>
- COBO BORDA, J. (2000). *Historia de la industria editorial colombiana*. En *Historia de las empresas editoriales en América Latina siglo XX*. Bogotá: CERLALC, 270 páginas.
- COBO, J. (1990). *Pioneros de la edición en Colombia. Libreros, impresores y editores que hoy son clásicos de la bibliografía nacional [en línea]*. Bogotá; Revista Credencial, edición n° 4, abril de 1990. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/73021>.
- CRUZ, H., VILLAMIZAR, J. (2011). *Breve cronología del libro en Colombia*. En *Actas de Diseño, VI Encuentro Latinoamericano de Diseño 2011. Diseño en Palermo Comunicaciones Académicas [en línea]*. Año VI, Vol. 11, Julio 2011, Buenos Aires, Argentina, 261 páginas [consultado el 17 de marzo de 2014]. Disponible en: http://fido.palermo.edu/servicios_dyc/publicacionesdc/archivos/339_libro.pdf.

- DARNTON, R. (2011). *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*. México, Fondo de Cultura Económica.
- EPSTEIN, J. (2002). *La industria del libro: pasado, presente y futuro de la edición*. Madrid, Anagrama.
- GIRALDO, G. (s.f.). *El libro y la imprenta en la cultura colombiana* [en línea]. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/incu/incu0a.htm>
- GARZÓN, M. (1985). *El libro en Colombia: su importancia, producción y mercadeo* [tesis de grado], Bogotá, Universidad de la Sabana, Facultad de Comunicación Social y Periodismo.
- GERENTE Bogotá, (2002, octubre), *Norma en las grandes ligas*, núm. 65, pp 26-28.
- GUARIN, O. (s.f.). *La imprenta y su desarrollo en la Nueva Granada y Colombia* [en línea]. Disponible en: <http://www.bibliotecanacional.gov.co/content/la-imprenta-y-su-desarrollo-en-la-nueva-granada-y-colombia-0>
- HINCAPIÉ, H. (1984). *Situación de la industria editorial en Colombia*. Medellín; Revista interamericana de bibliotecología, Vol. 7, no. 1-2 (Ene./Dic. 1984), p. 19-54.
- JIMENEZ, R. (1991). *La literatura de folletín en el siglo XIX: Novelas de capa y espada y de amor apasionado* [en línea]. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo1991/mayo2.htm>
- LONDOÑO, S. (1997). *El establecimiento de la imprenta en Antioquia. Largo camino hacia la industria editorial en el siglo XIX* [en línea]. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/node/120378>
- MENDOZA Caldas, J. (1992). *Patrones de desarrollo de la industria editorial 1870 – 1930* [trabajo de grado], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- MINISTERIO DE CULTURA COLOMBIA, CONVENIO ANDRÉS BELLO Y EQUIPO ECONOMÍA Y CULTURA. (2003). *El sector editorial*. En *Impacto económico de las industrias culturales en Colombia*. 257 páginas. Disponible en: <http://www.odai.org/biblioteca/biblioteca1/4.pdf>.
- MORENO, A. (1978, diciembre), *La industria editorial en Colombia durante los últimos 5 años*, núm.1, p. 133-136.
- MOYA, M. (2009). *Editoriales españolas en América Latina. Un proceso de internacionalización secular* [en línea]. Revista ICE, julio-agosto 2009, n° 849 [consultado el 17 de marzo de 2014]. Disponible en: http://www.revistasice.com/cachepdf/ICE_849_65-78_8847B920642349ACFD0111B6E4AF2C9D.pdf.
- NEGOCIOS (BOGOTÁ), (1987, agosto). *Carvajal & Cía.: Cómo hace las cosas bien*, núm. 47, pp.40-45.

- RAVASSA, M (ed.). (2004). *Carvajal 100 años (edición conmemorativa)*. Santander de Quilichao: Carvajal.
- REVISTA ANDI (Medellín), (1980). *Nuestra industria: el sector editorial y de las artes gráficas*, núm.48, pp. 9-24.
- REVISTA DINERO.COM. (2004). *Carvajal: un siglo de desarrollo*. *Revista Dinero digital* [en línea]. 17 de septiembre de 2004, Vol. 11, no. 214. [Fecha de consulta: 15 de marzo de 2014]. Disponible en: <http://www.dinero.com/edicion-impresa/especial-comercial/articulo/carvajal-siglo-desarrollo/24784>.
- [SCHIFFRIN, A.](#) (2001). *La edición sin editores: las grandes corporaciones y la cultura*. México, Ediciones Era.

Presupuesto (Sólo para trabajos con producción). Adjunte el presupuesto de la producción del material que va a elaborar especificando los rubros correspondientes

A mis padres, hermanos y amigos que escucharon este trabajo
Dedicado a todos los que se hacen llamar editores, su historia está aquí

Índice

Introducción.....	2
CAPÍTULO 1. La construcción del discurso de nación, Estado e identidad histórica: el editor entre tensiones políticas y culturales.....	7
1.1. La escritura, el periodismo y la política de mediados del siglo XIX: relaciones para la aparición del oficio de editar	8
1.2. La unidad nacional para el cambio: la edición, importación y consumo del libro para la Regeneración.....	13
1.3. Entre guerras civiles, apertura al mundo y el fin del siglo: el editor-librero como el renovador de discursos históricos nacionales del siglo XIX	21
CAPÍTULO 2. La Biblioteca Popular: aparición de elementos editoriales y análisis formal del libro de finales del siglo XIX.....	33
2.1. Definición de los conceptos ‘Biblioteca’ y ‘Popular’. Análisis y reflexiones.....	35
2.2. Innovación editorial o propuesta de Roa como editor: las noticias biográficas y literarias	48
2.3. Una biblioteca con imagen tipográfica: análisis formal de elementos editoriales.....	61
CAPÍTULO 3. La proliferación de librerías a finales del siglo XIX: primeros desarrollos y escenarios del ejercicio editorial en Colombia	81
3.1. Bogotá como ciudad burguesa-letrada: la difusión y el comercio de los productos y las ideas.....	83
3.2. Las librerías en Bogotá como centro cultural difusor local y mundial de las ideas y la cultura	94
3.3. La librería como espacio para la presencia y surgimiento del editor-librero y la tertulia: el caso de la Librería Nueva	116
Conclusiones	125
Anexos.....	128
Índice de imágenes	135

Introducción

Cuando el Ministro de Gobierno, Jorge Roa, se pronunció en nombre de uno de los clubes sociales y de tertulia más populares y respetados entre las altas clases bogotanas, el Jockey Club, con motivo del Primer Centenario de la Independencia en 1910, advirtió que “las naciones, como los individuos, viven de sus gloriosos recuerdos” (Roa, 1911, 125). Señaló que no había nada más sublime que la remembranza por los grandes hombres y sucesos que constituyeron la fundación de nuestra nacionalidad. Sentenció de paso que es noble y casi obligada tarea el tributo “al genio de la libertad”, a la inmaculada figura del “vencedor de Ayacucho”, al “primer revelador de los Derechos del Hombre”, entre otras hazañas y particularidades de la historia colombiana.

No obstante, Roa, quien era en ese entonces ministro en el gobierno del presidente Carlos Eugenio Restrepo, así como editor de la Biblioteca Popular y propietario de la Librería Nueva en Bogotá, indica que hay un elemento y un protagonista faltante en las reminiscencias patrióticas que acontecieron en 1810 y que se celebraban en 1910. Ese era “el verbo enaltecedor”, la “estrofa alada que en haces armoniosos recoge los altos hechos y con ellos trasciende las cordilleras y atraviesa los mares” (Roa, 1911, 125). Sin la poesía, según este ministro, no habría una patria heroica con grandeza y las glorias independentistas no habrían sido enaltecidas con “poderosa entonación”. Así, el recuerdo de “poetas próceres” como Luis Vargas Tejada y Pedro Fernández Madrid y su amor a la patria constituyen honores del arte y la inteligencia que en 1910 debían ser evocados e inmortalizados.

Como se observa, la historia nacional ha sido entendida y construida en gran medida a partir de hechos políticos como la Independencia y de allí ha surgido una constante pregunta por lo que define al colombiano, su territorio, su sociedad y sus poblaciones. Por esto, Jorge Roa ofreció y sugirió un mirador particular por el cual pueden entenderse los sucesos acontecidos desde 1810 y los años siguientes. Ese lente o esa ventana han sido las narrativas, los ingenios letrados y las creaciones poéticas de hombres que decidieron a través de su pluma combatir e interpretar la difícil y cambiante realidad que así se dio durante todo el siglo XIX. Pero no solo basta con hacer memoria de ilustres hombres y luchadores como Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander o Antonio Nariño. Roa es claro y reiterativo: nuestra historia cuenta con sujetos y discursos olvidados, como los de Vargas Tejada, que deben ser atendidos y recuperados aun cuando la sociedad colombiana ingresó y ya vivió los primeros diez años del siglo XX. A esa tarea, sin dudas, desde su ejercicio como uno de los primeros editores de textos y libros en Colombia, se dedicó el ministro, poeta, traductor, orador, escritor de cursos de gramática, Jorge Roa (1858-1927).

Hoy, cuando han pasado los primeros quince años del siglo XXI es de vital trascendencia recordar uno de los oficios que han posibilitado el acceso y el desarrollo de la cultura impresa y del libro: el editor colombiano. Dicha actividad, que encuentra uno de sus primeros antecedentes en Jorge Roa con la creación y divulgación de la Biblioteca Popular –una de las colecciones editoriales más importantes de finales del siglo XIX dentro de los discursos y gustos de los lectores–, fue un ejercicio que posibilitó el consumo del libro y de los textos más populares e inéditos tanto locales como internacionales.

Si bien los relatos y las narraciones que se han hecho sobre el pasado colombiano de todo el siglo XIX han hablado de cómo el impreso posibilitó la consecución de empresas y causas ideológicas, poco se ha dicho de su proceso editorial y la presencia de un personaje que ejerce su criterio sobre la presentación y la estructuración de dicho impreso. Se ha hablado de cómo las poblaciones colombianas han evolucionado y han sido vistas gracias a las obras más representativas de la literatura colombiana y a lo que se decía en los periódicos¹, pero la pregunta por los responsables, los constructores, los directores, en últimas el editor de estos discursos y sus determinaciones queda pendiente.

De su constante preocupación e indagación por los personajes de la vida política, social y literaria del siglo XIX como Santiago Pérez, Sergio Arboleda, Jerónimo Torres, Gregorio Gutiérrez González, Rafael Pombo, Santiago Arroyo, Rafael Núñez, entre otros, Jorge Roa concibe la idea de agrupar los pensamientos y las obras de estos personajes en una colección de textos que, tratados bajo su criterio y sus apreciaciones, buscaba revalorar discursos y personajes reconocidos y olvidados de la historia nacional. Y no solo bastó con la edición y el tratamiento de las obras de estos personajes; valía la pena que el lector colombiano conociera a Poe, Tolstoi, Balzac, Pouvillon, Dante Alighieri, Miguel de Cervantes en ediciones integrales, de buena calidad y económicas. Con la misma preocupación e indagación nace este trabajo investigativo que intenta dar cuenta de las relaciones, las motivaciones y las características que definieron la labor del editor y sus producciones.

Numerosos y diversos trabajos desde la perspectiva histórica han tratado de comprender el sistema de la producción cultural, intelectual y letrado de las sociedades desde diferentes actores o configuradores. Son representativos y necesarios los estudios de la historia cultural desarrollados por Roger Chartier², quien ha entendido con sumo rigor las relaciones de esa red

¹ Vale la pena resaltar el trabajo de la profesora MaryLuz Vallejo (2006). *A plomo herido: una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*.

² Son importantes para la base de este trabajo CHARTIER, R. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México: Fondo de Cultura Económica; CHARTIER, R. (1992). *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa; CHARTIER, R. (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Editorial y

que describe el papel de los editores, los textos, los intelectuales, los lectores y en sí los fenómenos sociales y culturales que se han engendrado desde la literatura. Otros estudios como el concepto de lo ‘popular’ desde la cultura literaria con los pensamientos de Geneviève Bollème (1990) han sido claves para la comprensión sociohistórica de conceptos como ‘literatura popular’ o ‘libros populares’. Desde el ámbito local, los estudios sobre la lectura literaria como un proceso social y de personificación de discursos nacionales han sido descritos por Carmen Elisa Acosta, quien dedica gran parte de sus cavilaciones al lector colombiano del siglo XIX. A partir de estas bases, se han originado grupos de estudios sobre la literatura de folletín, las relaciones del periodismo y la literatura, la historia del libro, de las publicaciones ilustradas y estudios sobre consumos de productos extranjeros³. Hoy, cuando ya se han establecido estas bases, es indispensable destinar espacios analíticos a la historia de la edición local y determinar el rol y las singularidades de aquellos que se han dedicado a este oficio con el fin de contribuir a la compleja estructura del campo cultural e intelectual colombiano.

Con este soporte y con mis inquietudes surge la pregunta, ¿cómo y en qué circunstancias aparece el editor en Colombia a finales del siglo XIX? A este cuestionamiento se añade ¿por qué se hizo necesario este oficio y qué representó para la sociedad, específicamente para los círculos sociales letrados? Además, ¿qué contribuciones se hicieron desde el ejercicio editorial a la definición de nacionalidad colombiana? ¿Qué formas adquirieron los libros y la literatura leída a finales del siglo XIX gracias al editor-librero?

Para responder a estos interrogantes, además de la base construida y comentada anteriormente, se hizo necesario la lectura, comprensión y análisis de algunos textos que reúne la Biblioteca Popular, colección que surge en 1893 gracias a la idea de Jorge Roa y José Camacho Carrizosa, escritor y director del periódico nacido en 1897 *La Crónica*. Así la metodología interpretativa que se quiso emplear busca comprender las causas por las que se puede hablar y constituir una figura del editor colombiano de finales del siglo XIX. Por esto, fue necesario la consulta de documentos como periódicos, memorias, manuales tipográficos, traducciones de obras, catálogos de libros antiguos e incluso mapas para tener una lectura general del panorama en el que se ubica el editor.

CHARTIER, R. (1996). *El orden de los libros*. Barcelona: Editorial Gedisa.

³ Son importantes para este y otros trabajos los estudios de OTERO, A. (2009). “*Jeneros de gusto y sobretodos ingleses*”: el impacto cultural del consumo de bienes ingleses por la clase alta bogotana del siglo XIX; MARTINEZ, A. (2012). *La función estética de las publicaciones ilustradas en Bogotá a finales del siglo XIX*; LÓPEZ, C. (2014). *Gobiernos, modernidad y producción escrita en Colombia (1880-1930): la escritura como terreno común de los antagonismos*; LONDOÑO, S. (1990). *Periódicos manuscritos del siglo XIX en Antioquia*; LOAIZA, G. (1999). *El Neogranadino y la organización de hegemonías. Contribución a la historia del periodismo colombiano*, entre otros.

Con esto, el primer capítulo describe las relaciones políticas, económicas, culturales e históricas que dieron con la aparición del editor-librero de finales de siglo. En este se hace un recuento de forma general de las variaciones y diferenciaciones que se dieron desde el editor, intelectual y redactor de periódicos de mediados de siglo como el caso de Manuel Ancizar, José María Vergara y Vergara o Alberto Urdaneta como precursores del ejercicio editorial. Idearios y reformas liberales darían con la proliferación y la apertura comercial y educativa en el país, lo que constituiría la posibilidad del establecimiento de centros de consumo culturales como las librerías. Gracias a ellas se independizan las labores de imprenta y aparecen editores que a la vez profesaban labores como comerciantes, gestores de redes familiares y laborales, librereros e incluso posteriormente presidentes de la República: ese sería el caso de Miguel Antonio Caro, propietario de la Librería Americana, Salvador Camacho Roldán, propietario de la Librería Colombiana o el caso de una de las primeras empresas editoriales familiares colombianas como la de Lázaro Pérez e hijo, su Librería Torres Caicedo y su Casa Editorial J.J. Pérez, constituida en 1890. Así se finaliza con la reflexión en torno al editor renovador crítico e histórico de identidad nacional, específicamente mirando a Jorge Roa y los determinantes históricos de su colección.

En el segundo, se abordará un análisis formal de los elementos editoriales que constituyeron la Biblioteca Popular. Aquí se hace mayor énfasis en la imagen, la estética y la presentación de los volúmenes de esta colección, no sin antes comprender y definir las diferentes acepciones que se tienen sobre lo ‘popular’, lo que representa una ‘biblioteca’ y la imagen que se puede desprender de estas consideraciones sobre el lector de la Biblioteca. También será relevante mirar con detenimiento la propuesta innovadora que planteó Roa para su empresa editorial: las noticias biográficas y literarias, textos críticos realizado por un grupo de colaboradores letrados y reconocidos como José Asunción Silva y Rafael Pombo que hacen balance de las obras y sugieren la lectura de estas.

Por último, el tercer capítulo muestra la Bogotá de finales del siglo XIX como una ciudad de consumos extranjeros, es decir, burguesa y con centros culturales y sociales para la discusión y la tertulia como teatros, clubes, academias, universidades para las altas clases letradas que encontraron en las librerías el símbolo máximo de la ciudad letrada (ordenadores de signos y símbolos, en palabras de Rama). Así se verá cómo el comercio y la apertura entre importaciones y exportaciones que tenían su centro en Bogotá, le dieron espacio al comercio moderno del libro a través de las librerías. A su vez, las librerías, aparte de distribuir textos y obras nacionales y extranjeras, fueron el centro comercial de diversos productos de papelería e implementos para el hogar y uso personal. Desde mediados del siglo XIX, Colombia cuenta con librerías y a partir de ese entonces ha significado el espacio fundamental para el surgimiento y establecimiento del editor-librero como centro difusor local y mundial de las ideas y la cultura.

Sirva entonces este trabajo para hablar, de forma sistemática, histórica e interpretativamente de la aparición de uno de los oficios que hacía falta reseñar en la memoria de la construcción de nación: es esta la historia de Jorge Roa y del editor colombiano del siglo

CAPÍTULO 1. La construcción del discurso de nación, Estado e identidad histórica: el editor entre tensiones políticas y culturales

El siglo XIX en Colombia se ha caracterizado especialmente por un periodo de guerras civiles que siempre tuvieron como punto común la defensa del territorio y de idearios políticos liberales o conservadores. Tras el proceso de Independencia, la población colombiana, especialmente la élite política, estuvo a lo largo del siglo en la búsqueda de consolidar un poder que representara los intereses de una nación y un Estado moderno. Para ello también fue característico los enfrentamientos entre regiones o lo que se denominó Estados federales, quienes buscaban de por sí una autonomía bajo aspiraciones particulares y que se desprendieran de un centralismo o alguna influencia postcolonial o española. Este, sin duda, es un periodo de mucha agitación política, donde los gobiernos y sus máximos representantes estuvieron en desacuerdos y pleitos con otros, lo que hace que a finales del siglo XIX, con la Regeneración, se llegara presurosamente a darle un orden en todos los ámbitos a un país fragmentado, más aun cuando se está a puertas de un nuevo siglo.

Ello explica que para el tiempo de estudio de este trabajo (1893-1910) aún esas disputas ideológicas siguieran en pie, en lo que podría sintetizarse este fin de siglo como una constante indagación y exploración de la construcción de Estado colombiano (teniendo como antecedente la Regeneración de Núñez), es decir, lo que significaba ser colombiano a partir de una averiguación por un pasado independentista, el recuerdo del heroísmo de próceres, generales y batallas y un afán por mirar lo nacional a través de nuevos procesos de internacionalización y exteriorización del país. Este capítulo intentará dar cuenta de las circunstancias contextuales y sucesos que dieron con la aparición del editor colombiano a finales del siglo XIX, pues de entrada se puede afirmar que es esta labor asume un papel protagónico en ese objetivo de unificación nacional y construcción de identidad por medio de la producción y difusión cultural de textos, en su mayoría históricos, que pretendían traer a finales del siglo XIX un discurso que llamaba a la élite y los sectores más privilegiados a unirse por un nuevo proyecto moderno de ilustración del pensamiento y los idearios de la sociedad colombiana.

1.1. La escritura, el periodismo y la política de mediados del siglo XIX: relaciones para la aparición del oficio de editar

Como se mencionó anteriormente, para hablar del contexto de finales del siglo XIX colombiano como factor determinante para el surgimiento del editor de textos literarios concebidos como libros hay que reconocer el antecedente de las luchas bipartidistas de mitad de siglo que encontraron una pasajera tranquilidad, acuerdo y paz con la propuesta de Regeneración de Rafael Núñez, que consistía en la revaluación de orden político, económico y social del país. El país estaba organizado por Estados independientes a los que se les otorgaba una serie de libertades que en sí no ayudaron al libre desarrollo de los diversos intereses y sectores de la sociedad, sino que posibilidades como el transporte y comercio de armas, prensa libre y libre desplazamiento fuera y dentro del país fueron determinantes para que las guerras civiles entre radicales y conservadores se dieran sin mayores pormenores. Esto requería que la Constitución de 1863 que consolidó al federalismo de los Estados Unidos de Colombia fuera reformada con una nueva propuesta en la que los colombianos pudieran ponerse de acuerdo en cómo definir su futuro organizativo e ideológico (Bushnell, 2007). Importante también es recordar desde la perspectiva del historiador e investigador Fernán E. González esa tensión generada desde mediados de siglo que incluso en el siglo XX es característica entre las diferencias de los partidos y sus modos de concebir el país:

En la segunda mitad del siglo XIX, esas confrontaciones complejas se centran alrededor de la pugna en torno al federalismo y centralismo como formas de organización estatal, y sus implicaciones para los alcances del poder ejecutivo nacional, las relaciones entre las diversas regiones, pero sin dejar de lado el papel de la jerarquía y el clero católicos en la sociedad, que se expresa en la discusión sobre el carácter laico o religioso de la educación pública. Por otra parte, en los enfrentamientos de este periodo se destaca la importancia del papel de los partidos tradicionales como federaciones de redes regionales y locales de poder, que impiden la consolidación de caudillos [...] además, los conflictos muestran, igualmente, la heterogeneidad interna de esos partidos y de la propia iglesia, que se manifiesta en la diversidad de posiciones frente al federalismo y la reforma educativa impulsada por los liberales radicales (González, 2006, 69).

De este periodo de predominancia radicalista también vale resaltar las disputas o discusiones que, como advierte Gómez en la biografía del escritor y político José María Samper, “tenían que ver con la expulsión de los jesuitas, el alza de derechos sobre los artículos extranjeros de consumo, el libre cambio, la federación, el problema de los artesanos, los proyectos de cambio de la Constitución, la defensa de los derechos civiles, la separación de la Iglesia y el Estado” (Gómez, s.f., párr. 3). Sin embargo, en medio de estas tensiones políticas y cambios

socioculturales, fue necesario el surgimiento de personajes o pensadores que mediaran en esa constante configuración, orden y difusión de una pluralidad de discursos.

A escritores-políticos de mediados de siglo debemos la importación de idearios europeos que vienen influenciando procesos como la misma Independencia (el caso francés y los Derechos Humanos) y que consolidaron un libre pensamiento y una manera de modernizar culturalmente el surgimiento de ciudades o sectores urbanos representativos como Bogotá. Este contexto es descrito por Pérez Benavides y Hering Torres (2012), que sea dicho de paso, dan ciertas luces para observar cómo se dio ese movimiento y aparición del editor-intelectual letrado inserto en esas pujas por representar y explicar la Colombia del siglo XIX:

Una ojeada a nuestra historia de la literatura revela que esa historia tiene vínculos a menudo muy directos con lo político: muchas generaciones de creadores literarios están asociadas con procesos políticos, muchos escritores han tenido un recorrido político en alguna parte de sus trayectorias, y sus obras han sido y serán, de una u otra manera, fuente para reconstruir el paisaje de la vida pública en algún segmento histórico. (Pérez Benavides y Hering Torres, 2012, p. 349).

Así la vida política colombiana del siglo XIX estuvo determinada por escritores e intelectuales como Santiago Pérez Manosalba (1830-1900), quien fue ensayista y orador y que llegó a la Presidencia de la República en 1874 (Gómez, s.f., párr. 1 y 2) o Sergio Arboleda (1822-1888), notable periodista de periódicos como *El Clamor* (1850) y redactor de *La República* en 1868; a su turno fue secretario de Estado, senador por el departamento del Tolima y Jefe del Estado Mayor del Ejército en las luchas entre conservadores y liberales en los años sesenta (Méndez, s.f., párr. 1 y 2). Como se observa, también puede aseverarse que las primeras bases de la literatura colombiana del siglo XIX están determinadas por una intención de incluir en la expresión artística y escritural un constante cuestionamiento de una realidad de idearios radicales y federalistas, teniendo como puntos de partida a su vez la pregunta por la historia patria y los modos de construcción de discurso extraídos e importados de Europa.

Sin duda alguna este fenómeno aparece gracias al ejercicio del periodismo, el cual está estrechamente relacionado con las formas de la organización estatal, la cotidianidad combativa e ideológica de los estados federales colombianos y la creación artística literaria. Así lo declara el historiador Jorge Orlando Melo (2006) al advertir las cercanas relaciones la prensa, el poder y la literatura durante el siglo XIX

Para muchos políticos colombianos la prensa fue el camino al poder, en competencia con el prestigio de la espada. Manuel Murillo Toro, Santiago Pérez, Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez, son algunos de esos escritores, muchas veces provincianos y más bien pobretones, que hicieron de la

pluma la fuente de su poder. Todos fundaron y redactaron periódicos de unos cuantos centenares de copias, que se discutían con ardor en las capitales y llegaban a los sitios más remotos, donde gamonales y abogados los leían en voz alta a peones y campesinos en tiendas y fondas rurales. Los periódicos eran casi el único canal que hacía llegar a pueblos y aldeas las ideas nuevas, que chocaban con las que curas y funcionarios, en sermones y bandos, habían promovido durante siglos. Crearon la opinión pública, el espacio de debate entre liberales y conservadores que enmarcó la vida intelectual del siglo XIX (Melo, 2006).

Gracias a figuras fundacionales del periodismo de mediados de siglo como Manuel Ancízar, Manuel María Madieto, José María Samper, José María Vergara y Vergara, Alberto Urdaneta, Medardo Rivas y Salvador Camacho Roldán, entre otros, puede hablarse de un propósito por el cual no sólo se intentó comprender y dar a entender lo que sucedía en Colombia y el mundo sino que a través del su ejercicio de criterio, opinión y exposición de idearios y propuestas, se abrió la posibilidad de constituirse como editores-intelectuales. Políticos a su vez, trataron de abarcar, interpretar y analizar la realidad y de realizar el trabajo bidireccional de mostrar los sucesos en formas textuales para su comprensión y apropiación, en una forma de construir nación. Así el ejercicio de edición tiene sus antecedentes en la redacción y dirección de periódicos y en la publicación de diferentes géneros literarios como relatos, novelas y poesías dentro de las secciones literarias de los diarios, siendo decisivas y fundamentales las imprentas como lugares para la edición en dicho ejercicio.

Se puede tomar como ejemplo al mismo Manuel Ancízar (1812-1882), escritor, político y periodista, quien en 1849 funda *El Neogranadino* después de su experiencia con los impresos que realizó en Venezuela. Se ha dicho que cuando surge este diario, las oposiciones políticas entre liberales y conservadores se intensificaron con las elecciones ganadas en ese tiempo por los liberales, la creación de periódicos de tintes conservadores como *El Nacional* y las revueltas artesanales que empezaban a tener voz en los medios impresos de ese entonces. Lo que vale rescatar de este oficio de redacción de periódicos como *El Neogranadino* es que en él empiezan a aparecer los folletines literarios formados por la experiencia de un editor que viajó e introdujo nuevos cambios y avances en la producción de impresos. Esas innovaciones son descritas por Gómez como una labor que estaba

acompañad[a] de hábiles impresores, dibujantes, pintores y litógrafos notables, Ancízar fundó un gran establecimiento tipográfico, la Imprenta del Neogranadino, a la que se anexaron otras litografías. De aquel tiempo, dice José María Samper, datan los mayores progresos de la tipografía, la litografía y la encuadernación en Colombia, así como la elegancia, la serenidad y compostura, la decencia y la útil variedad en nuestro periodismo (Gómez, s.f., párr. 1).

Además, en su sección Semana Literaria y añadidas como un “cuaderno semanal bellamente impreso” se difundieron obras nacionales y extranjeras, como *Matilde*, de Eugenio Sue o *Paulina*, de Alejandro Dumas padre. Es conocido también que Ancizar como editor y sus colaboradores ya pensaban en elementos de distribución como el precio (se vendía a dos reales), suscripción al periódico utilizando este anclaje literario para el mantenimiento de la empresa periodística y formatos (obras comúnmente con 32 o 16 páginas en 4) (Arango, 1991, párr. 4). Por otro lado, debe señalarse que Ancizar fue, como lo indica Gómez, “subsecretario de Relaciones Exteriores en la administración del general Tomás Cipriano de Mosquera, y director general de rentas durante el gobierno de José Hilario López- se enriqueció con su vinculación a la Comisión Corográfica en 1850, en la cual Ancizar se encargó fundamentalmente de los aspectos sociales, culturales y estadísticos” (Gómez, s.f., párr. 2). Esto muestra cómo sus conocimientos cercanos a la política son también determinantes y necesarios para constituirse como un editor-intelectual, escritor y redactor de periódicos; la amplitud de un criterio especializado a partir de la elaboración de varias labores.

Otros avances y contribuciones a esa figura del editor y redactor de periódicos se pueden hallar más adelante consolidadas con las propuestas de José María Vergara y Vergara (Secretario de Hacienda y luego de Gobierno en 1854 y 1855; congresista en 1858), con su periódico *El Mosaico* (1858), en el que se difundieron obras como *Manuela*, de Eugenio Díaz y en el que colaboraron personajes de la talla de Rafael Pombo, Tomás Carrasquilla, José Joaquín Posada, José Manuel Marroquín, Jorge Isaacs, entre otros. Así mismo lo hizo Alberto Urdaneta (comandante del Estado Mayor del Ejército en 1885), con su experiencia artística, la preocupación por la edición de la imagen y el cuidado y métodos de ilustración con su *Papel Periódico Ilustrado*. Ambos notorios avances que desde el periodismo se dio lugar para la aparición de un sujeto ‘director’ de procesos de la elaboración y puestas a disposición de materiales comunicativos de diversa índole, que parecen quedar justamente resumidos en la visión de Loaiza (1999) sobre la función de la imprenta y del publicista del siglo XIX colombiano, que dicho sea de paso, puede incluirse o verse mejor esta última labor con la de editor como constructor de nación:

Las agitaciones políticas e ideológicas de la mitad de siglo se encargaron de demostrarle a la élite neogranadina que el periódico era la herramienta apropiada para unificar intereses, el punto de partida para construir hegemonías políticas y culturales; que la imprenta imponía un método de trabajo que fomentaba la comunión entre intelectuales; que el oficio reproductivo y repetitivo del impresor podía crear conciencia de un pasado y un futuro comunes para una sociedad. Que, también, era medio fundamental para difundir ideologías, para familiarizar a los ciudadanos con proyectos de organización social. En fin, que la función tentacular del publicista podía contribuir en la construcción de los cimientos de una nación (Loaiza, 1999, 67).

Desde los periódicos como *El Neogranadino* (1849), *El Catolicismo* (1849), *La Nación* (1850), *La Imprenta* (1852), *El Sur* (1854), *El Tiempo* (1855), *El Mosaico* (1858), *La Reforma* (1864), *La Ilustración* (1870), luego vinieron *El Eco Literario* (1873), *El Papel Periódico Ilustrado* (1881), *El Liberal* (1884), *El Mochuelo* (1910), entre otros, se pensaron cuestiones como la política y la literatura, la cual, según Acosta (2005), “se constituyó, así, en uno de los elementos fundamentales de las sociedades letradas, para la formación y consolidación de la nacionalidad, y para la difusión y defensa de sus proyectos ideológicos y políticos. Se trató del encuentro de mentalidades del pasado y del presente que se actualizaban ante los efectos de memoria y olvido del lector” (2005, 117). Así, es interesante observar como desde los criterios de selección de obras publicadas en folletines en los periódicos, (labor que quizás tiene su origen con los textos difundidos de Eugenio Sue o de Alejandro Dumas padre en *El Neogranadino*) se fue asumiendo el papel de modernizar los consumos culturales y sembrar, por lo menos en las altas clases sociales, un sentimiento de unidad nacional. Con ese sentimiento se pretendía a su vez, así fuesen discursos extranjeros, conformar una sociedad y un proyecto de Estado colombiano cercano a los prospectos europeos.

Es entonces esta mitad del siglo XIX la época de editores, periodistas e intelectuales aferrados a su pensamiento, al que se le añade la necesidad de contar con una imprenta y el conocimiento de papeles para en ellos imprimir intereses propios y colectivos. Son pensadores que expresan sus conceptos y los que construyen o reúnen de sus círculos sociales, que, como dice Acosta (2009) tuvieron

una conciencia más o menos clara de intentar intervenir en las actitudes de los lectores frente al mundo, y las obras se convirtieron en un medio ideal para este fin. Allí se pusieron en juego, y a veces de manera opuesta, los conceptos de novela, muchas veces presentados como propuesta de los editores como criterios de selección e intenciones de publicación. Los editores expusieron su concepto de novela en artículos, editoriales y presentaciones como una de las maneras más frecuentes para seducir a sus lectores (Acosta 2009, 50).

Este periodo, desde el aspecto literario, relacionado con la política dinámica de reformas y guerras y las discusiones mantenidas desde la prensa puede resumirse con una reflexión de Acosta en su texto *Lectores pensados a mediados del siglo XIX*, que deja entrever cómo el editor, periodista o intelectual fue mediador entre sus mismas reflexiones, otros autores y lectores en medio de luchas y modos de concebir la realidad colombiana:

[L]a escritura, promovida mayoritariamente desde la prensa y la publicación de novelas, jugó un papel fundamental en la manera como los neogranadinos querían asumir su nación y consolidarla como proyecto hacia el futuro. Artículos, cuadros, memorias, poemas y novelas nacionales y extranjeras se conjugaron en consolidar un discurso distinto que a la vez propuso sus propias

diferencias al interior de la sociedad letrada. Atraer lectores fue uno de los objetivos, por medio de los cuales, liberales y conservadores, vieron la manera de consolidar su poder. En esta acción, como se ha visto, la Iglesia jugó una función central, como apoyo de los últimos (Acosta, 2007, párr. 9).

1.2. La unidad nacional para el cambio: la edición, importación y consumo del libro para la Regeneración

Llegado el final del siglo XIX, se hizo entonces necesaria una reforma que llamara definitivamente a los distintos sectores de las altas y medias clases colombianas, liberales y conservadores para la unidad nacional, pues la violencia desatada entre estados, la inestabilidad política y la ausencia de un centro rector y ordenador reclamaban un nuevo destino para el país. Fue por esto determinante el discurso pronunciado por Rafael Núñez en 1878 en el que se hizo inmortal la frase “Regeneración o catástrofe”. Tras guerras civiles como la de 1876 y la posesión del gobierno liberal de Trujillo y del Gobierno Nacional de Núñez en 1880, se abre un nuevo tiempo de orden y útiles cambios para la agrupación y conglomeración razonada y colectiva de las diferentes esferas del poder. Este periodo de 1880 en adelante significó un buen síntoma para algunos sectores económicos privilegiados como propietarios de tierras y negocios, que es atentamente entendido por Palacios (1983) en donde fue protagonista “el comercio exterior, en el cual el sector cafetero será el renglón más importante de fines del siglo XIX, y los procesos sociales y políticos. La primera de ellas es que esa caracterización de la élite colombiana como una élite diversificada y móvil fue en gran medida un producto de las oportunidades que creció el comercio exterior, y especialmente de las oportunidades que comenzó a ofrecer a partir del periodo radical” (1993, 124).

Por ello en 1886 se crea una nueva constitución que animaba a los Estados federales a adaptarse a estas nuevas oportunidades y constituirse como regiones unidas por un poder central y unitario, lo que permitiría la constitución de los departamentos dirigidos por alcaldes y gobernadores. Esta nueva carta constitucional traía un nuevo panorama de protección económica, la aparente libertad de cultos⁴, el reintegro de comunidades expulsadas tras la guerra y la persecución política, la educación impartida por la Iglesia o el clero, ciertas condiciones o controles a la prensa (“es libre en tiempo de paz; pero responsable, con arreglo a las leyes, cuando atente a la honra de las personas, al orden social o a la tranquilidad pública”) y la restauración de la pena de muerte que funcionó hasta 1910. A este contexto, González lo caracteriza como “una

⁴ La Constitución de 1886 expresaba en su Artículo 40 que “es permitido el ejercicio de todos los cultos que no sean contrarios a la moral cristiana ni a las leyes”.

refundación de la sociedad dentro de un orden conservador y católico, en contraste con el modelo liberal laico que se imponía en el resto del continente y del mundo occidental” (2006, 105).

Sin embargo, no se encontró un espacio común de paz y benéfico para todos, pues muchos opositores al Estado progresista y tradicional de Núñez y Miguel Antonio Caro no estaban de acuerdo con políticas económicas como nuevos impuestos y con la represión extrema hacia los liberales en su ausencia en el poder. Guerras civiles como la de 1885, revueltas de los artesanos y aumentos en las importaciones y exportaciones de productos como el café, dividieron de nuevo los pensamientos que ya se estaban acordando durante esa última década del siglo XIX y daría paso a uno de los sucesos más importantes de la historia del país: la Guerra de los Mil Días. Las fuertes persecuciones y autoritarismos de los gobiernos de Caro y Marroquín hacen de esta última década un tiempo inestable que prueba que aquella Regeneración fracasó en la práctica de una supuesta unidad nacional con las guerras de 1895 y la de los Mil Días en 1899. En este punto, podría decirse que vuelve a tomar fuerza esa ‘heterogeneidad’ interna en los ideales de los partidos y con ello, varios de sus máximos representantes adoptan posiciones y pareceres diferentes, lo que hace que se llegue a una inestabilidad estatal. González así lo deja ver en uno de sus balances sobre la Guerra de los Mil Días:

[L]a realidad social y geográfica se oponía al modelo de sociedad nacional integrada, impuesto por la Regeneración. Según Marco Palacios, el proyecto político centralizador de la Regeneración no tuvo viabilidad política sino a partir de la conclusión de la Guerra de los Mil Días: las nuevas funciones de intervención económica directa y de control político no eran posibles sin una mayor integración interna de las clases dominantes. Además carecía del respaldo de amplios sectores de la población, ya que muchas de sus disposiciones estaban diseñadas para la exclusión de buena parte de la llamada clase dirigente. La unificación política desde arriba, que restringía severamente la participación política de las masas, era solamente apoyada por una red de algunos caciques regionales y locales, para los que representaba, paradójicamente, la consolidación de su poder en su propio ámbito frente a adversarios igualmente locales. (González, 2006, 143).

Igualmente, a pesar de los primeros avances de la economía exportadora de Colombia con el café como producto protagónico, para otros autores como Ramírez (2010) este tiempo se habla de una crisis económica en el que las grandes inversiones estaban destinadas a la guerra y muy poco a realidades como la educación y la alfabetización. A ello se le suma, como lo dice Ramírez

factores estructurales como la pobreza y la mala distribución del ingreso, las guerras civiles y los conflictos internos, la compleja topografía, la fragmentación y organización política, la precaria infraestructura de transporte, las deficientes instituciones y la relación Iglesia-Estado incidieron para que Colombia a finales del siglo XIX contara no solamente con uno de los niveles educativos más bajos del continente sino con un escaso nivel de desarrollo económico (Ramírez, 2010, 425).

En este momento de lucha de creencias y ambiciones políticas también se inserta lo cultural y educativo, pues así como lo plantea González, la construcción de Estado desde arriba hacía que las clases populares no tuvieran acceso a ciertos beneficios que tanto se impulsaron desde las reformas educativas de 1870, la creación de universidades como la Universidad Nacional y el nuevo panorama cultural y de alfabetización que traería la Regeneración. Este gobierno de Núñez le ofreció a la Iglesia, como parte de un convenio y repartición de poderes y responsabilidades, el control de aparato educativo desde las bases conservadoras en la que “la educación pública se organizará y dirigirá de acuerdo con los dogmas y la moral de la Iglesia católica, cuyos obispos tendrán el derecho de inspección de los textos de religión y moral; en el resto de las asignaturas, el gobierno se comprometía a impedir que se propagaran ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debidos a la iglesia” (González, 2006, 139).

Este contexto de paradojas y dualidades en las que se habla de prosperidad y escasez económica, es quizá como a su vez se podría definir este tiempo, pues mientras se hablaba altos niveles de analfabetismo, de educación católica paupérrima, también de hablaba de un surgimiento de clases económicas y empresariales que trajo consigo la entrada a los noventa del siglo XIX. Puede entonces rastrearse esta tendencia con la reflexión de Sánchez, López y Fazio (2010) quienes ofrecen pistas para comprender uno de los cambios que se reflejan en la consolidación del editor colombiano de finales del siglo XIX ahora como comerciante de sus productos culturales:

A principios de la década de los noventa, el país comenzó a reponerse de la crisis de exportación del decenio anterior, que había concluido a la desaparición de la quina. El aumento de los precios del café marcó, a finales de la década de los ochenta, la recuperación económica y el principio de una nueva era de desarrollo exportador (Sánchez, López y Fazio, 2010, 257).

En este sentido, vale aquí situar y mencionar el caso de Salvador Camacho Roldán, figura perteneciente a los finales de siglo, “economista, jurista, editor, periodista, orador y pionero de los estudios sociológicos en Colombia” (Molina, s.f., párr. 1), quien como los editores, intelectuales y periodistas de mediados de siglo, se hizo partícipe de la vida pública del país al asumir cargos como Presidente Encargado de la República del periodo legislativo del presidente Santos Gutiérrez en 1868 y fue secretario de Hacienda en el gobierno de Eustorgio Salgar. Fue escritor prolífico de temas económicos y políticos y como empresario fundó en 1882, junto con Joaquín Emilio Tamayo la Librería Colombiana. Desde Camacho Roldán se podría observar ahora la función nueva del editor-librero que piensa en el comercio de sus productos y en sí que lo que se edita o se envía a imprimir va a tener un retorno económico o por lo menos una demanda masiva entre los círculos letrados y las altas clases. Esta figura doble, que puede encontrar sus antecedentes en la edición de obras españolas por parte de Miguel Antonio Caro, por ejemplo, también propietario de la

Librería Americana (ver capítulo 3) es aquella persona que se encarga del cuidado y la adaptación de obras nacionales y extranjeras y que sustenta su negocio librero bajo la selección del mismo dueño a partir de diversos catálogos extranjeros y la edición e impresión de textos locales. En el tercer capítulo se verá mejor esta figura de editor-librero que busca la revisión, reimpresión y la difusión de libros que sustenten su propio y especializado catálogo, observando así el caso específico del *Curso de gramática*, escrito por Jorge Roa en su faceta como autor que alcanza en 1889 la quinta edición de su obra.

Los amplios catálogos de libros importados de agencias internacionales como la Sea-Side Library o Appleton y Cia. para la Librería Colombiana en los que se encontraban textos como *Trough the looking glass and what Alice found there (With illustrations)*, de Lewis Carrol (1 tomo, a \$1 el volumen); *Strange adventures of a phaeton*, de William Black o *The uncommercial traveler*, de Charles Dickens, son reflejo de aquello que el librero o comerciante traía de Europa y Norteamérica y con los que, bajo su criterio selectivo, pretendería abarcar una demanda que estaba mediada por lectores e intereses culturales que conocieran el idioma inglés. Es decir, no solo se trataba de abastecer a lectores en lengua castellana, sino también lectores que supieran interpretar otros idiomas y así el comercio y distribución pensados desde el editor-librero mediaría entre contenidos extranjeros y las capacidades lectoras locales.

Ya no sólo se trata de difundir un pensamiento dinámico y volátil con la agitación política como funcionó con la prensa, sino que ahora se piensa en volúmenes separados de la circulación con los diarios políticos o literarios. Ahora, si se quiere, se piensa en el libro como objeto, como símbolo representativo de poder y conocimiento, si se quiere, de distinción cultural; un objeto distintivo importado de las culturas europeas y que quería ser imitado en el contexto local que la Regeneración y los gobiernos posteriores permitieron. Esta relación entre la labor del político, comerciante e intelectual letrado puede entenderse con lo planteado por Barragán, León y Torres (2010), al decir que

las áreas básicas de actuación son inseparables: la política y los negocios (Palacios, 1980). Desde la política, los notables de la segunda mitad del siglo XIX siguieron excluyendo a otros grupos del Estado, sus negocios dependían de las relaciones con los gobernantes y las medidas que se tomaran desde el Estado. “En esta nueva época, el político-comerciante es la figura clave para el proceso político y la formación de un ‘Estado nacional’” (Barragán, León y Torres, 2010, 590).

Antes de que estallara la Guerra de los Mil Días, a personajes de la vida política y económica como Camacho se les presentó una oportunidad para crear sus negocios y que en general los progresos tecnológicos que modernizarían sectores aventajados de la sociedad colombiana como

el ferrocarril, el alumbrado y las redes telefónicas hablarán de un momento de crecimiento tanto para intereses personales como colectivos. A pesar de la misma guerra civil de 1895, por su poca repercusión y ruido en ese ámbito de prosperidad, los colombianos de clase media-alta no sólo gozaron de nuevos modos de transporte y comunicación, sino también de un ambiente urbano y cultural propuesto desde la Regeneración, que era importado a ciudades como Bogotá con el consumo de, por ejemplo, obras europeas y norteamericanas, como los *Cuentos escogidos de los mejores autores franceses* o *Fausto*, de Goethe, obras pertenecientes a los catálogos y estantes de la Librería Americana o *La segunda esposa*, de la autora alemana Eugenia Marlitt y las ediciones francesas, en tomos con cubierta rústica, de las obras de Victor Hugo como *Les rayons et les ombes*, *Les chants du crepuscule* o *Odes et balades*, encontrados en la Librería Colombiana⁵.

Gracias al contexto de apertura económica de exportación, no sólo el café contó con buenos precios y ganancias, sino también las clases cultas aprovecharon de esos beneficios y construyeron sus negocios independientes como Camacho con la Librería Colombiana, Miguel Antonio Caro con su Librería Americana, Librería de Fidel Pombo, Librería de Soldevilla y Curriols, la Librería Torres Caicedo, la Librería Nueva, de Jorge Roa que empezó a funcionar a principios de los 90, a semejanza de los establecimientos de editores-libreros europeos.

Con Camacho Roldán, los lectores letrados, más que todo ubicados en la ciudad de Bogotá, conocieron las primeras compilaciones en volúmenes de cuadros de costumbres como *El libro de Santafé: cuadros de costumbres, crónicas y leyendas de Santa Fe de Bogotá*; textos educativos para la enseñanza básica auspiciada por la Iglesia como *Gramática elemental adaptada para texto en las escuelas primarias y para primer año en los colegios* o *Curso elemental de gramática castellana*, escrito por Jorge Roa (1858-1927), muestra de esa cercanía entre colegas y círculos intelectuales en colaboración, cursos de geografía y aritmética; textos instructivos y académicos que reflejan ese interés por el estudio de la economía de Camacho como *Lecciones de contabilidad oficial y mercantil, según el sistema de partida doble y de acuerdo con la legislación comercial y fiscal de Colombia*; textos nacionales o compendios que recuperaban la historia patria como *Biografía del general Joaquín Acosta: prócer de la independencia, historiador, geógrafo, hombre científico y filántropo*, escrito por Soledad Acosta de Samper y textos literarios u obras de Manuel Pombo, Guillermo Valencia, José Eustasio Rivera, filósofos como Bacon, Descartes, Kant, Hegel y artículos y escritos propios de sus editores Camacho Roldán y Joaquín Emilio Tamayo.

El hecho de editar o publicar obras nacionales, también hace pensar en un propósito de un editor con conciencia histórica, sintiéndose partícipe de esa construcción de la historia de la nación que se desarrollaba con el día a día de las diferencias de los partidos, pero siempre teniendo claro

⁵ Para ampliar información, ver catálogos capítulo 3, imágenes 13 a 15 y 35 a 38.

que para construir nación era necesario darle voz a diferentes discursos intelectuales con los que el público lector pudiera formarse una idea de lo que sucede con su país, con su mundo. Ejemplo de esto se muestra en un aviso que se publicó en *El Telgrama* en junio de 1893, en el que se ofrecía el segundo volumen (bajo la edición y distribución de la Librería Nueva de Jorge Roa) de las *Memorias histórico-políticas* del general Joaquín Posada Gutiérrez y que era considerada por los redactores del periódico como “ninguna lectura más de oportunidad en el presente debate político. Especialmente el último volumen parece hoy de actualidad” (*El Telegrama*, junio de 1893). Así la edición de este tipo de obras, como las memorias bajo la voz de próceres y generales, incluso las mismas percepciones y conceptos de los redactores de periódicos sobre las obras que ellos avalan y promulgan, constituyen medios para el entendimiento de los sucesos nacionales a través de los diarios y de la actualización y edición de textos del pasado independentista.

Los intereses independientes de libertad económica y en general las ideas liberales con respecto a los conocimientos culturales de editores, escritores y comerciantes como Camacho representan curiosamente esa prueba de la fragmentación de creencias políticas e ideológicas de los partidos políticos, al asumirse como sujetos con criterio y decisión. Siguiendo esta línea del crecimiento del entorno económico empresarial de finales del siglo XIX, puede hallarse en Otero (2009) una interesante conexión entre los intereses políticos, económicos y sociales que iban de la mano para un cambio de paradigma antes de que se llegara al duro y dramático evento de la Guerra de los Mil Días:

Empresarios y políticos de las provincias, junto con ricos comerciantes y terratenientes de la capital a pesar de sus diferencias ideológicas constituían en el siglo XIX la clase alta de la ciudad. Este reducido grupo comenzó a compartir los mismos patrones de consumo y a apreciar, de igual forma, el contacto con Europa. De hecho, la gran mayoría de los provincianos que migraron a la capital comenzaron a considerarse como bogotanos, así como sus hijos, quienes por su influencia se criaron en esta (Otero, 2009, 26).

Esta última idea puede ofrecer indicaciones de las condiciones socioculturales por las que sujetos como Camacho Roldán, un hombre proveniente de Casanare, se instalaron en la capital del país en búsqueda de replantear horizontes en los progresos de modernización de una reciente concepción de nación. Así mismo sería el caso del objeto de estudio de esta tesis, Jorge Roa, quien provenía del Valle del Cauca y decidió crear su librería en Bogotá con objetivos políticos y culturales claros. Ellos, en últimas, son personajes que vinieron a afincarse en esta ciudad con la intención de encontrar su propia estabilidad y promover ciertos idearios e intereses particulares.

A lo que se refiere Otero con “el contacto con Europa”, también habla de unas tendencias y disposiciones frente a fenómenos económicos fundamentados en el liberalismo de la consolidación de grandes naciones como Francia, Inglaterra o Alemania a finales del siglo XIX y

el espíritu intelectual que de ellas surgían. Esto también habla también de las muchas obras y autores que fueron importados por editores como Camacho Roldán y Roa, editores-libreros ahora comerciantes, viajeros, abiertos a los contactos con otros colegas en otros países, como lo relata Laureano García en su relato *Las viejas librerías de Bogotá*⁶. En este texto, como se verá en el capítulo tercero, se hacen presentes y evidentes las relaciones que mantenían estos personajes de la vida cotidiana local con librerías, editores, traductores y agencias europeas que posibilitaron la importación de libro en su idioma original o editado y traducido al castellano al mercado y comercio colombiano.

Ahora, ese perfil de editor-librero (representado con Camacho Roldán) tiene tres facetas importantes de considerar: la primera y ya mencionada tiene que ver con que la profesión de librero es una labor que se separa de las imprentas, lo que hace que este personaje tenga la libertad de administrar su negocio y por ende le resulta accesible realizar viajes en búsqueda de materiales para sus catálogos de venta. A ello también se debe, como indica Mendoza (1992), que para los gobiernos de Núñez y más que todo con Caro y la constante censura y persecución política, se “provocan el cierre temporal y la desaparición definitiva de muchos diarios, semanarios y revistas, razón por la cual, los viejos talleres de impresión deben iniciar un proceso de diversificación, que sin lugar a dudas, incidió en la constitución de una industria editorial, es decir, la formación de unas empresas apoyadas en la existencia de un acervo tecnológico para la impresión de libros” (Mendoza, 1992, 121). De ahí que surja un interés de estos editores para enviar a imprimir tanto sus propias obras como las de sus colegas y textos mundialmente conocidos ahora mediados e intervenidos por su criterio de escogencia y presentación.

Segundo, muy cercana a esta última idea, es quizá este oficio de librero-editor una de las ocupaciones que se interesa por abastecerse de mercados internacionales, considerando en sus métodos y mecanismos de obtención, suministro, reproducción y distribución de mercancías la importación de textos y títulos para ser difundidos en el mercado nacional. Ese fue el caso del mismo Camacho Roldán, que desde Nueva York editaba libros en conjunto con la editorial Appleton y Cía., y que como lo menciona Cobo (1990) se dedicaron colectivamente a la publicación de, por ejemplo, casi toda la obra del político, escritor y periodista colombiano Julio Arboleda. La aparición de estos hechos que marcarían los primeros inicios de la edición y la industria editorial en Colombia pertenecen a movimientos de ese entonces como el “librecambismo y al internacionalismo, a la visión de un mundo unido pacífico y en constante progreso con todos los

⁶ Véase GARCÍA, L. (1932). *Las viejas librerías de Bogotá*. En *Discursos académicos*. Biblioteca de la Presidencia de la República, 2 (19). Presidencia de la República, Bogotá, pp. 21-39.

beneficios del capitalismo internacional del siglo XIX”, que como advierte el mismo Palacios “a esos principios adhirieron en general las clases dominantes colombianas” (Palacios, 1983, 102).

En tercer lugar, haciendo referencia al mercado y difusión nacional de autores extranjeros o del país, se hace presente un trabajo cooperativo con otros libreros, lo que se podría llamar como redes cooperativas entre colegas o círculos letrados. Fue el caso ya mencionado entre Salvador Camacho Roldán y Jorge Roa, quienes se publicaban entre ellos bajo sus propios negocios y condiciones, prestándose e intercambiando ideas, textos y servicios de publicación. Estas ideas serán mejor exploradas en el tercer capítulo, cuando se mire la proliferación de librerías que se convertirían en antecedente para una naciente industria editorial y el surgimiento del oficio del editor a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Por ahora, hay que decir que con Camacho Roldán se puede rastrear la aparición de una persona que tras haber contribuido con sus propias manos y conocimientos a la historia del país al haber sido gobernador de Panamá, juez, Secretario de Hacienda, propietario de una compañía para la construcción de rieles entre Bogotá y Magdalena, ahora para finales de los ochenta y noventa del siglo XIX podría decirse que se dedicó a fomentar discursos, pensamiento de nación y la difusión de esta a través de su negocio librero. En esa doble vía de protagonista, testigo y ahora también constructor y difusor de discurso nacional es donde nace un editor-intelectual, negociante o comerciante, polifacético, el cual centra su interés en un tema específico: la constitución y el conocimiento de la historia para su país y su sociedad.

Es por esto que en la Librería Colombiana, si se revisa su catálogo nacional, se encontrarán diversos, y en su gran mayoría, textos históricos como *Compendio de la historia de Colombia*, escrito por José Joaquín Borda; *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimosexto*, por Joaquín Acosta; *Compendio de Historia Patria*, de Enrique Álvarez Bonilla; *Compendio de la historia de Colombia para la enseñanza en las escuelas primarias de la República*, por Jesús María Henao; *Historia contemporánea de Colombia: (desde la disolución de la antigua República de ese nombre hasta la época presente)*, por Gustavo Arboleda, entre otros.

En ese sentido, es importante ver como dichos textos reflejan ciertas inclinaciones y decisiones de los editores-libreros como Camacho y Tamayo, dueños de la Librería Colombiana, y que se adjudican bajo su nombre la responsabilidad de la circulación y la posterior apropiación de esas disertaciones y discusiones en torno a lo que se considera como historia en el interior del país. Ello también significa, como lo hace ver Acosta (2012), que dichas publicaciones “permiten a la sociedad la consolidación de referentes comunes, en la medida en que se asume la posición de presentar los intereses particulares como si fueran colectivos y a partir de allí la élite letrada se

adjudica la representatividad de toda la comunidad que acepta como partícipe de la nación” (Acosta, 2012, 7-8). A finales del siglo XIX, entonces, se puede hallar círculos letrados, intelectuales, periodistas, empresarios, libreros e impresores que gracias a diversos intereses, bien sean como lo dice Cobo (1990) “empresa[s] ideológica[s], para imponer alguna verdad nueva, en otras simple y desinteresada aventura espiritual”, todos ellos posibilitaron de alguna manera que “la ilustración dejara de ser patrimonio de quienes poseían buenas bibliotecas privadas” y se diera la oportunidad de que clases medias, lectoras en su mayoría de periódicos, tuvieran a su vez, a través de las edición de textos nacionales y extranjeros, un medio para entenderse y comprometerse con los afanes de búsqueda de sentido de pertenencia y definición de una nación colombiana. Editor, autor, lector, en últimas, como reflexiona Acosta, “el hombre del siglo XIX se siente partícipe de los hechos fundamentales: la cercanía de la Independencia y la conformación de la nacionalidad. De ahí la importancia de estar recuperando permanentemente la historia y de estar como lector reconociéndose en ella” (Acosta, 1993, 85).

1.3. Entre guerras civiles, apertura al mundo y el fin del siglo: el editor-librero como el renovador de discursos históricos nacionales del siglo XIX

Vale la pena ahora revisar el caso de Jorge Roa (1858-1927) como asunto particular de consolidación de ese editor-librero interesado en la conformación de identidad nacional a partir de la producción y divulgación de textos nacionales inscritos en su famosa colección Biblioteca Popular y puestos a disposición bajo su Librería Nueva a finales del siglo XIX. Para remitirnos a la caracterización de esta singular figura, se debe tener en cuenta el contexto político y económico por el cual atravesó el surgimiento de su librería, su estabilidad y los sucesos que se dieron simultáneamente con la publicación de obras nacionales que contribuían, como las disputas políticas bélicas y las desarrolladas en los periódicos, a la recuperación, averiguación e indagación por los valores y los pensamientos que representaban a Colombia, en un momento en el que trata de consolidarse la nación conservadora y nacionalista de la Regeneración.

De este final de siglo, hay que rescatar dos sucesos importantes que marcarían procesos de estabilidad e inestabilidad en todos los ámbitos del país: la Guerra Civil de 1895 y la Guerra de los Mil Días. En cuanto al factor de estabilidad, habría que considerar el ambiente sociocultural que se estaba dando en Bogotá a finales del siglo XIX, donde primaba el desarrollo urbano, la concentración del capital y el consumo de productos culturales del exterior, lo que la iba perfilando como la capital del Estado nacional. En cuanto a las falencias de dicha propuesta de unidad nacional que supuestamente continuó Miguel Antonio Caro se encuentran la continua

inconformidad con los gobiernos regeneristas, las fragmentaciones al interior de los partidos, las fuertes represiones del gobierno de Caro y sus impuestos elevados. Otras eventualidades como las guerras civiles como contraposición y levantamiento frente al autoritarismo de ese entonces se presentaron durante los años noventa, pues una protesta o marcha para esos años era algo que no alcanzaba a trascender en los intereses de toda la población, más cuando se habla de un contexto de altos niveles de analfabetismo, escasos progresos a nivel industrial y laboral y marcadas diferencias excluyentes de condiciones sociales, saberes y poderes de las altas clases (Deas, 1983).

Por eso se dio esta ‘pequeña’ guerra en enero de 1895, que pretendía derrocar a Miguel Antonio Caro y que luego se vio reducida a diminutas rebeliones en diferentes departamentos como Cundinamarca y Santander, agitando los ánimos de los pueblos bajo las motivaciones bélicas de la parte radical del liberalismo. Dichos combates fueron prontamente acallados con las fuerzas conservadoras dirigidas por Rafael Reyes, quienes en poco de tres meses tuvieron el control del orden público en el país. Sin embargo, como lo sugiere González, ese efímero y predecible descontento liberal “no suavizó sino que confirmó su estilo autoritario y excluyente del gobierno sobre todo contra los conservadores históricos” (González, 2006, 152). Estos últimos estuvieron unidos a los liberales violentos, lo cual refleja la división y desunión y las paradojas dentro de las dos ideologías políticas del país, lo que también es evidencia de cómo intelectuales pacíficos como Camacho o Roa (liberal y conservador de pura cepa, respectivamente) tomaron distancia de esas contiendas y prefirieron discutir a partir de neutras posiciones y medios.

Por otro lado, historiadores como Deas (1983) han visto este año de guerra civil como un episodio de relatividades en el que la oposición, que venía desde tiempo atrás buscando derrocar el establecimiento del poder conservador, encuentra un paso importante para lo que sería la Guerra de los Mil Días. Este autor hace referencia a un contexto de prosperidad, útil, acertado y a la vez perjudicial para intereses particulares en los que se encontraba editores-libreros como Roa a finales del siglo XIX. Así lo describe:

Este tipo de oposición [Guerra civil de 1895] fracasa completamente en el año 95. Fue una guerra muy chiquita porque no había ambiente para guerra en ese año. Había bastante prosperidad, y con ella la gente no estaba tan disponible; el gobierno tenía más recursos, más confianza y menos impopularidad. La fuerza potencial de la oposición y la debilidad del gobierno crecen con la crisis económica. En el año 99 hay un cambio completo de ambiente. Se presenta entonces una larga guerra cuando nadie lo sospechaba siquiera. Cuando la guerra de tres años empieza, hay mucha gente disponible; hay un gobierno muy desacreditado; con muy pocas rentas. Surge entonces la posibilidad de que las cosas escapen de las manos de todos. Y viene la guerra, con el clásico desastre fiscal y todo su círculo vicioso (Deas, 1983, 71-72).

Así, en medio de este contexto de combates y beneficios particulares, puede verse en la producción de la colección de la Biblioteca Popular un constante crecimiento y estabilidad. La Biblioteca por año, desde 1893 (año en el que empieza a tener registro la colección), publicó y difundió alrededor de quince títulos y autores hasta 1899. Llegada la guerra, en 1900, al parecer no se registra producción y solo hasta 1901 se vuelven a publicar siete títulos, lo que refleja un periodo de inestabilidad y vicisitudes que posiblemente tuvieron relación con el conflicto en curso. Con las intenciones guerreristas de los jóvenes liberales radicales y los desacuerdos entre ambos partidos por una estable reforma política que sanara a su vez la economía internacional del país, se llega la Guerra de los Mil Días. Al no haber acuerdo incluso entre pacifistas y belicistas del partido liberal, se llega a fuertes enfrentamientos en Santander, Cauca e incluso Panamá, demostrando que dicha guerra tuvo varios focos y diversos protagonistas en contraposición: Sanclemente, Caro versus Marroquín (allegado a las fuerzas históricas del conservatismo).

Volviendo al contexto capitalino de finales de siglo en el que Bogotá iba perfilándose como el centro de las disputas del poder político, económico y cultural, hay que decir que para esa década de 1890 se encuentra un cierto crecimiento de costumbres burguesas en el sentido de que proliferaban hoteles, cafés, restaurantes y que iban albergando sujetos políticos y letrados en los que era primordial el consumo y uso de tradiciones de las más altas clases europeas. Ello permitió seguir ciertos parámetros para la ‘modernización’ que se buscaba a puertas de un nuevo siglo. Con los recientes movimientos literarios mundiales como el simbolismo francés y pequeñas muestras del modernismo hispanoamericano, liderado por Rubén Darío, Bogotá va formándose e institucionalizando, a través de librerías y círculos literarios, una circulación y producción propia artística. Quizás es mejor descrito este ambiente por Otero (2009), quien dice que Bogotá:

además de ser uno de los centros más importantes de distribución de bienes extranjeros en el siglo XIX, era el eje político y uno de los núcleos educativos más importantes del país. Aunque pobre frente a los estándares europeos, la ciudad tenía varios atractivos para las élites educadas de las provincias, no sólo por constituirse en el centro de controversia política, sino porque la ciudad comenzaba a albergar una incipiente cultura urbana y a cultivar un particular estilo de vida. Es por ello que la capital se constituyó en el escenario propicio para la formación de una clase alta—compuesta tanto por bogotanos como por gente de provincia—que buscaría establecer nuevos parámetros de consumo de acuerdo con los estándares fijados por el mundo europeo.

La adopción de nuevos parámetros de consumo no fue, sin embargo, accidental. El consumo de bienes europeos fue uno de los caminos claves elegidos por la clase alta bogotana para consolidarse como una clase dominante, capaz no sólo de asegurar su posición social, sino de construir una nación “moderna” de conformidad con los modelos propuestos por Europa (Otero, 2009, 21).

En tal sentido, aunque se viviera en un contexto de desaciertos políticos y confrontaciones discursivas, la sociedad bogotana, representada en gran parte por las clases medias-altas del país,

trataba de organizar y buscar un orden cultural y social que solo con la Regeneración y el centralismo de los diversos intereses era posible. Si bien se dieron importantes progresos en cuanto a la concepción de ciudad capital, la ‘Atenas Sudamericana’⁷, ello deja también ciertas inquietudes en torno a los modos de representación de la nación y Estado, que dicho sea de paso, parece concentrar indirectamente sus intenciones en una nación excluyente, construida desde arriba y con fuertes distinciones en costumbres y pensamientos. Mientras unos se enfrentaban como dos ideologías claramente distinguidas, otros eran relegados y deja ver cómo el resto de la población o pueblos quedan al margen de esa construcción nacional.

Con la legitimación del poder conservador-nacional se dio, lo que ilustra Ceballos (2005), una “exclusión simbólica, la República Conservadora impuso no sólo los signos, sino también sus símbolos de nación, los que consideraba como ‘apropiados’ y ‘cultos’”, lo que en últimas deja ver cómo letrados y dirigentes políticos entendían el proceso de construcción sociocultural de país, un proceso identitario general en el que convivían diversas voces con un mismo fin, pero dejando otras tantas fuera de esa órbita ideológica. Al respecto, Jesús Martín-Barbero ha comentado que

“los letrados pretendieron darle cuerpo de letra a un sentimiento, construir un imaginario de nación”, en el que lo que ha estado en juego es el “discurso de la memoria que se realiza desde el poder”, un poder que se constituye en “la violencia misma de la representación que configura una nación blanca y masculina, en el mejor de los casos mestiza”. Fuera de esta nación representada quedarán los indígenas, los negros, las mujeres, todos aquellos cuya diferencia dificultaba y erosionaba la construcción de un sujeto nacional homogéneo (J. Martín-Barbero, 2000, 42).

Es entonces en este amplio campo de tensiones políticas y culturales en las que se inserta instituciones, representantes, centros de organización de discursos como editores-libreros como Jorge Roa quienes en definitiva contribuyen a que estos fenómenos se observen, pues gracias a su elección en formas, tipos, temáticas de textos y modos de difusión es posible rastrear un editor-librero con conciencia e interés histórico en el que basa su construcción y entendimiento del presente. Hay que decir que alrededor de 1891 Jorge Roa funda su Librería Nueva, en la calle 12 exactamente en frente de la Librería Colombiana de Camacho y Tamayo. En dicha librería se vendían libros y reducidos volúmenes de autores como Poe, Rubén Darío, Dickens, Tolstoi, Shakespeare, France y autores nacionales como Antonio Nariño, Sergio Arboleda, Miguel Antonio Caro, José María Groot, Soledad Acosta de Samper, Simón Bolívar, entre otros.

⁷ Parece otorgársele este apodo gracias al humanista español Menéndez Pelayo, quien la denominó así en una antología de poesía latinoamericana, escrita en Madrid en 1892, época en que surge la Librería Nueva y en la que se empieza a difundir en gran medida poesía colombiana. Véase Zambrano, F. (2002). *De las Atenas Suramericana a la Bogotá Moderna. La Construcción de la cultura ciudadana en Bogotá*.

Quizá los tres aspectos más destacados e innovadores que impulsó Roa como editor fue, primero, pensar y crear una colección que reuniera tanto escritores nacionales como extranjeros, lo que él denominó la Biblioteca Popular; segundo el uso de prólogos y noticias biográficas como recurso necesario para contextualizar al lector frente a la presentación y comienzo de la lectura de las obras; y tercero, se atribuyó y se presentó a sí mismo como editor en cada una de las portadas de los volúmenes de la colección, pero aun así contó con un grupo de colaboradores entre traductores e intelectuales que ayudaban a la preparación de las obras publicadas. Estas tres particularidades serán mejor comprendidas en el segundo capítulo, cuando se hablen de los aspectos formales y editoriales que dieron con la aparición del editor en el siglo XIX.

Para comprender al editor-librero dinamizador de discursos históricos con la figura de Roa, vale la pena citar el caso de la obra *Recuerdo histórico* del escritor y político bogotano Luis Vargas Tejada, quien fue de nuevo publicado por Roa en el tomo VII de su Biblioteca Popular en el año de 1894. En ella se encuentran reflexiones y recuentos de las guerras independentistas que se dieron en Hispanoamérica a principios del siglo XIX y a su vez se revelan detalles de la posterior construcción de la República independiente colombiana, siendo Vargas un testigo y cronista de ese tiempo. Dichas memorias recuperaron y especialmente criticaron algunas actitudes de los protagonistas de esa historia de Independencia como Simón Bolívar, que en algunos casos es referido por Vargas como ‘Tirano’. Para Acosta, este género fuertemente cultivado y mayormente considerado por los editores-libreros a final del siglo “narra y justifica la actuación del escritor como hombre público, o acredita unos hechos de los cuales fue partícipe. Ya predomine una opción como otra, se evidencia el sentido didáctico, la particular importancia a las enseñanzas prácticas que devienen de los sucesos” (Acosta, 1993, 50).

Volviendo a las intervenciones o composiciones editoriales de esta obra en la Biblioteca Popular, *Recuerdo histórico* es precedida por un prólogo escrito por el mismo Vargas en 1829 y publicado en el periódico *El Alarma*; posteriormente reimpresso en una de las páginas del periódico *El Mensajero*, en 1867. Importante es también anotar que según el mismo Roa, tanto el prólogo como el documento histórico que le sigue son tomados y publicados de forma inédita, pues a pesar de haberse conocido en los anteriores periódicos, de toda la obra de Vargas esta había sido olvidada y por tanto Roa decide incluirla en la colección de grandes obras y escritores que divulgaba la librería. Esto permite inferir que existe un editor que procura la novedad, los textos no conocidos u olvidados, textos marginados pero esenciales para comprender la historia de principio de siglo y que gracias a los desarrollos de la prensa y la imprenta, su proyecto editorial de la Biblioteca Popular es posible: se nutre del pasado y a la vez construye historia para las presentes y futuras generaciones.

En ese sentido, Roa y sus cooperantes hacen uso de copiar y reproducir un texto antes publicado para que sea esta recopilación de memorias comentada bajo el mismo ingenio del autor. Ello permite pensar que hay un editor que tiene en cuenta el pasado y que puede considerar que no hay mejor recurso para presentar la obra que bajo el testimonio del autor. En otras palabras, Roa recupera un discurso de años atrás y lo trae al presente no solo para soportar la obra, sino para que el lector construya un entendimiento complementario y general que rodea la obra, de paso que adquiera una conciencia histórica dándole diversos puntos de vista, contextos, situaciones que hay que valorar para comprender la obra y su autor. Tanto editor, autor y lector son partícipes de un discurso que transcurre, se difunde y se apropia entre el pasado y el presente, un discurso histórico que según Acosta:

es generado por un proceso de interacción entre el relator y su marco cultural; la estructura narrativa será en buena medida la esquematización de los hechos históricos y su juicio cultural sobre ellos. La revelación del pasado ha de ser percibida simultáneamente a dos niveles: en el *corpus* documental y en la organización expresiva del discurso” (Acosta, 1993, 56).

Sin lugar a dudas es el editor el principal organizador expresivo de ese discurso y todos los documentos necesarios, como prólogos y noticias biográficas y literarias, para consolidar un interés histórico en el público lector, consolidando de paso autores nacionales poco estudiados o poco atendidos. Con Roa y sus colaboradores puede hallarse esa idea de ‘organizador expresivo’, pues al final de dicho prólogo, en lo que se ve explícitamente como una ‘Nota del editor’, se le pide al lector que tenga presente que la Biblioteca no toma partido vehementemente en ninguna de las posiciones del autor, invitándolo a abrir su criterio y su mente a otras perspectivas que el editor ha decidido publicar y ponerlas en discusión en el medio público letrado de aquella época. Textualmente dicha nota dice:

Nuevamente rogamos á aquellos de nuestros lectores que, deslumbrados por el sol cantado por Olmedo, son poco amigos de que se les haga ver el melancólico crepúsculo de la gran Colombia, tengan en cuenta que al hacer esta clase de publicaciones, la BIBLIOTECA POPULAR, consecuente con su nombre no prohija ni acepta los juicios más ó menos erróneos, más ó menos apasionados sobre los sucesos políticos de una época casi nada estudiada todavía por la crítica histórica. [...] Naturalmente poco nos conformamos con ver en letra de molde palabras como “el Tirano” refiriéndose al Libertador, ni al leer juicios verbi-gracia, como el del preclaro Restrepo; pero no por eso debemos cerrar los ojos, sino antes bien abrirlos para ver mejor las figuras y tributarles el respeto y el homenaje que no obtuvieron de algunos de sus contemporáneos por error de juicio ó por la ofuscación propia del espíritu del partido. (N. del E.) (1894, p. 5).

Con esto, se puede observar a un editor que intenta mediar en la interpretación moral y racional que se desprenda del texto de Vargas Tejada; es quien que se da cuenta de las influencias,

posibles prejuicios y significados que puede tomar la obra al ser leída, sin embargo resultó ser publicada bajo su criterio y responsabilidad. Por otro lado, con esta nota abre un espacio para evaluar y reflexionar cómo debe ser entendida la historia patria, rescatando su sentido interpretativo al difundir este tipo de textos. En últimas puede mirarse a un editor que observa en el pasado histórico de próceres y héroes de la patria un respeto que hay que cultivar o invitar a adoptar por parte del lector. En ese sentido, escritores, lectores y editores-libreros, como lo observa Acosta, “están determinados por una práctica didáctica y moralizante, que en su ideología pretende recuperar el pasado, en donde se alteran los episodios, las descripciones, los panegíricos, los juicios políticos e históricos, la evolución subjetiva y la narración propiamente dicha en la que se desbordan los elementos de ficcionalización” (Acosta, 1993, 54).

Otro caso interesante de analizar es el de *Apuntes históricos sobre la revolución de Independencia en Popayán*, redactados por Santiago Arroyo en los primeros años cercanos a 1810 y que son publicados y difundidos por Jorge Roa en el tomo XII de su Biblioteca Popular en 1896. Antes de ser mostrada la obra, se presenta una noticia biográfica sobre Arroyo, que fue redactada por uno de los colaboradores de Roa, a nombre de T.V. En ella se cuenta cómo personajes intelectuales como Félix Restrepo, Jerónimo Torres o el mismo Santiago Arroyo se mantuvieron al margen del protagonismo de las luchas de Independencia, a tal punto que no son recordados o presentes en los discursos históricos de la opinión pública de finales de siglo XIX. Por ello rescatan estos apuntes, pues “ellas suplen, á veces, el silencio de los graves historiadores; y á veces también, sirven para rectificar algunos detalles y para precisar la cronología de los acontecimientos”. Allí entonces se puede vislumbrar un editor con ese carácter moralizante y didáctico referido por Acosta; así como revisionista y reinterpretativo desde las bases de la historia nacional que ha sido ignorada. Puede entonces hallarse un editor-librero que ve la historia como interpretación, que requiere de memorias y discursos testimoniales para ser entendida como tal. Es por esto que los textos históricos del siglo XIX, en palabras de Acosta,

pretenden contribuir con la elaboración futura de la historia y a la vez se alimentan de ella. El predominio del elemento autobiográfico hace que la concepción del pasado esté determinado por una focalización del individuo y sus actos, y que este sirva como pretexto para plasmar la necesidad de prevalencia de algunos valores sociales y culturales (Acosta, 1993, 52).

El rescatar valores sociales y culturales como el respeto, homenaje a personajes del pasado independentista, espíritu y sentido crítico histórico es quizás el mayor de los objetivos de editores-libreros como Roa y sus colaboradores, quienes se comprometieron con la empresa de la Biblioteca Popular para rescatar autores omitidos por la reproducción del discurso de la historia oficial y son dados al público para su conocimiento. Uno de esos puntos de vista queda bien claro cuando el

preparador o analista de la obra de Arroyo, T.V., considera una de las formas de concebir y realizar la historia a partir del escritor. Según T.V.:

Hay en la historia de todas las épocas, al lado de ciertos hombre dominadores, de aquellas figuras que sobresalen, y á veces dirigen su tiempo y llegan hasta darle su propio nombre, otros, más modestos, pero colaboradores no menos útiles, de las grandes causas. Su forma, no por ser tan resonante, no es menos legítima, y de ordinario es más pura. Frecuentemente son ellos los que perfeccionan las obras iniciadas por los primeros, y demostrando lo que hay de práctico y positivo en los sueños de los héroes, lo convierten, por decirlo así, en el pan cotidiano de los pueblos (1896, II).

Por otro lado, es sugestivo el hecho de que pasados ochenta años estas disertaciones tengan lugar en los alegatos y discusiones de finales de siglo, pues puede considerarse al editor como esa “Musa curiosa de la historia” que como advierte T.V., a estos autores olvidados como Arroyo y Vargas Tejada “los inscribe en sus tablas, y los consagra al reconocimiento y al respeto de las nuevas generaciones”. Así, el editor y sus colaboradores buscan reinterpretar la historia a través de la inscripción de otros hombres en la narrativa histórica. Al considerar a estos autores, el editor-librero no puede dejar de lado la rigurosidad y la precisión de los detalles que rodean al autor y la obra. Por eso, en una de las ‘Notas del editor’, advierte que Santiago Arroyo posee un apellido principal que no es Arroyo sino Pérez Valencia, y que por el reconocimiento en el círculo social de él y sus hermanos, ‘los Arroyo’, decidió adoptar el apellido de su abuela paterna. En otra nota, mientras T.V. comenta que Arroyo escribía cartas a su amigo Caldas, el editor advierte, de manera anticipatoria, que la Biblioteca Popular publicará dichas epístolas, “junto con las de D. Camilo Torres y otros hombres célebres de esa época, que existe en el archivo de la familia Arroyo”, lo que deja ver una de las estrategias publicitarias del editor-librero al ofrecerle una promesa futura de publicación y que esos apuntes puedan ser entendidos en su totalidad gracias a la relación con otros textos. También deja ver esta nota que el editor-librero tenía cercanía y acceso de un archivo familiar, lo que lo hace privilegiado de la fuente primaria para nutrir su catálogo y deja ver las relaciones sociales y profesionales que este poseía.

Otro elemento editorial que hace particular la labor de Roa como editor-librero de la Librería Nueva es la inclusión de fe de erratas, lista de las equivocaciones y enmiendas que se cometieron en la elaboración e impresión de los *Apuntes* de Santiago Arroyo. Dichos errores corregidos hablan del trabajo con el manuscrito, las diversas interpretaciones del editor, el autor y el lector, y el trabajo de cuidado y corrección editorial, al que se le incluye erratas para mostrar conscientemente el compromiso de respeto del editor por el valor de la obra histórica y sus elementos. Ejemplo de ello es la corrección del nombre de un profesor de filosofía que menciona

Arroyo en la página 275, línea 6, donde dice Toribio Miguel y debe “leerse” Toribio Migués, para que luego no sea confundido en la interpretación de hechos y personajes que allí se relatan.

Otros textos históricos nacionales, de intelectuales protagonistas de la vida política y pública a lo largo del siglo XIX y algunos del siglo XX publicados en la Biblioteca Popular pueden observarse en la siguiente tabla.

Tabla 1. Títulos de obras políticas e históricas nacionales publicadas en la Biblioteca Popular

TÍTULO	AUTOR	AÑO PUBLICACIÓN	PRÓLOGO A CARGO DE
<i>Artículos</i>	Antonio Nariño	1893	NO
<i>Estudios sociales</i>	Sergio Arboleda	1893	NO
<i>Artículos y discursos</i>	Santiago Pérez	1893	C.C.
<i>Historia de nuestra revolución</i>	Joaquín Camacho y Francisco José de Caldas	1893	José Camacho Carrizosa
<i>Artículos de crítica</i>	Miguel Antonio Caro	1893	NO
<i>Campañas de 1810 y 1819</i>	Pablo Morillo y Francisco de Paula Santander	1893	F.J.V y V.
<i>Cartas</i>	Francisco de Paula Santander	1893	José Camacho Carrizosa
<i>Documentos históricos</i>	Camilo Torres	1893	José María Cárdenas
<i>Notas sobre la campaña de 1861 y pensamientos</i>	Tomás Cuenca	1893	NO
<i>Cuadros y relaciones</i>	José Manuel Groot	1893	José Rivas Groot
<i>Rasgos de la vida pública del General Francisco de Paula Vélez</i>	Pedro Fernández Madrid	1894	Miguel Samper
<i>Memorias de 1827</i>	Francisco Soto	1894	X. X.
<i>Artículos</i>	Mariano Ospina	1894	NO
<i>La conjuración de septiembre</i>	Manuela Sáenz, Ezequiel Rojas, Florentino González y Francisco de Paula Santander	1894	NO
<i>Artículos</i>	Salvador Camacho Roldán	1894	NO
<i>Escritos varios</i>	Manuel Uribe Ángel	1895	Luis Eduardo Villegas
<i>Antonio José de Sucre</i>	Manuel Ancízar	1895	José María Samper

<i>Tres Colombianos</i>	Carlos Martínez Silva	1895	Carlos Eduardo Coronado
<i>Discurso en el congreso de angostura y proclamas</i>	Simón Bolívar	1895	Manuel Uribe Ángel
<i>Historia del 7 de marzo de 1819</i>	José Eusebio Caro	1895	Pedro Fernández Madrid
<i>Viaje por el Quindío</i>	Manuel María Mallarino	1897	NO
<i>Cuadros de costumbres</i>	Eugenio Díaz	1898	NO
<i>Política de conciliación</i>	Pedro Herrán	1902	NO
<i>Cómo se evapora un ejército</i>	Ángel Curvo	1902	Rufino José Cuervo
<i>Historia de las desavenencias con el libertador Bolívar</i>	Francisco de Paula Santander	1910	NO

Fuente: ROA, J. (ed.) (1893-1910). *Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros*. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Todas estas obras, que pertenecen a escritores de la época de la Independencia, presidentes de la República, generales, militares, científicos naturales y sociales, escritores literarios y periodistas hablan de una colección ante todo con una pretensión de abarcar los discursos nacionales que se dieron desde el principio de siglo hasta su final. Desde Bolívar hasta Caro, Roa buscaba rastrear diversos focos de los acontecimientos colombianos y sus actores, con los que perseguía, a través de los relatos y documentos, una manera de contribuir al modelo unificado de nación y otorgarle al público lector una herramienta para sentirse partícipe de ese proceso, para apropiarse de su contexto y su realidad local a partir del conocimiento, instrucción e ilustración que de cada obra se esperaba. Tan ambicioso era el proyecto de Roa, como la misma construcción de un Estado-nación moderno. El siglo XIX, como lo refleja este grupo de títulos de la Biblioteca Popular, es un siglo no solo de escritores, sino también de editores-libreros, que como advierte Acosta

dedicados a la política, la milicia, el cultivo del campo, los viajes o el comercio, y desde ellos se replantea una relación moderna entre la literatura, el escritor y la sociedad: asume la conciencia de integrar un grupo que intenta apelar directamente a un público, al tiempo que intenta cambiar sus hábitos: una ideología de clase que valida su moral y su ética (Acosta, 1993, 75).

Este tipo de autores e intelectuales contaron con la característica de ser leídos y comprendidos en las diferentes épocas, años y contextos que se desarrollaron durante el siglo XIX. El narrador, como lo caracteriza Acosta “fue confiable y construyó mundos igualmente confiables

basados en la tradición frente a la cual ubicó al lector [...] A esto contribuía el respaldo que daba la legitimación de los autores en el siglo XIX, quienes asumieron profesiones de autoridad en las que además de escritores, fueron políticos y educadores” (Acosta, 2012, 5). Y así, el lector, inserto en una variedad de escritos y escritores, amplía un consumo que con el caso Roa y su Librería Nueva se encontraba semanalmente con títulos novedosos, desde 1891 y por periodos interrumpidos hasta 1910. De los 250 títulos de la Biblioteca Popular, 69 eran nacionales y con su intención histórica e historiográfica, el editor-librero otorgó al lector textos, en palabras de Acosta

las autobiografías, las memorias, los diarios, los recuerdos; encontramos los textos de historia propiamente dicha; los textos con pretensiones claramente literarias, cuadros de costumbres, novelas costumbristas, históricas y modernistas. [...] Los textos buscaban contribuir a la escritura futura de la historia y a la vez se alimentaban de ella, focalizando al individuo y sus actos en la permanencia de algunos valores socioculturales. El escritor se convierte en el guardián de un campo de creencias y el lector las confirma y aprueba desde su experiencia. Los textos construidos mediante conversaciones narrativas determinadas lo compelen a ver la realidad social y política de una cierta manera: su carácter moral y didáctico está concebido para afectar la realidad y no simplemente para describirla (Acosta, 1993, 79).

Como se ve, no solo el escritor es el ‘guardián de un campo de creencias’: es el editor-librero el que posibilita, media y genera un espectro de significaciones y representaciones al actualizar en su mayoría pasajes y ejemplares de la historia nacional y agruparlos en una colección determinada para influenciar y afectar esa realidad sociocultural. Ahora, no solo se trata de instaurar un orden, una interpretación o visión de país a partir de lo que se habla en medios como la prensa, como dice Chartier, “el libro apunta siempre a instaurar un orden a partir de unas necesidades sociales” (Chartier, 1994, 12), que sin duda son identificadas y conectadas bajo el criterio, la selección y los intereses de un editor-librero.

Esta primera mirada a la figura del editor-librero atraído e inclinado por el saber histórico de su nación permite concluir que examinando los títulos nacionales se puede ver cómo parece existir una representación de nación desde las altas clases políticas bajo los intereses de sus filiaciones y sus funciones en la construcción de un Estado colombiano. Si bien se encuentra una diversidad amplia de discursos, no deja de inquietar la publicación de textos de altos y poderosos dirigentes políticos, lo que deja ver solo una parte del origen desde donde ha sido concebida la identidad y la pertenencia a una nación colombiana. En ese ambiente de exclusividades, particularidades y marginalidades parece insertarse el editor-librero, en un contexto pertinentemente reflexionado por la historiadora Diana Ceballos

Las controversias ideológicas encubiertas en esa historia aparecen claramente en la década de 1890, cuando comienza a surgir (sic) una representación cultural de la nación. Esa representación, que

elimina progresivamente la diversidad cultural tolerada en la representación del país en el exterior, se fija en torno a la intransigente unidad de religión y patria. Nacida de una atmósfera de obsesión de las elites por el control social, esta definición cultural de la nación revela, muy pronto, las huellas políticas de su origen (Ceballos, 2005, 331).

En esa representación cultural, mediada por las disputas bipartidistas que quizás se quedaron en las nociones de país del resto de la población colombiana, se estuvo moviendo y consolidando progresivamente el editor-librero colombiano de finales del siglo XIX. Este intelectual hizo parte de una comunidad imaginada, que según González fueron dos comunidades “contrapuestas de copartidarios, cada uno con una historia propia y un panteón de héroes, que son los villanos de la otra” (González, 2006, 190), haciendo referencia al liberalismo y conservatismo. En la defensa de posiciones casi siempre contrarias orientadas a los futuros políticos de la nación, estuvo el editor-librero depurando y dando dinamismo a diferentes concepciones de orden filosófico, ético y político para hacer evidente las formas que debía tomar las diferentes caras o estructuras del nuevo Estado moderno colombiano (Mendoza, 1992).

Con este objetivo fue necesaria la edición y publicación de textos nacionales que bien fueron dirigidos y pertenecieron a los círculos letrados más importantes de todo el siglo XIX. Fue de Roa el empeño esencial, según dice Gonzalo España sobre ‘la trastienda de Roa’, de “llevar a cabo la consigna de que los colombianos tenían derecho a leer todo lo que se escribiera en el mundo” (España, 2007, 167). El editor-librero puede ser definido, para observar sus características y particularidades que le dieron surgimiento a fines de siglo XIX en el siguiente capítulo, como un agente que interviene no solo entre el autor y lector, sino en el comercio mismo de sus impresos y en las expectativas de sus consumidores. Los editores-libreros eran correctores y comentaristas de manuscritos y son los encargados de la materialidad del escrito que es encargado ahora a un impresor. Son sujetos que se consideran así mismo intelectuales y autores y que pertenecen a círculos letrados en el que la colaboración con otros colegas es determinante para el comercio y difusión de sus volúmenes (Chartier, 1999; Murillo, 2009). Los editores-libreros eran, por lo demás, personas comprometidas con la polifuncionalidad del oficio y a su vez con la polivalencia de circunstancias y problemáticas de un contexto turbulento y de constante búsqueda de orden y sentido.

CAPÍTULO 2. La Biblioteca Popular: aparición de elementos editoriales y análisis formal del libro de finales del siglo XIX

Cuando se habla del oficio de editar, se hace referencia a un proceso por el cual un manuscrito es corregido, transformado y complementado para ser convertido en un objeto con características materiales nuevas que el conocimiento cultural, intelectual y técnico de un editor o empresa editorial le otorgan a un impreso. Es sin duda una transformación que va desde la lectura del manuscrito o la obra en su idioma original y su traducción hasta el lector final, pues la edición es la transformación simbólica y material de ese texto en una pieza que busca el encuentro, el consumo y la interpretación de diversos lectores. Este último objetivo es claro e imprescindible en las intenciones del editor y su negocio librero, que son fundamentales para la existencia y supervivencia de la cultura impresa; una cultura con pretensiones de ser leída y comprendida, que está mediada e intervenida por la elección y el criterio de este dinamizador de discursos (Chartier, 1999).

Sin embargo, aquí interesa hacer una distinción significativa tal como lo hace Chartier entre dos tipos de editor: el editor profesional y el editor-librero. Para este trabajo interesa solo considerar el último tipo, pues para finales de siglo era inseparable el oficio de edición y adecuación de textos y la venta de los mismos (se verá con mayor claridad en el tercer capítulo). A esta categoría pertenece el mismo Jorge Roa; editor-librero que se caracteriza por la creación de propios catálogos de los cuales dependía este de manera exclusiva. Su trabajo requería de las buenas relaciones que establecía no solo con las imprentas donde enviaba a componer los volúmenes —de hecho, esa separación entre el taller tipográfico e impresor pone un punto clave para ‘independizar’ el oficio editorial—, sino también con un circuito de pequeños letrados (colegas de labor locales y extranjeros y escritores) que muchas veces sirvió para intercambiar, comentar y asesorar trabajos escriturales y editoriales.

Hay que mencionar también que dicho editor-librero está conformado por varios hombres que preparan la presentación y la estructura de la obra, lo que hace que este cargo sea difuso y no se sepa con certeza a quién atribuirle los procesos de reducción, abreviación, corte u organización. Los editores-libreros son intelectuales que trabajan con textos ya antes publicados y están en constante búsqueda de la novedad o lo inédito de autores ya consagrados o reconocidos por el medio cultural o político bien sea local o internacional (Chartier, 1999). Estos intelectuales buscan, en cierta medida, hacer más comprensibles, de acuerdo al público al que se dirigen, obras que por lo demás eran entendidas exclusivamente por las altas clases letradas, lo que da unas primeras luces sobre lo que se denomina como ‘popular’. Como sabios y mediadores son los que empiezan a gestionar la labor de edición como un proceso de mayor amplitud y logran abarcar nuevas

experiencias sociales, culturales, públicas y privadas sobre los actos de apropiación de objetos culturales y de lectura.

En ese proceso de sometimiento del libro a cambios y adecuaciones para nuevos lectores se hizo especialista Jorge Roa, quien editó y llevo a la imprenta y a su Librería Nueva a autores como Edgar Allan Poe. Este autor norteamericano, como otros, fue insertado y transformado dentro de las condiciones de un contexto social y cultural, bogotano en su mayoría, que se debatía entre los altos niveles de analfabetismo y la importación de obras y consumos extranjeros de clases media-altas. Sus cuentos, seleccionados por Jorge Roa, fueron resumidos, compactados, comentados críticamente y buscaban ser entendibles para un público más vasto que la élite letrada y política gracias a las transformaciones principalmente del lenguaje. Pero aquí vale la pena preguntarse ¿qué procesos o decisiones editoriales se llevaron a cabo para que Poe resultara ser reconocido y leído en este contexto? ¿Se hizo popular y comúnmente conocido entre las diferentes clases socioculturales bogotanas o, si tuvo el alcance, colombianas? Y de manera general, ¿qué tan ‘popular’ resultó ser la Biblioteca Popular de Jorge Roa con la publicación de autores como Poe, Tolstoi, Dickens, Shakespeare, entre otros? ¿De dónde se sacaron los textos y traducciones para cumplir estos objetivos?

Los aspectos formales que pueden desprenderse del análisis de la estructura y constitución de las obras publicadas en dicha colección, invitan a pensar el concepto de lo ‘popular’. Sin duda, en la Biblioteca Popular se puede encontrar una relación íntima de lo popular con los modos y las decisiones constitutivas de los tomos difundidos por la Librería Nueva de su editor-librero Jorge Roa. Como se advirtió anteriormente, el hecho de condicionar bajo ciertas ideas o propuestas la conformación de los volúmenes por los cuales se agrupaban los escritos de autores nacionales y extranjeros, significa que se está pensando en un lector que, de manera concisa y aterrizada a un lenguaje común, entienda y apropie un texto literario que antes solo estaba destinado a públicos exclusivos y ahora, en pleno final del siglo XIX, sea pertinente conocerlo y darlo en su ‘brevedad’. A ello, posiblemente se le puede asociar lo popular, aquellos textos que a su vez provienen de una semántica discursiva amplia relativa al ‘pueblo’, en el sentido de que autores nacionales publicados en la Biblioteca Popular hacen constante referencia en sus obras al ‘pueblo’ como ese constructo histórico determinante tanto personaje como lugar y observador de la historia patria.

En ese sentido, Chartier no solo atribuye al editor como el responsable de que aquello que sea escrito y potencialmente publicado o impreso, sino que dicha responsabilidad comporta una red de funciones en la que “el autor, el librero-editor, el comentarador, el censor, aspiran a controlar de cerca la producción del sentido y hacer que el texto que ellos escribieron, publicaron, glosaron o autorizaron sea comprendido sin apartarse un ápice de su voluntad prescriptiva” (Chartier, 1996, 19). Darle ordenamiento y nuevas formas simplificadas a lo escrito son los propósitos y las metas

que el oficio de edición busca para lograr una particularidad en la que no solo se involucre un interés porque algunos autores sean recordados, traídos del pasado o se innove con plumas e ingenios de final de siglo, sino también involucrar al lector en una nueva configuración del mundo social y cultural. Se habla entonces, desde las reflexiones de Chartier, de popularizar autores, escritos y nuevas costumbres literarias fijadas por el sentido y la interpretación de un editor-librero que media en el la lectura forzada, el consumo y la difusión de ediciones íntegras y económicas, en una “recepción [que] siempre inventa, desplaza, distorsiona” (1996, 21).

A continuación, se dará paso a la definición de lo popular y el concepto de biblioteca representado en la colección ideada por Roa, compuesta por volúmenes o pequeños libros separados que se vendían semanalmente y que, llegados a diez títulos, podían el lector o comprador mandar a encuadernar su tomo y así, entre 1893 y 1910, se llegó a un total de veinticinco tomos.

2.1. Definición de los conceptos ‘Biblioteca’ y ‘Popular’. Análisis y reflexiones

Pensar lo popular desde la literatura y la cultura impresa nos inserta en una compleja maraña de reflexiones que son válidas para identificar el perfil y la orientación popular de la colección de los veinticinco volúmenes editados por Jorge Roa. Desde Chartier lo popular puede ser rastreado insistentemente en lo que él identifica como “las particularidades formales de las ediciones y en las modificaciones que se impone a las obras de las que los editores se adueñan” (Chartier, 1996, 33). Pero a su vez, lo popular puede entenderse como un juicio al que se le otorga a aquello que se puede considerar potencialmente ‘masivo’ o que puede ser entendido por múltiples públicos. Es aquello a lo que, según Bollème (1990), se le puede atribuir un carácter de ‘gloria’, pero a la vez la literatura popular es ‘olvido’, elementos que constituyen características de cánones y fugacidades igualmente. Por esto último, lo popular, en el caso de la Biblioteca Popular y las pretensiones de Jorge Roa, encontramos diversos autores y obras que ya habían sido publicados al menos en periódicos, como el caso de Vargas Tejada, que habían estado en el olvido, pero que con este proyecto editorial buscan ser comprendidas y destacadas para ese presente de finales de siglo XIX.

Bollème también agrega otra acepción de lo popular, al pensar que al objeto que se le considera popular contiene de por sí, más allá de la misma palabra, un porvenir de lecturas, recepciones y mediciones. En ese sentido, un texto o un autor ‘popular’ se puede identificar por su constitución y presentación reducidas a diversos cuestionamientos y evaluados a su vez por los criterios de gusto, interés, calidad, utilidad y actualidad, en síntesis “una manera de condicionar la literatura para juzgarla” frente a diferentes condiciones de lectores y contextos (Bollème, 1990, 17).

En el caso de la Biblioteca Popular, se puede ver el ejemplo de la primera obra publicada por Roa en el primer tomo, *Fabulas y cuentos*, de Rafael Pombo, donde el comentarista de la noticia biográfica y literaria (muchas veces esta figura en anonimato), menciona que el público, tras un engaño de la prensa en el que se decía que Pombo había muerto en 1893, ya lo consideraban como uno de los grandes poetas colombianos y que muchos lamentaban su muerte. De ese reconocimiento se prende el comentarista para hablar del aprecio, del grado de reputación que tenía Pombo en la sociedad de ese entonces y en últimas para presentar la gran importancia como autor que poseía este, sus poemas que “estaban vivos en la memoria de todos sus cantos inmortales, y en la conciencia popular la convicción de su valer” (1893, 3).

Este ejemplo sirve para mostrar cómo los criterios establecidos por Bollème son usados no solo para hablar de aquello que ya es popular (las fábulas, rimas y cuentos de Pombo), sino también para llamar la atención del lector y sea él quien juzgue al “hijo mimado de las Musas [...] el poeta predilecto de sus conciudadanos, el que anda en lenguas de todos [...] la libertad con que prodiga la fuerza inagotable de su ingenio” (1893, 1). El gusto, el interés, la calidad de la obra de este poeta son elementos usados por el editor-librero o el encargado de la presentación de la obra para validar y confirmar la legitimidad de su poética, de su creación y que el lector encuentre sus juicios y consideraciones con la lectura de una corta muestra de los libros *Fábulas y verdades* y *Cuentos pintados y cuentos morales para niños formales*, los cuales toma el editor para realizar su propia selección y poner a disposición una nueva antología.

En ese “espacio limitado”, que así considera el editor-librero o el encargado de esta edición, el lector de finales del siglo XIX entra a evaluar no solo la importancia o las ventajas que es tener a Pombo en un volumen compacto y con lo más representativo de su obra, sino que se debe asumir como partícipe de la popularidad del autor, que ha sido dado y condicionado para ser leído popularmente. Además es un lector privilegiado, pues el editor, en su intención de recuperar lo inédito y lo novedoso, ofrece algunos poemas de *Cuentos Pintados* puesto que son “muy buscados que hoy son aquí aunque sabidos de memoria desde México hasta el Cabo de Hornos” (1893, 3). Esto muestra a su vez el estado de la publicación de libros y la industria, pues al ser muy buscados pero aun así son recitados, invita a pensar que el editor-librero, en este caso Roa, halla un problema o un vacío y se decide resolverlo con la selección de algunos de los poemas de Pombo que anda “suelto de él por la prensa”, dejando eso sí “intacto el voluminoso [*Fábulas y verdades*] original, serie graduada de enseñanza y corrección, desde la cuna hasta la tumba, que consta como de trescientas composiciones” (1893, 3). Así, el editor-librero identifica formas de transmisión de la información que necesitan de un soporte impreso y de un proceso editorial.

Al final, el editor-librero o comentarista le pide al lector “suplir con la fantasía los grabados de que son lengua y música viva” (1893, 3), lo que también lleva a pensar que las anteriores

ediciones de los poemas de Pombo o lo que circulaba de él en los periódicos iba acompañado de ilustraciones; en el caso de Jorge Roa, decide no incluirlas quizás por sus pocos conocimientos, quizás porque no es un rasgo de su línea o concepto editorial y por ello se sale de las necesidades o capacidades que él considera que debe apropiarse y comprender el lector. Sin embargo, con la publicación que hace Roa de algunos poemas como *Caridad*, *Las siete vidas del gato*, *La pobre viejecita*, *El niño y el buey*, entre otros, se convierten en populares o confirman su popularidad gracias a este compilado, que para ese entonces es una forma novedosa a la que se accede a la obra de Pombo. Así las cosas, según Bollème:

Una literatura, un texto, se convierten en populares por la manera en que se accede a ellos: la proximidad de un tesoro, de un bien cultural está permitida; la cultura es esta permisibilidad de acceso a una propiedad, de hecho a un don generoso [...] Pero se convierte en popular al mismo tiempo lo que está caduco, y quizá liquidado, porque ya está superado (Bollème, 1990, 18).

Por la manera en que se accede al libro también se hace referencia al lugar, el sitio o el espacio donde se obtiene este, es decir, la librería. Gracias a la circulación de volúmenes que posibilitan los negocios librerías, podría hablarse de la popularización de un texto, de su consumo y los discursos y percepciones que se tienen de este, por ejemplo en la prensa o los círculos letrados, como se verá en el tercer capítulo. Por otro lado, lo popular desde la perspectiva de la Biblioteca Popular también engendra el cuestionamiento de qué tan ‘popular’ es la colección; y si es popular su selección, qué tan populares son las prácticas de lectura. Por esa misma senda, Chartier aclara que no todo a lo que se le atribuye como ‘popular’ tiene que serlo así, puesto que una colección o agrupación de textos y autores bajo el criterio del editor-librero “está compuest[a] de textos de orígenes diversos y cada uno apunta a una lectura, un público en particular” (1992, 146), lo que desdibuja ese carácter masivo, llamativo o representativo de todo texto. No obstante, sí se puede decir que el lector de finales de siglo XIX, el lector de la Biblioteca Popular, ya tenía ciertas predisposiciones y accesos que, como lo advierte Acosta (1993)

estuvo inserto en una franja de interlecturas mayor, de la cual se desprende su horizonte de expectativas. Encontramos múltiples géneros análogos a las reminiscencias: las autobiografías, las memorias, los diarios, los recuerdos; encontramos los textos de historia propiamente dicha; los textos con pretensiones claramente literarias, cuadros de costumbres, novelas costumbristas, históricas y modernistas. Es bien claro que el lector probablemente no encontraba muchas diferencias dentro de estos trabajos (Acosta, 1993, 50).

Aun así, con Chartier se insiste en que muchos de los textos u obras que puede contener una biblioteca (haciendo referencia al caso de la Biblioteca azul francesa) no pudieron haber sido escritas con la finalidad de ser popularizadas, lo que también deja entrever la cuestión de para quién realmente va dirigida la producción editorial que, en el caso de la Biblioteca Popular, apunta

a un público amplio, de clase media-alta, que parecía recitar con insistencia a Pombo, pero construida esa producción desde las clases más cultas del contexto urbano principalmente bogotano. Muchos de esos textos políticos y literarios de la colección de la Biblioteca Popular contaban, como lo dice Chartier, virtual y potencialmente con las propiedades de ser convenientes o adecuados para las expectativas de unos lectores (Chartier, 1996) que son objetivos para alcanzar desde los deseos y las determinaciones de Roa y sus colaboradores.

Con la idea de que muchas obras no eran conocidas, así declarado por el mismo editor-librero o comentarista con el caso ya visto en el capítulo anterior de Arroyo, se puede pensar que lo popular queda frágil, pues dichos textos pertenecían a múltiples géneros de una literatura que comenzó siendo para élites y que su circulación o publicación en anteriores ediciones puede ponerse en duda por sus alcances o influencias previos a Roa. Pero aun así, el hecho de llamar ‘popular’ a su colección, desde la perspectiva de Bollème, “sería entonces el signo o el reconocimiento de la elaboración de una estrategia” (Bollème, 1990, 19). Señalar aquello que es popular es darle un lugar y juicio desde una organización, en este caso la empresa o institución cultural de la Librería Nueva y su máxima representante la Biblioteca Popular, que detentan un poder racional y discursivo, un ente que dice y configura lo que es ‘popular’.

Popular también hace referencia a la armonización de un discurso, a la unificación de este mediante las representaciones que se señalen como populares. Esta idea, bien entendida por Bollème, es “jactanciosa en época de revoluciones [...] se armoniza con el propio pueblo para captar esta fuerza según un saber, un arte [...] popularizar comporta una familiaridad con el pueblo [...] proponerle alguna cosa, velar para imponérselo” (Bollème, 1990, 42). Esto es importante ya que como se insistió en el capítulo anterior, el editor-librero hace parte de ese grupo de intelectuales y políticos que a finales del siglo XIX buscaban la unidad de un país fragmentado, y que en el caso de Jorge Roa, más allá de su efímera labor como Ministro de Estado y de Guerra, quiso con su Biblioteca Popular, pensado desde Bollème, “instruir, dispensar un conocimiento, popularizar sistemáticamente, por todas partes las ciencias, las artes, la moral, en una palabra, la cultura, puesto que tal es el nombre consagrado en adelante de todo aquello que engloba y atañe a esta empresa política” (Bollème, 1990, 42).

Bajo esas mismas condiciones, el hecho de declarar popular obras literarias o políticas compromete de cierta medida una posición política, un discurso que toma partido por el orden cultural y escrito, y bajo la pretensión de hacer conocible y accesible ciertos textos (definición de popular que tomó mayor desarrollo con la prensa en la segunda mitad del siglo XIX, según

Bollème⁸), se puede asumir al editor-librero como tejedor de la realidad el cual conserva el monopolio de la palabra. Puede entonces considerarse a Roa como un intelectual que reflexiona, mediante sus comentarios, sus decisiones editoriales y las formas estructurales y simbólicas que le otorga a los volúmenes de la Biblioteca Popular sobre sus propios intereses discursivos, sobre lo que habla el pueblo, de dónde él viene y se interesa por él (Bollème, 1990, 67). Al comunicar sus percepciones y criterios mediante las noticias biográficas y literarias, el editor-librero y sus colaboradores proporcionaron a nuevos públicos lectores un nuevo modo de entenderse y expresarse; gestaron emociones tras la lectura personal de las obras de sus compatriotas como Caro, Jerónimo Torres, José Joaquín Torres, Rafael Núñez, entre otros, y ensalzaron sus empresas escritas con el fin de que dichos lectores sintieran ese mismo reconocimiento y descubrimiento que ahora les pertenecía. Esto último es justamente entendido por Bollème, que considera que lo popular es también

proporcionarles a las gentes un vocabulario, se fomentó una emoción y cómo, por medio de ella, se inventó otra lengua, popular. El acaloramiento de los espíritus no solo fue debido al estilo, al énfasis, sino que se convirtió en un modo de comunicación que sirvió para unir a los hombres entre sí. Les fue dada otra lengua, otro estado vivido, y la acción surgió gracias a los discursos de aquellos que predicaban la revolución, pero que con frecuencia no la deseaban ni la visualizaban verdaderamente, y que fueron pocos en hacerla. La lengua prestada hizo nacer hombres de ellos mismos; por medio de ella expresaron su furor, pero ello no hubiera sido suficiente si no se hubiera agregado la necesidad, las carencias (Bollème, 1990,155).

Siguiendo con la idea de Chartier de encontrar en los aspectos formales editoriales de las obras su carácter popular, se vuelve al caso de Edgar Allan Poe para rastrear en sus *Narraciones extraordinarias*, seleccionadas y reducidas por el editor-librero y el traductor, qué tan popular resultó ser, al menos, desde la perspectiva y el criterio del encargado de su presentación. Poe fue el segundo autor publicado bajo la colección de la Biblioteca Popular en su primer tomo, en 1893. Antes que nada, todos los volúmenes de dicha colección cuentan con una portada en la que aparece el nombre de la colección (“Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros”), el número de tomo (en este caso, Tomo I), la ciudad (Bogotá), el nombre de la librería y su dirección (Librería Nueva, calle 12) y por último el nombre del editor o director de dicha empresa (Jorge Roa, editor)⁹. Seguido de ello viene la tabla de contenido con los textos

⁸ A esto, Bollème comenta que “En el Larousse del siglo XX, popularizar ya no es hacer popular o accesible, es “hacer conocer”; y hay que precisar que es “gracias a la prensa que se pueden popularizar las ciencias”. Es una empresa que se va a desarrollar en la segunda mitad del siglo XIX” (1990, 43).

⁹ Esta descripción corresponde a la segunda edición de algunos tomos que se realizó en 1898, diferente a la disposición o presentación dada en la primera edición de 1893. Se hace esta distinción gracias a las dos ediciones que se consultaron: la de 1893 perteneciente a la Biblioteca Nacional de Colombia y la de 1898, de la Biblioteca de la Academia Colombiana de la Lengua.

incluidos en el volumen y de inmediato aparecen las respectivas obras con el título asignado por el editor y el nombre del autor, precedidas eso sí todas por una noticia biográfica y literaria.

De entrada ya se señalan dos elementos en la obra de Poe que condicionan su nueva forma para los lectores bogotanos de aquel entonces. El primero tiene que ver con que no se tratan de 'Narraciones' (comúnmente traducido así en español), sino de '*Cuentos extraordinarios*'; ello obedece a lo que Bollème declaraba como la creación de un nuevo vocabulario, un uso de palabras más acordes con el entendimiento o los alcances 'masivos' que quizás buscaba el editor-librero. Son los constructores de la imagen y el sentido de estas obras que se ven llamados a transformar lo escrito, cuyas exigencias, dice Bollème, "ponen de golpe al escritor en una situación límite, en que él ya no es más que el instrumento de esta lengua común o de este pensamiento común" (1990, 95). El segundo elemento que configura un Edgar Allan Poe 'popular' o para el gran público capitalino del siglo XIX es el que tiene que ver con una sensación, al parecer, de que su nombre es suficientemente extranjero y norteamericano para llamarlo Edgar. Por ello se llamó Edgardo, un nombre quizás más familiar y reconocible por los diversos lectores; un nombre contextualizado al uso del castellano de ese momento y tan necesario para la lectura del común que hasta su nombre requiere ser traducido. Significa a su vez una estrategia por parte del editor-librero y sus ayudantes para hacer, como lo advierte Diderot, citado por Bollème "populares a los que buscan atraer la buena voluntad del pueblo".

Con respecto a la noticia biográfica y literaria escrita para la presentación de esta obra y su autor, el creador de este breve texto recurre a la fama ya adquirida del cuentista norteamericano para cautivar el interés del lector y que considere la pertinencia y la calidad del ingenio de este. Muchas de estas noticias, como también en el caso de Pombo, recurren a las acciones o influencias que tienen los autores y las obras en el pueblo para recordarles su papel y reproducir un conocimiento que está abierto a los saberes, capacidades y habilidades del lector; en últimas es la reproducción de un discurso popular que tiene sus mismos orígenes en la sociedad. Ejemplo de ello es cuando el prologuista habla de un Poe que "cautivó á sus lectores con la originalidad de sus cuentos extraordinarios, hijos de una fantasía todavía más extraordinaria, por no decir sobrehumana". Por ello, Poe resulta en cierta medida 'popular', pues como aclara Bollème, es una obra que ahora le "concierna al pueblo, le pertenece, le es propio, hace impresión sobre él, usado entre el pueblo, bueno para él, útil para conciliar su afecto" (1990, 53).

Por último, para terminar esta caracterización de lo popular en la colección creada por Jorge Roa y el ejemplo de los *Cuentos extraordinarios* de Poe, el editor-librero hace una selección de cinco cuentos, "una muestra no pequeña á nuestros lectores". Estos cuentos son *Berenice*, *La máscara de la muerte*, *El gato negro*, *La barrica de amontillado* y *Metzengerstein*. Generalmente

las *Narraciones extraordinarias* de Poe varían por la selección que los editores establezcan en cada edición y por tanto ninguna edición es igual a otra. Algunas incluyen solo cuentos y otras incluyen poesía, como el caso de *El Cuervo* (poema que fue posteriormente publicado en la Biblioteca Popular en 1901, tomo 21). Otros títulos que son comúnmente incluidos en este libro son *Manuscrito hallado en una botella*, *La caída de la Casa Usher* o *El corazón delator*. En el caso de la Biblioteca Popular, solo fue conveniente la inclusión de esos cinco cuentos, que bajo la perspectiva del editor-librero son los más característicos y adecuados para divulgar el talento valioso de este escritor. Es un espacio, que como ya fue mencionado con el caso de Pombo, “limitado” en el que como dice Chartier se refleja

las intervenciones editoriales operadas sobre los textos a fin de hacerlos legibles a la amplia clientela a la que están destinados. Todo este trabajo de adaptación –que abrevia los textos, los simplifica, los recorta, los ilustra- está gobernado por el modo en que los librerías-impresores especializados en este mercado se imaginan las competencias y las expectativas de sus compradores. Así, las estructuras mismas del libro se encuentran presididas por el modo de lectura que los editores consideran el de la clientela a la que van dirigidos (Chartier, 1996, 33).

Para visualizar qué tan legibles (populares) eran estos cuentos para la multitud de lectores, habría que comparar la traducción que se realiza a cargo del especialista asignado para la Biblioteca Popular (anónimo) y una traducción reciente, por ejemplo, la que realiza Cortázar para la edición de Alianza Editorial. Tómese por ejemplo *Berenice*. Ambas ediciones citan el epígrafe del poeta griego comúnmente conocido por Ebn Zaiat y así es puesto en la edición de la Biblioteca Popular, pero en la traducción de Cortázar es identificado como Ibn Zaiat, probablemente así conocido en otras lenguas como el francés y el inglés. Podría verse entonces desde el primer párrafo cómo se sintetiza y se concretiza el lenguaje y el uso de las palabras ‘sencillas’ por parte del traductor de la Biblioteca Popular a diferencia de una traducción más elaborada y actual que realiza Cortázar:

“La miseria es múltiple, La desgracia afecta diversas formas. Extendiéndose por el vasto horizonte como el arco iris, sus colores son tan variados, tan distintos y están tan íntimamente mezclados, como los que presenta ese fenómeno. ¡Y se extiende por el vasto horizonte como el arco iris! ¿Cómo es que de la belleza ha derivado un tipo de lo desagradable? ¿del anuncio de paz, un símil de dolor?”. *Traducción de la Biblioteca Popular.*

“La desdicha es diversa. La desgracia cunde multiforme sobre la tierra. Desplegada sobre el ancho horizonte como el arco iris, sus colores son tan variados como los de éste y también tan distintos y tan íntimamente unidos. ¡Desplegada sobre el ancho horizonte como el arco iris! ¿Cómo es que de la belleza he derivado un tipo de fealdad; de la alianza y la paz, un símil de dolor?”. *Traducción de Julio Cortázar para Alianza Editorial.*

Siendo de diferentes épocas y tan distantes, resulta interesante observar cómo la primera traducción parece ser más puntual, debidamente separada por partes y muy comprometida con el sentido estricto de cada palabra, haciéndola directa y clara para un lector mediano que sepa leer y escribir castellano. Para el primero resulta más cómodo y práctico hacer entender que la desgracia afecta diversas formas en vez de la multiforme desgracia que cunde por toda la tierra. Parece que resulta más obvio si se menciona con comas adjetivo por adjetivo de aquella desgracia (de colores variados, distintos e íntimamente mezclados) y parece más claro si se separa una pregunta compuesta por dos enunciados a través de sus respectivos signos de interrogación. Esto también muestra cómo dichas transformaciones o decisiones del traductor buscan recalcar en las habilidades comprensivas del lector de esa época, tratando siempre de que su traducción sea lo más evidente e incuestionablemente posible. A ello, Chartier reflexiona que

La especificidad cultural de los materiales editados [...] afecta, pues, no a los textos mismos, cultos y diversos, sino a la intervención editorial que trata de volverlos conformes con las capacidades de lectura de los compradores que deben ganarse. Este trabajo de adaptación modifica el texto tal cual viene dado por la edición anterior, que sirve de copia a los impresores de libros “populares”, y es guiado por la representación que tienen estos de las competencias y expectativas culturales de lectores que no frecuentan el libro. Esas transformaciones son de tres órdenes. Abrevian los textos, eliminan los capítulos, episodios y digresiones considerados superfluos, simplifican los enunciados despojando las frases de sus relativos e incisos. Recortan los textos creando nuevos capítulos, multiplicando los párrafos, añadiendo títulos y resúmenes (Chartier, 1994, 48).

Otra de las características que menciona Chartier y que se ve en la edición de *Cuentos extraordinarios* de la Biblioteca Popular es la separación de párrafos por medio de líneas punteadas, tratando de dividir el cuento por secciones o capítulos cortos. Ello significaría, posiblemente, que el traductor pretendía que el lector comprendiera las diferentes situaciones del cuento con el fin de que se tuviera en cuenta la estructura de este y se captara de manera ordenada el sentido del escrito, que refleja una vez más la expresión ‘popular’ de las obras publicadas por Jorge Roa. Otro elemento a tener en cuenta es que el traductor, en la noticia biográfica, dice que se basa en algunos pensamientos o estudios realizados por Baudelaire para realizar su labor de presentación y traducción. Hay que decir que Baudelaire fue uno de los mayores admiradores y analistas de la obra de Poe, lo que incita a pensar que el traductor, trabajando por una edición íntegra y comprensible para el amplio público, legitima discursos a través de otra voz que ya era conocido o ‘popular’ en el mundo.

Otro ejemplo fue William Shakespeare quien fue publicado en el tomo XIII, en el año de 1896. La obra que fue incluida en la colección fue *El mercader de Venecia*, pero como con el caso de Poe, su nombre fue cambiado a Guillermo Shakespeare, a fin de traducirlo o ponerlo en otros

términos prácticos de entendimiento en el público. A su vez, esta obra que cuenta generalmente con más de 200 páginas, es reducida a 62, lo que confirma la idea de Chartier de que lo popular representa las intervenciones editoriales, que en este caso es la adecuación pertinente de su nombre y el corte o reducción de la obra. Al respecto, Chartier coincidentemente realiza una reflexión del Shakespeare que es para élites o exigencias de altos letrados y el Shakespeare del pueblo, es decir es

popular por el hecho de que no se reduce solo a la elite letrada sino que une a todas las categorías sociales, y que participa activamente del espectáculo por medio de sus emociones y reacciones. A finales del siglo [XIX], la estricta división establecida entre los géneros, los estilos, los lugares, disocia este público ‘universal’, reservando para unos un Shakespeare ‘legítimo’ y dedicando a los otros una diversión ‘popular’... unos y otros apuntan, en efecto, a inscribir el texto en una matriz cultural que no es la de sus destinatarios originales y a permitir de esta manera usos posiblemente descalificados por otras costumbres intelectuales (Chartier, 1992, p. 114-115).

Dante Alligieri es otro caso de autor ‘popular’, que también es publicado ese mismo año en el mismo tomo junto con otros autores como Miguel de Cervantes Saavedra, al que le publican la novela o relato *El licenciado Vidriera*, perteneciente al segundo libro más importante del dramaturgo español: *Novelas ejemplares*. Similar a la obra de Cervantes, la *Divina Comedia* de Dante fue reducida a 49 páginas, partiendo la sección del Infierno desde la página 3 hasta la 27, de esta última hasta la 39 representa el Purgatorio y finalmente el Paraíso es condensado en 10 páginas. Esto muestra que si el editor-librero y sus ayudantes tenían por objetivo construir una de las bibliotecas más completas con las más grandes obras mundiales para ser difundidas en el contexto colombiano de finales del siglo XIX, tenían que realizar estos procesos de edición y disminuir estos textos a su esencialidad, con lo mejor para el gran público. Por esto, declara Bollème que la obra popular es aquella

que está sujeta a la comunidad, que es aceptada y cuidada por la comunidad, pero también renovada ante y mediante ella por diferentes intérpretes. En un sentido, aquella es siempre virtual. No existe más que dentro del acto de la representación. Es acontecimiento (Bollème, 1990, 164).

Por otro lado es interesante pensar el concepto de ‘biblioteca’ que tiene mucho que ver con lo ‘popular’ descrito anteriormente. La primera idea que se puede entender a grandes rasgos es que la Biblioteca Popular reúne obras no solo nacionales sino también extranjeras, lo que apuntaría a lo más parecido a una ‘biblioteca universal’, en la que convive Bolívar al lado de Becquer sin ninguna advertencia o condición. De entrada, aquí ya se revelan algunas características de la línea o el concepto editorial planteado por su director y editor-librero Jorge Roa: se publicaron obras que no solo pertenecían al ámbito y el desarrollo local, sino también autores que bien reclamaban ser reconocidos en este contexto o bien merecían, por su condición

inédita o desconocida, ser dados como nuevos discursos. No es que se tratara de publicar cualquier obra o aquello que fuera potencialmente publicable, solo se publicaban textos literarios tales como novelas, cuentos, obras teatrales y textos de corte político y social como las memorias, las cartas, novelas históricas, artículos y discursos. Definida así la línea editorial, no se encontrarán en la Biblioteca Popular, por ejemplo, textos de lecciones religiosas o manuales para las escuelas.

Por esto, ya mencionados autores nacionales en el capítulo primero, la Biblioteca Popular también se compuso a partir de obras extranjeras como *Cuentos para el pueblo*, de León Tolstoi; *La perla negra*, de Victoriano Sardou; *Narraciones populares de la selva negra*, de Bertoldo Auerbach; *La copa de oro*, de Carit Etlar (seudónimo de Johan Carl Christian Brossboell, literato danés, advertido en una nota del editor); *Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer; *La peste de Milán en 1630*, de Alejandro Manzoni; *La novela de una virgen esquimal*, de Mark Twain; *Azul*, de Rubén Darío; *María Estuardo*, de Federico Schiller; *Eugenia Grandet*, Honore de Balzac; *Discurso universitario y poesías selectas*, de Andrés Bello; *Bernadita de Lourdes (misterio)*, de Emilio Pouillon; *La edad del amor*, Paul Bourget; *El centro del África*, de David Livingstone; *La ciencia del buen Ricardo*, de Benjamin Franklin; *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca; *El Abrigo*, de Nicolás Gogol; *Poesías*, de H. W. Longfellow; *Tres cuentos*, de Guy de Maupassant; *Arengas y proclamas*, de Napoleón; *Cuentos maravillosos*, de Andersen; *Peregrinación de Childe Harold*, de Lord Byron; *Diversiones públicas- Romerías se Asturias- El Paular*, de Gaspar Melchor de Jovellanos; *Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift; *Waterloo*, de Victor Hugo, *Cuentos de un abuelo*, de Walter Scott, entre otros.

Establecido esto, puede decirse, por medio de Chartier que una biblioteca es “también una selección, una compilación de varias obras” (Chartier, 1996, 72) que van perfilando no solo la línea editorial o las características de la colección, sino también condicionan espacios físicos como la Librería Nueva como aquel lugar en donde se consigue gran variedad de textos gracias a las compilaciones realizadas dentro de la Biblioteca Popular. Dicha selección, observando los índices de los primeros tomos, tenía por característica principal la organización intercalada entre autores colombianos y autores foráneos. En ese sentido, en el primer tomo se observa primero a Pombo y sus poemas, luego Poe y sus cuentos, seguido de estos, los artículos y escritos periodísticos de Antonio Nariño, después el escritor francés Ludovico (o Ludovic originalmente) Halevy y su novela *El abate Constantino*, le sigue el escritor y político bogotano Luis Vargas Tejada, después el ensayista ecuatoriano Juan Montalvo y sus escritos sobre *Los héroes colombianos* y, por último, los estudios sociales y artículos críticos del payanés Sergio Arboleda y los del expresidente de la República Santiago Pérez.

Así mismo sucede en el tomo II, que abre con la obra *El cofre de nácar*, del autor francés de mediados del siglo XIX Anatole France, luego un texto inédito (que será más adelante analizado

cuando se mire específicamente las noticias biográficas y literarias) del escritor y hermano de Camilo Torres, Jerónimo Torres y su *Ultimatum. – Deberes*; enseguida, viene *Casa de muñeca*, del poeta noruego Enrique (traducido del originario Henrik) Ibsen, al cual se le brinda el espacio de su obra dividida en dos partes y con 63 páginas, y así otros autores, con el mismo orden aleatorio entre nacional y extranjero, como Jose Joaquín Ortiz, William Gladstone y su discurso sobre la *Anatomía de Irlanda*, Miguel Antonio Caro, Joaquín Camacho y Francisco José de Caldas y sus memorias sobre *Historia de nuestra Revolución* y León Tolstoi. De este segundo tomo vale la pena señalar que su primera edición fue realizada, al parecer, en 1893, para la época entre mayo y julio, pues varias de las noticias biográficas registran dicha fecha sin que se mencione el año de publicación explícitamente en la portada. Lo que resulta interesante es que este mismo tomo volvió a ser reimpresso y reeditado en 1899, indicio de que la Biblioteca se mantuvo en constantes cambios y probables solicitudes, supliendo necesidades por parte de su público lector. En esa segunda edición, se mejoró el índice especificando cada uno de los nombres de los textos incluidos y su respectiva página, algo que no tenía la primera edición¹⁰.

Vistos estos ejemplos, puede aseverarse que el concepto de biblioteca que quería construir el editor-librero y sus colaboradores era semejar una biblioteca física en la que los grandes pensadores de la política, la literatura, el arte y la cultura en general tuvieran cabida sin importar sus apartados destinos. La consigna de Roa consistía en que si podía ser leído un autor francés, podía también ser leído uno noruego, uno danés y por supuesto los ingenios locales que no se limitaban a círculos sociales capitalinos, sino también provenientes de Antioquia, Cauca, Popayán e incluso del mismo Ecuador, país vecino. Con la Biblioteca Popular de Roa se puede apreciar que los tiempos y los espacios se aúnan o se agrupan, abarcando a escritores del siglo XIII como Dante hasta lo más recientes de finales del siglo XIX como Caro. Por esto desde la perspectiva de Acosta, en una biblioteca, y más que en una biblioteca, en una colección editorial, para ese entonces

se unifican el tiempo y el espacio en una labor de selección. En la publicación se establece el orden de los libros y las lecturas presentes, posibles en el espacio. Se recoge en ella el conocimiento materializado, acumulado y ordenado. La biblioteca concebida como compilación, como la permanente tensión entre lo exhaustivo y lo esencial, como una selección cultural que siempre se asimila a la noción del deber ser. (Acosta, 2005, 55).

Observado de esta forma, la Biblioteca Popular entonces conglomeraba autores, que en gran medida varios de ellos no eran reconocidos para ese entonces, pero que al incluirlos y elevarlos a la categoría de ‘populares’, se les otorgaba un espacio de renombre, de reconocimiento y de sentido

¹⁰ Se hace esta distinción entre primera y segunda edición gracias a los archivos encontrados en la Biblioteca Nacional (que alberga la primera edición) y la Biblioteca de la Academia Colombiana de la Lengua (que posee la segunda edición).

sociocultural común. Ya el bibliotecario Gabriel Naudé decía en su *Advis pour dresser une bibliothèque*, citado por Chartier (1996) que no hay “ningún otro medio más honesto y certero para adquirir un gran renombre entre los pueblos que levantar bellas y magnificas Bibliotecas, dedicadas al uso del público”, mostrando los aspectos circundantes y favorecedores que caracterizan el hecho de construir una biblioteca (en el sentido de la Biblioteca Popular, inventar, suministrar y mantener una colección) y pertenecer a ella. Por otro lado, puede inferirse que, al observar la producción editorial reunida en la Biblioteca Popular, la construcción de nacionalidad e identidad colombiana no solo contaba con la indagación por la historia y los escritos de ‘ilustres y heroicos hombres y hazañas’, sino también la pregunta y el interés por los otros y sus naciones. Así, lo que se consideraba como nación colombiana o historia patria era buscado y resuelto dentro y fuera de los discursos socioculturales nacionales de finales del siglo XIX, a su vez imitando, comparando modelos europeos e interpretando la realidad local junto con la internacional. Esto también es evidente con la convivencia de dos mercados del libro presentes en la colección de Jorge Roa: el mercado nacional y el mercado mundial.

El hecho de que haya una parte de escritos políticos como se evidenciaron en el primer capítulo, muestra que el editor-librero ve en ellos no solo un aspecto inédito que se recuperan todos ellos del pasado, sino que con estos se puede construir una biblioteca nacional que represente una identidad nacional constituida bajo los discursos ampliamente literarios-narrativos y con sentido igualmente social, pertenecientes a intelectuales, periodistas y militares. En esa misma orientación Acosta considera que plantear una biblioteca propia posibilita que lo escrito y lo intelectual tenga un papel y una intervención en la sociedad de finales de siglo XIX. Según ella, al darle una colocación y una jerarquía a los títulos en una biblioteca

se le asignó una función a la literatura. Se trató de una funcionalidad axiológica y ética en la que no se buscó la autonomía sino por el contrario la literatura estuvo supeditada a un uso consciente socialmente. Es decir fue didáctica, ideológica, religiosa y quizá algunas veces pretendidamente contestataria. Asumió también una función homogeneizadora, en la que se dio la creación literaria una intención básica de crear modelos que unificaran el sentido de lo nacional (Acosta, 2005, 56).

Quizás por la singularidad, peculiaridad y lo desconocido a la vez de estos escritos y relatos nacionales se constituyó esta biblioteca-colección que cumplía similares cometidos a los que se refería Naudé con las bibliotecas públicas, entre las cuales se encontraban “libros enormemente raros y curiosos [...], dan lugar a otros, y alivian una biblioteca, reúnen cómodamente y en un solo volumen todo lo que de otro modo buscaríamos con mucho esfuerzo en varios lugares, y finalmente porque realizan un gran ahorro” (Citado por Chartier, 1996, 72).

Por otro lado, el concepto de biblioteca puede pensarse como un lugar o un espacio en donde un autor puede ser ubicado, explorado y consultado gracias a las diversas obras que de él

se consideren como las más representativas y que conduzcan al editor-librero a incluirlas por su importancia, su aporte cultural y literario al contexto y la sociedad local y su potencial de apropiación frente al público lector. Ese es el caso de François Coppée, quien fue publicado en dos ocasiones, en 1894 con sus dos cuentos *Un panamista* y *Extravío juvenil*; y en 1899 con la novela *La Bonne Souffrance*, traducida por el grupo de colaboradores y Roa como *Dolor benéfico*. Otros casos fueron del ya mencionado Luis Vargas Tejada, publicado en tres ocasiones: en 1893 con sus *Fábulas políticas*; en 1894 con *Recuerdos históricos* y en 1899 con su obra teatral *Las convulsiones*. También se incluye a León Tolstoi, publicado en dos momentos: en 1893, tomo II, con sus *Cuentos para el pueblo*, traducidos por J. C. Rodríguez y en 1894 con su cuento *Iván el imbécil*, hallado en el tomo V.

En el caso del autor francés, en la presentación de *Dolor benéfico* el editor le advierte al lector que en el número 69 de la Biblioteca Popular ya se había publicado una noticia biográfica con los aspectos de la vida y obra de Coppée, pero aun así “hacemos gracia á los lectores del prólogo de costumbre”. El prólogo, un texto autobiográfico de Coppée, suple entonces la reiteración de una información ya brindada hace cinco años en el tomo VII de la colección. Lo interesante es observar cómo no solo las obras se incluyen por su pertinencia y constituyen a la Biblioteca como un lugar que puede albergar el ingenio diverso de un autor, sino que también cómo las noticias biográficas y los comentaristas de estas se convierten en miembros fundamentales para el sostenimiento de esta colección. Si se quisiera ver, las noticias biográficas constituyen de por sí una selección de textos inserta en otra; textos analíticos que evalúan de manera crítica la elección del editor de cada obra, siendo un material agrupado para su consulta y guía para el lector. Esta característica de remitir al lector a otros textos dentro de la misma colección es lo que Chartier denomina como

redes de textos que a veces nos envían de unos a otros de manera explícita, que trabajan sobre los mismos motivos, reproducidos, desplazados o invertidos y cuyas relaciones no difieren fundamentalmente de las que existen, dentro de un texto dado, entre sus distintos fragmentos. Más allá de estos corpus compuestos en forma espontánea y progresiva, si cada uno de los escritos [...] puede ser reconocido como perteneciente a un conjunto que tiene su unidad, esto se debe a las similitudes encontradas en la estructura misma de los textos, sea cual fuera el género (Chartier, 1992, 152).

Con esto, será trascendental y necesario observar el conjunto de textos complementarios a la Biblioteca Popular que ayudaron a la unidad y la estructura de la colección, que dicho sea de paso, constituyeron un novedoso planteamiento para la creación de una de las primeras empresas editoriales dedicadas a la transformación, adaptación y distribución de obras nacionales y extranjeras: estos textos son las noticias biográficas y literarias.

2.2. Innovación editorial o propuesta de Roa como editor: las noticias biográficas y literarias

Como se ha visto anteriormente las noticias biográficas y literarias son un elemento innovador que utilizó Jorge Roa como editor-librero en la presentación de las obras que él y sus copartícipes seleccionaban para la colección de la Biblioteca Popular. Estas noticias se ubicaban después de la presentación del autor con su nombre y el título de la obra y lo que trataban de recoger e interpretar en conjunto era los aspectos vivenciales del autor y su influencia en su respectiva obra. En otras ocasiones, en vez de llamarse ‘noticias’, se identificaban como ‘prólogo’, muchas veces estos últimos eran extractos de obras de los autores seleccionados. Las noticias también se convierten en documentadores o inventarios en los cuales se hacía mención de otras obras que habían realizado el escritor o que lo habían hecho reconocido. En síntesis estas noticias son elaboradas para destacar aspectos críticos de las creaciones y el talento de cada nombre añadido a la Biblioteca.

Por otro lado, se destaca la variedad de elementos con los que eran compuestas dichos prólogos o presentaciones, lo que permite establecer cuatro tipos de noticias: el primero puede ser un recuento abreviado tanto de la vida del escritor y su producción literaria; la segunda incluía aparte de esto elementos como cartas que reflejan diálogos con otros interlocutores pero que dejan ver algunos rasgos biográficos del autor; el tercero las autobiografías: textos que eran escritos por los mismos autores o extractos de algunos comentarios o de sus propias obras para mostrar mediante sus mismos pensamientos sus modos de vida; y el cuarto, es lo que se denominó en algunos casos como ‘argumento’ de la obra.

En el primer tipo, podría citarse el caso de la noticia que precede a la selección de cuentos de *El cofre de nácar*, de Anatole France, situada en el segundo tomo de la colección. En principio, a través de una nota al pie, José Asunción Silva, especial redactor de esta noticia, advierte que el verdadero nombre del escritor francés es Anatole Francois Thibault. Anota en el desarrollo de este texto que France nació en París en 1844 y que se hizo reconocer gracias a poemarios como *Los poemas dorados* o crítica literaria como *La vida literaria*, insertos en la corriente parnasiana francesa de siglo XIX. Destaca a su vez que su escritura es de “invención graciosa y delicada, la fantasía brillante, la belleza lujosa de los detalles, el soplo de vida que anima á los personajes, la nobleza de estilo, la límpida transparencia de la frase” (Silva, 1899, 1). Silva sin duda atribuye grandes méritos a este escritor; su traducción, presentación y su valoración vienen mediadas por una cierta admiración de quien lo reseña, lo que muestra no solo el efecto producido en el mismo prologuista, sino también como estrategia para atraer la atención e intereses previos del lector. Silva también hace uso de citar algunas consideraciones propias de France para resaltar la

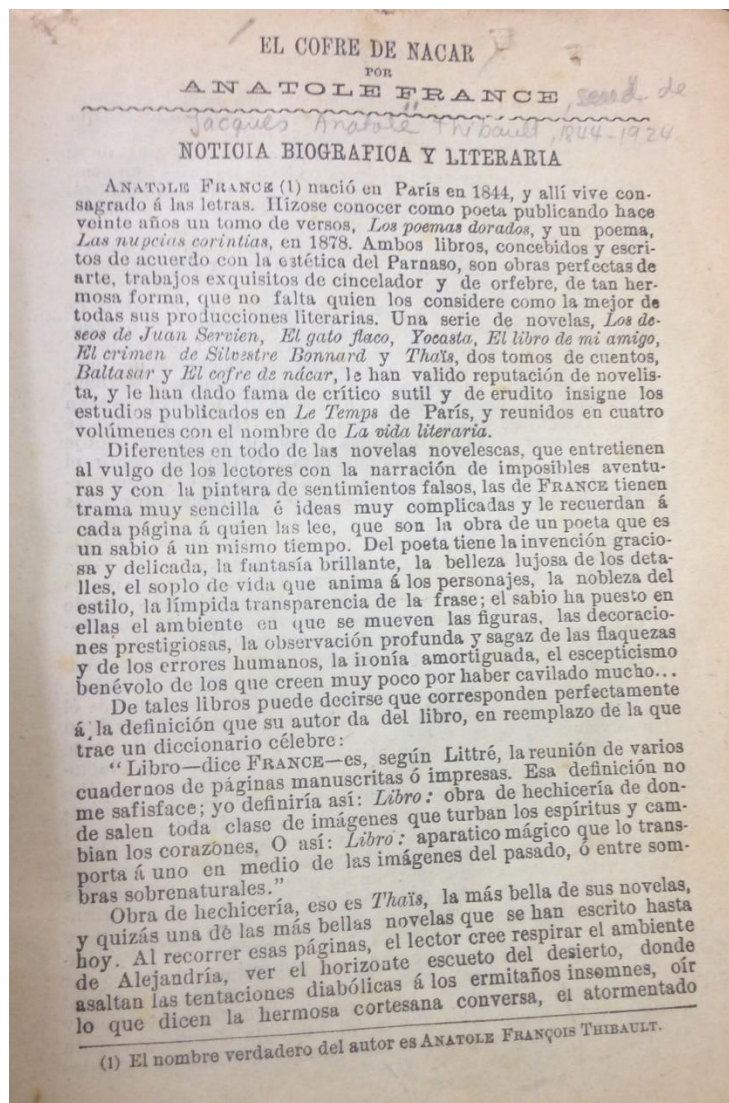
grandeza y los logros de su obra. Comenta que sus libros son como él mismo los ha definido: “obra de hechicería de donde salen toda clase de imágenes que turban los espíritus y cambian los corazones [...] aparatico mágico que lo transporta á uno en medio de las imágenes del pasado, ó entre sombras sobrenaturales” (Silva, 1899, 1).

Así, novelas de France como *Thais* resultan ser mágicas, según Silva, pues en ella se recrean, respiran y se contemplan escenarios geográficos antiguos y desérticos de ensueño para el lector. Como crítico, dice Silva, France es “un enamorado ferviente de la belleza, dispuesto a rendirle homenaje donde quiera que la encuentre, y á quien la exquisita sensibilidad artística y el desprecio trascendental por las fórmulas estrictas, permiten gozar con la contemplación de todas las formas armoniosas” (Silva, 1899, 2). Resulta también interesante cómo Silva hace un contraste de la crítica que le hacen a este autor, mencionando su aparente y excesiva imparcialidad, su poco atrevimiento a fuertes calificativos y su tono crítico de amable ironía. En ese sentido, Silva interpreta que France le responde a sus críticos con su carácter “ingenuo, muy sencillo; que siente admiración por la gente convencida y batalladora, que las críticas que escribe son impresiones de paseo por entre las obras maestras” (crítico de Mallarmé, René Ghil, Jean Moréas, Zola, entre otros) (Silva, 1899, 2).

En últimas, Silva termina valorando principalmente su “humildad casi burlona, esa galantería de gran señor [...] moderno que siente nostalgia del pasado [...] su escepticismo sonriente, el optimismo sereno” (Silva, 1899, 3). Sin embargo, Silva confiesa al final de la noticia biográfica que es dificultosa la tarea de reflexionar las razones que determinan los escritos de France gracias a la forma de ser del autor. Por ello debe contentarse el lector con la virtud y el beneficio de la melancolía y la ironía que recorre las obras del francés, que es aquello acaso lo que lo caracteriza y lo hace grande sin duda alguna. Por último, hay que decir que como el tomo II tuvo una segunda reedición y reimpresión en 1899, uno de los cambios que se evidencia con respecto a la primera es la mención del traductor, quien es el mismo José Asunción Silva, lo que indica cierto interés de legitimar la reaparición de la obra con dicha autoridad. Muerto Silva en 1896, la mención en la reedición de este volumen puede verse como la reafirmación de un autor-traductor consagrado que debe ser evidentemente identificado por los lectores. Esta elevación y emoción con la que se introduce al autor en las noticias biográficas es propio de textos en los que como especula Acosta

encontramos que convergen varios elementos: en primer lugar una necesidad de incitar, de seducir al lector para que se acerque a la obra; en segundo lugar, la exaltación de determinados elementos característicos de ésta, para el logro del objetivo anterior (Acosta, 1993, 36).

Imagen 1. Noticia biográfica de *El cofre de nácar*, de Anatole France



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo II, 1893. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

En el segundo tipo de noticia se puede hallar el caso de *Ultimatum.-Deberes*, de Jerónimo Torres, también ubicada en el segundo tomo de la colección. En ella, el escritor indica inmediatamente que "Para introducir al conocimiento de las nuevas generaciones la personalidad á quien consagramos el presente volumen de la BIBLIOTECA POPULAR, creemos que nos baste insertar la siguiente carta suscrita por persona de no poca autoridad" (1899, 31). De entrada ya se puede observar cómo el encargado relega la labor de presentación y la importancia que tiene el nombre de Jerónimo Torres en ese momento, que al parecer y por lo visto, no es reconocido. Por ello se hace necesario la inclusión a continuación de una carta redactada por Simón Bolívar, quien

le comenta al señor General sir Roberto Wilson en Londres, que su amigo Jerónimo Torres pretende viajar a Europa retirado de sus cargos públicos tras la Independencia y pide el favor de estar pendiente de él, pues es un respetado y responsable caballero a quien la patria y la república pierden “con notable perjuicio”. Dicha carta data del 28 de noviembre 1828, en Bogotá, un texto histórico que constituye otro texto y que habla de esa intertextualidad característica de la colección.

De igual modo, el preparador de la presentación del autor y sus textos inserta otra carta, esta vez escrita por el mismo Jerónimo Torres, en la que le cuenta a Luis Baralt sobre la historia de su vida. Antes de mostrarla, se apuntan algunas obras importantes del hermano de Camilo Torres, entre ellas *Estudio filosófico de los principales sistemas de gobierno; Deberes domésticos, civiles, políticos, morales y religiosos; Opinión político-canónica sobre patronato eclesiástico y Ultimatum*, “que hoy se publica por primera vez”. Se dice además que en 1833 regresó al país, que murió en 1839, sin esposa y siempre habitante de Bogotá en donde convivió fraternalmente con sus sobrinos, hijos al parecer de Camilo Torres. Lo más importante que se destaca de esta noticia es que fue construida gracias al acceso que tuvo el editor-librero a un archivo personal que para ese entonces custodiaba Cecilio Cárdenas, nieto de Camilo Torres y a quien se le agradece “por la bondad con que puso á nuestra disposición el archivo que posee, rico en manuscritos valiosos para la historia de aquella excelsa generación de hombres meritísimos que, como D. Jerónimo Torres, fueron timbre de la Gran Colombia por sus talentos y virtudes” (1899, 32). A este carácter histórico que va tomando no ya una obra literaria como tal, sino más bien un documento o registro histórico, Acosta entiende que

[La característica de los prólogos en las obras] se acentúa más, y no es norma, en cuanto el texto tiende hacia una pretensión de tipo historiográfico, bien sea en crónicas, memorias, diarios, reminiscencias, recuerdos y autobiografías (Acosta, 1993, 44).

En la carta de Jerónimo Torres, él cuenta a su amigo Luis Baralt que la prudencia frente a los elogios y el reconocimiento público es algo que debe considerarse por mérito propio y natural, y no por una búsqueda infatigable que se realice por vanidad o por excentricismos. Reflexiona sobre esto pues al parecer Torres y su hermano Camilo han sido acusados de alguna eventualidad perjudicial para sus nombres e imágenes, y Baralt pretende, según lo que se sobreentiende, a través de un artículo periodístico anular esas declaraciones y corregir su reputación. Para ello, Baralt le pidió a Torres que le comente sobre los orígenes de su vida y cómo ambos hermanos colaboraron a la causa de la Independencia. En ese sentido, Torres cuenta que nació en Popayán en 1772 y hace un corto recorrido por su linaje español por parte de su padre y su madre. De ese recuento, destaca la figura de Diego Tenorio, su bisabuelo y quien anota el editor-librero con una nota al pie, “fue el tronco común de tres próceres ilustres: D. Camilo Torres, D. Joaquín de Caycedo

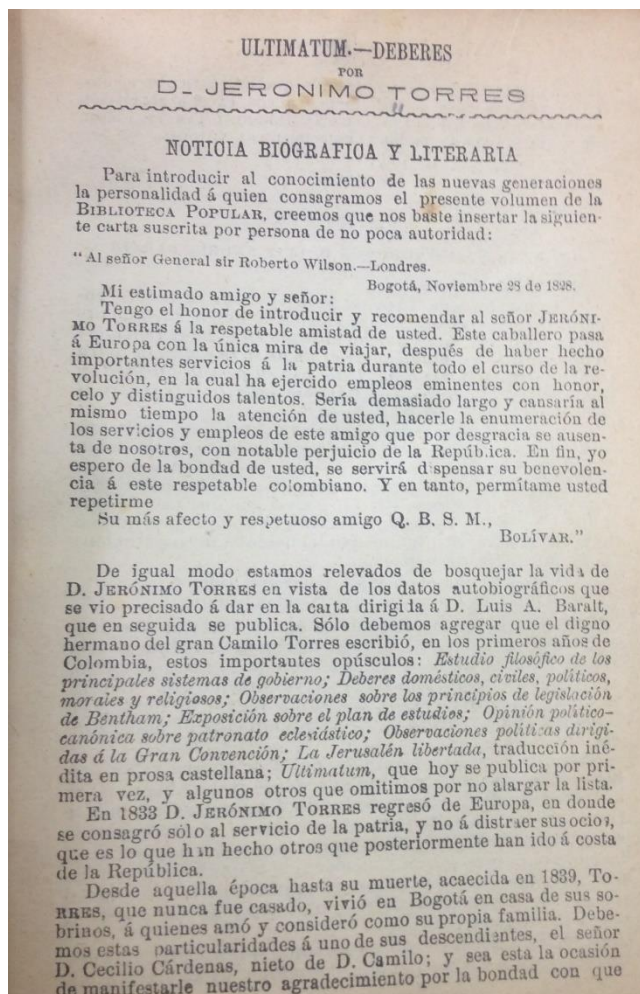
y D. Francisco José de Caldas. N. del E.” (1899, 34). A su vez, Torres cita algunas frases de Séneca y Horacio mientras va contando que recibió las primeras lecciones de letras en casa de sus padres y luego fue al Colegio seminario donde aprendió gramática castellana, retórica, aritmética, etc. Estudió derecho y viajó a Quito para perfeccionar conocimientos donde recibió el título de Doctor y abogado. El editor-librero inserta una nota en uno de los párrafos en la que de manera honesta y sincera le advierte al lector que falta una parte que no se ha podido incluir pues no se puede entender del original.

En resumidas cuentas, se hace un balance de los pormenores vivenciales de este escritor y se destaca su participación en el proceso de la Independencia con sus incitaciones, opiniones y reflexiones en la prensa y en la opinión pública. La noticia (que es en sí esta carta) termina con la fecha que fue escrita, en mayo 28 de 1839, y la cual sirvió no solo para observar la vida propia del autor, sino también como documento que habla de la época, los personajes y las vicisitudes que rodearon los principios del siglo XIX. Estos documentos, tanto noticia como carta o archivo histórico, según Acosta, cumplen con el papel de

resaltar los valores de un hombre que avanza con la historia, es quizá el papel que en nuestro país se le dio a las biografías y a las memorias. Hablamos de las primeras: surgen como una manera de recuperar la vida de individuos que habían contribuido a forjar la historia la verdadera, que arranca desde la independencia (Acosta, 1993, 48).

Presentadas estos artículos, ensayos y epístolas previamente con esta carta, el editor-librero se dedica a insertar algunas notas que se hacen necesarias para aclarar la responsabilidad de algunos personajes y situaciones que va mencionando Torres con respecto a algunas guerras acontecidas durante la Independencia y las diferencias con los gobiernos y las altas cortes españolas. Esta obra termina con un aviso *post mortem* el cual es reproducción de la losa que se encuentra sobre su tumba en el cementerio de Bogotá y que es en ese momento impresa como “único humilde monumento erigido en honor de ese insigne ciudadano, tiene por epígrafe el monograma de Jesucristo en medio de dos letras griegas, la alfa y la omega, ó sea el principio y el fin”. Este novedoso y curioso elemento editorial habla de un editor-librero que pretende inmortalizar al autor mismo, de rendirle un sentido homenaje pasados 54 años con un texto que pretende conservar su memoria y generar en el lector sentimientos de respeto, grandeza y permanencia tras ser leída su obra. Este caso será mejor entendido cuando se mire los elementos editoriales y tipográficos que constituyen a la Biblioteca Popular.

Imagen 2. Extracto de carta incluido en la noticia biográfica a la obra de Torres



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo II, 1893. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

El tercer tipo de noticia biográfica de la colección propuesta y mantenida por Jorge Roa y sus colaboradores es la autobiografía, así titulada en la presentación previa a la obra *Cosas de mi tierra*, de Luis de Llanos. El propio Luis de Llanos inicia diciendo que “Escribir una autobiografía es siempre cosa peliaguda y complicada: que si mentir es indigno de un caballero, y esto no es de recibo, eso de quitarse bonitamente la máscara que por respeto á los otros más que por respeto á sí mismo casi siempre se lleva, y referir con entera franqueza edad, estado, errores cometidos [...] es como cogerse los dedos con una puerta” (Llanos, 1899, 169). Con este párrafo se contempla cómo para el mismo autor resultaba complejo el abarcar tantos elementos y a su vez resultaba un reto autopresentarse, siendo su propia disertación y discusiones una manera de hacerle entender al lector de quién se trataba quien escribía. Asimismo, confiesa que protesta contra el “feo vicio de

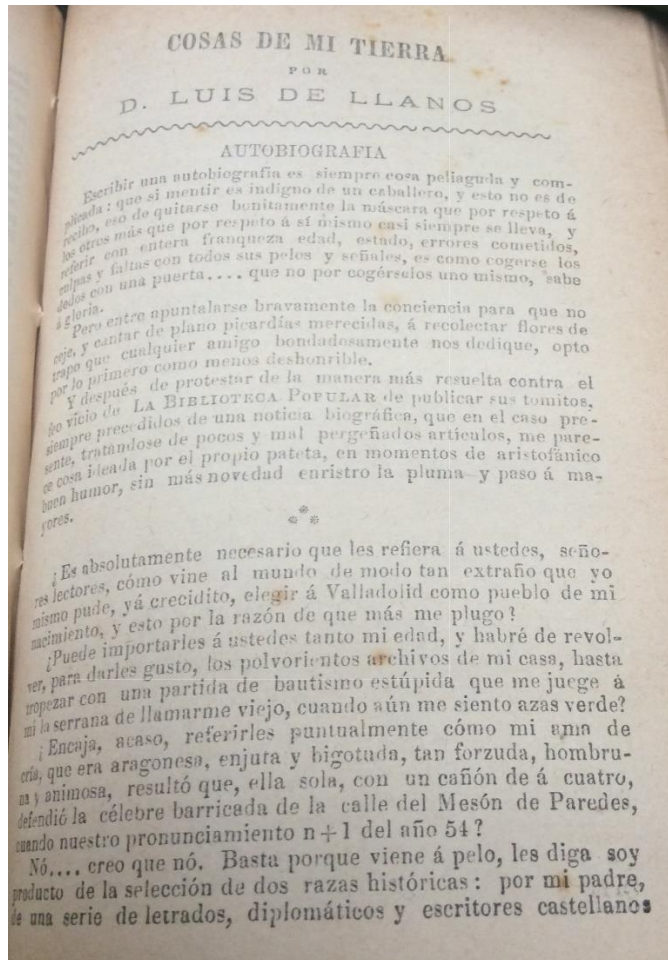
la BIBLIOTECA POPULAR de publicar sus tomitos, siempre precedidos de una noticia biográfica”, pues su obra no es que sea la más elevada ya que se tratan de “pocos y mal pergeñados artículos” (Llanos, 1899, 169).

En este espacio Llanos menciona que nació en Valladolid, España, proviene de dos linajes, escritores y diplomáticos castellanos por parte de su padre y por parte de su madre “de poetas tan insignes como el laureado inglés John Keats; y de resueltas de este cruzamiento nací robusto y atlético y tan espigado” (Llanos, 1899, 170). De manera casi que poética y con un lenguaje elaborado, comenta que desde pequeño tuvo amor por las letras, describe los placeres y las nostalgias que le dejó su paso por Nápoles, Atenas y Roma asumiendo cargos diplomáticos y políticos. En realidad hace uso de este espacio para reflexionar sobre algunos sentimientos encontrados del artista, de su condición de contemplación frente al contexto y los paisajes cambiantes; es este pintor un sujeto que se dejó influenciar por diversos viajes mediados por “artes, letras, batallas, revoluciones, motines y barricadas; discusiones, periodismos, diplomacia, finanza y galantería; observación vivaz, constante, sin reposo, y miserias y amargas y dolores curtieron de tal modo mi alma, que acabó por donde empecé: por adorar la naturaleza” (Llanos, 1899, 172).

Esta autobiografía, que fue escrita en Bogotá, el 12 de agosto de 1893, termina concluyendo que Llanos gusta de la sencillez, la naturalidad y la quietud; que sus críticos, como Emilia Pardo, Balsa de la Vega, Yxart, Madrazo, entre otros, lo consideran tan hábil que es muy difícil contemplarlo sin su obra, pues parecen ser uno solo y que cuando él habla parece que lee y viceversa, destacando su más características virtudes y su forma de ser. Dejar registro o testimonio propio, personal y autopresentarse frente al lector como fuente directa de aquello que avala la obra, significa una experiencia nueva de lectura para entender a un escritor, es entablar un diálogo y entrar en el proceso directo de comprensión; es poseer una fuente primaria de aquello que se publica. Según Acosta, las autobiografías

se constituye[n], por tanto, en una manera particular de mirar el pasado, de mirarse en él. Está cargada de un tipo de ejemplaridad en la que el hombre –narrador- autor se constituye en el eje. [Para varios autores] el objetivo principal es el de ser testigos de un mundo circundante y dejar su testimonio (Acosta, 1993, 47).

Imagen 3. Autobiografía de Luis de Llanos



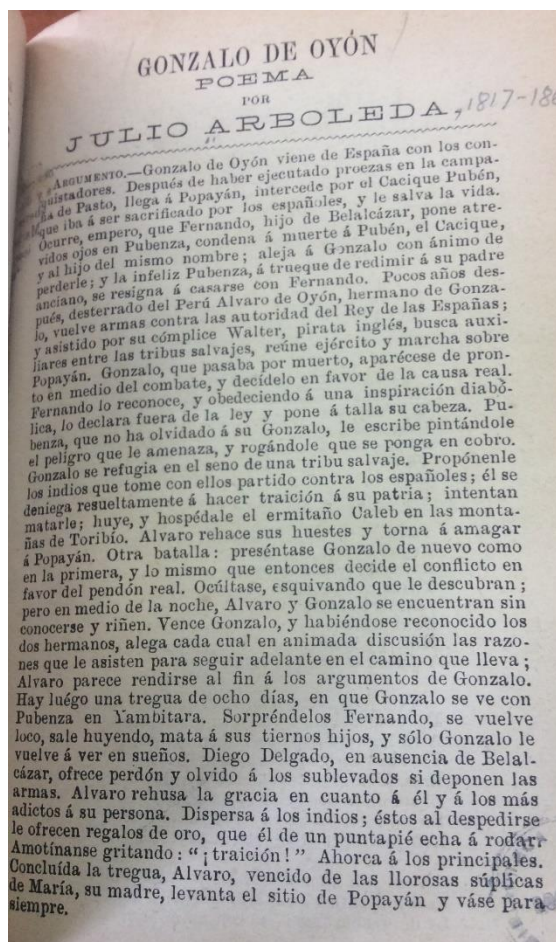
Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo III, 1893. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Por último se encuentran las noticias biográficas y literarias que adquieren la forma de argumento, en la que explica en qué consiste la obra a partir de un resumen y los principales componentes o pasajes que suceden en esta. Ese es el caso del argumento introducido para el texto *Gonzalo de Oyón*, poema escrito por Julio Arboleda. En dicho argumento, se cuenta las dificultades por las que atraviesa Gonzalo de Oyón tras su viaje de España y la campaña realizada con los conquistadores en Pasto. Posterior a esto se reseña que él llega a Popayán y le salva la vida al Cacique Pubén quien iba a ser sacrificado por los españoles. Se cuenta además la historia de conquistadores de apellido Belalcázar que pretendían realizar exterminios y malos actos, desencadenando guerras y en las que Gonzalo de Oyón se ven enfrascado.

Se entiende por otro lado que Gonzalo de Oyón es un héroe que trata de velar por los habitantes precolombinos y que logra en cierto punto relacionarse con una bella mujer Pubenza,

quien ha sido raptada por Fernando Belalcázar y que Gonzalo se dispone a recuperar en medio de batallas entre españoles conquistadores y pueblos o tribus salvajes. También Gonzalo, durante la historia, se enfrenta su hermano Álvaro quien al final resulta asesinando personas al igual que Fernando y se concluye que Álvaro huye de Popayán. Este tipo de noticia puede verse como un elemento que ayuda a contextualizar al lector y a ubicarlo en texto, más cuando se trata de un poema o canto en el que se asumen ciertos pasajes que el lector puede que no advierta. Ayuda a condensar el contenido y se especifican los momentos más importantes acaecidos o desarrollados en la historia.

Imagen 4. Argumento de *Gonzalo de Oyón*



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo X, 1895. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Otros tipos de noticias o prólogos menos comunes pero no por ello menos irrelevantes, tienen que ver con la noticia realizada por el mismo editor-librero quien es el encargado no solo de la presentación de la obra sino también de la traducción. Es el caso de Jorge Roa, editor, prologuista y traductor del texto *Amor alemán*, de Max Müller. Este caso, además de ser especial

por ser editado por su mismo director, cuenta con un prefacio escrito por el mismo Müller, lo que otras obras no incluyen y que habla del rigor constitutivo y estructural con el que se quiere complementar la obra. Según Roa, esta obra es la “María alemana” porque cuenta una historia de “amor que es casi filosofía amorosa, que tiene asiento más en el cerebro que en el corazón; amor que no quema sino que arde apaciblemente como lamparilla de enfermo”. Además es un caso un tanto opuesto, pues con todo lo sustentado sobre el carácter popular de la colección de la Biblioteca Popular, *Amor alemán* “no es para el vulgo de los lectores sino para la aristocracia de la inteligencia”, pero que gracias a la traducción y el tratamiento que realiza Roa de esta obra adaptada, “vosotras, lectoras de la BIBLIOTECA POPULAR, á quienes está dedicada esta traducción, leed y releed muchas veces este libro como hacéis con una sonata de Beethoven” (Roa, 1893, 254).

Cuenta además algunos detalles de la vida del autor alemán, nacido en Dessau el 6 de diciembre de 1823 y estudioso de las lenguas orientales y fue profesor de la Universidad de Oxford. También publicó algunos textos entre los que se destaca *Consejos para para aprender las lenguas del teatro de la guerra de Oriente o Filología comparada de las lenguas indo-europeas, con relación á su influencia sobre la civilización primitiva de la humanidad*. Lo interesante es que muchas de esas obras listadas son estudios académicos, y gracias al criterio y la elección del editor-librero se escoge la que tiene un potencial literario trascendental y la que en últimas resulta una obra inédita o desconocida; característica particular de otras obras de la colección. Posterior a esta noticia viene el prefacio y los textos (poemas y relatos) que también contaron con la traducción de Rafael Pombo.

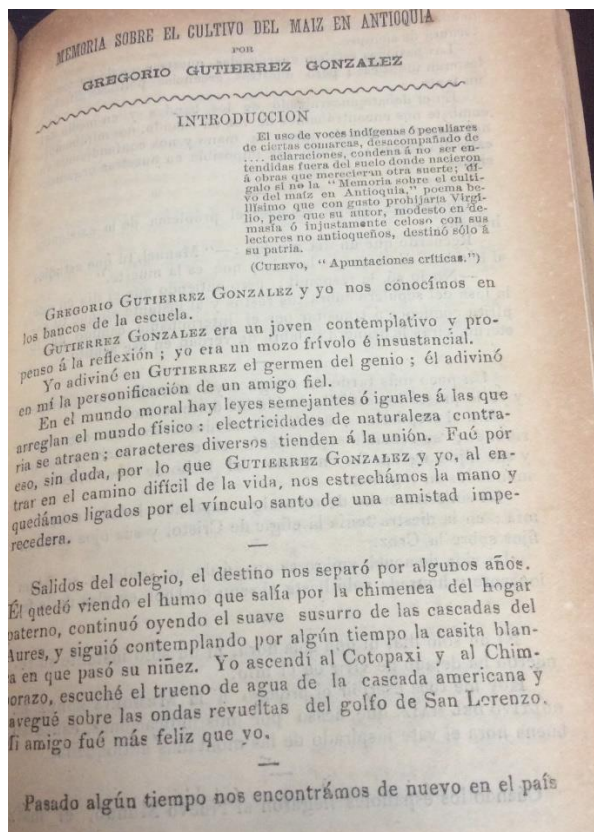
Otro tipo menos usual pero llamativo es el de la *Introducción* (cambiado el título de noticia) realizada por el médico, científico y escritor antioqueño Manuel Uribe Ángel a la obra de Gregorio Gutiérrez, *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*. Esta introducción comienza con un epígrafe del que hace uso Uribe para resaltar la calidad escritural del poeta antioqueño y lo toma de las *Apuntaciones críticas* de Cuervo. En seguida, Uribe comenta de forma anecdótica cómo conoció a Gutiérrez en la escuela; un joven “contemplativo y propenso á la reflexión”. De forma también lírica y poética, Uribe cuenta que a mediados de siglo “las pasiones estaban enardecidas, nuestras opiniones sociales eran idénticas; pero nuestras creencias políticas diferían un tanto. En el debate encarnizado de los bandos y en medio del combate nos encontrábamos de vez en cuando, nos mirábamos, nos estrechábamos de nuevo la mano” (Uribe, 1894, 144). A su vez recuerda que una vez Gutiérrez le preguntó qué era la vida y la muerte y solo hasta el cuidado, delirio y el padecimiento de su muerte, ambos pudieron comprender qué significaban aquellos conceptos. Después de esta introducción casi nostálgica, amistosa y entrañable, dice Uribe “me toca escribir el prólogo á la MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DE MAIZ, que acaso, por mis

indicaciones, cantó en buena hora el vate inspirado de las montañas antioqueñas” (Uribe, 1894, 144).

Seguido de esto, Uribe hace un recuento de la importancia del maíz desde la conquista hasta la actual y moderna Antioquia de finales de siglo XIX, relacionándolo a su vez con las historias religiosas indígenas y católicas que han considerado el maíz como un alimento sagrado. De las Memorias escritas por Gutiérrez, destaca que sus estrofas “tienen hoy su divina resonancia en los valles y en las crestas de nuestras cordilleras; su MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DE MAIZ se repite con delicia en la cabaña del pobre y se declama con orgullo en el aposento del rico y en gabinete del literato” (Uribe, 1894, 145). Así, vemos cómo la cercanía entre círculos letrados y amistades intelectuales sirvieron a la Biblioteca para darle valor, realce y legitimidad a los textos editados en dicha colección. Ya no se trata de pensar una biografía o autobiografía sobre cada autor; se trata de buscar la mayor utilidad en el testimonio y la anécdota para darle mayor credibilidad, reputación y aval a las obras que componen el largo recorrido de obras maestras nacionales y extranjeras. Por esto, Acosta muy acertadamente discute sobre una de las características de las biografías que tienden a

engrandecer la historia de un héroe, en tanto se convierte en representación simbólica de una entidad colectiva. Encontramos como dato usual la elaboración de estos textos por parte de parientes o conocidos del personaje, que bien por documentos de tipo personal, por experiencias directas o por oídas, comienzan a hacer un retrato en el que se representa a un hombre o a una psicología particular con las conversaciones propias de la tipificación del carácter o de la descripción física (Acosta, 1993, 49).

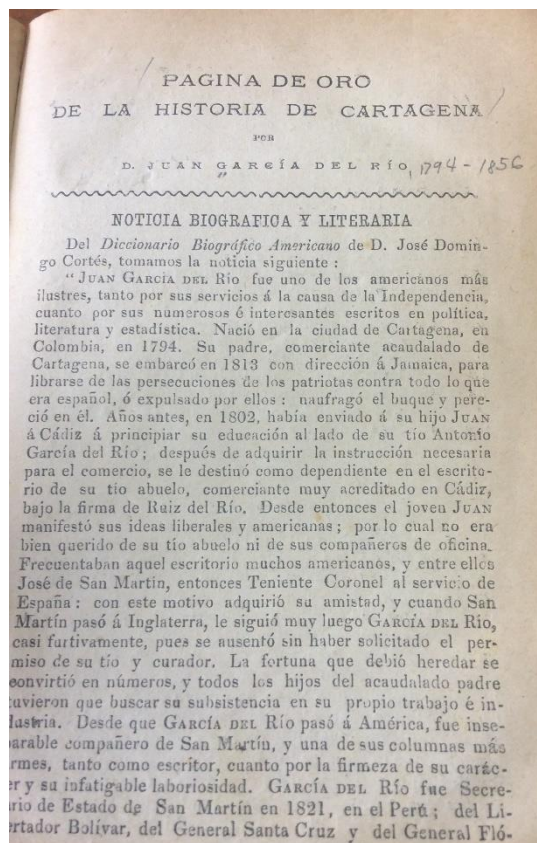
Imagen 5. Introducción escrita por Manuel Uribe Ángel



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo IX, 1894. Archivos y catálogo de la Biblioteca de la Academia Colombiana de la Lengua.

Para finalizar, otro tipo de noticia es la que hace uso de extractos de otras publicaciones como periódicos, libros o diccionarios para suplir la redacción de una nueva noticia biográfica, considerando así estas publicaciones como las más adecuadas y las mejor escritas para presentar a un autor. Es decir, la colección también se compuso de otros textos externos, lo que la hizo intertextual fuera de sí misma e invitó al lector a escritos locales y cercanos del editor y su librería. Lo que deja en interrogantes es saber cómo se accedían a este tipo de textos y bajo qué condiciones o permisos se permitía su reproducción dentro de la Biblioteca Popular. Aun así, fueron característicos los ejemplos de *Página de oro de la historia de Cartagena* (tomo XIV, 1897), obra escrita por Juan García del Río y a la que le incluyeron como noticia biográfica un texto biográfico tomado del *Diccionario Biográfico Americano* de D. José Domingo Cortés. Dicho texto también es intervenido por el editor-librero a través de las notas del editor que se ponen a pie de página y que van comentando sobre los lugares, sitios y referencias que aparecen en el escrito y que van siendo explicados por el editor para conducir al lector a una lectura más completa y comprensiva.

Imagen 6. Noticia biográfica de *Página de oro de la historia de Cartagena*



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo XIV, 1897. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Otro ejemplo es el artículo de *El Mosaico* que hace uso el editor-librero para ilustrar los aspectos de la vida de Eugenio Díaz y la magnitud o el esplendor de su más representativa obra, *Manuela*. Dicho artículo, que fue tomado del tomo IV, número 12, correspondiente al 13 de abril de 1865, como lo indica el editor en una “Nota del editor”, fue escrito por José María Vergara y Vergara y describe el encuentro y la fundación de dicho periódico, destacando a su vez la esplendidez de Díaz y cómo lograron publicar *Manuela* como novela de folletín. Este artículo sirve para presentar la obra *Cuadros de costumbres* que Roa consideró incluir como texto inédito para su colección, que aparece en el tomo XVII, en 1898. Vistos estos diversos tipos de noticias y prólogos, puede aseverarse entonces que la Biblioteca Popular cuenta como un espacio donde la historia está llamada a evocarse, recordarse y legitimarse; donde la literatura es hecha ‘popular’ por las intervenciones editoriales (recortes, abreviaciones, anotaciones, etc.) de Roa y sus ayudantes. Son diversos tipos de textos que cuentan cada uno con una noticia o prólogo para ser mejor entendidas, interpretadas y apropiadas, siendo el lector pieza clave para su existencia y ‘popularidad’. En ese sentido, el lector de noticias, prólogos y obras a finales del siglo XIX, según Acosta

necesita saber que lo que se dice es cierto y se deja acorralar por un sinnúmero de señalamientos directos, ubicaciones espaciales y temporales, enunciación de personalidades que deben serle conocidas, descripciones detalladas, referencias a la prensa como documento verificable, copia detallada de documentos (que probablemente nunca estuvieron en manos del autor) y enunciación de universales con respecto a la actuación de los seres humanos, exentos de toda duda (Acosta, 1993, 96).

Por esto, es importante finalizar con un análisis formal de la ubicación espacial general en la que se orientó y situó al lector de la colección. Es de trascendental importancia considerar la imagen y la composición de los elementos editoriales que identificaron a la Biblioteca Popular, pues además de rastrear las decisiones estructurales que tomó el editor-librero para el aspecto particular que adquirieron los tomos y volúmenes, ello permite identificar los parámetros que exigían las capacidades de sus lectores. Estos elementos introducían al lector en una colección compuesta por juegos tipográficos, tamaños, jerarquías, colores de portadas (ver capítulo 3) y en últimas en textos que contaban con una estética tipográfica acorde con el respeto y la pulcritud que el editor-librero profesaba por las obras seleccionadas bajo su mismo criterio.

2.3. Una biblioteca con imagen tipográfica: análisis formal de elementos editoriales

Lo que hay que decir de entrada con respecto a la composición, diseño e imagen de los tomos de la Biblioteca Popular es que dicha construcción se basaba principalmente en disposiciones y juegos tipográficos, es decir, todos los elementos editoriales se elaboraban a partir de diferentes tamaños y fuentes tipográficas, lo que hizo especiales y variadas las letras publicadas bajo esta colección. Aquí también es curioso anotar cómo a finales de siglo se pensaba en la elaboración del libro a partir de jerarquías tipográficas que le daban una imagen y una presentación especial al libro realizado en Bogotá, con el poco uso de ilustraciones que solo las técnicas de impresión como la xilografía o los fotograbados realizados en el *Papel Periódico Ilustrado* de Alberto Urdaneta había posibilitado para ese entonces.

El primer elemento editorial a analizar es la cubierta o portada principal que consistía en una ilustración realizada en xilografía que se compone de un paisaje con un horizonte hacia el mar y un sol radiante, que emite rayos de luz. Ello podría evocar un momento de iluminación e ilustración, propias del concepto del saber y el conocimiento, pretensiones mismas de apertura y amplia difusión de la cultura humana que tenía el editor-librero y sus colaboradores. Otro elemento de la naturaleza utilizado para evocar o representar los anteriores conceptos son las ramas que parecen ser de laurel que cumplen con ese mismo papel de mostrar la sabiduría, en este caso específico, de los autores reunidos por dos columnas laterales puestos sobre la misma

ilustración. Estas ramas parecen originarse o desprenderse de un tronco principal que sería una especie de cinta que va descendiendo a la parte inferior de la ilustración y que va mostrando los nombres de los autores de la Biblioteca. En la columna de la parte izquierda se muestra autores nacionales como Caldas, Ancízar, Isaacs o Tejada; en la de la derecha se encuentran autores extranjeros como Poe, Tolstoi, Schiller o Coppee. Estos nombres siempre se mantuvieron en el diseño y presentación de la cubierta.

En la parte superior izquierda se ubicaba siempre un plano circular en el que se registraba el precio, diez centavos el volumen (\$0.10) y era quizás uno de los elementos más visibles dentro de dicha portada. Permite esto inferir la importancia y las orientaciones determinadas por el editor-librero para informar a su lector y así situarlo en un primer momento de influencia a su observación y posterior compra, determinada también por los otros elementos circundantes de la portada. Sobre el horizonte y los rayos solares se sitúa el nombre de la colección de forma arqueado y en el centro de toda la ilustración se haya un plano compuesto por diversas fuentes tipográficas en las que se usaban familias tanto serifadas como palo seco; familias de transición, modernas, humanistas palo seco y hasta caligráficas que imitan técnicas de escritura manuscrita. En dicho plano se registra, como se muestra en la imagen, la información del volumen, separados por líneas o planos horizontales de elemental diseño.

Al final se situaba un diseño plano que semeja a un trozo de madera tallado en el que se muestra el nombre del director y editor de la Biblioteca, don Jorge Roa, caso exclusivo y único por ser uno de los primeros en autoreconocerse en dicha labor y autoresponsabilizarse de aquello que se seleccionaba y se publicaba. A su vez esto podría dejarnos pensar que constituía una decisión editorial por parte de Jorge Roa el hecho de hacerse público y hacer reconocer el oficio, un trabajo que siempre ha estado a espaldas o detrás de los créditos autorales y de la misma obra.

Imagen 7. Portada general de los tomos de la Biblioteca Popular



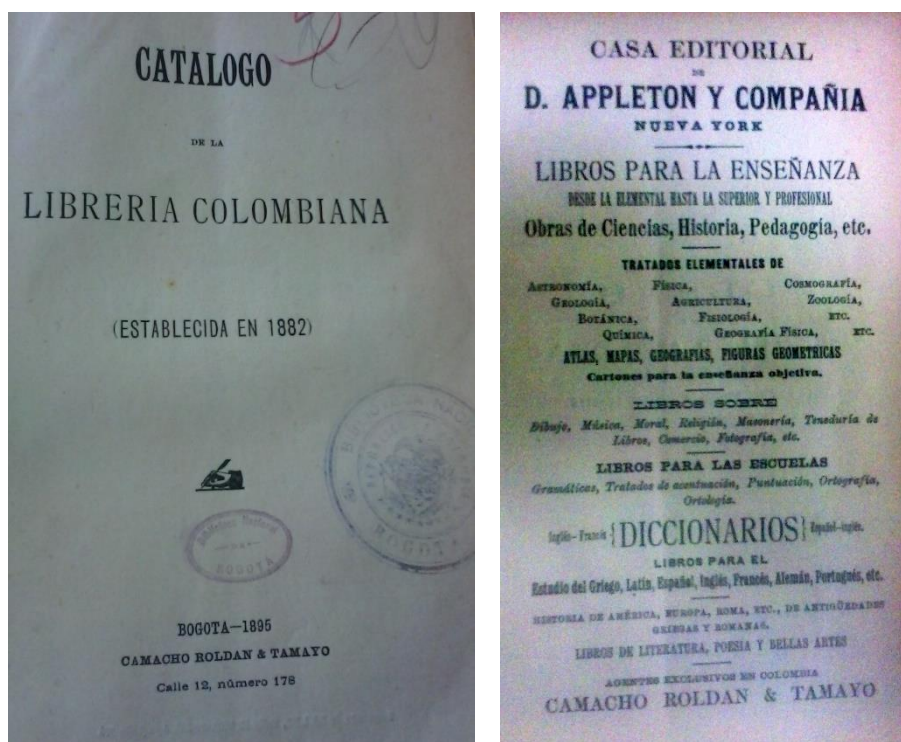
Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo III, 1893. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Las portadas interiores estaban compuestas generalmente por títulos y subtítulos ordenados jerárquica y nominalmente, de forma centrada. Primero se muestra el nombre de la colección, luego la especialidad o línea editorial, el número de tomo y en la parte inferior de la página el nombre del editor, la ciudad, el nombre de la librería y su dirección. Esta última información viene resaltada con negrita. En cuanto a aspectos de diseño, se incluyen formas

lineales para separar, por ejemplo, el nombre de la colección, que es lo más importante de resaltar en tamaño y orden, y la especialidad o línea editorial. Otro elemento de diseño son las líneas curvas que encierran o delimitan el número de tomo. Son diseños sencillos, rústicos, que emplean líneas rectas, curvas y puntos que ayudan a darle su lugar a cada título o subtítulo y establecer los espacios y la imagen de la portada. Son en sí referentes horizontales que ayudan a la decoración, la imagen de la colección y en la ubicación al lector.

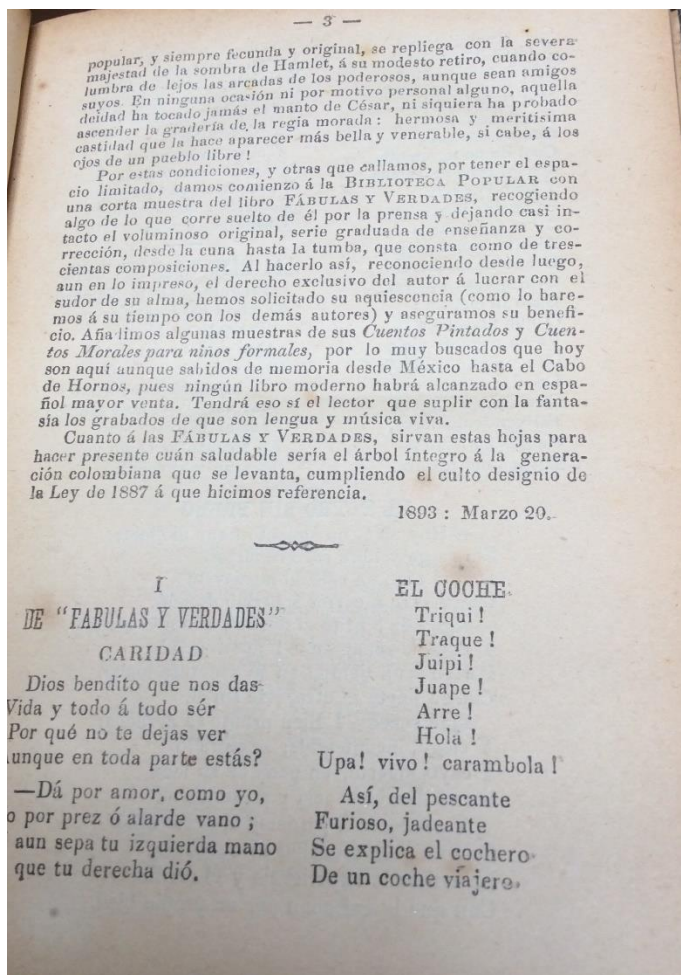
La tipografía generalmente usada fue serifada. En la portada se hace uso al menos de seis fuentes tipográficas, que corresponden a los siete textos o títulos que componen la presentación de la portada. Esta característica del uso de diversas fuentes es prominente y recurrente para la época, en la que se tiene como antecedente la Librería Colombiana de Camacho Roldan y Tamayo, quienes usaron varias fuentes para crear carteles publicitarios en los que se anunciaban las novedades editoriales importadas de Nueva York en la alianza con la librería de Appleton y Cia. Esta publicidad estaba inserta en sus libros y catálogos editoriales. La familia tipográfica comúnmente utilizada en los cuerpos principales de los textos de la Biblioteca Popular eran tipografías ‘De transición’, pertenecientes al grupo de Romanas. Por esto, las obras eran impresas con fuente Century.

Imagen 8 y 9. Portada del catálogo de la Librería Colombiana y aviso publicitario



Fuente: CAMACHO ROLDAN y TAMAYO (1895). *Catálogo de la Librería Colombiana (establecida en 1882)*. Bogotá. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Imagen 10. Página de *Fábulas y cuentos* de Rafael Pombo compuesta con tipografía Century



Muestras con fuente
Century

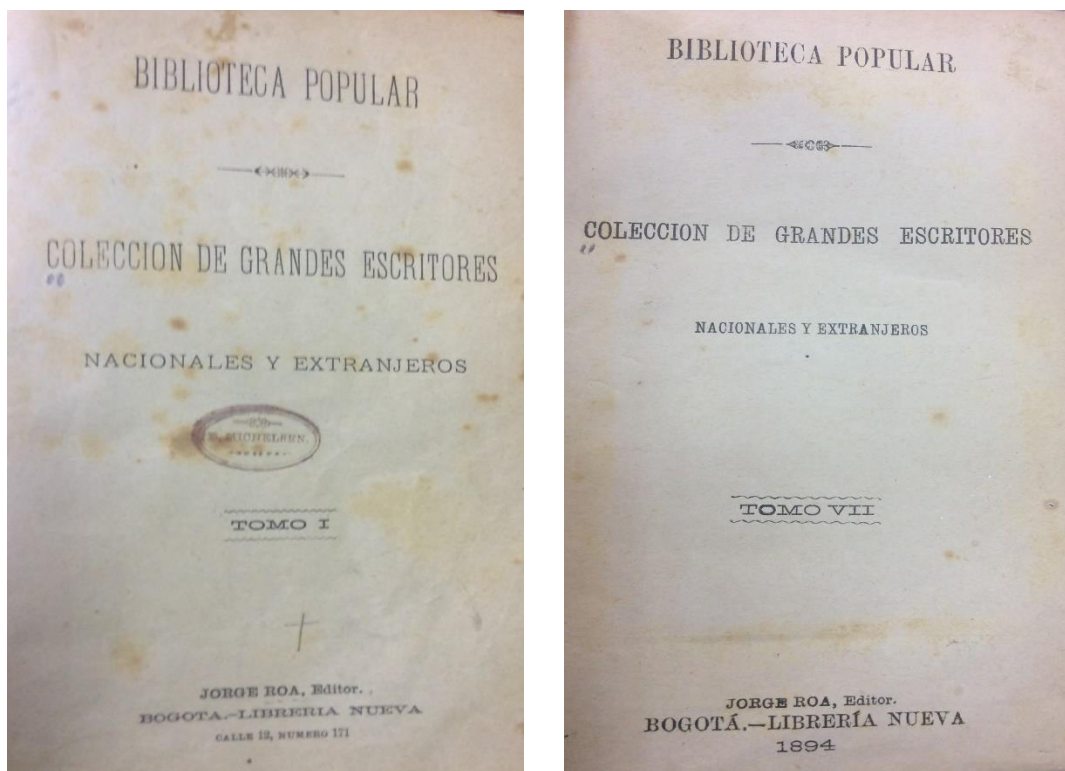
Tendrá eso sí el lector
que suplir con la
fantasía los grabados de
que son lengua y música
viva.

1893

Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo I, 1893. Archivos y catálogo de la Biblioteca de la Academia Colombiana de la Lengua.

A partir del séptimo tomo, en 1894, con el cambio de imprenta, la portada cambió tipográficamente, haciendo uso de fuentes mucho más modernas, pero sin perder la costumbre de tipografías serifadas. Por ejemplo, el título de Biblioteca Popular cambió su familia a una moderna, semejante a una fuente Didot, su tamaño disminuyó y se incluyó el año a partir del tomo IV, cosa que no tenían los anteriores. En el mismo tomo séptimo y en adelante, las formas lineales u adornos que ayudan a establecer espacios entre líneas textuales obtienen mejoras, diseños más elaborados, con mayores detalles y terminaciones.

Imagen 11 y 12. Contraste de portadas interiores de la colección con el paso de los años



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomos I y VII, 1893-1894. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

La colección realmente no contaba con página legal, pero sí con una página dedicada a los créditos de impresión. Los primeros seis tomos fueron impresos en la Imprenta de La Luz, que se encontraba ubicada en la calle 13, número 100. También se hacía mención de un apartado postal y un teléfono. Esta última información no se incluyó en los dos primeros tomos, lo que va mostrando cómo se fue mejorando durante los meses la presentación y la información complementaria a la Biblioteca. Los demás tomos, hasta el tomo XIII, fueron impresos en la Imprenta de Lleras, ubicada en la Carrera 7a número 740. Con el tomo XIV, los tomos terminaron imprimiéndose en la Imprenta del Pasaje Hernández, “á cargo de Gabriel Pontón”. Como advierte Chartier (1999), algunas decisiones editoriales eran tomadas por los talleres tipográficos e impresores, lo que aun deja ver cierta dependencia del editor-librero hacia los procesos de impresión y al cual solo se le encargaba de la preparación, presentación, realización de comentarios y reducción de las obras. Sin embargo, es de suponerse que si algunas determinaciones eran propuestas por los talleres de impresión, al menos la aprobación por parte del editor-librero de la presentación constituía de por sí una decisión editorial.

El diseño y disposición textual de los índices en general se componen de su respectivo título con tipografía serifada y debajo de este el nombre de cada autor incluido en los correspondientes tomos y la ubicación paginada tanto de la noticia biográfica y literaria y el listado de los títulos de las obras. Lo interesante de anotar en esta parte es que si bien al interior de las obras no siempre se hacen evidentes los títulos de las obras, el índice es ideal para rastrear y saber cuál es el título real de los textos añadidos en la colección y su respectiva página. El título de 'índice' hace parte del grupo de las tipografías egipcias, específicamente de las 'Duras' y el resto del cuerpo del índice está impreso con fuente Century, aunque dicho título cambia de fuente a partir del tomo XIV a Century. En ese mismo tomo, en el índice, los nombres de los autores cambian de estilo tipográfico y ahora son puestos en cursiva, para hacer ciertas distinciones por si alguna obra contenía el nombre de alguna persona o personaje y así no se fuera a confundir al lector; ello hacía más ordenado y más claro el índice.

Imagen 13 y 14. Composiciones y disposiciones generales del índice

498 #200

INDICE

	Págs.
DOCTOR FRANCISCO SOTO.—Apuntes biográficos.....	299
Memorias de 1827.....	305
HIGESIO MOREAU.—Noticia biográfica.....	33
<i>Cuentos á mi hermana.</i> —El Muérdago.....	33
La rata blanca.....	346
Los zapatos.....	357
Teresa Surcau.....	393
MARIANO OSPINA.—Prólogo.....	371
La musla.....	377
Carta á la señorita Maria Josefa Ospina, la víspera de su matrimonio.....	381
Ojeada sobre Guatemala.....	390
Opiniones de Pero Grullo.....	398
GUSTAVO A. BECQUER.—Noticia biográfica y literaria.....	403
La venta de los gatos.....	404
El rayo de luna.....	413
El miserero.....	422
La ajorca de oro.....	430
LA CONJURACION DE SEPTIEMBRE.—Preliminar.....	437
Carta de Doña Manuela Sáenz.....	439
El 25 de Septiembre de 1828, por el doctor Ezequiel Rojas.....	444
Los Conjurados en palacio, por D. Florentino González.....	482
Carta al Libertador, por D. Florentino González.....	488
Declaración del General Santander.....	491
ALEJANDRO MANZONI.—Noticia biográfica y literaria.....	507
La peste de Milán en 1630.....	509
A la muerte de Napoleón.....	536
MARK TWAIN.—Noticia biográfica y literaria.....	539
La novela de una virgen esquimal.....	540
La célebre rana saltadora.....	554
EMIRO KASTOS.—Noticia biográfica y literaria.....	561
Mi compadre Pacundo.....	563
Julia.....	573
El primer amor.....	578
Una botella de brandy y otra de ginebra.....	587
RUBEN DARIÓ.—Noticia literaria.....	599
El rey burgués.....	600
El fardo.....	604
El velo de la Reina Mab.....	605
Album porteño.....	611
La muerte de la Emperatriz de la China.....	615
El pájaro azul.....	621
El Dios bueno.....	624
La canción del oro.....	627

INDICE

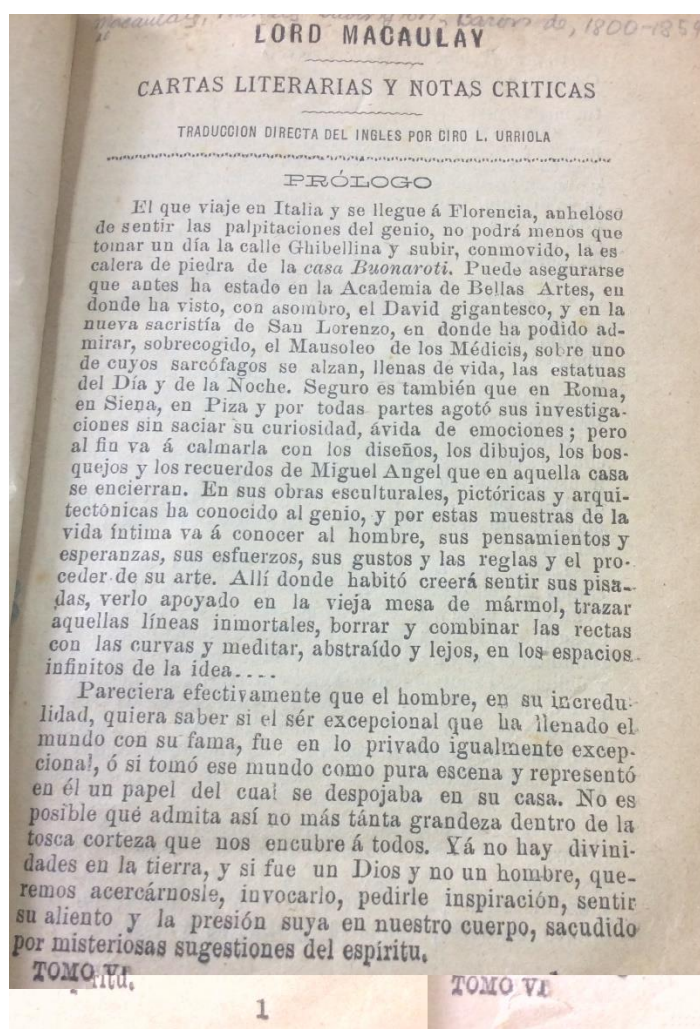
	Págs.
<i>José María de Pereda.</i> —Noticia biográfica y literaria.....	1
Pachín González.....	2
<i>Rafael M. Merchán.</i> —Noticia biográfica y literaria.....	57
Emociones.—Por la tarde.....	59
Sombra y aurora.....	60
Confesión.....	63
Dolor resignado (A Isabel).....	65
Al llegar á Colombia.....	68
Doce de Junio de 1876 (A mi hermana Lola).....	74
A una española.....	78
Fe.....	80
La crueldad del miedo.....	81
Cuba (1826).....	83
A Lucila Cortés.....	87
A Lamartine.....	90
Lo que le faltó al arte helénico.....	93
Tu secreto.....	93
¡ Cuán buena eres !.....	94
<i>Lord Byron.</i> —Noticia biográfica y literaria.....	95
PEREGRINACIÓN DE CHILDE HAROLD	
Canto primero.....	98
— segundo.....	105
— tercero.....	113
— cuarto.....	121
<i>F. Coppée.</i> —DOLOR BENÉFICO (LA BONNE SOUFFRANCE)	
Prefacio.....	131
I Campanas y lilas.....	140
II Guignol.....	144
III El pan caro.....	149
IV El río.....	155
V Despedida.....	160
VI Misioneros.....	166
VII Sobre una nube.....	171
VIII Recuerdo filial.....	176
IX Una devota.....	180
X La Nochebuena del Emperador.....	185

Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomos VI y XX, 1894-1899. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Observando la presentación general de las obras, en todas se ve que comienzan con el título de la obra, el nombre del autor y de inmediato, separada por una línea curva, aparece el título de

‘NOTICIA BIOGRÁFICA Y LITERARIA’, ‘PRÓLOGO’, ‘INTRODUCCIÓN’ o ‘AUTOBIOGRAFÍA’. El cuerpo del texto de dicha noticia se encuentra comúnmente con sangría, fuente Century. Los grupos o categorías utilizados en este espacio son generalmente cuatro: fuentes de transición y modernas para el título de la obra, *Typewriter* para el nombre del autor y para el título de la noticia y Century para el cuerpo del texto. A partir del séptimo tomo, se hizo el primer uso de una tipografía palo seco, con el nombre del autor Lord Macaulay, el cual fue impreso con fuentes pertenecientes a las palo seco humanistas. Aquí también se observan cambios de órdenes y disposiciones, situando primero al autor y luego el título de su(s) escrito(s).

Imagen 15. Aspecto general de las noticias biográficas, usos y posiciones tipográficas



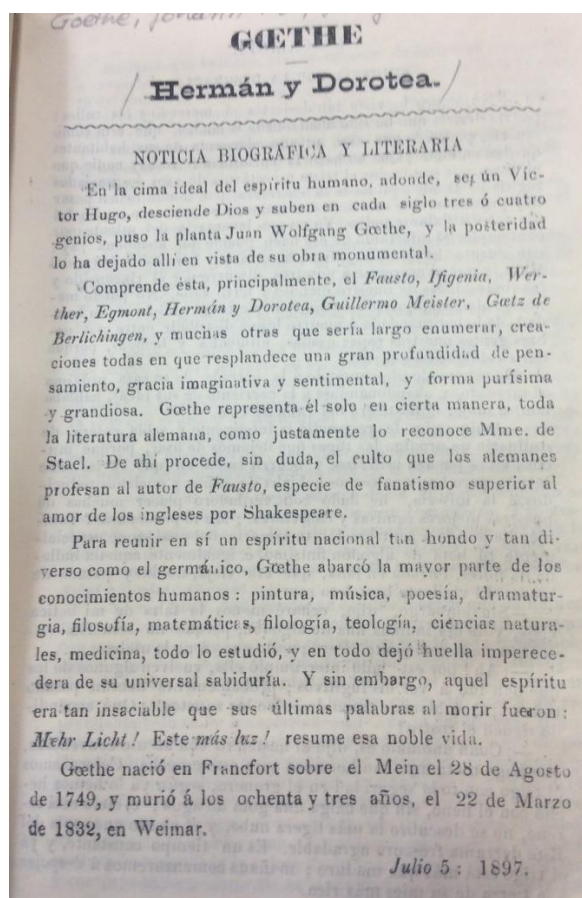
Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo VII, 1894. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Con esta misma obra y en el mismo espacio de presentación, se hizo una de las primeras menciones del encargado de la traducción de las obras, en este caso se advierte, con una fuente

palo seco humanista, “TRADUCCION DIRECTA DEL INGLES POR CIRO L. URRIOLA”. Las líneas horizontales que separan el título y el nombre del autor del cuerpo de la noticia también sufren algunos cambios, con diseños curvos más detallados, más gruesos y estableciendo contrastes entre blancos y negros.

Otro caso interesante es el de Goethe y su novela *Hermán y Dorotea*, publicado en el tomo XV. Allí se hace uso de tipografías con bastones y astas gruesas, semejantes a las egipcias y en las que se mezclan tipografías de familia Duras como Rockwell; esto muestra algunas características experimentales tipográficas únicas que solo sucedieron en contadas ocasiones y que van reflejando elementos de innovación en la imagen de la colección. A ello también se le suma que en el índice se adecuaron mejor los títulos de los capítulos o poesías a partir de este tomo, que en el caso de Goethe, se desplazaron hacia el centro para situar y estructurar sobresalientemente su obra.

Imagen 16. Noticia biográfica de *Hermán y Dorotea*, de Goethe



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo XV, 1897. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Habitualmente el cuerpo de los textos de las obras se encontraba justificado, con un tamaño reducido y con párrafos con sangría. Su interlineado apenas alcanzaba 1 milímetro, lo que

va caracterizando la capacidad sintética de la colección y su comprensión en tomos. Las márgenes implementadas de manera general en toda la colección constaban de 1 cm para la parte inferior, 0,8 a 1,2 cm para la parte superior (variaba por la ubicación del nombre del autor y el paginado), 2 cm para la derecha y 1 cm para la izquierda. La margen de lectura, en la que se posiciona los dedos para desplegar las páginas y posterior lectura era siempre de 2 cm.

Otro elemento editorial que determina la intervención del editor-librero son sus propias notas al pie de página. Sin embargo, no solo se trataba del editor, sino también el traductor que, como se ha dicho en otras ocasiones, era el encargado de la edición y preparación de la obra extranjera. Las notas se indicaban dentro del texto a través de números o asteriscos y eran puestas debajo del cuerpo del texto, separadas por una línea horizontal.

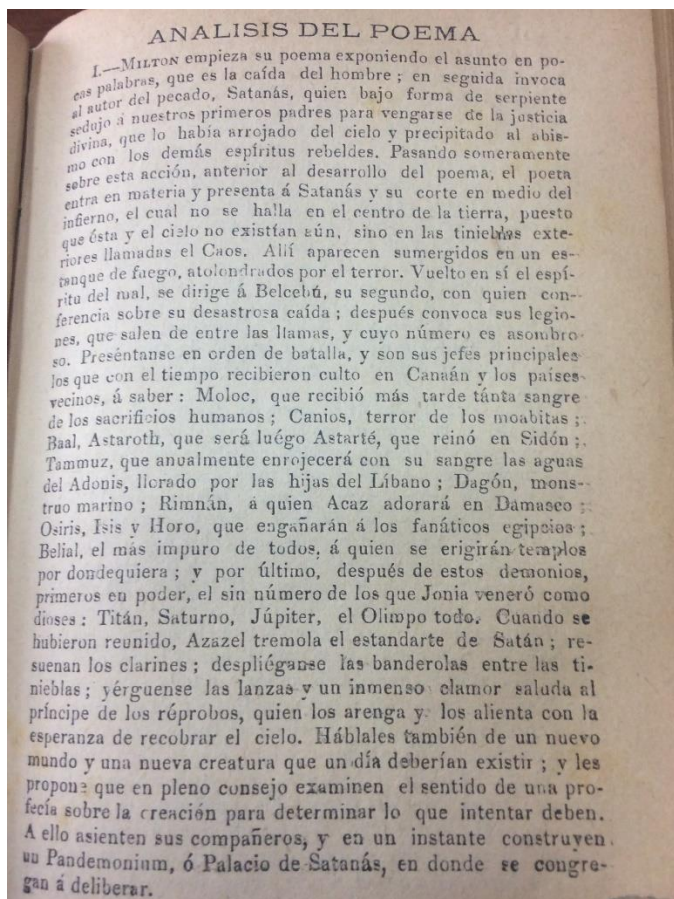
En ellas se aclaraban nombres reales de autores por si usaban seudónimo, se complementaba el texto con más datos, información o personajes que creía pertinente el editor o traductor, identificaban partes faltantes del texto, destacaban hechos y fechas relacionadas con lo que mencionaba la obra, atribuían agradecimientos a los autores o familiares de estos por dispensar el material o manuscrito de la obra, se definían palabras o se justificaba la conservación de ciertas palabras en su idioma original pues no tenían traducción al español, se aclaraban las intenciones del editor-librero de no tomar partido por ninguna posición política representada en las obras y en fin servía no solo para anotar y comentar la obra, sino también para dar avisos o noticias sobre la colección y mantener al tanto al lector de los cambios que se van dando en esta.

Ejemplo de esto último era una nota al final de los artículos publicados por Julio Arboleda en *El Misóforo*, textos publicados en la Biblioteca Popular en el tomo X de 1895. El editor cuenta al lector que además de aclarar su posición neutra sobre las acusaciones personales que hace Arboleda en dichos escritos, uno de sus colaboradores y directores de la colección, José Camacho Carrizosa, “desde hace algunos meses, nos dejó solos en la empresa y dirección de la Biblioteca.— (N. del E.)” (1895, 200). Evidencia esta de un editor-librero que hace uso de este medio para actualizar los pormenores que se desarrollan al interior de la empresa y que permite intuir que dicha aclaración es importante hacerla, quizá debido la importancia o la trascendencia laboral de este personaje, que en otras ocasiones se encuentra como uno de los escritores que más aparece en la autoría de las noticias biográficas.

Otro caso importante para mencionar como intervención editorial a través de comentarios, análisis y notas al pie de página es el de *El paraíso perdido* de Milton, editado y publicado en el tomo XVII de la colección. Este es el único caso en el que se le incluye una sola página para el “Análisis del poema”, en la que se explica y se resume los principales pasajes del poema. Este elemento permite inferir que para dicha obra era necesario un texto añadido que hiciera más

comprensible, completa y resumible la obra, que quizás podría resultar compleja y de múltiples momentos narrativos para el lector y por ello se requería una previa estructuración y asimilación. Se advierte que es un análisis, pero realmente termina perfilándose como el argumento de la obra, como en el caso anteriormente visto de Gonzalo de Oyón, de Arboleda.

Imagen 17. Análisis del poema *El paraíso perdido*, de Milton

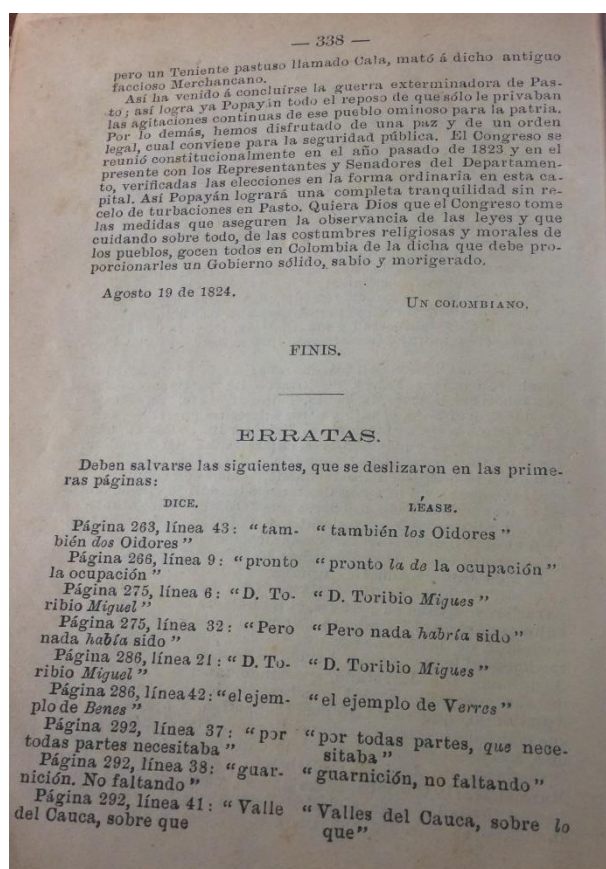
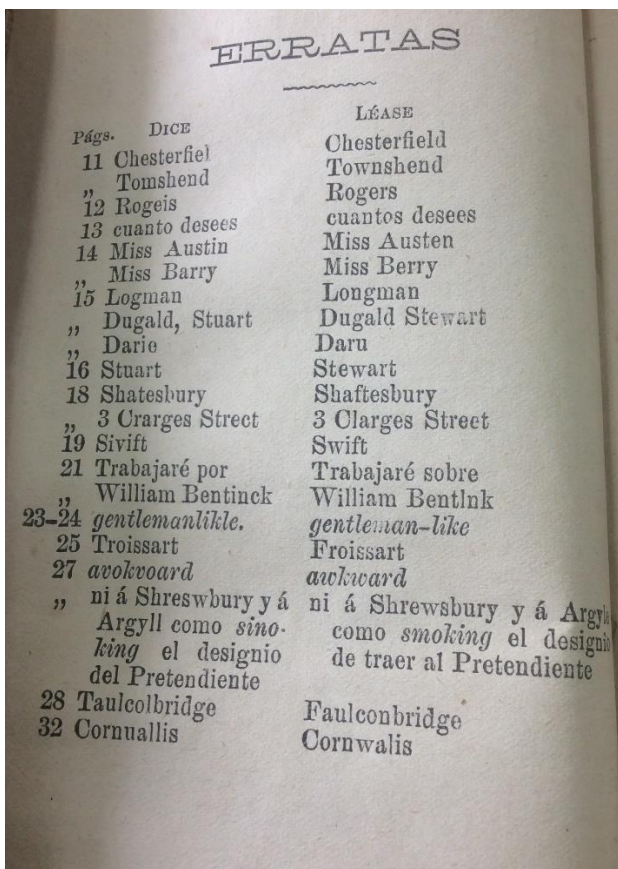


Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo XVII, 1898. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Seguido de esta página viene la obra presidida por un título mayor en tamaño que el resto del cuerpo el cual dice “BELLEZAS DEL POEMA”. A este se le añade un asterisco para su respectiva nota, en la que el editor dice que han hecho uso de del texto inglés y la versión de Chateaubriand, que es “la más literal de todas” y que sirve de soporte para usar la traducción de 1868 de su amigo Aníbal Galindo, “permitiéndonos tal cual variante en obsequio de la claridad.— (N. del E.)” (1898, 108). En este caso, el editor-librero aclara que hace uso de los extractos de la traducción al castellano de su colega, comprobando a su vez su sentido y su significado en la edición inglesa y atribuyendo los créditos y labores correspondientes para una edición íntegra y elaborada.

Otros textos auxiliares que acompañan y complementan la edición de las obras es la página de erratas, que como se vio en el primer capítulo, consta de listas de las equivocaciones y enmiendas que se cometieron en la elaboración e impresión de los escritos. Estas listas estaban generalmente compuestas por tres columnas sin ningún elemento de separación en la que se indicaba la página, el error (“Dice”) y la corrección (“Léase”). Como elemento editorial, la fe de erratas, como su nombre lo indica, muestra a un editor y a su grupo de colaboradores conscientes de las imprecisiones, que se toman el trabajo de revisar lo que ya fue impreso y de enmendar los desaciertos, haciendo consciente al lector de aquello que se publica, se lee y se apropia. En el tomo XVII la página de erratas ahora se reduce a media página y se incluye al lado de la columna de ‘Página’, la columna de la ‘Línea’ que en dicha página se ubica el error.

Imágenes 18 y 19. Páginas de erratas

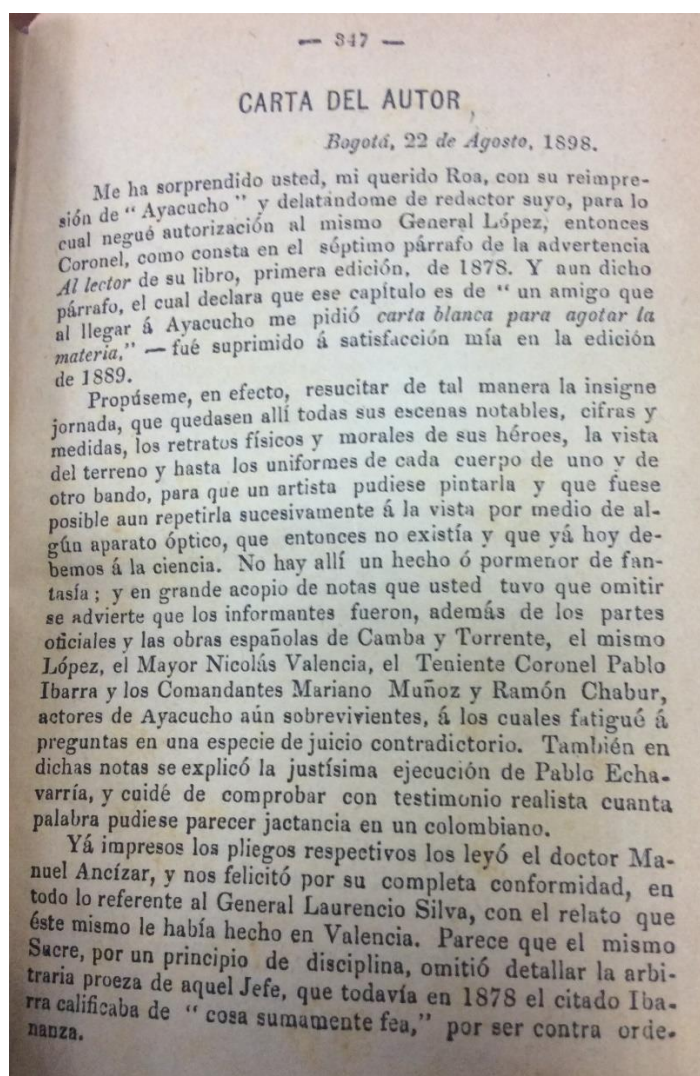


Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomos VII y XII, 1894-1896. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Distintivo aspecto editorial novedoso que se incluyó en la Biblioteca Popular y que permite rastrear la labor del editor como director y orientador de la colección y la librería, es una carta del autor que se ubica al final de *Batalla de Ayacucho*, memorias escritas por dos autores: el General Manuel Antonio López y su ayudante redactor Rafael Pombo. Este caso es bastante particular en

el sentido de que en la noticia biográfica se indica que el autor oficial es el general López, pero haciendo la salvedad de que quien realmente, a través de un “ingenio más poderoso que hemos conocido y el corazón de oro más listo”, redactó este documento histórico sobre la batalla en el Perú fue Rafael Pombo, fiel colaborador de la Biblioteca y quien para ese entonces aún estaba vivo y quien dirigió una carta como autor de la obra a Jorge Roa el 22 de agosto de 1898.

Imagen 20. Carta del autor al editor incluida en *Batalla de Ayacucho*



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo XVII, 1898. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

En dicha carta, Pombo confiesa al editor Jorge Roa que él sí redactó este texto que fue publicado en 1878 y que pertenece al libro *Recuerdos de la Guerra de la Independencia*, del cual Roa toma el capítulo de *Batalla de Ayacucho*. Pombo entonces para su fecha primera de publicación renuncia a su autoría, dándosela al General López, quien en ese entonces era coronel y que gracias a los hermanos Pombo, Manuel y Rafael, pudo en 1879 obtener el máximo título

militar a través de un memorial firmado por varios ciudadanos y dirigido al Congreso que hicieron llegar los mismos hermanos.

Cuenta Rafael Pombo que durante el proceso de escritura el conservó intactos los recuerdos compartidos con el general López de aquella guerra sucedida entre 1809 y 1826. Además comenta que cuando ya fue impreso el libro, Pombo mostró el texto a otro editor experimentado de diarios y periódicos: Manuel Ancízar, quien aprobó y aplaudió el logro del poeta y escritor. Es pertinente añadir cómo no solo se respalda la obra a través de otros conocimientos editoriales y literarios como los que representa Ancízar, sino también cómo se hace el recuento de la evolución editorial de este extracto y que gracias al criterio histórico de Roa como editor-librero se actualiza y se recupera, alimentándose de nuevo la colección de documentos históricos.

Así, este ejemplo muestra cómo las relaciones entre autor y editor servían para aclarar los orígenes y las motivaciones que constituyen la obra, a la vez que se le informa al lector la total transparencia de aquello que resulta publicado en la colección y en la librería. Una vez más se muestran las relaciones que mantenía el editor para construir su Biblioteca, relaciones con círculos letrados reconocidos, afamados y legítimos como Pombo, que en este caso ahora no solo traduce y comenta obras de la colección, sino también es, incluso, añadido como autor anónimo o coautor de una de los escritos publicados por las determinaciones e inclinaciones de Roa. Esta ‘Carta del autor’ es único ejemplo de un texto que se necesitaba incluir al final de la obra para justificar las elecciones editoriales y los comentarios realizados en la noticia biográfica por el propio editor-librero. En últimas, en este tipo de textos y géneros escritos como el epistolar hacen, como lo señala Silva

presencia las estrategias de “coacción” al lector, los intentos de conducirlo en ésta o aquella dirección –los prólogos, las dedicatorias, los subrayados, las recomendaciones de lectura, las divisiones textuales, etc.–, reconociendo siempre y mostrando de qué manera tales coacciones no clausuran [tampoco] las posibilidades interpretativas del lector o las comunidades de lectores (Silva, 2008, 23).

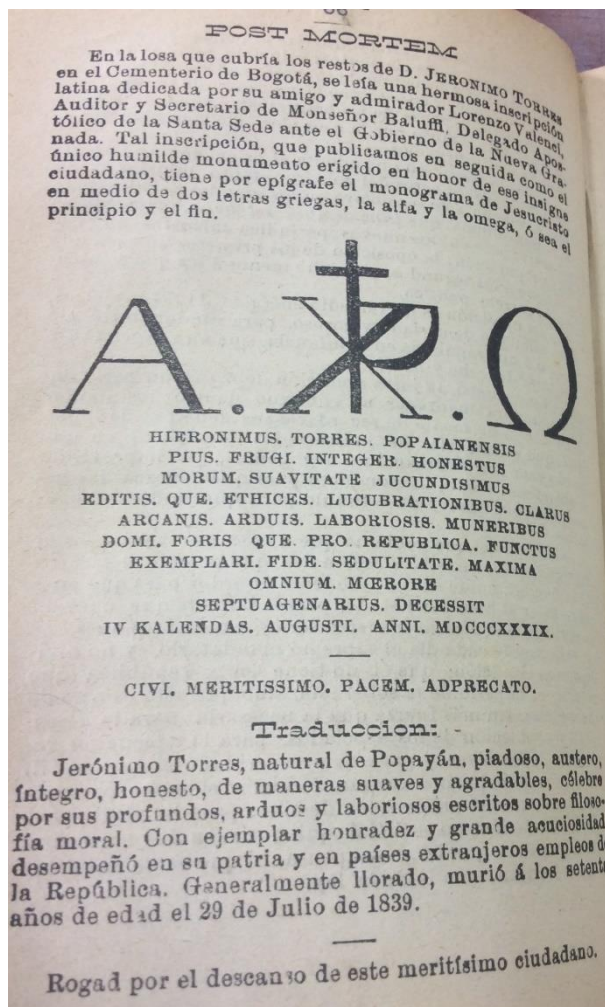
Vale la pena aquí mencionar el grupo de colaboradores y traductores que constituyeron, como se ha visto a lo largo de estos dos capítulos, la labor de edición a finales del siglo XIX encabezada por Jorge Roa. Muchos de ellos son difícilmente identificables, abreviando sus nombres o seudónimos con siglas, entre los que se encuentran José Asunción Silva (posiblemente el mismo de las siglas J.A.S.), Raúl Pérez, Rafael Pombo, J.C.C. (quien podría resultar siendo el ya mencionado codirector de la Biblioteca, el escritor José Camacho Carrizosa, 1865-1905); el traductor Julio. C. Rodríguez, F. J. V., A. Pizarro; el periodista, político y militar Rafael Uribe Uribe, la señorita I. A. H., Manuel Uribe Ángel, el político, abogado y empresario Miguel Samper; Enrique Restrepo García, Josefina Cortés de Forero, Vicente de Arana, entre otros.

Una última “estrategia de coacción” como dice Silva y que representó otro tipo de elemento editorial novedoso fue el texto *post mortem* ya referido en el presente capítulo. Como se dijo, este elemento simbólico pretende rendirle tributo impreso a la memoria y obra de los autores a los que se les otorgó dicho espacio. En el caso de Jerónimo Torres, se reproduce el epígrafe utilizado en su losa sepulcral que se encuentra escrito en latín y que el editor-librero traduce para el amplio público ‘popular’. Su traducción al castellano dice

Jerónimo Torres, natural de Popayán, piadoso, austero, íntegro, honesto, de maneras suaves y agradables, célebre por sus profundos, arduos y laboriosos escritos sobre filosofía moral. Con ejemplar honradez y grande acuciosidad desempeñó en su patria y en países extranjeros empleos de la República. Generalmente llorado, murió á los setenta años de edad el 29 de Julio de 1839 (1893, 66).

Con esto, resta al editor pedirle a los lectores “Rogad por el descanso de este meritísimo ciudadano” y así cerrar de manera circular la presentación y publicación de la obra. En la segunda edición de 1899, perteneciente a los tomos que conserva la Biblioteca de la Academia de la Lengua, esta traducción es eliminada, solo conservando el texto en latín. De forma circular se hace referencia a que es tan singular y exclusivo este recurso que resulta ser un buen complemento para la noticia biográfica, incluyendo los sucesos completos de su muerte y de paso rindiendo su respectivo homenaje. Constituye entonces la Biblioteca Popular un espacio para contrastar y conservar permanentemente el ingenio de los autores, los logros, virtudes de sus obras y los aspectos más relevantes de sus vidas, incluyendo su muerte.

Imagen 21. Textos post mortem



Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo II, 1893. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

El segundo y último caso de este tipo de textos es el que añade el editor en la segunda edición del tercer tomo en 1898 a la obra *Cosas de mi tierra*, del ya mencionado Luis de Llanos. En este *post mortem* el editor recuerda que “un año después de que él mismo escribió para nosotros su autobiografía, murió en Bogotá el 4 de Octubre de 1894” y que en agradecimiento a semejante labor, pide “¡Honor á su memoria!”. Podría también pensarse que estas páginas *post mortem* simbolizan un modo de gratitud por parte del editor-librero por la posibilidad de acceso a archivos antiguos históricos y en suma se convierte en un gesto público para los familiares del autor y para los lectores de la Biblioteca.

Como se mencionó al final de la introducción a este capítulo, realmente los tomos no se vendían ya contruidos con sus respectivas obras, sino que semanalmente el editor-librero ponía a disposición del público, dentro de su librería, la venta de pequeños libros o lo que él denominó

volúmenes que constaban de treinta a cuarenta páginas en promedio y cada uno costaba 10 centavos. Esta información era puesta al respaldo de cada cubierta principal ilustrada de los volúmenes y allí se consignaba que “Cada diez volúmenes forman un tomo en edición condensada, de 320 páginas, que vale: A la rústica, \$1.—Encuadernado, \$1,40”. Aquí es relevante observar que en este espacio hay un editor que piensa no solo en el precio de lo que vende en su librería, sino en cómo explicarle al lector la obtención de los volúmenes; además de esto, le ofrece la posibilidad de reunirlos en un tomo de forma rústica o encuadernada en cuero. Se puede observar entonces un editor que no solo le basta indicar el precio en la cubierta ilustrada (\$0.10), sino que constituye una estrategia editorial y de venta el tomarse la molestia y otorgar un espacio en su Biblioteca y especificar la estructura de su colección y los modos de acceder a ella. Se halla entonces un editor que no solo tiene en cuenta el contenido, sino también la forma y el medio, como se muestra en la siguiente imagen:

Imagen 22. Especificación de la colección: las obras, sus números y sus precios en Cartas, de Francisco de Paula Santander

BIBLIOTECA POPULAR	
DIEZ CENTAVOS EL VOLUMEN	
1. <i>R. Ponce</i> . Fábulas y cuentos.	52. <i>Díaz Vial</i> . Poesías.
2. <i>Edgardo Poe</i> . Cuentos extraordinarios.	53. <i>Stanley</i> . A través del África.
3. <i>Neritón</i> . Cartas.	54. <i>R. Palma</i> . Tradiciones.
4. <i>A. G. Halévy</i> . El estado Constantino.	55. <i>Alarcón</i> . Novelas cortas.
5. <i>Fernán Tájeda</i> . Fábulas políticas (dédicas).	56. <i>Martínez</i> . Cuadros de costumbres.
6. <i>Juan Montalvo</i> . Los héroes.	57. <i>Saúl Cano</i> . Fin de una raza.
(Las entregas anteriores se han agotado).	58. <i>Dickie</i> . Influencia de la mujer.
8. <i>Sergio Arboleda</i> . La República.	59. <i>R. A. Santander</i> . Artículos.
9. <i>Santiago Pérez</i> . Estudios críticos y discursos.	60. <i>Mesenero Romano</i> . Escenas.
11. <i>Amelia Ferrer</i> . Cofre de nácar.	61. <i>Diego Fallón</i> . Verso y prosa.
12. <i>Jesús Torres</i> . Delirios. — Titillatum.	62. <i>Rodrigo Cortés</i> . Cuelumbres.
13 y 14. <i>Isaac</i> . Casa de muñeca.	63. <i>D. Mendoza Pérez</i> . Fisiografía.
15. <i>J. J. Ortiz</i> . María Dolores (novela).	64. <i>Isaac de Trujillo</i> . Cuidas.
16. <i>Gladstone</i> . Discursos.	65. <i>Hartzenbach</i> . Estudios.
17. <i>M. A. Caro</i> . Polémicas.	66. <i>Amici</i> . Cuentos.
18 y 19. <i>Casascho</i> . Cuidas. El 20 de Julio de 1810.	67. <i>García Gutiérrez</i> . El Trovador.
20. <i>Tobías</i> . Cuentos para el pueblo.	68. <i>Mark Twain</i> . Bocetos humorísticos.
21. <i>Morillo y Santander</i> . Campañas.	69. <i>Galle</i> . Mignon.
22. <i>A. Daxeld</i> . Recuerdos de un literato.	70. <i>Conscience</i> . Amar después de la muerte.
23, 24 y 25. <i>Santander</i> . Cartas.	71. <i>Palacios</i> . Esneda.
OBRAS EN PREPARACION	
26. <i>Tomás Ouseca</i> . Diario de la campaña de 1800 (inédito).	72. <i>Daniel Manfilla</i> . Heterismo.
27. <i>R. Nieves</i> . Poesías, pensamientos y discursos.	73. <i>Anclair</i> . Peregrinación.
28. <i>F. Pérez</i> . Obras varias.	74. <i>Bernardo Torrealba</i> . Artículos y anécdotas.
29. <i>Larra</i> . Artículos.	75. <i>Gutiérrez Nájera</i> . Poesías.
30. <i>D.ª Manuela Sáenz</i> . Conjuración de Septiembre.	76. <i>C. A. Echeverri</i> . Artículos y conferencias.
31. <i>Julio Arboleda</i> . Discursos.	77. <i>Tobías</i> . El Abrigo.
32. <i>J. M. Semper</i> . Ataque de San Agustín en 1862.	78. <i>P. J. Berrio</i> . Correspondencia.
33. <i>M. Ojeda</i> . Artículos.	79. <i>Caicedo Rojas</i> . Tiempos de antaño.
34. <i>Eudén Izquierdo</i> . Novelas cortas.	80. <i>Averiloch</i> . La selva surina.
35. <i>Grout</i> . Artículos de costumbres.	81. <i>Saintine</i> . Una flor querida.
36. <i>K. Gutiérrez</i> . Tragedia de diez años (Durante la tiranía de Rosas).	82. <i>García del Río</i> . Página de oro. (Cartagena en 1815).
37. <i>Pascual Ojeda</i> . Escritos varios.	83. <i>J. F. Ortiz</i> . La corona de humo.
38. <i>Santiago Pérez</i> . Novelas cortas (inéditas).	84. <i>A. Kerr</i> . Bajo los tilos.
39. <i>Edith Whistler</i> . Poemas de pasión.	85. <i>Lemaître</i> . Cuentos.
40. <i>Fevada</i> . La primera declaración. Fin de una raza.	86. <i>M. Murillo</i> . Artículos.
41. <i>General J. M. Obando</i> . Cartas.	87. <i>Justo Arceles</i> . Estudios políticos.
42. <i>Max Müller</i> . Amor alemán.	88. <i>Eugenio Paz</i> . Cuelumbres.
43. <i>Enrico Krause</i> . Artículos.	89. <i>Longfellow</i> . Poesías.
44. <i>Mercime</i> . Novelas cortas.	90. <i>Almeida</i> . Canto a Bolívar.
45. <i>J. J. Ortiz</i> . Cartas de un sacerdote católico.	91. <i>Paul Janet</i> . La Revolución.
46. <i>S. Casascho Roldán</i> . Artículos.	92. <i>Juan Valera</i> . Analepigenia.
47. <i>Thackeray</i> . Cuentos.	93. <i>Dickens</i> . Cuentos escogidos.
48. <i>Sotomayor</i> . Historia de Dolliva.	94. <i>R. Carrasquilla</i> . Mosalesos (inéditos).
49. <i>Guillermo González</i> . Cullivo del mar.	95. <i>Quintero Otero</i> . Capítulo de historia (inédito).
50. <i>Stendhal</i> . Waterloo. <i>Héine</i> . Marenco. — <i>H. A. López</i> . Arsenecho.	96. <i>X. Marrover</i> . Dramas íntimos.
51. <i>Mausol</i> . La peste de Milán.	97. <i>Fernán Tájeda</i> . Apuntes históricos.
	98. <i>José Ignacio Escobar</i> . Estudio de literatura (inédito).
	99. <i>Mad. Susette</i> . Pensamientos.
	100. <i>J. J. Borrín</i> . Amores de un pintor (inédito).
	101. <i>Washington Irving</i> . La honra del Moro.
	102. <i>Varios</i> . Tapa del Congo, Tocogunda, Novena de la paz.
	103. <i>Cándido Vera</i> . Vida de Aparisi y Gujardo.

La suscripción a la serie de 10 volúmenes vale un peso. Dirigirse a la Librería Nueva de Jorge Ron, Bogotá

BIBLIOTECA POPULAR— (Diez centavos el volumen)

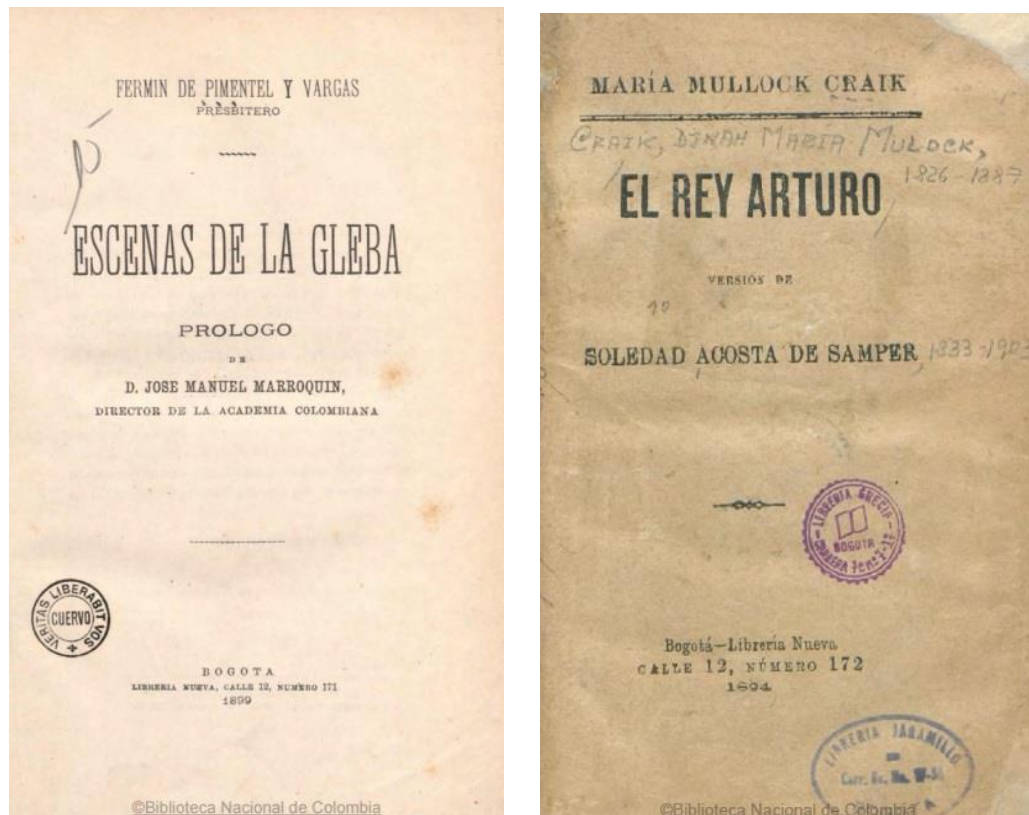
Cada diez volúmenes forman un tomo en edición condensada, de 330 páginas, que vale:
A la rústica, \$ 1.—Encuadernado, \$ 1-40.

<p>Tomo 1.º</p> <p>1 Fombo. Fábulas y cuentos. 2 Foe. Cuentos extraordinarios. 3 Nariso. Cartas. 4 5 Halevy. El Abate Constantino. 6 V. Tejada. Fábulas políticas. 7 Juan Montalvo. Los héroes. 8 M. Arboleda. La República. 9 S. Pérez. Artículos y discursos.</p> <p>Tomo 2.º</p> <p>11 A. France. Coffre de nâcar. 12 Ji. Torres. Deberes. — El Hincapien 13-14 Ibsen. Casa de muñecas. 15 Ortiz. María Dolores. 16 Gladiouze. Discursos. 17 M. A. Caro. Palémias. 18-19 Urdas. El 29 de Julio de 1816. 20 Tolstol. Cuentos para el pueblo.</p> <p>Tomo 3.º</p> <p>21 Merillo y Santander. Campañas. 22 Daudet. Recuerdos de un litento 23-25 Santander. Cartas políticas. 26 Llano. Cosas de mi tierra. 27 V. Navarro. La Perla negra. 28 Díaz Mirón. Poesías. 29-30 Marroquín. Cuentos alegres.</p> <p>Tomo 4.º</p> <p>31 Auerbach. La Selva negra 32 Camilo Torres. Documentos históricos. 33-34 Gutiérrez. Tragedia de 12 años. 35 T. Cuena. Campaña de 1861. 36 Halevy. Matrimonios por amor. 37 Echeverri. Noches en el hospital 38-39 Max Muller. Amor Aleman. 40 Groot. Cuentos y relaciones.</p> <p>Tomo 5.º</p> <p>41 La Motte Fouque. Ondina. 42 Tolstoy. Juan el labrador. 43 Mausper. Sitio de San Agustín. 44 Pontmartin. La Marquesa de Anreboune. 45 G. Souvigny. Cultivo del maíz. 46 Caril Elias. La copa de oro. 47-48 Fernández Madrid. Biografía del General Vélez. 49 Dickens. Cuentos. 50 Cortés. Sermones.</p> <p>Tomo 6.º</p> <p>51 Nole. Memorias. 52 Moreau. Cuentos a mi hermana. 53 Opina. Artículos. 54 Hecquer. Leyendas. 55-56 Doña Manuela Sáenz. Ezequiel Rojas. Florentino González y General Santander. — La Conjuración de Septiembre. 57 Hauzoni. La peste de Milán. 58 Mark Twain. Bocetos humorísticos. 59 Emiro Kastos. Cuentos vivos. 60 Rubén Darfo. Aral.</p>	<p>Tomo 7.º</p> <p>61-62 Macaulay. Cartas literarias y notas críticas. 63-66 Vargas Tejada. Recuerdo histórico. 67 Núñez de Arce. Idilio 68 Ricardo Palma. Bopa Vieja. 69 François Copper. Cuentos. 70 Douso Cortés. Discursos sobre la Biblia.</p> <p>Tomo 8.º</p> <p>71-73 Schiller. María Estuardo. 74-75 Laemig. Las mujeres del Evangelio. 76-77 Dr. Maitre. Viaje al rededor de mi cuarto. 78-79 H. Núñez. Poesías y artículos críticos. 80 Camacho Roldán. Artículos.</p> <p>Tomo 9.º</p> <p>81 Camacho Roldán. Artículos. 82-87 H. Balzac. Eugenia Grandet. 88-89 Eduardo Blanco. Queseras y Bovicas. 90 Uribe Angel. Escritos varios.</p> <p>Tomo 10.º</p> <p>91 Jorge Ibañez. Poesías. 92-98 Ancuar. Biografía de Sucre. 94 Carrasquilla. Variedades. 95 Camponner. Poemas y dolores. 96 Julio Arboleda. Acentos republicanos. 97-99 Julio Arboleda. Gonzalo de Uyón. 100 Martínez Silva. Tres Columbiatos.</p> <p>Tomo 11.º</p> <p>101 Bolívar. Discursos y proclamas. 102 Bolívar. Cartas incógnitas. 103 Bello. Discursos académicos y poesías. 104-105 Caro. Historia del 7 de Marzo. 106-107 Theuriet. El Padre Daniel. 108-110 Pouvilion. Bernardita.</p> <p>Tomo 12.º</p> <p>111 Zenea. Poesías. 112-114 Ortiz. Cartas de un sacerdote católico. 115 Vergara. Artículos olvidados. 116 Gutiérrez Najera. Poesías. 117-118 Alercón. El Capitán Veneno. 119-120 Arroyo. Apuntes históricos.</p> <p>Tomo 13.º</p> <p>121 Dante. La Divina Comedia. 122 Cervantes. El Licenciado Vidriera. 123-124 Shakespeare. El Mercader de Venecia. 125 Valera. Asclepigenia. — Parsos de. 126-129 Felipe Pérez. Estela. 130 Olmedo. La victoria de Junín. Canto al Vencedor en Miraflores.</p>
---	---

Fuente: ROA, J. (ed). Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros, tomo III, primera edición de 1893 y segunda edición de 1898. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Por otro lado, no sólo los títulos que reúne la Biblioteca Popular fueron los únicos editados; también volúmenes separados de obras como *Por México y California: recuerdos de viaje*, de Carlos Patiño publicada en 1899; *Escenas de la gleba*, del presbítero Fermín de Pimentel y Vargas, publicada y comentada por José Manuel Marroquín en el mismo año, o *El Rey Arturo*, en la versión y traducción de Soledad Acosta de Samper de la autora Dinah Maria Mulock Craik.

Imagen 23. Portadas de otras obras ofrecidas en la Librería Nueva



Fuente: Catálogo digital de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Fuera de la labor de edición de los textos de la Biblioteca Popular, la Librería Nueva y sus editores colaboradores fueron delegando al anonimato la preparación de las obras haciendo uso, para la primera década del siglo XX, de textos introductorios como ‘Prefacio de los Editores’. Por ejemplo, en 1906, se publica la obra de Valmala *Ripios colombianos* que intenta realizar una crítica analítica del estilo y la poética de algunos autores nacionales como Antonio Gómez Restrepo, Julio Flores, Guillermo Valencia, entre otros. Gracias al prefacio realizado por los editores, se pudo saber que esta obra fue escrita durante la Guerra de los Mil Días, que había sido finalizada al tiempo que acabó esta (en 1903) y que solo hasta 1906 pudo ver la luz pública pues entró en un largo proceso de edición y corrección que la crítica podría atacar si no se consideraba su previa lectura y preparación¹¹.

¹¹‘Prefacio de los Editores’, 1906, p. III.

Con esto, los procesos de edición y publicación de obras bajo el sello de la Librería Nueva modificaron sus tiempos debido a las circunstancias contextuales de la época y ya no se trataba de publicar obras al pronto tiempo de cada semana como lo fue la Biblioteca Popular. Se trataba ahora de pensar cuidadosa y estratégicamente la elaboración de los libros, manteniendo el editor o los editores la relación y comunicación tanto con el autor como con el lector para la presentación y divulgación de los textos.

En conclusión, se observa a un editor-librero que razona y reflexiona en las formas y elementos editoriales necesarios para la divulgación de obras en el contexto bogotano de finales del siglo XIX, el cual posibilitó la convivencia de discursos nacionales y extranjeros, textos producidos localmente e importados. Aunque no solo se requería de conocimientos y contactos culturales y editoriales; era necesario la creación de un establecimiento, un lugar, un espacio dentro de la capital colombiana que permitiera consumos culturales propios de gustos burgueses y letrados. En ese lugar el comercio de los productos y las ideas van a convivir estrechamente hasta el punto de originar la presencia del editor-librero y desde el aspecto sociocultural, la consolidación de espacios para la tertulia. Dicho espacio referido es la librería, tema que será abordado en el siguiente capítulo y que tomará como caso especial para el surgimiento del editor de a finales del siglo XIX en Colombia a Jorge Roa y su Librería Nueva

CAPÍTULO 3. La proliferación de librerías a finales del siglo XIX: primeros desarrollos y escenarios del ejercicio editorial en Colombia

En el primer capítulo de este trabajo se abordó a grandes rasgos lo que significaba Bogotá como una ciudad donde los desarrollos urbanos, el inicio de una economía capitalista y el consumo de mercancías y costumbres del mundo exterior iban caracterizando la capital colombiana. Si bien la historia urbana de Colombia para finales del siglo XIX concentra gran parte de sus estudios en Bogotá, también se pudo evidenciar cómo desarrollos en cuanto a la navegabilidad y transporte del río Magdalena, los ferrocarriles, tranvía y las exportaciones de productos como el café hablan de un país que estaba inserto en un proceso de cambio y transformación, contrastado con los altos índices de analfabetismo y la exclusión de gran parte de la población en el discurso de unificación nacional.

Bogotá fue la ciudad principal que se encargó de matizar estos contrastes al convertirse, primero, en el destino de migración de los empresarios y políticos más hacendados hacia el interior del país (Otero, 2009). Por otro lado, los periódicos de la época como *El Telegrama*, *El Correo Nacional* o *La Crónica* introdujeron en sus líneas editoriales las noticias e información del extranjero de países como Bulgaria, Rusia, Cuba, París o Estados Unidos, las cuales, como lo relata Vallejo (2006), resultaron ser noticias comúnmente incomprendidas por los lectores, pero hablan de periódicos modernos y periodistas que tenían contacto con el mundo y lo traían al contexto capitalino y nacional. A su vez estos periódicos representaron el espacio y el escenario adecuado para que intelectuales y políticos se disputaran un lugar en la organización y el sentido de una Colombia que pretendía llegar a crear un discurso nacionalista y ‘moderno’ desde su centro-metrópoli más influyente.

A través del consumo de periódicos y libros que trataban temas europeos, los bogotanos pudieron presenciar lo que Otero (2009) denomina como “una incipiente cultura urbana” y con ello se dio la posibilidad, a finales del siglo XIX, de “cultivar un particular estilo de vida”. Así, la creación de academias, bibliotecas, clubes, teatros y librerías a lo largo del siglo muestran una ciudad en constante renovación y múltiples formas urbanas, civiles y culturales que como la misma autora señala, la sociedad bogotana, liderada por las altas clases letradas, buscaba “establecer nuevos parámetros de consumo de acuerdo con los estándares fijados por el mundo europeo” (2009, 21).

Ejemplo de ello fue la creación de la Academia Colombiana de la Lengua, idea importada por José María Vergara y Vergara en la década del setenta gracias a sus viajes por España y que

discutió a la par con Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín, estudiosos de la lengua, la literatura y la filología. Otros intelectuales, que buscaron pensar las formas del lenguaje castellano y su uso fueron Pedro Fernández Madrid, José Joaquín Ortiz, Santiago Pérez y Manuel María Mallarino, que fueron a su vez fieles autores, colegas y colaboradores de la Biblioteca Popular de Jorge Roa.

Otro ejemplo, desde el aspecto social y la tertulia, lo constituye la creación de clubes como el Gun Club que reunía a los más respetados intelectuales de la época para la discusión de los sucesos el día a día, la comida y el juego. Este club empezó a funcionar desde 1882 y uno de sus fundadores fue José Camacho Carrizosa, impulsador de la creación de la Biblioteca Popular. Jorge Roa, editor-librero y compañero de empresa de Camacho, asistía a este tipo de clubes entre los cuales se hallaba el Jockey Club, que además reunía artistas y albergaba todo tipo de obras de arte y esculturas (Escovar, Mariño y Peña, 2004).

Con todo esto, gracias a la actividad intelectual en periódicos, libros y tertulias, a la vez que el creciente mercado y comercialización moderna de productos asemejados a los estilos de vida económicas europeas, muestran una ciudad con inclinaciones extranjeras y de estilo burgués, que por un lado, contaba con lo que dice López, intelectuales que

se reconocían por sus producciones escritas en publicaciones seriadas y volúmenes independientes; por su intercambio con pares en el país y fuera de este, mediante la correspondencia y la lectura de lo que publicaban; por su participación activa en conversaciones informales y eventos públicos; en muchos casos, por su acceso a la educación superior, la cual desempeñaba un papel importante — aunque no tanto como en la actualidad— para ser reconocido como un “escritor” (2014, 45).

Incluso, algunos periódicos como *La Crónica* publicaban avisos de instituciones educativas que ofrecían cursos a los jóvenes y adultos para profesionalizarse como escritores y literatos, lo que habla de una labor reconocida socialmente. Por otro lado, desde la existencia de las plazas de mercado de principios de siglo hasta la creación de pasajes comerciales y bancos evidencian un paulatino interés de la sociedad bogotana por instaurar nuevos modos de vida. A partir de la introducción de peluquerías, joyerías, hoteles, pulperías, restaurantes y negocios artesanales, Bogotá se vio constantemente innovada y reconfigurada, gracias a la apropiación de costumbres traídas específicamente de Francia e Inglaterra (Escovar, Mariño y Peña, 2004). En ese sentido, se puede hablar de una ciudad con una doble conceptualización, es decir una Bogotá burguesa-letrada. A continuación se dará espacio para esta discusión para explicar cómo el editor-librero contribuyó a la construcción de una metrópoli moderna y cómo sus discursos, productos editoriales y el lugar en el que labora se configuran como símbolos representativos de la ciudad y del país.

3.1. Bogotá como ciudad burguesa-letrada: la difusión y el comercio de los productos y las ideas

Con los estudios realizados por Mejía Pavoni (1998) desde la historia urbana de Bogotá, se pueden vislumbrar dos ideas claves para entender esta doble función de ciudad burguesa-letrada: por un lado, Bogotá durante gran parte del siglo XIX adquirió un gran protagonismo no solo por ser la capital del país sino porque sus distribuciones, avances y ordenamientos dieron lugar a una ciudad con los primeros ‘pasos’ para convertirse en ciudad moderna.

De otro lado, el distanciamiento de la Colonia gracias a la Independencia permitieron que Bogotá fuera punto clave o referente para que las altas clases construyeran en ella sus negocios, sus hogares y sus emblemáticas edificaciones y con ello consolidaran un poder representativo orientado a mostrar a los ciudadanos la configuración de un discurso nacional. Así mismo queda explicado con el mismo Mejía, quien asevera que estos avances no sucedieron a finales del siglo, sino que es desde la segunda década del siglo XIX que se habla de una ciudad burguesa, en principio, con

[...] la introducción de sistemas de transporte y comunicación a gran escala, el aumento del número de habitantes y su cambiante distribución sobre el espacio citadino, los nuevos sectores sociales y el modo como a finales de siglo se ordenan las relaciones entre ellos, el equipamiento de la urbe para dar solución a un rápido y traumático crecimiento, las tensas relaciones entre lo público y lo privado; en fin, el papel dado a la ciudad como capital de la nación y de la provincia señala que Bogotá era una urbe que de 1819 a 1910 tomó gran distancia de su pasado colonial. (Mejía, 1998, 14).

Por todo esto, según el mismo Mejía, se puede hablar de una Bogotá burguesa en el sentido de que su conformación desde su centro rector, la plaza principal, se ha convertido fundamentalmente a finales del siglo en “núcleo financiero y de comercio, además de la presencia en él de cafés, hoteles, restaurantes y otras actividades de gusto burgués” (Mejía, 1998, 23-24). La Plaza de Bolívar, la Calle Real (carrera séptima actualmente), la Calle de Florián, la Plaza de San Victorino y las calles 10 a la 14 constituyeron todo un centro para el comercio y la difusión de productos nacionales y extranjeros. Sin duda, si se miran mapas de la época de 1890-1910, encontramos una Bogotá representada en lo que hoy es conocido como el Centro y la Candelaria, una ciudad burguesa que concentra, acumula y redistribuye el capital a partir del flujo comercial de sus calles y que como dice Mejía,

la ciudad se fue convirtiendo en importante núcleo de negocios, los cuales necesitaban para su adelanto de prontas y más extensas comunicaciones. La urbe se erigió en centro intelectual, ávido por conocer lo que se descubría y se discutía en las otras ciudades del mundo. (Mejía, 1998, 92).

Para entender estos adelantos y desarrollos consolidados a finales del siglo XIX en los que siempre se mantuvieron inseparables las relaciones entre el mercado, el comercio y lo letrado o intelectual, basta con mirar un mapa con la distribución comercial y los distintos tipos de negocios o locales que le dieron ese aspecto de urbe burguesa a Bogotá. Lo que permite entender este ordenamiento urbano de Bogotá es que el uso de espacios públicos y privados o comerciales da muestra de cómo las clases más altas o adineradas se reflejaban socialmente para el reconocimiento por un oficio o la prestación de un servicio y a su vez esto demandaba el relacionarse con su clientela y su competencia.

Situarse en y cerca de espacios abiertos, calles y locales específicos muestra también el poder que ejercen discursiva y simbólicamente los dueños y protagonistas del comercio en Bogotá a finales del siglo XIX. El siguiente mapa muestra, desde Mejía, “de qué manera las relaciones sociales se especializan y el modo en que ellas convierten en factor de poder el control sobre el espacio urbano” (Mejía, 1998, 14).

Imagen 1. Mapa distributivo del comercio en Bogotá a finales del siglo XIX. Año 1900



Fuente: Escobar, Mariño y Peña (ed.) (2004). *Atlas histórico de Bogotá 1538-1910*. Bogotá: Editorial Planeta, p. 384.

Así pues, si se sitúa en la Plaza de Bolívar (cuadrado o plano blanco ubicado en el centro de la ciudad), se pueden encontrar las calles 10, 11, 12 y 13 y las carreras 6, 7, 8 y 9 como los principales recorridos y espacios del comercio para 1900. Alrededor de ella se situaron el Hotel Europa (H15) o el Hotel Washington (H26); estudios de fotografía como el de Juan Clímaco Camacho (K1), el de Rufino Malo (K6), el de Guillermo Esguerra (K8); agencias musicales como la de Vicente Pizarro (M3) o la Filarmónica de Emilio Conti (M1); fábricas de instrumentos y cuerdas como la Fábrica de cuerdas de acero y bronce (M4), Fábrica de instrumentos de cuerda de E. Calderón (M9) o la de José María Castro (M10); peluquerías como la Francesa (S11), joyerías como la de C. Rosales (J1) o la de Luis María Peña (J7); relojerías como la de Abelardo Rodríguez (R1), la de Basilio Sáenz (R2) o la de Rafael Nieto París (R7) y por último un sinnúmero de billares, chicherías, almacenes de artículos varios y baños. Tampoco podían faltar los tradicionales pasajes comerciales y las galerías, vías peatonales cubiertas que agrupaban diversas tiendas comerciales, entre ellos los más reconocidos fueron el Pasaje Rivas o el Pasaje Hernández, este último contaba con una imprenta dirigida por Gabriel Pontón en donde Jorge Roa enviaba a imprimir sus tomos de la Biblioteca Popular y que a partir de 1902 pasa a llamarse ‘Imprenta de la Biblioteca Popular’.

Con esto, se observa que para finales del siglo XIX las costumbres burguesas ocupan un lugar específico en Bogotá, en donde la comercialización y la profusión de oficios, labores y ‘profesiones’ permiten ver a la ciudad misma como “motor de cambio”. Esto a su vez, como lo analiza Mejía, daba lugar a las relaciones sociales que eran establecidas y figuradas por las clases pudientes y que en últimas terminaban influyendo y resaltándose sobre las clases medias o bajas. Y aquí es donde lo letrado viene a insertarse en esta lógica de cambios y establecimientos representativos de la ciudad, pues el elemento de las relaciones sociales hace referencia en gran parte a lo que se discutía desde los intelectuales, los artesanos y personajes políticos de ese entonces con respecto al manejo, el orden y el flujo económico y la supervivencia dentro de la ciudad burguesa-letrada. A esta idea, Mejía añade que

La ciudad, como espacio singular, es una forma particular de las relaciones sociales. Esto indica no solo que en las ciudades las relaciones sociales están inevitablemente correlacionadas con las relaciones espaciales, sino que ellas están atravesadas por fenómenos que son únicamente urbanos: la red de lo público y lo privado, de las casas y las calles, de las plazas y los templos, del taller y los almacenes, de las densidades, de los recorridos y las circulaciones, en fin, de una institucionalidad que proclama la “victoria del orden” (Mejía, 1998,19).

Con la victoria de ese orden, las relaciones sociales se vieron beneficiadas en el sentido de que no solo encontramos calles con lugares especializados en ciertos productos o servicios (las calles 11 y 12 que albergaban gran parte de las joyerías o la calle 14 de los hoteles), donde también puede vislumbrarse espacios determinados para la férrea competencia, sino también constituyen sitios de referencia para aquellos que transitan en estas calles y que desarrollan sus negocios, diligencias y contactos y que en cierta medida devengan una necesaria relación

social. Ejemplo claro de esta idea son las librerías, quienes a parte de conseguir un lugar en el mercado bogotano de finales del siglo XIX, constituyen principalmente el eje rector y propiciador de la cultura letrada. Sin duda alguna, representan el símbolo por excelencia de la Bogotá burguesa-letrada.

Según el mapa anteriormente visto, Bogotá contaba con 17 librerías y papelerías en donde la venta de libros y toda serie de artículos para oficina permitían combinar un oficio de librero que también se sustentaba a partir de otras mercancías como tipos de papel, tintas para impresión, esferos, máquinas de escribir, etc¹². Al igual que las joyerías o los hoteles, las librerías se situaron en calles especializadas que fueron agrupando a lo largo de los años ochenta y noventa una gran competencia. Muchas de ellas se especializaron en la importación de mercancías exclusivas que gracias a sus directores-fundadores (además prominentes negociadores y comerciantes, como Camacho Roldán) y sus relaciones con el exterior pudieron sostener su negocio librero y cultural a partir de la diversificación de materias y su venta.

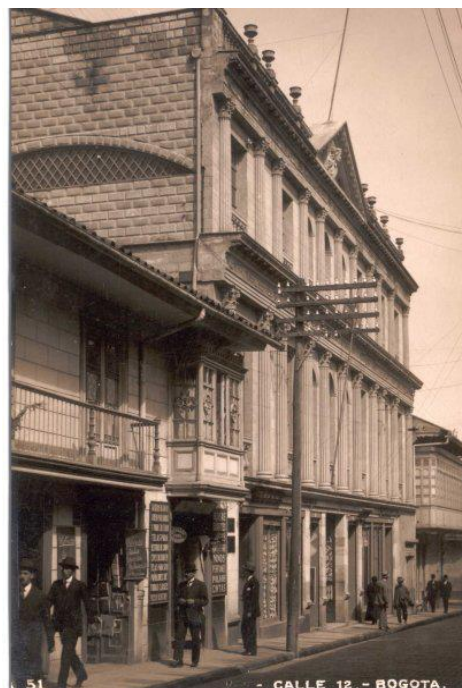
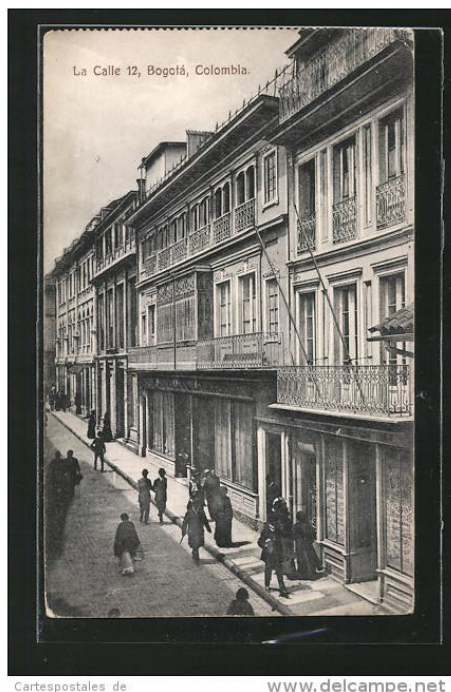
Entre las calles 11 y 14 las librerías cumplieron su papel de concentrar gran parte de la difusión cultural que se adelantaba no solo en las naciones europeas con los diferentes avances en ciencias naturales, físicas y químicas, sino también literarias con los autores franceses, italianos, españoles e ingleses (incluso norteamericanos) del momento y a su vez con los nacionales. Sin duda, la importación de las ideas y las letras del viejo continente constituyen no solo un novedoso producto de consumo cultural del día a día de las élites y las clases adineradas de Bogotá, sino también reflejan un afán por mantener el contacto, las costumbres y los idearios que se leían o tenían lugar en Europa.

Por esto, es clave encontrar un referente espacial urbano en el cual situar lo que Rama (2004) llama “el orden de los signos”: un orden simbólico de sitios y sus nomenclaturas. Así, principalmente, la calle 12 puede determinarse como la calle de las librerías, puesto que en ella y entre las carreras séptima y octava, se hallaron la Librería Colombiana (L4), la Librería Nueva (L16), la Librería de Chaves (L1), de Balcázar (L6), de Nieto (L10), de Samper Matíz (L12), de Torres Amaya (L13) de Vargas (L14) y la Librería Popular (L17). Estas y otras no menos importantes como la Librería Americana (L3), la Librería de Fidel Pombo (L2), la de Torres Caicedo o la Librería del Mensajero (L15) cumplieron con una doble presencia en la vida urbana de Bogotá de finales del siglo XIX: por un lado, como centros de lo letrado, convivieron espacialmente y comercialmente junto con almacenes, fábricas, clubes y distintos negocios, lo que podría decirse que lo letrado tuvo un espacio en el mercado; y por otro, diversos artículos de uso diario, de papelería y oficina, incluso hasta elementos de aseo personal convivieron junto con libros sobre ciencias y literatura, lo que podría entenderse como *el espacio del mercado y del comercio en lo letrado*. Esta doble vía relacional permite catalogar a las librerías de fines de siglo como el símbolo de la ciudad burguesa-letrada, que además de consumir

¹² Véase Escovar, Mariño y Peña (ed.) (2004). Atlas histórico de Bogotá 1538-1910. Bogotá: Editorial Planeta, p. 390-391.

ciertos productos como relojes suizos y ropa traída de París, también consume obras de autores como France, Tolstoi, Daudet, Bourget, etc.

Imagen 2 y 3. Antigua calle 12 de finales del siglo XIX. La calle de las librerías y papelerías.



Fuente: Fotos antiguas Bogotá. Perfil de grupo de Facebook. Recuperadas de: <https://www.facebook.com/media/set/?set=oa.10150763054711215&type=1>

Esta idea es clara si se entiende que las librerías no son las únicas encargadas de la expansión y configuración de lo letrado, pues ellas hacen parte de un circuito estrechamente entrelazado al que pertenecían los periódicos y las imprentas. Imprentas como la de Zalamea Hermanos, ubicada en la calle 10 con 6; Imprenta La Luz, situada en la calle 13 con 6 (donde se imprimieron gran parte de los volúmenes de la Biblioteca Popular); la de Ignacio Borda en la calle 14 con 6, Imprenta de Lleras, sobre la carrera 7 con calle 19 o la de Medardo Rivas no solo se encargaban de la impresión y composición de libros encargados por librerías y dueños de periódicos, sino también dentro de ellas se vendían los mismos impresos elaborados por ellos, es decir, también funcionaban como especie de librerías. Periódicos como *El Correo Nacional*, *La Crónica* o *El Telegrama* o bien contaban con los servicios de estas imprentas, como así lo hizo *La Crónica* con la Imprenta de Medardo Rivas, o bien montaban sus propios lugares con máquinas impresoras.

Este circuito de lo letrado puede ejemplificarse con las alianzas establecidas entre los directores de periódicos, los editores-libreros y los impresores, a su vez que junto con sus intereses, convivía el mercado y la comercialización de sus propios productos y los que el

mercado en general bogotano ofrecía. Puede verse, a través del periódico *El Correo Nacional*, cómo al lado de las noticias, las crónicas y las columnas editoriales se encontraban también los catálogos o los anuncios de los libros vendidos por las librerías Colombiana, Americana o Nueva, reflejo de los modos comunicativos de estas empresas y sus relaciones. Puede observarse también, a partir de las siguientes imágenes, cómo el periódico funcionaba como órgano anunciante de las librerías, quienes recurrieron a este para mostrarle al público los textos, los productos y los servicios a los que se dedicaban y así establecer una imagen recurrente y diaria (*El Correo Nacional* se divulgó todas las mañanas desde 1890) de sus negocios libreros.

Ello permitía fijarse en los discursos y en la presencia mental y recordada de los lectores de periódicos y libros, quienes iban a las mismas imprentas o librerías a obtener sus ejemplares de periódicos y textos. Esto también muestra cómo Carlos Martínez Silva (director de *El Correo Nacional*), Salvador Camacho Roldán y José Joaquín Tamayo (directores de la Librería Colombiana), Jorge Roa y José Camacho Carrizosa (Directores de la Biblioteca Popular y de la Librería Nueva; Carrizosa del periódico *La Crónica* en 1897), José Vicente Concha (propietario de la Librería Americana) y directores de imprentas como Medardo Rivas se relacionaban bajo un círculo social, intelectual y laboral que daba movimiento, crecimiento y progreso a lo letrado y al mercado en Bogotá a finales del siglo.

Imagen 4. Catálogos de las librerías presentes en los periódicos

LIBRERIA AMERICANA

BOGOTA

CALLE DEL TEMPLO PROTESTANTE,
NUMEROS 97 Y 99

Los pedidos de los Departamentos que vengan acompañados de su valor, más 10 por 100 para portes, se despacharán inmediatamente, con esmerado empaque. Diríjanse al propietario de la Librería, *J. V. Concha*, apartado 222.

LIBROS ACABADOS DE RECIBIR

Suetonio. Los doce Césares. 1 volumen, \$ 2.20.

Ticknor. Histoire de la Littérature espagnole. 3 volúmenes, \$ 20.

Boucharlat. Formulario magistral. 1 volumen, \$ 4.

Charcot. Obras completas. 9 volúmenes, \$ 65.

Chernoviz. Guía médica. 1 volumen, \$ 8.

Dujardin-Beaumetz et Ivon. Formulaire. 1 volumen, \$ 2.40.

Eulenburg, Miguel y Viguri. Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas. 13 volúmenes, \$ 100.

Huchard (Henri). Maladies du Cœur et des vaisseaux. 1 volumen, \$ 12.

Paul (Constantin). Maladies du cœur. 1 volumen, \$ 9.

Thomas. Enfermedades de las mujeres. 1 volumen, \$ 10.

Vibert. Précis de Médecine légale. 1 volumen, \$ 8.

LIBRERIA COLOMBIANA

BOGOTA.—CALLE 12, NUMERO 178.

Diríjanse los pedidos (acompañados de su importe, y 10 por 100 más para gastos de correo) á

CAMACHO ROLDAN & TAMAYO

Los valores deben enviarse en carta recomendada ó certificada.

LIBROS ACABADOS DE RECIBIR

Anthologie grecque. 2 tomos, tela, \$ 3.60.

Barine (Arvède). Portraits de femmes. 1 tomo, tela, \$ 1.80.

Bigot (Charles). Questions d'enseignement secondaire. 1 tomo, tela, \$ 1.80.

Bersot (Ernest). Mesmer, le magnétisme animal, les tables tournantes et les esprits. 1 tomo, tela, \$ 1.80.

Boissier (Gaston). Cicéron et ses amis. Etude sur la société romaine du temps de César. 1 tomo, tela, \$ 1.80.

Cherbiliez (Victor). La revanche de Joseph Noirel. 1 tomo, tela, \$ 2.20.

Camp (Maxime du). Le Nil, Egypte et Nubie. 1 tomo, tela, \$ 1.80.

Calemard de La Fayette (Ch.). Le poème des champs. 1 tomo, tela, \$ 1.80.

Euripide. Théâtre et fragments. 2 tomos, tela, \$ 3.60.

Fuente: Catálogos Librería Americana y Librería Colombiana (abril-junio 1893). *El Correo Nacional*.

Biblioteca Luis Ángel Arango

Imagen 5. Productos y comercio dentro de las librerías y las librerías dentro del comercio

LIBRERIA NUEVA

DON-TON.—LLEGO ESTE BETUN sin rival para calzado, especialidad de la Librería Nueva.

BARREDORAS DE ALFOMBRA.— Por fin llegaron las tan esperadas máquinas americanas. Librería Nueva.

EXPOLIADORES.—EN GRAN VARIedad de precios y calidades llegaron a la Librería Nueva.

JUEGOS DE BAÑOS.—YA ESTAN DE venta en la Librería Nueva.

STEPHEN'S.—LA FAMOSA TINTA de copiar, y la Stafford. Librería Nueva.

TABLEROS NEGROS PARA ANUNcios. Tarjetas de alambre, lindos tarjeteros, aparatos para bolas de cañamo, alfileres para escritorio, mangos de caucho para plumas de oro y otros artículos americanos llegaron a la Librería Nueva.

ACUARELAS SOBRE PIEL, POR PINtores notables españoles, forma mediana, marcos de gran novedad y fantasía de madera y terciopelo. Librería Colombiana.

BANICOS DE PAPEL Y DE SEDA con escenas españolas, pintadas y bordadas. Relojitos de fantasía de sobremesa, estilos variadísimos; jarrones de bronce etruscos, Luis XVI y egipcios. Librería Colombiana.

ACUARELAS ITALIANAS POR ARtistas de renombre, directamente importadas de Milán. Artículo de verdadero mérito para personas de gusto artístico. Librería Colombiana.

ARTICULOS DE ELECTRO-PLATA. El 1.º de Mayo se pondrá a la venta un abundante surtido de la fábrica americana más acreditada. Librería Colombiana.

BUSTOS Y ESTATUAS DE BRONCE. Librería Colombiana.

CUADROS AL OLEO, PINTURAS AL pastel, fotografías con reproducción del colorido de la naturaleza, grabados y foto-grabados, cuadros al óleo en madera. Librería Colombiana.

CUADROS EN RELIEVE DE BRONce, con elegantes marcos de peluche. Librería Colombiana.

CARTERAS Y TARJETAS AMERIcanas de primera calidad. Librería Colombiana.

... crédito para los de su especie, se encarga de la preparación y servicio de BANQUETS, LUNCHEs, etc. etc., para matrimonios, bodas o cualquiera otra fiesta de familia. Ofrece un esmerado servicio de coches de lujo y una selecta ORQUESTA, así como desearan los peticionarios.

BELESARIO ALVARADO B.

DE OCAISION) SE VENDE UNA FAmosa casa alta, con diez y ocho piezas y siete tiendas; agna del acueducto y tubería para alumbrado de gas. Admirablemente situada, formando la esquina de la calle 13 con la carrera 5.

Entenderse con el señor Marcelino Vargas Calderón, en su escritorio, situado frente al Colegio Mayor del Rosario. 2 p s

Enaguas interiores de lana y bayetilla. Almacén de Luis Patiño Orrantía.

El Almacén de París se encarga de hacer venir de Europa los artículos que se le pidan para uso personal.

Pondrá especial cuidado en la elección de los

Ajuares para novias.

Cuenta para todo con la cooperación de una señora que reside en París.—Calle 13, número 230. Teléfono 457.

GOMA ARABIGA, V. S. E. R. GONZALEZ, Calle 12, número 107.

... de *La Luz* y en la Librería Nueva del señor Jorge...

Vineta, novela alemana por E. Wanner.— Esta interesantísima novela, publicada en el folletín de *La Novela*, es la pintura enérgica de una gran lucha política en el seno de un hogar polaco, lucha dramática que asume las proporciones de la tragedia. El amor sobrevive a las escenas terribles, como el rayo la tempestad; violento y devorador. Los caracteres son vigorosos, y están trazados con mano maestra.

Un volumen de 422 páginas, a 60 centavos el ejemplar en rústica y a \$1 en pasta.

Evangelina.—Cuento de Acadia, por H. W. LOVELL, traducción de RAFAEL M. MUCKERMAN. Tercera edición.

Después de la muerte de Byron, ningún poeta de lengua inglesa ha sido tan popular como Longfellow. Muchas de sus poesías han sido traducidas en verso castellano, principalmente las tituladas *Recepción Salmo de la Vida*, *El Herrero de la Aldea*, *El Amante*, etc.; pero la principal de sus obras es el bellísimo poema *Evangelina*, que ha sido trasladado a todas las lenguas europeas, y que ha recibido extraordinarios elogios de los grandes maestros de la crítica en Francia, Inglaterra y Alemania. *Evangelina*, más casta que *Atala*, más angelical que *Gracielita*, más interesante que *Juleta*, ocupa en la literatura bastante pobre literatura anglo-americana un lugar tan elevado como en las de sus respectivos países las obras que acabamos de citar.

A 8 reales el ejemplar.

Mil anécdotas, un tomo en 12.º de 456 páginas, a ocho reales en rústica y a \$1 en pasta.

PIEDRA MINERAL

Espejitos reconocidos y recomendados por todos los que han usado, como el único que cura de una manera radical y pronta, toda clase de

- Mataduras,
- Pinchazones,
- Peladuras,
- Hinchazones,
- Diviosos,
- Heridas,
- Mordiscos,
- Contusiones,
- Gusaneras, etc.

De venta en el almacén de Vargas Hornos y Compañía, S.º calle Real, números 587 y 368. Bogotá.

Pasamanerías de lana, seda, oro, etc. Almacén de Luis Patiño Orrantía.

Acaba de llegar un gran cubillero, jóvenes y nil de Castello & C.º, S.º call

SI, SEÑOR: MAJ

... y perdidos graves en los 1 eficazmente con la *Univere*. Los señores Minios, B Bucaramanga, han acepto general de la *Univere Polk*

SUAREZ & DRIBE, COI (Cia.) fundadora 1888 operaciones en el present a su numerosa clientela cas, y prontitud y honra cho de los negocios que s Tiene política abierta e Traslaticia de S.º guros

TRINFAJON LOS MI nistro Navarro ofrece relacionados un esplénd merencencia inglesa, franc aus, comedias personal tando los gustos de la época

También todo lo que en artículos de quincallería Además, importa latin enlidad, que vende a los j jos de la plaza. Pimiento, vos, canela, papel de tot tan acreditados vinos a vez más exquisitos, granu rza de ellos. Promete de los gustos más delicados los clientes. Honda (Tolima), Dieci

VENI

la hacienda de PUER

EN SOACHT Di la dos horas de B Sur. Mide excelentes seis ne diez potrerros, todos con abundante y permanente espesiosa, de construcción. Vendo igualmente colod das de montaña, distantes dos horas.

Se dan detalles en la m y en Bogotá, calle 13, nú 104

VILLABRUEZ, LUIS Algodones, aceites de comestibles. En el comercio. Almacén de Luis Patiño Orrantía número 147.

Fuente: Avisos publicitarios (abril-junio 1893). *El Correo Nacional*. Biblioteca Luis Ángel Arango

En consecuencia, las calles y las librerías situadas en ellas pueden comprenderse como signos ordenados que permiten hacer una lectura de núcleos distribuidos de forma jerárquica

e institucionalizada; principales referentes de los idearios de divulgación cultural que se estaban gestando en Bogotá a finales del siglo XIX. Erigirse como áreas del conocimiento, de la cultura mundial y del esparcimiento social, crítico y de tertulia (ambiente descrito en la última parte de este capítulo por Laureano García) coloca a las librerías como empresas simbólicas portadoras de un discurso representativo de clases privilegiadas. Las librerías, dentro de la organización urbana, como lo dice Mejía, son el ejemplo evidente de que

Todo ordenamiento traduce sobre el espacio, a través de diversos signos, los principales elementos de la ideología que lo fundamenta. La ciudad permite, por ello, que un ordenamiento tienda a perpetuarse en el tiempo, ya que fija sobre la materialidad de un lugar los valores, jerarquías, instituciones e intercambios a que da lugar (Mejía, 1998, 195).

Sin lugar a dudas, lo letrado, el orden de los signos, ayudan a esa perpetuación en el tiempo de las distintas partes e imágenes de la ciudad. Son las librerías a su vez ese sitio donde se conforman las nociones de ciertos valores y visiones de mundo, pues así lo hizo evidente Jorge Roa con su Biblioteca Popular de autores nacionales, en gran parte representantes de unos valores traídos desde la Independencia y con la pretensión siempre puesta en pensar y difundir la historia de la patria. Pero vale la pena ahora explorar el concepto de lo letrado, que mucho tiene que ver con la construcción de la ciudad y su desenvolvimiento dentro de ella generado desde las librerías y más específicamente con la labor del editor-librero, como así se desempeñó Jorge Roa y sus colaboradores.

Según Rama, para entender el concepto de ‘ciudad letrada’, hay que considerar que la construcción de ciudades latinoamericanas como Bogotá deben pensarse desde sus formas organizativas y distributivas, pues estas muestran cómo la ubicación de ciertos lugares comerciales, culturales y sociales configuran un proyecto racional liderado desde altos poderes políticos y económicos. Este proyecto es indispensable para el orden de los signos, es decir, de lugares-referencia con potencial significado para las sociedades, que pueden ser leídas, según Rama, a partir de la observación de los mapas y los lugares que en él se indican o se establecen. Por ello, gracias a la asimilación del anterior mapa (imagen 1) es posible observar las calles como caminos especializados de determinados comercios como las librerías, papelerías o joyerías y que las sitúan como los referentes culturales, de consumo y los usos y costumbres de los bogotanos.

En ese sentido, desde la producción letrada, intelectual y de los símbolos de la ciudad, dice Rama, se “construyó las raíces, [se] diseñó la identificación nacional, [se] enmarcó a la sociedad en un proyecto” (Rama, 2004, 125). Aunque desde las librerías como símbolos fundamentales de lo burgués-letrado se generaron iniciativas y discursos para hilvanar un proyecto nacional basado en la herencia de la independencia y las modas europeas, esta ciudad letrada perteneció en gran proporción a sectores sociales restringidos. Debido a “una relación más fluida y compleja entre las instituciones o clases y los grupos intelectuales”, puede

asimilarse que estos representantes o medios culturales como las librerías, y más que todo el editor-librero como Roa, como ordenadores de signos funcionaron en pro de la consolidación de referentes nacionales que hablarían de una Colombia unida y que daba sus primeros pasos hacia la modernidad. Esto último lo entiende Rama

a través del orden de los signos, cuya propiedad es organizarse estableciendo leyes, clasificaciones, distribuciones jerárquicas, *la ciudad letrada* articuló su relación con el Poder, al que sirvió, a través de leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda, mediante de la ideologización destinada a sustentarlo y justificarlo. Fue evidente que *la ciudad letrada* remedó la majestad del Poder, aunque también puede decirse que este rigió las operaciones letradas, inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización. Por encima de todo inspiró la distancia con respecto al común de la sociedad. Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada que hizo de la ciudad letrada una ciudad escrituraria, reservada a una estricta minoría. (Rama, 2004, 71).

A su vez, en el proceso de ordenamiento de los signos y referentes simbólicos-espaciales de los lugares más representativos desde la vida social y cultural de la sociedad bogotana, los círculos letrados, entre escritores, pensadores, políticos, diplomáticos y afamados empresarios e industriales alcanzaron desde sus conocimientos una reputación y distinción social. Por ello es indispensable, según Rama, el elemento de que

la letra apareció como la palanca del ascenso social, de la respetabilidad pública y de la incorporación a los centros de poder; pero también, en un grado que no había sido conocido por la historia secular del continente, de una relativa autonomía respecto a ellos, sostenida por la pluralidad de centros económicos que generaba la sociedad burguesa en desarrollo (Rama, 2004, 103).

Aunque lejanas de convertirse en centros de poder, las librerías como la Librería Nueva constituyeron referentes ciudadanos que ayudaron a que las ramas del poder de turno (la consolidación del Estado-regenerador unificado con el proyecto nacional de Núñez y Caro) pudieran, bajo la edición y venta de textos de grandes autores nacionales existentes durante todo el siglo XIX, afirmarse y pronunciarse como legitimidades políticas. Incluso esas legitimidades y poderíos llegaron a contribuir a la construcción del orden simbólico y letrado, pues basta con ver que Núñez y Caro fueron autores pertenecientes a Biblioteca Popular. Por otro lado, pudieron ratificarse bajo los intereses comunes entre un editor-librero, su compromiso con la historia nacional y las relaciones sociales y comerciales alojadas en las altas esferas representadas en dichas autoridades.

Por último, para dar paso al entendimiento de los antecedentes de la librería como el lugar del editor-librero por excelencia de la ciudad burguesa-letrada, Rama habla de los escritores e intelectuales como figuras clave para la conformación y ratificación del poder dentro de la ciudad y cita el caso precisamente de José Asunción Silva en Bogotá a finales del

siglo XIX y su obra *De sobremesa*. Según Rama, novelistas y poetas de la talla de Silva, arrojados al constante cambio de la ciudad,

entendieron que les correspondía un papel relevante en la conducción de la sociedad, reemplazando a la declinante función de la Iglesia, y estuvieron dispuestos a ocupar ese sitio junto al poder, reconstruyendo la férrea y tradicional ciudad letrada que venía de los orígenes coloniales. Muchos lo hicieron y no pudieron hacerlo ya inocentemente (Rama, 2004, 143).

En últimas, aunque resulte crítico e irrisorio hablar de una ciudad completamente moderna al estilo europeo o norteamericano de grandes y novedosas urbes, el hecho de contar con elementos de ciudad burguesa mediados por algunos gustos y usos importados del viejo continente, ya da pistas para rastrear la apertura de gran metrópoli que logra alcanzar Bogotá a partir de 1910. Así, lo burgués-letrado se encuentra como antecedente de lo que define Mejía como ‘moderno’, y que de hecho Bogotá a finales del siglo XIX ya contaba con

espléndidos cafés, teatros y sitios de diversión; activos sistemas de transporte público; complejas estructuras fabriles; potentes ferrocarriles entrando y saliendo de la urbe; en fin, barrios exclusivamente contruidos por y para las élites. En realidad, el orden urbano burgués es la condición histórica necesaria para la implantación del modernismo en la ciudad y no lo contrario. De esta manera, no hay que esperar hasta encontrar un sinnúmero de fábricas funcionando en Bogotá para comenzar a explicar, a partir de ellas, una situación de cambio histórico en el desarrollo urbano (Mejía, 2004, 482).

En el mismo sentido, no habría que esperar hasta llegar a la segunda década del siglo XX para hablar de una ciudad moderna-letrada con una industria editorial naciente para empezar a hablar de un proceso de reflexión en torno a la cultura de lo impreso como así lo representaron y lo asimilaron las librerías como la Librería Nueva. Así pues, esta y otras como como la Librería Colombiana o la Americana pueden catalogarse como el origen, albergue y el desarrollo del pensamiento y la cultura burguesa-letrada en Bogotá a finales del siglo XIX. A continuación se discutirá cómo se dio esta última idea, pasando por una breve reflexión sobre la presencia y la importancia del libro en Bogotá a finales de siglo XIX como producto y consumo cultural de amplios sectores privilegiados de la sociedad.

3.2. Las librerías en Bogotá como centro cultural difusor local y mundial de las ideas y la cultura

Para comprender el desplazamiento de la función de ordenadores de signos que se consolidó desde la ciudad hacia las librerías, habría que considerar el empleo material y sociocultural del libro que se venía gestando desde mediados del siglo XIX, pues como lo advierte Acosta, este objeto cultural hizo parte de “una sociedad letrada que, bajo el interés de ubicarse en una tradición europea, considera la palabra escrita fuente de autoridad y de legitimación” (2005, 47). A lo largo de este trabajo y otros estudios se ha visto cómo el libro, como el producto

fundamental de las librerías y de las imprentas, ha sido un privilegio para la sociedad letrada desde la mitad de siglo, lo que desde la misma Acosta, puede pensarse su historia como

una forma de comprender las ambigüedades y tensiones de una sociedad, las dificultades para asumir un discurso frente a dicho objeto de diferenciación social, en este caso como una forma privada de autoridad. El libro, centro de acción en la cerrada sociedad letrada, hizo parte fundamental de las actividades de la élite y se consideró por lo tanto un elemento de distinción social (Acosta, 2005, 47).

La conservación de esas costumbres traídas desde Europa en el sentido de que la lectura de autores como Dickens en periódicos como *El Neogranadino* muestran a una sociedad que buscaba en la palabra escrita e impresa una consolidación y comprensión propia del mundo y un reconocimiento social que solo el conocimiento literario e intelectual podía propiciar. Los procesos de lectura y apropiación de libros, folletines y suplementos literarios permitieron, a su vez, a editores-periodistas como Ancízar y Vergara y Vergara encontrar en “la elección de las lecturas como una manera de quehacer en la que se evidenciaba una actitud frente a la realidad y con esto la elección de una forma de participación social”, esta última parte un objetivo hacia el lector para que se hiciese partícipe de lo cultural. Por esto, los libros desde mediados de siglo favorecían a ciertos grupos sociales no solo para la obtención de un prestigio, sino la adquisición de una posición frente al mundo cotidiano y una postura frente al colectivo y los hechos acaecidos en la sociedad restringida de lo letrado (Acosta, 2005).

A su vez, no se puede comprender la imagen de privilegio que tuvo el libro en Colombia en el siglo XIX sin entender los procesos de lectura que entraron en diversos debates, como la discusión sobre la alfabetización, los cuales fueron reducidos pero a su vez

fracasaron los diversos proyectos de los grupos radicales de mediados de siglo frente al carácter obligatorio y universal de la educación, y los avances de los grupos de artesanos para igualar su educación con la de la elite. Ser lector hacía parte de la definición de una posición social privilegiada. La lectura, ubicada generalmente distante de los mundos campesinos, tuvo su eje en las ciudades que hicieron alarde del poder que les asignaba su carácter letrado, generando así un nuevo elemento de diferenciación (Acosta, 2007, párr. 8).

Sin embargo, aunque el libro y los procesos de lectura durante el siglo XIX han sido puestos en cuestionamiento por los anteriores dilemas educativos ilustrados y estudiados por Acosta, no dejan de pensarse como modelos, planes y propósitos ideados desde las clases letradas para la “consolidación de referentes comunes”. Así, la producción y la transformación de lo letrado y lo escrito en objetos de consumo compete a editores, impresores y al final los libreros asumir

la posición de presentar los intereses particulares como si fueran colectivos y a partir de allí la élite letrada se adjudica la representatividad de toda la comunidad que acepta como partícipe de la nación. En esta medida la novela construye mundos privados sobre lo público al representar

una serie de valores colectivos. De ahí la necesidad de pensar la tensión de lo nacional y la presión sobre la lectura biográfica y la lectura de las novelas (Acosta, 2012, 7-8).

Así pues, el oficio de librero tiene gran repercusión en los usos, las pretensiones y las comprensiones que se le dio al libro desde la complejidad cultural y social del circuito letrado que se desarrolló a lo largo del siglo XIX. Significan, desde su negocio librero, agentes de esa representatividad colectiva de una nación histórica unificada y abierta al mundo letrado. Para entender esta labor dinamizadora y mediadora entre la edición, la impresión y el lector en el contexto colombiano del siglo XIX, hay que considerar los antecedentes europeos que parecen dar algunas pistas cercanas con el ejercicio librero, que varias ocasiones juntó otros trabajos como el editor-librero en el caso de Jorge Roa a finales de siglo.

Desde los estudios de Berdugo y Mayor (2012), el oficio de librero aparece desde los siglos XVII y XVIII en Europa con la intensificación de la divulgación de la cultura escrita y con ello el libro hizo parte del consumo de círculos poblacionales más amplios. Procesos y movimientos intelectuales y sociales como la Enciclopedia hicieron que los textos y los libros dejaran de ser objetos de lujo y cumplieran con una labor de enseñanza independiente de la labor de maestros y aprendices. En consecuencia, según las deducciones de estos dos historiadores

El librero, en sus comienzos, estaba sinceramente integrado con su clientela y obraba en función de sus intereses, y compartían por igual valores e ideales así como una idéntica representación del mundo [...] el librero se construirá en un sobresaliente animador y agitador de ideas, hasta el punto de erigirse en un agente de cambio (Berdugo y Mayor, 2012, 18).

Características que posiblemente perduraron desde siglos atrás hasta el caso colombiano de mediados y finales del siglo XIX, pues según Loaiza (2009), la presencia del libro en la adquisición de las librerías en Bogotá se remonta hacia 1860, en donde “hubo un verdadero florecimiento de librerías propiamente dichas”. Según sus hallazgos

entre 1860 y 1880 existían siete librerías, cuyo precursor fue el librero francés Jules Simonnot, quien, entre 1855 y 1856, debió someter su catálogo a la censura del episcopado de Bogotá. El sucesor de Simonnot fue Rafael Mogollón, quien heredó las relaciones con las casas de edición y de distribución de París, Brouet, Garnier y Laplace, y la casa norteamericana Appleton (Loaiza, 2009, 35).

Con esto, durante el periodo del radicalismo liberal desencadenado a partir de mediados del siglo XIX, oficios como el del librero tuvieron un espacio en la conformación de nuevos proyectos educativos, letrados y culturales, que, a su vez, dentro del mundo del comercio artesanal pudieron poner a disposición textos de intereses extranjeros y nacionales. El aumento de talleres de imprenta, la formación constante y casi profesional que iba adquiriendo el impresor con la técnica y el conocimiento cultural y editorial y el surgimiento de un circuito

de librerías y bibliotecas posibilitaría lo que Loaiza llama como “una modernización de la esfera de la opinión pública” (Loaiza, 2005).

Pensando en el concepto del ‘mercado y modernización de lo letrado’, y como se ha dicho anteriormente, las imprentas jugaron un papel especial puesto que más allá de ser objetos montados por autoridades e intereses políticos, se convirtieron en movilizadores ideológicos culturales al editar e imprimir toda suerte de impresos, desde periódicos y folletines hasta libros artesanales. Gracias a la labor del impresor, el librero heredará una función de mediador entre los talleres de impresión y la importación o edición de textos y el público lector u opinión pública, tomando como antecedente al impresor como “elemento intermediario entre la élite política que dirigía la edición de un semanario y los artesanos que trabajaban en el taller; entre quienes encargaban el trabajo de impresión y el circuito de distribución” (Loaiza, 2005). El librero, en ese sentido, no solo obtendrá del impresor las relaciones con el mundo artesanal y manufacturero del libro, las relaciones con la élite letrada, sino también el ejercicio de la edición, corrección y distribución de lo impreso.

Gracias al antecedente de que “el taller del impresor era un lugar de sociabilidad y de autoeducación durante la preparación de cada número de un periódico o la impresión de un libro que terminaba por ser leído mientras se hacía el trabajo de composición” (Loaiza, 2005, 33), la labor del librero se entendió desde estos lineamientos y buscó asumir el papel de establecimiento del comercio y la discusión en torno a lo impreso. Las librerías, y más que todo sus fundadores, entendieron no solo la lógica de un sitio o un espacio para desarrollar con ellas un nuevo modelo de lógica racional comercial, sino de albergue y concentración cultural. Sin lugar a dudas, librerías como Fresnel y Pombo; Torres Caicedo; la Ilustración Colombiana; la librería Araujo e hijos de 1875; la librería de Ramírez Castro; la de Lorenzo Chávez; la de Torres Amaya, constituyeron desde 1860 a 1880 las primeras incursiones de la formación del “mercado de la opinión” o lo que descubrió Loaiza como “el mercado literario”.

Estas librerías empezaron desde la década de los sesenta a especializarse en lo ya visto como el comercio del libro y toda suerte de implementos de uso personal y diario, las cuales también ‘competían’ con “algunos zapateros, carpinteros y encuadernadores [que] distribuían los periódicos escritos por sus compañeros” y, del mismo modo, según Loaiza, se conocieron los primeros libreros ambulantes y vendedores de libros de segunda. Por falta de espacio y tiempo, no es posible hablar de cada una de estas librerías, aunque su rastreo significa que la labor de un editor-librero como Jorge Roa cuenta con un valioso antecedente y que futuros trabajos deben abordar con rigor las particulares labores que prestaron cada una de estas librerías. Gracias a Loaiza sabemos que muchas de estas contaron con el apoyo y la alianza con agencias norteamericanas, francesas y españolas, que funcionaron como representantes en Colombia de la distribución del libro y autores extranjeros, que ya habían editores europeos interesados en la difusión de sus productos en el mercado bogotano, que muchas se

construyeron bajo la exclusividad de catálogos de libros religiosos o católicos y que en ellas se distribuían periódicos. Su producto clave, el libro, constituyó un protagonismo, que según Loaiza

es también indisociable de la diversificación de las modalidades colectivas de lectura y de la ampliación del público lector. Ya fuera con el patrocinio oficial, ya fuera por la iniciativa privada, hubo una expansión de los lugares de difusión de la opinión pública y de práctica de la lectura. Las Sociedades democráticas fueron, sobre todo a mediados del siglo, las principales asociaciones que estimularon la lectura colectiva de impresos; las tertulias, las tiendas y las posadas fueron lugares habituales de lectura, de conversación y de circulación de las opiniones (Loaiza, 2009, 48-49).

Aun cuando se hable de analfabetismo y de círculos restringidos de letrados e intelectuales, fueron las librerías núcleos culturales que giraron en torno a las anteriores funciones de libro, las cuales adquirieron su reconocimiento por medio del mismo nombre o apellido del librero. Los libros contaban con una amplia red de circulación librera gracias a que se tenía la noción del nombre y autoridad del propietario y con ello se conformaba y se estructuraba la ubicación simbólica de la librería. Con el establecimiento del librero en la ciudad, ahora se debía ordenar los signos dentro de su negocio y “debía conocer a fondo el objeto que vendía”; “debía estar muy al tanto de estas traducciones, e incluso de la calidad de estas” y en últimas debía “velar porque su librería estuviese provista de todas las obras demandadas por la clientela” (Berdugo y Mayor, 2012).

Así pues, con el rastreo de librerías como la precursora de Simonnot, Pombo o Torres Caicedo se puede hallar a figuras y locales que propugnaban por la conservación de la tradición de unos valores y hábitos heredados desde la búsqueda de independencia y la definición de lo nacional o colombiano desde el ideario liberal. Por este contexto, el estilo de vida del librero se fundamentó en lo que Berdugo y Mayor llaman “la apertura de ideas, sensaciones y experiencias nuevas” (2012, 18). Bajo ese proyecto y objetivo de apertura de ideas crecieron las librerías colombianas a partir de mediados de siglo y así se mantuvieron hasta finales, pues gracias al periodismo las librerías pudieron subsistir comercial, publicitaria y socialmente. A este último elemento, clave también en los avances de las tecnologías de la impresión, se le debe que los comercios y los establecimientos públicos socioculturales de la ciudad tuvieran una renovación discursiva en el diario vivir de los bogotanos del siglo XIX, pues como dice Mendoza (1992) este fenómeno se basó en una

estrecha relación que se generó entre el desarrollo de la industria editorial y el periodismo, el cual se enmarca dentro de la construcción de un estado moderno, los antagonismos por definir un ideal de educación y cultura acordes con la idea de Estado y las consecuentes pugnas políticas en las que tuvo sus manifestaciones dicho aspecto (Mendoza, 1992, 2).

Aunque sea complejo aseverar un establecimiento de relaciones con una 'industria editorial', sí es válido decir que estos pequeños comercios de lo letrado, las librerías, recurrieron a la aparición en periódicos junto con la convivencia de los sucesos registrados en los diarios. Esa convivencia se traduce en el interés del librero de crear avisos o anuncios publicitarios que 'corrieran la voz' de aquello que albergaba y distribuía la librería. En el impreso matutino o semanal, las librerías encontraron un espacio para pronunciarse y separarse de los demás oficios, incluido el mismo proceso de impresión y distribución de escritos.

Imágenes 6 y 7. Catálogos de las librerías Americana y Colombiana en las primeras páginas de periódicos bogotanos

El Correo Nacional

Bogotá, martes 4 de Abril de 1893

SERIE XXII - Número 739

EN BUCARAMANGA
 y Rioandré (Santander), Julio & Enrique Silva,
 sucesores de Estanislao Silva & hijos y agentes
 del Comité de aseguradores de París, venden:
 Brandy Hennessy, cervezas alemanas y americanas,
 vino tinto, galápagos de Camille, harina del
 Norte y sal para del Torno.

**COMPANIA COLOMBIANA
 DE TRANSPORTES**

Las agencias de los vapores de esta empresa,
 a cargo del señor Guillermo Arceñiga S. en
 Girardot, y que personalmente dirigen los sus-
 critores de Ricardo.

**NO COBRAN COMISION
 de despacho por las cargas de exportación que
 se les consignen.**

NIETO HERMANOS

Carbón mineral de Las Delicias
 El mejor y el más vendido a precios muy
 baratos, venden.

ECHEVERRI HERMANOS

Tercera calle Real, números 526 y 528

Dirección General de Bogotá

Se publica el presente catálogo de libros en virtud de un contrato celebrado con el señor J. J. Nieto Hermanos, propietario de la imprenta de la Calle Real, número 526 y 528, en Bogotá, para la impresión y venta de los libros que se detallan en el presente catálogo. El precio de cada ejemplar es de \$ 2.00. En los libros que se detallan en el presente catálogo, el precio de cada ejemplar es de \$ 2.00. En los libros que se detallan en el presente catálogo, el precio de cada ejemplar es de \$ 2.00.

A LA VISTA ESTA

Se publica el presente catálogo de libros en virtud de un contrato celebrado con el señor J. J. Nieto Hermanos, propietario de la imprenta de la Calle Real, número 526 y 528, en Bogotá, para la impresión y venta de los libros que se detallan en el presente catálogo. El precio de cada ejemplar es de \$ 2.00. En los libros que se detallan en el presente catálogo, el precio de cada ejemplar es de \$ 2.00. En los libros que se detallan en el presente catálogo, el precio de cada ejemplar es de \$ 2.00.

LIBRERIA AMERICANA
 Calle 14, número 178.
 Los pedidos de los departamentos
 que tengan acompañados de su valor,
 más 10 por 100 para pasajes, se remiten
 cuando se mandan, con el correo de
 Guayaquil, al propietario de
 la librería, J. V. Chacón, apartado 225.

LIBROS ACABADOS DE RECIBIR
 Bradley Expedition. Prólogo de Bret
 Harte. 1 tomo. 160 págs. \$ 2.00.
 La guerra de los Estados Unidos. 1 tomo.
 \$ 2.00.
 El mundo de hoy. 1 tomo. \$ 2.00.
 El mundo de mañana. 1 tomo. \$ 2.00.
 El mundo de ayer. 1 tomo. \$ 2.00.
 El mundo de hoy y mañana. 1 tomo. \$ 2.00.
 El mundo de hoy y mañana. 1 tomo. \$ 2.00.
 El mundo de hoy y mañana. 1 tomo. \$ 2.00.

LIBRERIA COLOMBIANA
 BOGOTÁ - CALLE 14, NUMERO 178.
 Distribuye los pedidos (acompañados de su importe, y 10 por 100 más para gastos de correo) a:

CAMACHO ROLDAN & TAMAYO
 Los libros que deben enviarse en
 carta recomendada o certificada.

MEXICANA
 México, D. F. Calle de San Juan, 11.
 Los libros que deben enviarse en
 carta recomendada o certificada.

LIBRERIA HISPANICA
 Bogotá, Calle 14, número 178.
 Los libros que deben enviarse en
 carta recomendada o certificada.

Fuente: Catálogos Librería Americana y Librería Colombiana (abril-junio 1893). El Correo Nacional.

EL TELEGRAMA

DIARIO DE LA MANANA

Bogotá, Miércoles 3 de Enero de 1894

LIBRERIA AMERICANA

— DE —

JOSE VICENTE CONCHA

CALLE 14, NUMEROS 97 Y 99. — APARTADO NUMERO 223.

lidos de fuera de la ciudad deben hacerse acompañados de su valor, más diez por ciento para gastos

<p><i>Les peuples.</i> Contiene los procesos (n) tegramente, con las acusaciones y defensas. 1 volúmenes, con profusión de grabados. 64 ..</p> <p><i>Garrault. Droit penal français</i> 4 volúmenes. 40 ..</p> <p><i>Castor.</i> Histoire de Droit français. 1 volumen. 5 ..</p> <p><i>Guardia.</i> Las Leyes de Indias, anotadas con las disposiciones vigentes. 13 tomos, pasta. 20 ..</p> <p><i>Hinnecco.</i> Recitaciones del Derecho Civil Romano. 2 volúmenes. 4 ..</p> <p><i>Hinjosa.</i> Historia del Derecho Romano, según las teorías modernas. 2 tomos, tela. 8 ..</p> <p><i>Hovy.</i> Des rapports de sacerdocio avec l'autorité civile. 3 volúmenes. 13 ..</p> <p><i>Jevons.</i> The theory of political economy. 1 volumen. 5 ..</p> <p><i>Morie.</i> Elements de Droit administratif. 1 volumen. 8 ..</p> <p><i>Ortiz.</i> (Juan B.) Filosofía social. 1 volumen. 3 ..</p> <p><i>Ortiz.</i> Explicación histórica de las Instituciones de Justiniano. 2 volúmenes. 14 ..</p> <p><i>Palacio.</i> Estudios de Derecho Penal. 1 volumen. 6 50</p> <p><i>Palau.</i> Las leyes. 2 volúmenes. 4 ..</p> <p><i>Priso.</i> Filosofía del Derecho. 1 volumen. 4 50</p> <p><i>Rambaud.</i> Manuel de Droit Roman. 2 volúmenes. 6 ..</p> <p><i>Sánchez de Oca.</i> El Matrimonio y ley natural. Su importancia. Su historia. 2 volúmenes. 8 ..</p> <p><i>Smith.</i> The laws concerning public health. 1 volumen. 12 ..</p> <p><i>Tegarelli.</i> Elementos de Derecho natural. (Texto de la Escuela de Derecho de Bogotá). 1 volumen. 4 ..</p> <p><i>Trovis.</i> Los grandes economistas en XVIII et XIX siglos. 1 volumen. 4 ..</p> <p><i>Triper.</i> Codo de justicia militar. 9 ..</p>	<p><i>García Higiano de la vista.</i> 1 volumen. 3 50</p> <p><i>Giulera.</i> Elementos de Filosofía para uso de los ecologos de segunda enseñanza. 3 volúmenes. 5 ..</p> <p><i>Guaritia.</i> Grammaire de la langue latine d'après la méthode. 1 volumen. 13 ..</p> <p><i>Guaritia.</i> El idioma universal. Gramática de una nueva lengua llamada "Onia" (Kosmal idioma). 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Johannet.</i> Principios y práctica de la enseñanza. 1 volumen. 3 40</p> <p><i>Langlobert.</i> Física. 1 volumen. 3 40</p> <p><i>Larousse.</i> Grammaire complète, syntaxique littéraire. 1 volumen. 1 20</p> <p><i>Marlin.</i> L'éducation du caractère. 1 volumen. 2 20</p> <p><i>Miré.</i> La enseñanza de la Historia en las escuelas. 1 volumen. 1 ..</p> <p><i>Montaigne.</i> De l'institution des enfants et extraits pédagogiques. 1 volumen. 1 50</p> <p><i>Palenzuela y Carreño.</i> Método para aprender á leer, escribir y hablar el inglés según el sistema de Ollendorff. 2 volúmenes. 3 80</p> <p><i>Santos.</i> Curso completo de Pedagogía. 1 volumen. 3 20</p> <p><i>Shoupp.</i> Course de Religion. 1 volumen. 2 80</p> <p><i>Simonne.</i> Método para aprender el francés, según el sistema de Ollendorff. 2 volúmenes. 6 ..</p> <p><i>Sully.</i> Psicología pedagógica. 1 volumen. 3 40</p> <p><i>Sánchez y Casado.</i> Historia Universal. 1 volumen. 3 50</p> <p><i>Veuille.</i> Diccionario mercantil en inglés, español y francés. 1 volumen. 3 ..</p> <p><i>Wolkersham.</i> Métodos de instrucción. 1 volumen. 3 40</p> <p>LITERATURA.—ORITICA.—NOVELAS</p> <p><i>Academia Española.</i> Antología de</p>	<p><i>Cuentos escogidos de los mejores autores franceses.</i> 2 50</p> <p><i>Dick de Conlay.</i> Français et allemands. Histoire anecdotique de la guerre de 1870 et 1871. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Dupuy (Ernest).</i> Les grandes maîtres de la littérature Russe. 1 volumen. 2 30</p> <p><i>Dupuy.</i> Victor Hugo. 1 volumen. 2 80</p> <p><i>Dupuy de Nivus.</i> Obras completas. 2 grandes y lujosos volúmenes. 24 ..</p> <p><i>Esproncada.</i> Obras poéticas. 1 volumen. 2 50</p> <p><i>Gotha.</i> Fausto y el segundo Fausto. 1 volumen. 3 80</p> <p><i>Hartsemush.</i> Fábulas, primera edición completa. 1 volumen. 3 50</p> <p><i>Hartsemush.</i> Poesías, con retrato y biografía del autor. 1 volumen. 2 50</p> <p><i>Hays.</i> Lettres de Lord Beaconsfield á sa soeur. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Jackson.</i> Ramona. Preciosa novela de costumbres. 1 volumen. 1 50</p> <p><i>La Bruyere.</i> Los caracteres. 1 volumen. 2 50</p> <p><i>Lamartine.</i> Historia de los Girondinos. 6 volúmenes. 14 ..</p> <p><i>Larra.</i> Obras. 4 volúmenes. 10 ..</p> <p><i>Le sage.</i> Ch. Blas de Santillana. 1 volumen. 3 50</p> <p><i>López de Ayala.</i> Obras completas. 10 ..</p> <p><i>Lucien.</i> Oeuvres complètes. 2 volúmenes. 4 40</p> <p><i>Mac Douall.</i> El joven Arturo. 1 volumen. 60</p> <p><i>Malot.</i> Sin familia (edición ilustrada). 1 volumen. 4 ..</p> <p><i>Manzoni.</i> Los Novios. 2 volúmenes. 3 ..</p> <p><i>Marmol.</i> Amalia. Novela histórica. 2 volúmenes. 3 60</p> <p><i>Moratin.</i> Obras póstumas. 8 volúmenes. 10 ..</p>	<p><i>Valera.</i> Cuentos y diálogos. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Valera.</i> El Condenador Mendoza. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Valera.</i> Doña Luz y Pasares de Hita. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Valera.</i> Las Invociones del doctor Farinero. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Valera.</i> Disertaciones y jocos literarios. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Valera.</i> La Cueva del Chato. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Valera.</i> Poesías: La vengativa El año campesino. El último beso Fernando de Laredo. El Capitán García. Coda uno. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Valera.</i> Memorias de un periodista. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Warden.</i> La casa del pantano. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Zorrilla.</i> Recuerdos del tiempo viejo. 3 volúmenes. 2 ..</p> <p>HISTORIA.—BIOGRAFÍA</p> <p><i>Amos de Semper.</i> Biografías de hombres ilustres. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Amador de los Rios.</i> Historia social, política y religiosa de los juicios de España y de Portugal. 3 volúmenes. 2 ..</p> <p><i>Amos de Semper.</i> Biografías de hombres ilustres. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Amos de los Rios.</i> Historia social, política y religiosa de los juicios de España y de Portugal. 3 volúmenes. 2 ..</p> <p><i>Amos de Semper.</i> Biografías de hombres ilustres. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Amos de los Rios.</i> Historia social, política y religiosa de los juicios de España y de Portugal. 3 volúmenes. 2 ..</p> <p><i>Amos de Semper.</i> Biografías de hombres ilustres. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Amos de los Rios.</i> Historia social, política y religiosa de los juicios de España y de Portugal. 3 volúmenes. 2 ..</p> <p><i>Amos de Semper.</i> Biografías de hombres ilustres. 1 volumen. 2 ..</p> <p><i>Amos de los Rios.</i> Historia social, política y religiosa de los juicios de España y de Portugal. 3 volúmenes. 2 ..</p>
--	--	--	---

Fuente: Catálogo Librería Americana (enero de 1894). El Telgrama. Biblioteca Luis Ángel Arango

Con esto, a la librería se le concedía la misión de erigirse como centro de difusión cultural, de comercio de lo intelectual, de las necesidades básicas humanas y en últimas, como

se verá con el caso de la Librería Nueva, un espacio para la socialización y la recopilación de todo tipo de ideas, críticas, reflexiones y disertaciones, es decir, un lugar de interlocución y de tertulia. Con los periódicos, como *La Crónica*, *El Correo Nacional* y *El Telegrama*, las librerías tuvieron reconocimiento como centros representativos de la ciudad burgués-letrada y a través de ellos, las librerías como la Americana (fundada en 1876), de Fidel Pombo (1877) o la Colombiana (1882) tuvieron un lugar de recordación en las nociones de la constitución de la ciudad donde habitaba el bogotano, colombiano o extranjero a finales del siglo XIX. Estas empresas de lo cultural y lo letrado, pensándolas como novedosos comercios de las letras, según Mendoza,

estaría guiado por una élite que habría impulsado una actividad económica específica, comprendiendo las exigencias históricas de su época y aprovechando las circunstancias nacionales y mundiales que favorecieron el desarrollo económico (Mendoza, 1992, 31).

Así, esta actividad económica de la producción y distribución intelectual nacional y extranjera comprende la exigencia de la divulgación del pensamiento literario y crítico como formas de consumo cultural por parte de los lectores locales. Se aprovechan las circunstancias contextuales de apertura, importación y exportación territorial y mundial para la creación de necesidades adquisitivas entre lectores. Todas estas ventajas y oportunidades sin lugar a dudas las aprovecharon los libreros, quienes hicieron uso de los periódicos para ponerle precio a aquello que consideraban reciente e inédito y así adjudicarse la exclusividad de su negocio librero donde se podían conseguir textos bajo esas características. Con esto, no solo se habla del lector de periódicos, sino también de seducir o conducir recurrentes y nuevos lectores de libros. Así, por más que los catálogos muestren similares autores, se buscaba con la diferenciación de textos y títulos que cada librería se hiciera particular y exclusiva.

Para finalizar este rastreo de antecedentes y analizar el caso específico de la Librería Nueva, hay que observar cómo uno de los recurrentes visitantes de las antiguas librerías en Bogotá, el escritor, diplomático y agricultor Laureano García Ortiz, relata la experiencia al interior de estas y su cotidianidad junto con sus propietarios y otros visitantes. Durante sus estudios en Bogotá, el exembajador y titular del Ministerio de Relaciones Exteriores para los años veinte del siglo pasado visitaba librerías como la del escritor e intelectual Fidel Pombo que en principio se situó en las antiguas Galerías de la Plaza Bolívar, lo que hoy es el Palacio de Liévano. De esta librería recuerda que su propietario “solo introducía obras de ciencias exactas –teóricas y aplicadas- y de ciencias físicas y naturales” (García, 1932, 21). Recuerda que uno de sus vendedores o libreros, Roberto Mares, era gran conocedor de libros de mineralogía y geología y por el contacto con estos en dicha librería, fue Mares quien creó una de las primeras empresas petrolíferas colombianas, lo que habla de las influencias de estos centros culturales como modeladores o determinantes de otros escenarios de la vida política y social colombiana. Con García puede verse cómo las librerías fueron ampliándose y mejorándose

estructural y comercialmente, pues gracias a su memoria y sus relatos de lector-visitante frecuente, se observa los traslados de sedes de las librerías y los avances que trajeron estos cambios.

Al igual que los cambios que sufre Bogotá como ciudad burguesa-letrada, sus establecimientos van recorriendo y conformando la metrópoli de forma simbólica, pues el ‘trasteo’ de un lugar a otro significa llevar al lector-visitante a conocer su ciudad y trasladarse junto con el local. Así, cuenta que la Librería de Fidel Pombo, hermano de los escritores e intelectuales, colaboradores de la Biblioteca Popular, Rafael Pombo y Manuel Pombo, pasó en la década de los ochenta a instalarse en la esquina de la calle 10 con carrera octava, cambiando a su vez de dueños y “dándole orientación más literaria” (García, 1932, 22).

Por las mismas galerías de la Plaza de Bolívar, García recuerda una librería administrada por unos barceloneses, Soldevilla y Curriols, llamada Barcelonesa. Según rememora García, en ella se encontraban ediciones pobres de autores desconocidos como Enrique Pérez Escrich o Antonio de Padua. En dicha librería abundaban “producciones de una literatura barata, propagadora del peor gusto, capaz de inficionar toda una generación”, pues verdaderamente estos catalanes no eran libreros de profesión, sino que eran simples comerciantes de libros, “que sin escrúpulos ni tapadijos satisfacía los gustos pervertidos de los muchachos, con las más apestosas pornografías” (García, 1932, 22). Este recuerdo muestra no sólo la calidad editorial y la diferente perspectiva que tenían algunas personas del medio cultural y comercial sobre el libro, sino tipos de públicos diferentes, de gustos distintos a los de una élite.

Esa “noble función social de fomentador e intermediario de las relaciones espirituales entre los hombres”, la del librero para García, era poco concordante con el caso de la Librería Barcelonesa. Ello también muestra que detrás de una librería hay un sujeto que determina y elige lo que el público lector puede o debe leer bajo los distintos intereses de un propietario. Se habla de un mercado más expandido de lo que usualmente se piensa. Es evidencia también de lo que el editor-librero barcelonés sabe sobre el oficio, es decir, sus capacidades y saberes, pues también esta librería se caracterizaba por las pésimas traducciones al español, rememorando el caso del título de *Madame Bovary* de Flaubert, que fue traducido y enviado a Bogotá como *¡Adúltera!* Sin embargo, allí se consiguieron ediciones íntegras e ilustradas de las obras de Julio Verne y los tomos de la Biblioteca Universal, colección creada en España que albergaba las más representativas obras del intelecto mundial y que mucho se parecían en imagen y línea editorial a la Biblioteca Popular de Jorge Roa, que de algún modo se dejó influenciar de este fenómeno editorial español.

Imagen 8. Volúmenes de la Biblioteca Universal, selección de textos editados en Madrid, España a finales del siglo XIX



Fuente: todocoleccion.net. Recuperada de: <http://www.todocoleccion.net/libros-antiguos-clasicos/biblioteca-universal-autores-espanoles-extranjeros-fines-siglo-xix-distintos-numeros-verlista~x42433729>

Otra de las librerías con mayor tradición histórica y reconocimiento en la ciudad burguesa-letrada de Bogotá fue la Librería Americana, que perteneció al Presidente de la República en 1894, Miguel Antonio Caro y fundada por él mismo en 1876. Como la librería de Pombo, la de Americana recorrió el centro principal del comercio bogotano alrededor de la Plaza de Bolívar, primero instalándose en la calle 12 y terminando a finales del siglo XIX en la calle 14. Su propietario contaba con dos dependientes: Gregorio Gutiérrez, librero e hijo del poeta antioqueño Gregorio Gutiérrez González, quien fue editado e incluido en la Biblioteca Popular de Jorge Roa; y José Vicente Concha, quien más tarde se haría dueño de la librería y se convertiría en Presidente de la República entre 1914 y 1918. Una vez más se observa cómo este ejercicio librero tuvo nexos y repercusiones con el ámbito del poder.

Esta emblemática librería contaba con obras bien editadas, en “los textos originales o en las versiones más autorizadas”, de autores como Fernán Caballero, Benito Pérez Galdós, Gustavo Adolfo Bécquer y Gaspar Núñez de Arce. En ella, las más afamadas colecciones editoriales españolas tuvieron conocimiento en el medio bogotano, tales como la *Biblioteca Clásica*, la *Biblioteca de Autores Españoles* y la *Colección de Escritores Castellanos*. En cuanto al tratamiento y presentación de las obras, la Librería Americana constituye uno de los antecedentes más importantes en el ejercicio editorial de textos literarios, pues como lo recuerda García

La Librería Americana comenzó a editar aquí, sin duda con provecho para ella y muy positivo para el público, algunas producciones españolas, a lo que puso fin el deplorable tratado de propiedad literaria celebrado por el señor Quijano Wallis, quien murió creyendo que con ello había hecho una gran cosa (García, 1932, 25).

Incluso, ya se hablaban de tratados y convenciones para regir la propiedad intelectual de la época, lo que deja entrever que las librerías, como primeros experimentos de casas editoriales locales, ya tenían ciertos limitantes y condiciones para ejercer la labor editorial. No obstante, con la importación de volúmenes de dichas colecciones españolas y la escritura de prólogos por reconocidos intelectuales locales, los lectores como García pudieron apreciar buenas traducciones al español de obras de autores ingleses como Thomas Macaulay, quien posteriormente, a finales del siglo XIX con Jorge Roa como editor, será traducido y reinterpretado desde la edición inglesa directamente, tal como lo cuenta García. Gracias también a las relaciones establecidas entre Caro, Concha, Jerónimo Argáez y Carlos Martínez Silva, la Librería Americana tuvo especial y diario protagonismo en los periódicos de estos últimos personajes, estableciendo alianzas para orientación y obtención de lectores en ambos medios o espacios.

Imagen 9. La Librería Americana en los periódicos locales

LIBRERIA AMERICANA
DE
J. V. CONCHA
Bogotá, Calle 14, números 97 y 99
(Antigua de los Enfardeladores.)
Los pedidos de los Departamentos deben venir acompañados de su valor y 10 por 100 más, para portes de correo y empaque, dirigidos al propietario de la Librería, Apartado de correos 228.
ACABAN DE RECIBIRSE:

Barras (Membre du Directoire). Mémoires, avec un préface de Georges Duruy. 4 vols., rústica, \$ 16.
Barrau. Histoire de la Révolution Française. 1 vol., rústica, \$ 2.20.
Berger. Histoire de l'éloquence latine. 2 vols., rústica, \$ 5.
Boissier. La fin du paganisme. 2 vols., rústica, \$ 6.40.
— Promenades archéologiques. 1 vol., rústica, \$ 3.20.
— Nouvelles promenades. 1 vol., rúst., \$ 3.20.
Bréal. Excursions pédagogiques. 1 vol., rústica, \$ 3.
Buisson. Enseignement primaire. Rapports de la Délégation envoyée à l'Exposition de Chicago par le Ministère d'Instruction publique (1896). 1 vol., rústica, \$ 4.
Bossuet. Oeuvres choisies. 5 tomos, rústica, \$ 8.
Compayré. Enseignement secondaire. Rapports de la Délégation envoyée à l'Exposition de Chicago par le Ministère d'Instruction publique. 1 vol., rústica, \$ 4.
— Enseignement supérieur. Id. id. 1 vol., rústica, \$ 4.
Coubertin. L'Education en Angleterre. Collèges et Universités. 1 vol., rústica, \$ 3.
Cherbuliez. Après fortune faite (novela). 1 vol., rústica, \$ 3.
Du Camp. (Maxime). La charité privée. 1 vol. rust., \$ 7.
— Paris bienfaisant. 1 vol. rústica, \$ 3.20.
— Le Crépuscule. Propos du soir. 1 vol., pasta, \$ 3.20.
Fénélon. Oeuvres choisies. 4 vols. rústica, \$ 6.40.
Gréard. Education et instruction. Enseignement primaire. 1 vol., rústica, \$ 3.
— Id. id. Enseignement secondaire. 1 vol., rústica, \$ 3.
Janin. Oeuvres à Horace. 1 vol. rústica, \$ 2.20.
Lamartine. Harmonies poétiques. 1 vol. rústica, \$ 3.40.
— Poésies inédites. 1 vol. rústica, \$ 2.
— Recueils poétiques. 1 vol. rústica, \$ 3.40.
Lemaître. Impressions de Théâtre. 6 vols., \$ 13.20.

LIBRERIA AMERICANA,

BOGOTÁ, CALLE DEL TEMPLO PROTESTANTE, 97 Y 99.

Los pedidos de los Departamentos, acompañados de su valor, más el 10 por 100 para portes de correo, deben dirigirse a J. V. Concha, apartado de correos 228, dirección telegráfica, Jovico.

BOUILLET, Dictionnaire d'histoire et géographie. Contenant: 1.º L'Histoire proprement dite; 2.º La Biographie universelle; 3.º La Mythologie; 4.º La Géographie ancienne et moderne [edición de 1893]. Un volumen, pesos 20.

BOUILLET, Dictionnaire Universel des sciences, des lettres et des arts. Quatorzième édition. Un volumen, pasta, pesos 14.

LITTRÉ, Dictionnaire de la langue française. Contenant: a) la nomenclature; b) la grammaire; c) la signification des mots; d) la partie historique; e) l'ethymologie. Cinco grandes volúmenes, pasta peso 70.

TAINÉ, Les origines de la France contemporaine. Cinco volúmenes, pasta, pesos 24.

TAINÉ, Voyage en Italie. Dos volúmenes, pasta, pesos 6.

SCHMIDT, Prudent & Antoine. Atlas de Géographie moderne [compuesto de 87 cartas]. Un volumen, pasta, pesos 15.

CLEMENT, Les musiciens célèbres depuis le XVI siècle jusqu'à nos jours. Ouvrage illustré de 45 portraits gravés à l'eau forte. Un volumen, pasta, pesos 12.

MULLER, Historia de la literatura griega hasta la época de Alejandro, anotada y continuada por Emilio Heitz. Traducida de la 4.ª edición alemana, por Ricardo de Hinojosa. Tres volúmenes, tela, pesos 16.

CUETIVUS, Gramática griega elemental. Traducida de la 15.ª edición alemana, por Enrique Soms y Castelin. Un volumen, tela, pesos 6.

HOUSSAYE, 1815. La première restauration. Le retour de L'Ile d'Elbe. Les cent jours. Un volumen, pesos 2-50.

3-2

Cartas políticas

DEL DOCTOR DON CARLOS HOLGUÍN

Con prólogo de don Marco F. Suárez.— Un tomo de XII 207 páginas; esmerada edición, en papel fino, está de venta en la Librería Americana y en la del Atrio, a \$ 1 el ejemplar.

Los pedidos de fuera deben dirigirse a José Vicente Concha ó á Hernando Holguín y Caro.

30-22

Fuente: Catálogos y avisos publicitarios (octubre de 1893). *El Telegrama* y (marzo de 1897) *La Crónica*. Biblioteca Luis Ángel Arango

Otras librerías como la Torres Caicedo (fundada en 1870), que recibe el nombre en honor al escritor y diplomático don José María Torres Caicedo, perteneció, como lo registró García, al “general conservador don Lázaro María Pérez, luego asociado a su activo y laborioso hijo don José Joaquín Pérez” (1932, 26). Según García, esta librería fue clave para la historia cultural colombiana, pues “era la única que en tal tiempo tenía relaciones con otras librerías de Hispanoamérica. Quien necesitara entonces un libro de México, de Cuba, del Perú, de Chile o de la Argentina, lo encontraba en aquella librería y solo en ella”. Esta librería se ubicó en la carrera octava con calle 14 y también, con los años, se estableció en el atrio de la Catedral. No menos importantes fueron los almacenes de útiles y papelería en los que también se vendían algunos libros, especialmente textos escolares. Esas fueron la de Manuel Pombo, Manuel Gómez, la de Alejandro Torres Amaya, la Librería Popular y la de Chaves que hacían uso de la prensa para actualizar y promocionar sus productos.

Imagen 10. Catálogos y avisos publicitarios de las Librerías Torres Caicedo, Torres Amaya y Popular

Nuevo libro

Acaba de aparecer la *Guía de la navegación del bajo Magdalena*, por Nicolás Ortiz. El librito, que es muy útil, está dedicado al señor don Carlos Tanco, á quien apellida el señor Ortiz con razón “infatigable obrero del progreso de Colombia.” La *Guía* contiene: la historia del descubrimiento del río Magdalena; luego la de la navegación en *balsa*, en *champán* y en vapor con anotación de las Compañías que han explotado aquella Empresa desde 1823; la descripción de la hoya hidrográfica de nuestra grande arteria; datos sobre el comercio de tránsito que se hace por ella; itinerario de las distancias de los distintos puntos notables de las riberas del río: la flora y la fauna; el valor de los fletes; un memorandum terapéutico sobre las afecciones más comunes en aquella región y anotaciones especiales sobre el Ferrocarril de “La Dorada,” y la navegación del río y del Canal del Dique.

Este trabajo, ameno y útil, tiene páginas blancas para observaciones de viaje y se vende, muy barato, en la Librería de Torres Amaya. Recomendamos su lectura.

Fuente: Libro nuevo (enero de 1894). *El Telegrama*. Biblioteca Luis Ángel Arango

LIBRERIA DE TORRES AMAYA

CALLE 12, NUMERO 151.—BOGOTA

Se acaban de recibir las siguientes suscripciones de periódicos franceses:

Le Figaro Illustré, con magníficos grabados en colores y en lujosa edición; valor del semestre, \$ 12.

Le Journal Amusant, con magníficos grabados; valor del semestre, \$ 10.

Le Salon de la Mode; valor del semestre, \$ 10.

La Vie Parisienne; valor del semestre, \$ 12.

Le Moniteur de la Mode. Diario del gran mundo, ilustrado como los anteriores. Valor del semestre, \$ 12.

LIBROS NUEVOS, RECIBIDOS

ULTIMAMENTE

El lenguaje de las flores, en magnífica edición, corte dorado y pasta fina, \$ 3.

Poesías de Gregorio Gutiérrez González, pasta de tela fina, \$ 2.50.

Pasionarias. Poesías de Manuel María Flórez, pasta de tela fina, \$ 2.50.

El Carácter, por Samuel Smiles. Libro cuya lectura es indispensable en el día, \$ 2.40.

El Ahorro, por el mismo, \$ 2.40.

El Deber, por el mismo, \$ 2.40.

El propio esfuerzo. Ayúdate, por el mismo, \$ 2.40.

El Oráculo de Napoleón, con lámina para las suertes, \$ 1.

El Manual epistolar ó arte para escribir todo género de cartas, \$ 1.50.

Flavigny. Oraciones, pasta entera, fina, \$ 2.50.

Flavigny. Oraciones, pasta de cuero *chagrin*, pasta fina y corte dorado, \$ 6.

Año cristiano, con santoral completo, seis tomos, con pasta española, \$ 6.

LIBROS NACIONALES SOLICITADOS:

Vargas V. Aura ó las violetas, novela moral, pasta entera, \$ 1.

Ibáñez Pedro. Crónicas de Bogotá, lectura histórica amena; en rústica, \$ 2; en pasta, \$ 3.

Lastra Mercedes. Costura y modistería, edición con láminas, \$ 1.

Baquero César. Libro de lectura, sistema objetivo, cada uno 25 centavos; ambos tomos, con pasta, \$ 1.

Vergara Velasco. Nueva Geografía de Colombia, con la estadística completa; rústica, \$ 6; pasta, \$ 7.

Novena de Nuestra Señora del perpetuo Socorro; la docena, \$ 2.50; cada una, 30 centavos.

Devoción de los siete Domingos á San José; la docena, \$ 1.50; cada uno, 20 centavos.

☞ Libros para premios en las escuelas y colegios, gran surtido.

☞ Marcos para retratos, de todas clases, calidades, tamaños y precios. Papel de oficio; de carta, de billete, de esquela y sobres. Papel de luto fino, rayado y sin rayar. Plumas, cuadernos en blanco, etc.

Se marcan nombres, iniciales y fechas, con tipos elegantes, en libros, cajas y carteras.

Trabajos de imprenta y encuadernación.

Las órdenes y pedidos por correo á

ALEJANDRO TORRES AMAYA.

Apartado número 211

LIBROS NUEVOS Poesías

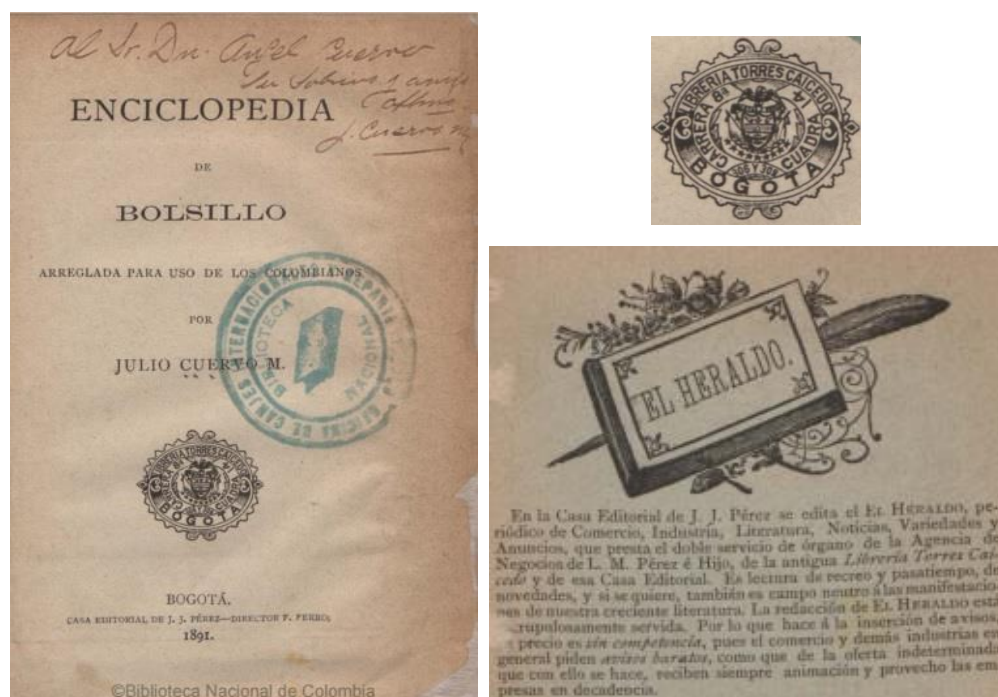
Mañana se pondrá á la venta, en la librería Torres Caicedo, el libro de versos intitulado *Horas* de Julio Flórez, á ochenta centavos el ejemplar.

La edición es lujosa y correcta.

Importante también es anotar que la Librería Torres Caicedo es trascendental antecedente de la edición de textos en Colombia, pues además de haber traído textos de otras latitudes latinoamericanas, gracias a sus directores, Lázaro y José Joaquín Pérez, para principios de los años noventa del siglo XIX, se creó una de las primeras casas editoriales que se independizó de las librerías: la Casa Editorial de J. J. Pérez, como así lo recuerda García. Ello muestra que el oficio ya era pensado en cierta medida apartado de lo que significaba el negocio comercial librero. Pensar y sostener una casa editorial evidencia un paso fundamental para la consecución del ejercicio editorial centrado y dirigido por un(os) editor(es) que piensan en cómo construir una empresa dedicada a la edición, corrección y presentación de textos impresos en diferentes medios o formatos (en dicha casa editorial, además de editarse textos, se editaban periódicos como *El Herald*o).

Quizás los primeros editores de la casa editorial, sus directores, no solo se conformaron con establecer un espacio para el comercio de los impresos como lo fue la Librería Torres Caicedo; fueron las circunstancias económicas de apertura y expansión, así como las relaciones y contactos con otros colegas, comerciantes y mercados extranjeros lo que posibilitaron la independencia del oficio editorial del librero. Futuros trabajos deben mirar con detenimiento este caso de la historia editorial colombiana, pues se da incluso antes de la empresa desarrollada por Roa y Carrizosa, la Librería Nueva y su Colección de la Biblioteca Popular. Pero basta con mirar una de sus publicaciones, como la *Enciclopedia de Bolsillo*, para darse cuenta que inclusive la librería contaba con un logo o sello independiente a la casa editorial y que cada una cumplía su respectivo papel: en una se vendían o se adquirían libros y periódicos y en otra se editaban. Así también los libros funcionaron como medios publicitarios, pues se encuentran avisos de otros negocios o servicios comerciales como inscripciones a instituciones educativas, relojerías, servicios de imprentas o de correspondencia, etc., lo que habla de las relaciones que tenía la Casa Editorial J. J. Pérez para sustentarse económicamente y crecer en el mercado. A su vez se puede contemplar cómo los periódicos, como *El Herald*o, funcionaron de anunciantes de las librerías, órganos difusores de sus productos culturales.

Imagen 11. Portada de *Enciclopedia de Bolsillo*, libro editado por la Casa Editorial J. J. Pérez y anuncios



Fuente: Catálogo digital de la Biblioteca Nacional de Colombia

Por último, queda recordar a una de las librerías más importantes de finales del siglo XIX, fundada en 1882 por el escritor, comerciante y Presidente de la República por un corto tiempo, Salvador Camacho Roldán y por Joaquín Emilio Tamayo: la Librería Colombiana. García la recuerda con especial sentido al evocar que el país necesitaba de una renovación cultural, pues librerías como la Librería Americana, de Miguel Antonio Caro, habían insertado en sus catálogos y negocios obras que estaban mediadas por aficiones religiosas provenientes del catolicismo español. Caro, por su cercanía a la vida cultural hispánica y sus inclinaciones conservadoras se hicieron manifiestas en la selección de obras que vendía su librería (García, 1932, 29).

Dicha renovación se dio con la Librería Colombiana, que además de formar lectores-visitantes al servicio de empresas políticas, educativas y periodísticas como Nicolás Pinzón W., escritor, abogado y fundador de la Universidad Externado de Colombia; José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres, fundadores de *La Crónica* y el escritor, lingüista y político boyacense Diego Mendoza Pérez, introdujo textos de ciencias filosóficas, morales y políticas. Además de estas materias, García recuerda que sin esta librería los colombianos “habríamos sabido tarde que las ciencias históricas habían comenzado a renovarse al influjo de la crítica documentada y con el auxilio de todas las disciplinas anexas: la etnografía, la filología, el folklore, la historia de las religiones y la historia de las artes” (1932, 32).

Esta librería también dedicó parte de sus catálogos y colecciones a las obras nacionales, que como se vio en el primer capítulo, representaban gran parte de compendios históricos, textos para la enseñanza y novelas locales como *María*, de Jorge Isaacs. Al igual que la Librería Torres Caicedo, la librería de Camacho Roldán y Tamayo contaba con órganos difusores como lo fue *La Crónica* y especialmente *El Informador Literario*, el cual difundió las noticias, los catálogos y las actualizaciones de las diferentes ediciones de sus libros. Muchos de estos fueron impresos, como así se remitieron librerías y periódicos, en la Imprenta La Luz y en la imprenta a vapor de Zalamea Hermanos; claves para el surgimiento de las librerías y el ejercicio de edición de textos en Bogotá a finales del siglo XIX.

De Salvador Camacho Roldán, García recuerda que era un hombre de viajes, con los cuales encontró contactos, conexiones y relaciones útiles para beneficio de su negocio librero. Ello le permitió obtener e importar productos comerciales que ningún otro comerciante había logrado y que gracias a su 'buen gusto' la sociedad bogotana pudo acceder a ciertas mercancías como estatuillas de bronce artísticas de alto valor para la época y que muchos no podían comprar, solo clases privilegiadas. Libros en gran formato, empastados y con adornos o materiales delicados fueron considerados también por el criterio de Camacho Roldán quien era, como lo dice García "el pensamiento y el espíritu de la empresa" y Joaquín Emilio Tamayo y sus hijos aquellos "que aseguraron la vida y el éxito del empeño en su desarrollo práctico". Gracias a sus relaciones y el establecimiento de redes familiares, varios negocios, como las librerías en Bogotá a finales del siglo XIX, diversificaron sus funciones comerciales y, como lo describen Barragán y Torres, se

soportaron las situaciones conflictivas e incorporaron amigos o personas cercanas a los negocios; crecieron en el campo económico después de 1870 pues ampliaron espacios, actividades y diversificaron recursos, y adoptaron una especialización de funciones. El crecimiento de los negocios y el establecimiento de vínculos con 'otros' generaron la creación de empresas, el desligamiento de la organización centrada en una persona a una organización de un objetivo específico de lucro en tiempo, recursos y espacio determinados; en ese momento necesitaron los tenedores de libros (Barragán y Torres, 2010, 591).

Así, la Librería Colombiana se transforma a principios del siglo XX en una importante agencia comercial, pues gracias a la variedad de productos y servicios, no solo lo que podía difundirse como aspecto cultural iría cambiando con los años, sino también las necesidades diarias de las personas que encontraban en esta casa comercial además de libros de todas las latitudes mundiales, elementos de oficina y para el hogar de alta calidad. Tal como García lo afirma, para Barragán y Torres es claro que relaciones entre miembros y colegas como la de Camacho y Tamayo, incluso las familiares entre Lázaro Pérez e hijo, se efectuaron

mediante los intercambios comerciales, los viajes y las residencias temporales en Europa y Estados Unidos, las redes familiares establecieron lazos con miembros y avances económicos

del mundo civilizado. La importación de bienes materiales o simbólicos las convirtió en innovadores en muchos procesos y actividades (Barragán y Torres, 2010, 592).

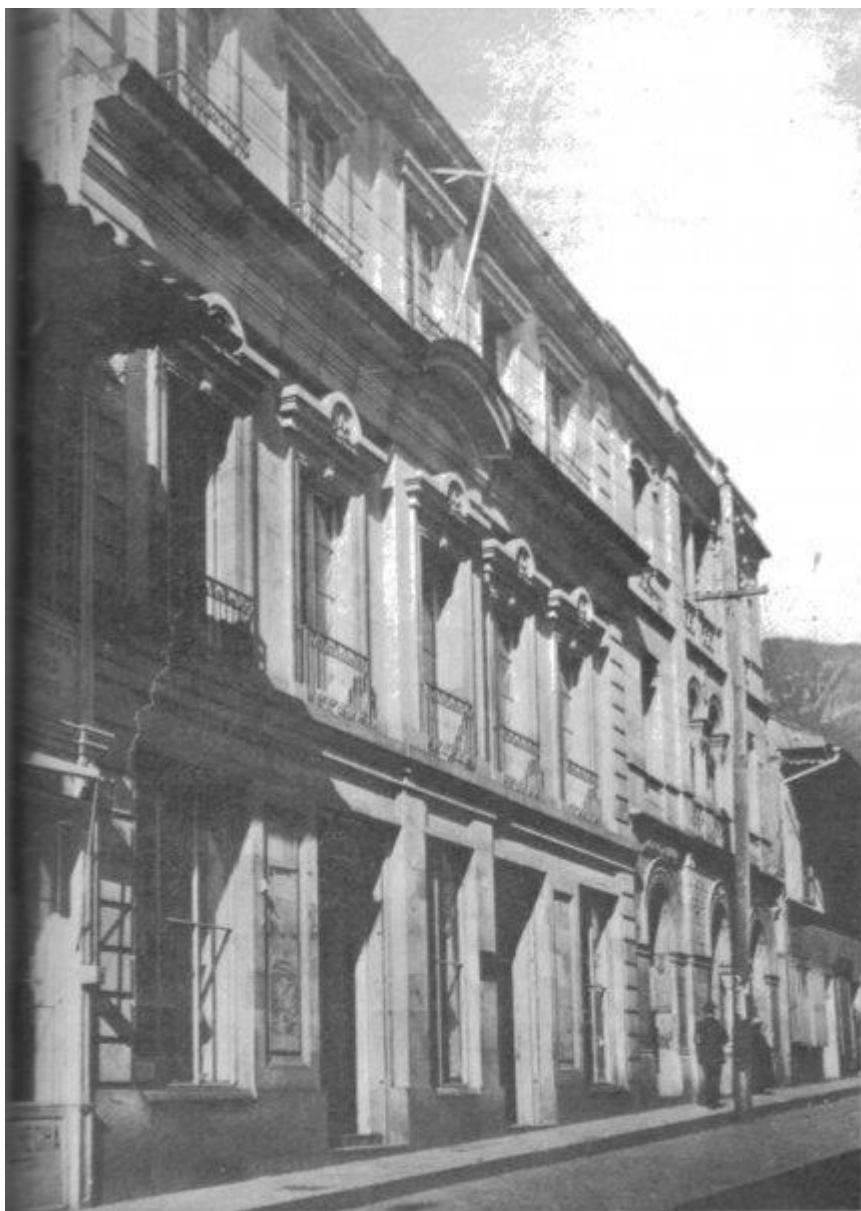
Con el progreso que fue adelantando la Librería Colombiana, esta se ubicó en principio, como la rememora García, en el “gran salón alto que formaba todo el frente del antiguo Bazar Veracruz, en la segunda Calle Real” (véase imagen 12). Luego fue mejorando y ocupando lugares tradicionales de comercio como la calle 12, entre la carrera séptima y octava, en la acera norte, en un local restringido de una sola puerta que constaba de dos pisos: en el primero la librería y en el segundo los escritorios, oficinas y artículos varios. Al final, por la misma calle y trasladándose al local oriental contiguo, la librería se instaló en el moderno edificio que constituyó la agencia comercial de Camacho y Cía. (véase imagen 13). Esto muestra la evolución que a la par tuvo la librería con las ubicaciones estratégicas que permitió la ciudad burguesa-letrada.

Imagen 12. Primera sede la Librería Colombiana, en las décadas de los ochenta y noventa del siglo XIX



Fuente: Fotos antiguas Bogotá. Perfil de grupo de Facebook. Recuperadas de:
<https://www.facebook.com/media/set/?set=oa.10150763054711215&type=1>

Imagen 13. Librería Colombiana y agencia comercial de Camacho Roldán y Tamayo, año 1918

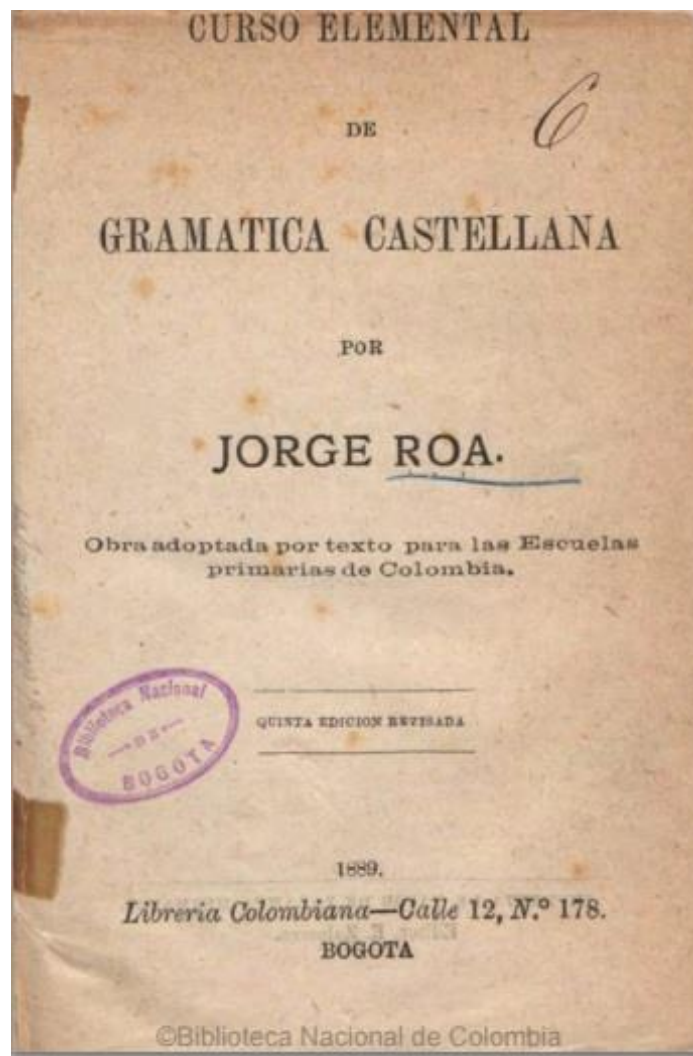


Fuente: Fotos antiguas Bogotá. Perfil de grupo de Facebook. Recuperadas de:
<https://www.facebook.com/media/set/?set=oa.10150763054711215&type=1>

Como las otras librerías, la Librería Colombiana contó con órganos publicitarios como *La Crónica* que permiten ver las obras extranjeras traídas por Camacho y Tamayo, lo que también puede dar idea de lo que se leía en la capital para finales de siglo XIX. Con el trato y el acceso a las obras nacionales, también se dedicaron al ejercicio de la edición, pues vale la pena rescatar el caso de la obra de Jorge Roa, *Curso elemental de gramática castellana*, obra que fue editada en varias ocasiones y que incluso, el mismo Roa editó y publicó bajo el sello de su librería. Para 1889, antes de Roa se constituyera y se adjudicara como editor de la colección de la Biblioteca Popular, fue escritor y para ese entonces su obra llegaba a la quinta edición

bajo la dirección de la Librería Colombiana. Evidencia una vez más de las relaciones que se fueron estableciendo entre dueños, propietarios, librereros, autores y editores que contribuyeron dentro del círculo o red de la producción cultural y letrada bogotana de finales de siglo al nacimiento del oficio de editar en el país. En el siguiente y último apartado de este trabajo se podrá ejemplificar esta idea, con el caso de Jorge Roa como editor y propietario de la Librería Nueva.

Imagen 14. Obra de Jorge Roa en su quinta edición de venta en la Librería Colombiana



Fuente: Catálogo digital de la Biblioteca Nacional de Colombia

Imagen 15. Catálogos de la Librería Colombiana en *La Crónica*

LIBRERIA COLOMBIANA
CALLE 12, NÚMERO 178, BOGOTÁ

Quedan unos pocos ejemplares de las acreditadas

MUESTRAS DE ESCRITURA,
con ejercicios é indicaciones para escribir con rapidez, por
D. FRANCISCO GARCÍA RICO.
Rústica, \$ 1-60.

ESTUDIO CRONOLOGICO
SOBRE LOS GOBERNANTES DEL CONTINENTE AMERICANO
desde la más remota antigüedad hasta 1887,
POR ADOLFO FLÓREZ
1 tomo, rústica, \$ 1-60.

FILOSOFIA DEL DERECHO
FUNDADA EN LA ÉTICA
Obra escrita en italiano por el Presbítero José Prisco, y traducida por J. B. Hinojosa. Precedida de un prólogo por Juan Manuel Ortí y Lara.
1 tomo, pasta española, \$ 4-40.

HISTORIA GENERAL
DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR
por Federico González Suárez, Presbítero
4 tomos y un atlas arqueológico explicado
En magnífica pasta española, \$ 30; en rústica, \$ 25.

DEPARTAMENTO DE ÚTILES DE ESCRITORIO

Sobres para cartas, para oficio, para fotografías, con lona, muy consistentes, vende en grandes y pequeñas cantidades la Librería Colombiana.

Tinta fija y de copiar, en diversos envases, y de las marcas más acreditadas vende á los precios más bajos de plaza la Librería Colombiana.

Surtido inmejorable de papel de carta, billete y oficio, vende al por mayor y al detall la Librería Colombiana.

Papel carbón para sacar duplicados con máquinas de escribir; papel sin rayas, de lino, en hojas, para máquina de escribir; papel japonés para copias, excelente calidad, se encuentra en la Librería Colombiana.

Tintas Davis, reconocidas universalmente entre los escritores hasta ahora fabricadas en Ginebra, Suiza, vendidas en todas las naciones en los mejores del mundo; lápices Agulita, de las mejores fábricas para lapiceros fabricados en la Librería Colombiana.

Papel de facturas en elegantes cajas; plumas de oro con perforaciones de nácar, en colecciones de acero y palmaria; lapiceros y plumas de oro de las mejores fábricas. La Librería Colombiana.

Múltiples juegos de escritorio con completa de la oficina, encajonados en una caja de fundición, de las mejores en el mundo, para oficina y para escritorio. Se vende en la Librería Colombiana.

Estados Unidos de América, 1897.

LIBRERIA COLOMBIANA

Departamento de Útiles de Escritorio

CALLE 12, NÚMEROS 186 Y 192

ÚTILES PARA ESCUELAS. Surtido completo tintas, plumas, papel, cuadernos de escritura con muestras, id. para planas, pizarras, jisés, porta-libros, lápices, lapiceros, tiza, y cuanto pueda necesitarse para escuelas.

ÚTILES PARA ESCRITORIOS. Papeles de carta desde los más económicos hasta los más finos; exfoliadores de todas clases, tamaños y calidades; papeles para cuentas y facturas, de algodón y de lino; cubiertas de todas formas, precios y tamaños; secantes de mano, en pliegos y en bultos; plumas de oro de las más acreditadas fábricas; porta-plumas y lapiceros finos; copiadores de cartas; papel para copias de prensa sueltas; prensas de copiar; lacte; goma; pisa-papeles, etc. etc.

ELECTROS DE ELECTRO-PLATA, cuadruple plateados, variedad insuperable. Jarrones para agua; soperas; conveys; argollas para servilletas; canastillas para flores, bizcochos y tarjetas; cigarrilleras, tarjeteras; marcos para retratos; juegos de té y café, y cien artículos más, todos de calidad inmejorable.

ELECTROS DE CUERO finísimos, carteras; portamonedas; billeteras; vases para señoras y caballeros; fosforeras; garnieles; rollos para porta-música; guanteras y pañueleras, etc. de pieles finas, como caimán, culebra, foca, cuero de Rusia, etc.

MESAS DE COMEDOR Y BILLAR combinados. Lindo mueble. Por un lado la mesa de billar y por el otro la de comedor. Un mismo mueble presta dos útiles servicios y no requiere pieza ó cuarto especial. Utilísimo para toda casa de familia y para el campo.

MÁQUINAS DE ESCRIBIR HARMOND. En este establecimiento está la agencia exclusiva de estas bien conocidas máquinas. En estos días llegará la última remesa. Con ellas se puede escribir cinco ó diez veces más aprisa que á mano, con descanso absoluto aun después del trabajo más continuado. Alineación perfecta, claridad sin igual, rapidez sorprendente, magníficas copias de prauis y descanso completo. El trabajo se convierte en placer.

BICICLETAS Columbia y Hartford. Agencia exclusiva de estas máquinas. La nueva remesa está de Honda para acá. Columbia es el *non plus ultra* de las bicicletas. La única en el mundo que se fabrica con acero de igual.

Sopas y té y otros de óvalo. Muy útiles para la ciudad y para el campo.

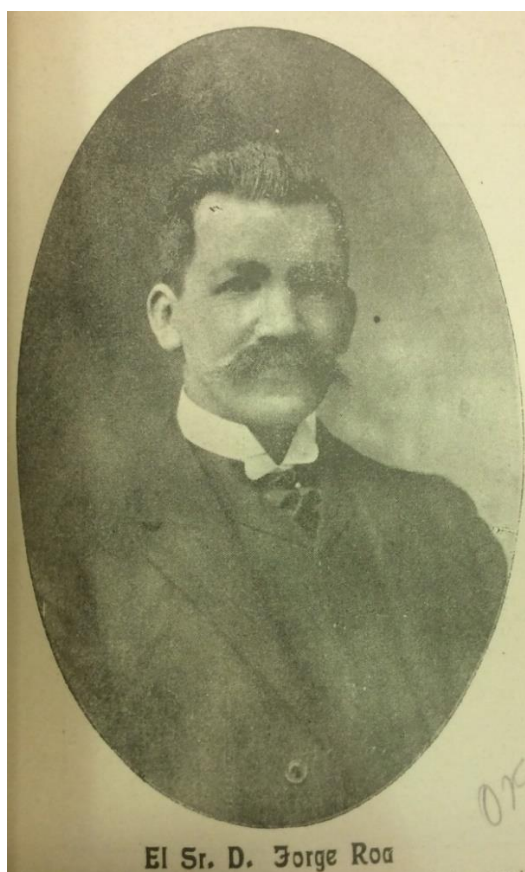
Artículos para regalos de instrucción y cumpleaños. Uno de los mejores surtidos de la ciudad y al alcance de todas las fortunas. Artículos todos de empresas calidad y de verdadera utilidad.

Bogotá, calle 12, números 186 y 192.

3.3. La librería como espacio para la presencia y surgimiento del editor-librero y la tertulia: el caso de la Librería Nueva

Cuenta el mismo Laureano García (1932) que la Librería Nueva fue fundada en 1891 por el escritor, traductor, político conservador vallecaucano Jorge Roa, nacido en Cali en 1858. Quizás fue la única librería que no cambió de sede y por ende se mantuvo siempre en la calle 12 entre la carrera séptima y octava, en la acera sur frente a la Librería Colombiana¹³. En principio, la librería de Jorge Roa no solo importó obras a la manera en que lo hizo el resto de las librerías, sino que como reflexionó García, se trajeron y se editaron obras “por primera vez, en su integridad, en su idioma original, en sus mejores ediciones críticas, las obras de los directores del pensamiento que aún predominan en el ambiente espiritual y que habían contribuido determinadamente a formarlo: Shelley y Keats, Macaulay y Carlyle, Dickens y Thaceraym Poe y Quincy, Walter Partes y Oscar Wilde...” (García, 1932, 37).

Imagen 16. Jorge Roa, editor-librero, propietario de la Librería Nueva



Fuente: *El Gráfico*, noviembre 19 de 1910. Biblioteca Luis Ángel Arango.

¹³ La Librería Nueva se ubicaba exactamente donde es actualmente la parte trasera del Palacio de Justicia.

De Jorge Roa recuerda su audacia, su confianza y pasión por el movimiento intelectual que se desarrollaba en el país y el mundo, su talento, criterio y gran manejador de relaciones e informaciones. Cuando la Librería Colombiana había adquirido plenitud y éxito para los primeros años de los noventa, García evoca que “parecía haber entrado en un periodo estático; no traía ya sino lo consagrado, lo garantizado por la crítica” y por ello los lectores habitantes de la ciudad requerían de nuevos saberes y pensamientos gestados en sociedades cambiantes como París. Con “olfato e instinto crítico”, Roa como editor inauguró una empresa editorial cultivada y sumamente cuidadosa del “aluvión de paja impresa que la moderna industria editorial desató sobre estas incipientes culturas americanas”.

Como lector y fiel cercano amigo al mismo Roa y a sus amistades, García contó que en el mes de diciembre de 1893 leyó el libro del escritor y educador francés Jules Payot *L'éducation de la volonté* y que gracias a la relación editorial y comercial que sostuvo Roa con el editor francés de esta obra, Félix Alcan (1841-1925), pudo llegar primero al mercado bogotano a finales de 1893 y en París solo se vendió o se conoció en enero de 1894. Este detalle es fundamental pues no solo hace referencia a los contactos, arreglos y negocios que establece el editor-librero colombiano con homólogos extranjeros, sino que a su vez Roa quiso incorporar la novedad y lo inédito en su librería y en el mercado competente que le exigía dichas especialidades.

Otra de las relaciones editoriales que parece haber tenido Jorge Roa fue con Alphonse Lemerre (1838-1912), editor de grandes obras al francés como la *Odisea* y de elegantes antologías de poetas franceses. En sus catálogos y publicaciones se hallaron autores como François Coppée y Paul Bourget, también traducidos por José Asunción Silva y conocidos en Bogotá a finales del siglo XIX a través de la Librería Nueva. García relató que Lemerre le hizo saber a Bourget que “en Bogotá, en la Librería Nueva, se habían vendido cerca de un millar de sus volúmenes, lo que dio lugar a una expresiva carta de Bourget para Roa” (1932, 37).

Más allá de los tratos con otros editores, Jorge Roa pudo conocer comunicativamente a uno de los autores extranjeros de su Biblioteca Popular, lo que muestra el prestigio, el privilegio y la legitimación de su oficio desarrollado en la capital. Gracias al “singular talento” de selección, a la edición “económica y modestamente, pero con cuidado y corrección excepcionales” de las obras de Bourget como *La edad del amor* y *Alina*, no solo Roa se hizo reconocer como editor, sino también su negocio librero.

Así, con estos ejemplos procedentes de Francia, y sumado el de la Biblioteca Universal editada en Madrid, España, surge la idea de José Camacho Carrisoza de crear la colección de la Biblioteca Popular en 1893. García recuerda este nacimiento como un “repertorio precioso de producciones colombianas y extranjeras” (1932, 37). Roa y Camacho prepararon juntos las entregas iniciales y, hasta 1910, la Biblioteca Popular fue realizada con “sentido práctico, gusto literario y acuciosidad constante”.

Imagen 17. José Camacho Carrizosa, director y editor de la Biblioteca Popular

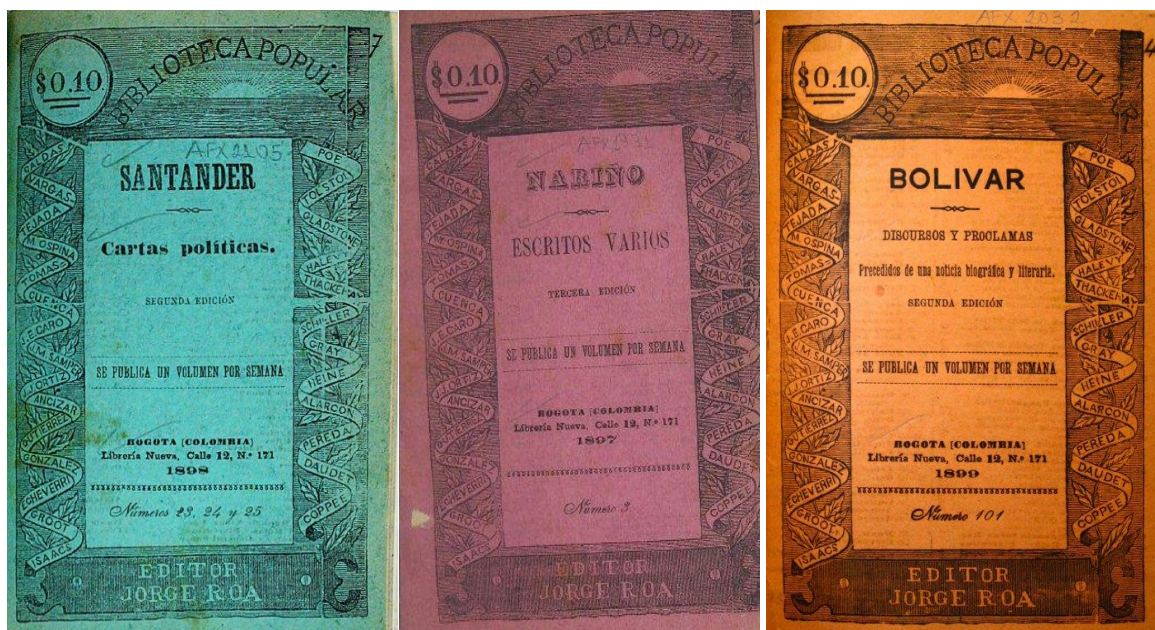


Fuente: Mesa Ortiz, R (compilador) (1916). *Colombianos ilustres: estudios y biografías*. Bogotá: Imprenta de la República, p. 184.

De los volúmenes editados por estos dos editores-intelectuales falta decir que para la adaptación y presentación de las obras en el contexto colombiano las cubiertas eran realizadas en un papel con diversas coloraciones, lo que las identificó y las particularizó dentro del mercado del libro bogotano, siendo entonces adjudicadas como las ediciones de Jorge Roa. Así, la Librería Nueva fue albergue de varias ediciones, en diferentes colores, de los 250 volúmenes reunidos en 25 tomos.

Imagen 18. Portadas de los volúmenes de Biblioteca Popular vendidos en la Librería Nueva





Fuente: Biblioteca Digital de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Recuperado de:

<http://www.banrepcultural.org/category/editorial-dcpublisher/bogota-libreria-nueva>

De la Librería Nueva vale la pena rescatar el espacio para la tertulia y la discusión de los sucesos nacionales y culturales, como así lo recuerda García. Roa y amigos cercanos como Carlos Martínez Silva, director del periódico *El Correo Nacional*, conformaban el centro de dicha tertulia, que además reunían a otros contertulios como

Luis Martínez Silva, Francisco A. Gutiérrez, Bernardo Escobar, Jaime Córdoba, Juan Bautista Pombo, Cecilio Cárdenas, Enrique Restrepo García, Carlos Eduardo Coronado, Santiago Samper, Emilio Fergusson, José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres, José Asunción Silva. Los ocasionales eran Rafael Pombo, Jorge Holguín, Roberto Suárez, Luis G. Rivas, Diego Mendoza, Antonio Gómez Restrepo, Guillermo Camacho, Evaristo Rivas Groot, José Joaquín Pérez y otros. Por ella pasaron Jorge Isaacs, Santiago Pérez Triana, Fidel Cano, Guillermo Valencia, Tomás Carrasquilla (García, 1932, 38).

Con esto, la librería de Jorge Roa reunió a grandes pensadores colombianos que no sólo llegaban a ella para comentar el valor, los beneficios y las críticas de obras recién publicadas en Europa y editadas en la misma librería, como así lo rememora García, sino que también a ella llegaron para colaborar en la empresa y el ejercicio editorial que estaba adelantando Roa en la capital colombiana. Ese fue el caso de Cecilio Cárdenas, José Asunción Silva y Rafael Pombo. Autores de renombre nacional como Jorge Isaacs, Guillermo Valencia y Tomás Carrasquilla constituyen un ejemplo crucial para entender las relaciones que el editor-librero sostenía con los autores que publicaba, a su vez que esa cercanía posibilitaba el ejercicio de su labor editorial y el mantenimiento del catálogo de su librería.

Imagen 19. Calle 12: costado derecho, Librería Colombiana; costado izquierdo Librería Nueva. Año 1918



Fuente: Fotos antiguas Bogotá. Perfil de grupo de Facebook. Recuperadas de:
<https://www.facebook.com/media/set/?set=oa.10150763054711215&type=1>

La misma amistad y contacto laboral con el redactor de *El Correo Nacional* Carlos Martínez Silva le permitió a Roa extender la imagen de su librería y establecerla en los discursos diarios de los bogotanos a través de los avisos publicados en dicho periódico. Con el caso de Jorge Roa, se puede apreciar cómo los avisos de las librerías servían para recomendar al público lector de periódicos o al público letrado libros que bajo el criterio editorial de su director o propietario podían ser de su interés, entretenimiento, conocimiento y discusión. Por otro lado, el periódico funcionaba para emitir el concepto de las obras, a manera de reseña,

para ofrecer al público lo novedosamente editado e impreso y así llamar al lector de periódicos al consumo de libros, como se muestra en las siguientes imágenes.

Imágenes 20. La Biblioteca Popular y Librería Nueva en los periódicos locales

Biblioteca Popular.

La entrega 2.^a de esta utilísima é interesante publicación, puesta al alcance de todos los bolsillos, pues cada entrega cuesta apenas diez centavos, contiene los *Cuentos extraordinarios* de Edgard Allan Poe, y su breve boceto biográfico, escrito con la gracia y la corrección que son peculiares á la pluma de Jorge Roa, empresario y director de la *Biblioteca Popular*. Aparte del bajo precio del cuadernito y de las ventajas que reporta el lector pobre, que pocas veces tiene cantidad suficiente para comprar grandes libros, en lujosas ediciones, la entrega 2.^a tiene el interés y la novedad que poseen todas las producciones en prosa y verso del mil veces fantástico, del loco brillante, autor del *Cuervo*.

La mezcla indefinible de terror y caricajada, esa dualidad inexplicable de audacia y miedo que se apodera del espíritu al leer á Poe, ese reto formidable que con él hacemos á la muerte, á la enfermedad, á lo tétrico, y el espeluznamiento que experimentamos luego; el juego de encontradas emociones, todas grandes, absurdas y naturales á la vez, que provoca en nosotros la lectura del *Never more*, palabra que suena como un doble lúgubre, todo esto lo experimentaréis también los que leáis en la entrega 2.^a de la *Biblioteca Popular*, los cuentos *Berenice*, *La máscara de la muerte*, *El gato negro*, y *La barrica de Amontillado*, y esto os cuesta nada más que diez centavos!

Biblioteca popular

El volumen 12.^o contiene el *Ultimatum* y los *Deberes* del señor don Jerónimo Torres. Por estos escritos que hoy se publican por primera vez, se puede juzgar de la inteligencia cultivada y del carácter del autor: era digno hermano del gran tribuno don Camilo Torres. Para que se vea la alta y merecida estimación que se le tenía, tomamos de la *Biblioteca* lo siguiente que no puede ser mas honroso:

"Al señor General sir Roberto Wilson--Londres, Bogotá, Noviembre 28 de 1828.

Mi estimado amigo y señor:

Tengo el honor de introducir y recomendar al señor JERÓNIMO TORRES á la respetable amistad de usted. Este caballero pasa á Europa con la única mira de viajar, después de haber hecho importantes servicios á la patria durante todo el curso de la revolución, en la cual ha ejercido empleos eminentes con honor, celo y distinguidos talentos. Seria demasiado largo y cansaria al mismo tiempo la atención de usted, hacerle la enumeración de los servicios y empleos de este amigo que por desgracia se ausenta de nosotros, con notable perjuicio de la República. En fin, yo espero de la bondad de usted, se sirva dispensar su benevolencia á este respetable colombiano. Y en tanto, permítame usted repetirme

Su más afecto y respetuoso amigo Q. B. S. M.,

BOLÍVAR.

Historia patria

En la *Librería nueva* del señor Jorge Roa, se vende el 2.^o volumen de las interesantes *Memorias histórico-políticas* del general Joaquín Posada Gutiérrez. Ninguna lectura más de oportunidad en el presente debate político. Especialmente el último volumen parece hoy de actualidad.

Fuente: Reseñas de la Biblioteca Popular (abril-julio de 1893). *El Telegrama*. Biblioteca Luis Ángel Arango

Biblioteca Popular.

El sábado último salió la 9.ª entrega de esta importante publicación, que ha ido en creciente gradación por el interés de las escogidas piezas que brinda á sus lectores. La citada entrega contiene algunos de los escritos del señor D. Sergio Arboleda, de los cuales no trataremos todavía porque, como hasta ahora lo hemos acostumbrado, de cada una de las entregas pasadas hemos dicho alguna palabra siquiera que dé á conocer nuestro juicio sobre su contenido; y en esta tarea nos hallamos hoy muy atrasados.

No hemos emitido concepto aún, por ejemplo, del *Padre Constantino*, de Ludovico Halévy, escritor que figura en primera línea entre los franceses contemporáneos.

El Padre Constantino es una novela corta, tan corta, que pudo reducirse al espacio de tres entregas, 4.ª, 5.ª y 6.ª, de la *Biblioteca Popular*, y cuesta, pues, treinta centavos apenas. Pero si su precio es tan exiguo y las páginas que ocupa son tan breves, muy escasas son las novelas que, como ésta, con tanta sencillez y suavidad nos conmueven el corazón, y que, á la vez que poseen la vaguedad crepuscular de un idilio, lo que pudiera hacer creer que es hija de romántica fantasía, sea tan natural y tan práctica.

Sus personajes, todos simpáticos, vienen en secreto á nuestra alma, buscan asilo allí para que á ellos nos encariemos, los abriguemos y los imitemos. Todos son modelos de virtud; lo que prueba que Halévy es partidario de un proverbio literario que nos ha parecido sabio, moral y cristiano, y que dice: "Mejor es exaltar que deprimir," pro-

verbio que debemos procurar poner en práctica los que creamos que el espíritu humano, una vez elevado á cierto grado de racionalidad, es más susceptible de educación por el bondadoso y fraternal consejo que por la agria y brutal reprimenda, por el ejemplo santo y noble que por la crítica emponzoñada y áspera.

El Padre Constantino, sencillo, candoroso, arrojando con alegre prodigalidad el oro de la señora Scott y de la señorita Bettina, de esas americanas, de esas protestantes, sí, de esas... ¡ay! de esas advenedizas, parece ni más ni menos que un calavera consumado, derrochador de enormes caudales... ¡Si calavera y derrochador, pero bello, angelical, calavera en las fiestas de la caridad, derrochador entre los pobres de la aldea de Longueval, Vicente de Paúl insufrible, insoportable por su generosidad!... Esa señorita Bettina, esa preciosa americana, detestando sus millones porque la separaban de su amor al señor Juan, haciendo uso de ellos para evitar que hubiera pobres en Longueval, y aprovechando su educación americana para proponer, con una audacia sencilla é inocente, que encantada, seduce y enamora, matrimonio á ese señor Juan que nunca le había dicho una palabra de amor y que le huía, en vez de aceptar las propuestas de duques y banqueros!... Y ese señor Juan, por último, ese arrogante y modesto oficial de artillería, tan bravo, tan completo, tan hombre, huyendo siempre huyendo del amor que lo perseguía y de la hermosa Bettina, procurando matar ese amor y borrar la imagen de esa mujer, sacrificándose á toda hora, fagando de la fiesta, del paseo, de la existencia íntima, sólo porque él era pobre y ella rica!... ¡Oh! si estos tres tipos no existen en el mundo, ¡bien hizo en soñarlos Ludovico Halévy! Algo queda, siquiera sean jirones, de estos sublimes sueños. *El Padre Constantino* es una novelita que consuela, al leerla se respira casta ambrosía, á nuestro espíritu llega inflexible idealismo. ¡Leedla, amables lectoras!

Las entregas 7.ª y 8.ª contienen las *Fábulas* de D. Luis Vargas Tejada y *Los héroes* de D. Juan Montalvo. Vargas Tejada es el talento epigramático más picaresco y agradable de los primeros tiempos de la República; si bien atrevidillo y audaz en ocasiones, son su audacia y atrevimiento perdonables por la gracia de su lenguaje, y además, porque ellas son condiciones del epigrama. D. Juan Montalvo, fustigante y castigador escritor ecuatoriano, ha sido reputado como el primer prosista hispano-americano; quizá ayude á esta gran fama el triste y tenebroso placer que experimenta la humanidad en leer obras escritas con pluma armada de cóleras azotadoras y estrujantes. El lenguaje, empero, del señor Montalvo, aunque muchas veces vulgar, posee cierto arcaísmo que agrada.

Fuente: *Reseñas de la Biblioteca Popular* (abril-julio de 1893). *El Correo Nacional*. Biblioteca Luis Ángel Arango

Así, con el proyecto realizado y consolidado de la Biblioteca Popular y la Librería Nueva a finales del siglo XIX, Roa convierte su negocio en la Librería Nueva Casa Editorial para la

segunda década del siglo XX, diversificando su producción y dedicando parte de los nuevos textos a la exploración política de ese entonces y a temas culturales actuales que superaran esa etapa literaria y política que tuvo la empresa. Con la creación de esta casa editorial, consolidada para 1930, Roa fue ausentándose del escenario editorial, dedicándose parte del siglo XX a asumir la labor de Ministro de Gobierno en 1910, durante el gobierno de Carlos Eugenio Restrepo y Ministro de Guerra en 1818, durante el gobierno de Marco Fidel Suárez.

Jorge Roa murió en su ciudad de nacimiento, Cali, en 1927. Aun así su empresa editorial siguió vigente por varios años más, dejando consolidado un hito trascendental de la historia de la edición en Colombia. Su criterio, sus conocimientos y sus contactos con el mundo posibilitaron que Bogotá y Colombia pudieran tener acceso a las diversas expresiones literarias y culturales tanto nacionales como extranjeras y sin duda algunas Jorge Roa constituye uno de los primeros editores de textos literarios que vio nacer Colombia a finales del siglo XIX.

Conclusiones

Gracias al ejercicio del periodismo, de la imprenta, la escritura y la publicación de relatos, noticias y novelas por entregas y folletines el editor a finales del siglo XIX pudo consolidarse bajo la herencia de estas labores. Dicha herencia consistió en la elaboración y manufacturación del impreso, a su vez que en el mismo proceso se editaba, se modificaba y se adecuaba lo que iba a publicarse. De ese ejercicio de criterio, mejor ejemplificado, como lo advierte Acosta, en las columnas editoriales de los periódicos, se desprende un interés no solo en la calidad y el cuidado de lo que se decía y se transmitía en la prensa, sino también, como advertía Loaiza, en mejorar los procesos tecnológicos de impresión de textos como libros. Durante el desarrollo de esos años de la segunda mitad del siglo XIX, los oficios de redacción, impresión y edición pudieron tener cierta independencia hasta el punto de llegar a consolidar a un editor-librero que puede caracterizarse como el renovador de discursos históricos nacionales del siglo XIX, todavía en el XX.

Con el caso de Jorge Roa y su Biblioteca Popular se pudo observar una especial concentración del ejercicio editorial en textos que se referían a las memorias y relatos de la guerra y las hazañas alcanzadas con acontecimientos como la Independencia. Sin duda alguna se pudo encontrar a un editor de finales de siglo XIX que jugó un papel importante en la transformación y divulgación de los principales discursos de la historia colombiana. Se pudo hallar a un sujeto con capacidades críticas y con los suficientes conocimientos culturales para la edición de textos nacionales en su mayoría de corte histórico. Por otro lado, esta particularidad del editor-librero permite pensar que, siendo los últimos años del siglo XIX, existen sujetos con la necesidad de hacer una evaluación del siglo transcurrido a través de la exploración y lectura de esa historia que está tan cercana a sus modos de entender el mundo y la Colombia del siglo XIX y que ingresa al nuevo siglo XX. Así, con estos intereses, necesidades, inquietudes y vacíos culturales, el editor-librero construye su colección editorial.

Durante la exploración y rastreo de elementos editoriales y en sí de la labor misma de editar, se pudo comprobar que hubo un editor que identificó unos temas, autores, discursos y formas para un lector apoyado en los criterios del editor. El uso de recursos editoriales tales como las noticias biográficas, los prólogos, las autobiografías, los argumentos, inclusive cartas entre autor y editor fueron indispensables para la comunicación entre el editor y el lector. De otro lado, fue indispensable el uso de las notas al pie de página y las traducciones o adaptaciones a un lenguaje y unas palabras concretas, precisas y comprensibles para el entendimiento de la propuesta de la línea editorial empleada en la Biblioteca Popular. Con esto, el uso de intertextos, advertencias, aclaraciones y otros textos vistos durante el segundo capítulo, como los textos post-mortem y los avisos sobre las eventualidades de la Biblioteca, permitieron al lector realizar una interpretación crítica y guiada por los determinantes editoriales planteados

por el editor-librero y sus colaboradores. La lectura no solo consistió en conocer y apropiarse las obras nacionales y extranjeras que compusieron a la Biblioteca Popular, también consistió en una actividad que fue testigo del crecimiento una publicación semanal, sus circunstancias, las vicisitudes y el tratamiento que tuvo el editor con los textos y especialmente con los autores. Muchos de ellos fueron encontrados en archivos privados familiares a los que tuvo acceso el editor, en la búsqueda o el acercamiento a periódicos (como en el caso de *Recuerdo histórico*, de Vargas Tejada, capítulo 1), en las fuentes extranjeras para la obtención de los originales y el proceso de traducción y presentación de las obras.

Así, la presentación iba más allá de comentar las obras críticamente y revelar aspectos de la vida de los autores: consistía también en adecuar estética y tipográficamente la imagen de la colección. El uso de fuentes, variaciones de tamaños y jerarquías ayudaron a situar al lector en su recorrido por los textos que representaron a la Biblioteca Popular. Desde la portada con diferentes coloraciones, las variaciones en los precios e incluso la descripción de estos dentro de los mismos volúmenes hablan de un producto editorial que no quería prescindir de ningún elemento para atraer lectores y mantenerlos en la lectura y el consumo semanal de los títulos alojados en la colección y en la Librería Nueva. También vale destacar el carácter y el criterio de lo inédito por el cual se rigieron la selección de algunos textos, pues así lo hizo expreso y confeso su editor-librero con el mismo caso de Vargas Tejada y el de Santiago Arroyo y sus *Apuntes históricos sobre la revolución de Independencia en Popayán*. Gracias a Jorge Roa, se pudieron conocer o por lo menos revalidar las facetas poéticas de Rafael Núñez, los poemas de Jorge Isaacs fuera de sus inclinaciones narrativas y los cuentos de quien fuera presidente de Colombia en 1900, José Manuel Marroquín.

Sin las adaptaciones, reducciones, cortes y divisiones que se hicieron para adecuar las obras insertas en la colección, la Biblioteca Popular no hubiese adquirido su carácter 'popular'. Por ende, los colombianos pudieron leer a un Shakespeare, un Dickens, un Halevy, un Gladstone, un Ibsen y un Auerbach 'populares', en ediciones íntegras y traducidos bajo las exigencias lingüísticas y expresivas del castellano de ese entonces. Populares también llegaron a ser por haber pertenecido a los discursos y las representaciones que de ellos se establecían desde los catálogos, avisos y los comentarios publicados en los periódicos como *El Correo Nacional* o *El Telegrama*. Así, como lo advertía Bollème, fueron obras y autores que pertenecieron al pueblo, son usados por el pueblo, "bueno para él, útil para conciliar su afecto" (1990, 53). Sin embargo, futuros estudios tendrán que situar y caracterizar al comprador, visitante de la Librería Nueva y lector de la Biblioteca Popular con sus capacidades adquisitivas del volumen impreso y comparado con otros productos del mercado. Es decir, tendrá que observarse si dicha colección tuvo un alcance y consumo masivo, más allá de los círculos letrados y sociales que rodearon la labor del editor-librero.

Para finalizar, se pudo encontrar a un editor-librero que como señalaba Chartier (1999) dependía del sustento de sus propios catálogos para mantener su negocio librero. Con la apuesta de la Biblioteca Popular, la importación de obras extranjeras exclusivas y traídas tiempo antes de ser comercializadas en Europa y abrir las puertas de su librería para la tertulia, Jorge Roa hizo particular su librería y la mantuvo ante la fuerte competencia, inmensa agencia comercial, que se instalaba frente a su establecimiento: la Librería Colombiana. Sin duda el editor fue un sujeto de relaciones sociales y comerciales, y gracias a las conexiones con editores europeos, su local pudo constituirse como el centro de la divulgación cultural nacional e internacional. Fue un sujeto que interpretó y conjugó eficazmente dos mercados del libro para construir su Biblioteca Popular y así convertir su librería para los años treinta del siglo XX en la Casa Editorial Librería Nueva, muestra esto de que hay un editor, unos herederos y unos colaboradores que también piensan en empresa.

Esa Bogotá burguesa-letrada de finales del siglo XIX permitió que editores-libreros como Jorge Roa pudieran realizar su oficio y erigir sus librerías como símbolos de dicha ciudad. A la par que se pudo exportar café y se mejoraron los sistemas comunicativos y de transporte, también se pudo importar un sinnúmero de tipos de mercancías entre las que se contaban las obras de grandes autores europeos en sus idiomas originales; todo ello gracias a la apertura económica y cultural que vivenció la capital colombiana para ese entonces. Significaba entonces una posibilidad para el editor-librero, que arrojado por estas circunstancias contextuales, encontró los medios y los modos para empezar a editar textos literarios y libros e insertarlos en un mercado que le permitía convivir con zapaterías, joyerías, almacenes de ropa y papelerías. Así el libro se constituyó en una necesidad del diario vivir y consumo de los bogotanos y de los colombianos más privilegiados.

Resta decir entonces que con este trabajo quedan planteadas futuras líneas de investigación, vacíos que por cuestiones de límites y tiempos tuvieron que postergarse. Posteriores estudios deberán rastrear los elementos fundacionales de la Librería Nueva, es decir, ubicar archivos de notarías, inventarios y herederos para completar el entendimiento de la librería como un espacio para la distribución del libro nacional y extranjero y la tertulia (sin embargo, la presente investigación tuvo en cuenta la revisión de archivos en el Archivo General de la Nación y el Archivo de Bogotá, encontrado poca información). Por otro lado, podría profundizarse en los aspectos biográficos de Jorge Roa, pues los archivos de la Biblioteca Luis Ángel Arango y Biblioteca Nacional no conservan dichos datos y quizás habría que remitirse a su ciudad natal, Cali. De otro lado queda planteado el interrogante del lector y visitante de cada una de las librerías abordadas, pues resultaría necesario completar la imagen del lector del siglo XIX a partir de los catálogos mostrados. Así mismo, queda pendiente realizar un análisis y exploración más profundos sobre el ejercicio editorial bajo las librerías como la Librería Americana o la Casa Editorial J.J. Pérez que permitan confirmar dicha labor.

ANEXO 1. Catálogo de libros en venta en la imprenta de Medardo Rivas

VICTOR HUGO EN AMERICA

Esta bellísima obra contiene las siguientes poesías, además del juicio sobre las obras del inmortal V. Hugo, por D. José Rivas Groot.

ODAS: *A la Columna de Vendoma*, por Felipe Pardo y Aliaga—*Moisés salvado de las aguas*, por Andrés Bello—*El canto del circo*, por J. Manuel Marroquín—*Canto de Nerón*, por J. A. Soffia—*A una niña*, por M. A. Caro—*Paseo*, por Emilio Bello.—BALADAS: *El siglo*, por Manuel M. Flórez—*La Abuela*, por Teodoro Llorente—*El hada y la perla*, por el mismo.—LAS ORIENTALES: *El juego del cielo*, por Enrique Álvarez—*El canto de los piratas*, por José Zorrilla—*A la luz de la luna*, por B. Mediano y Ruiz—*El velo*, por José Zorrilla—*La sultana favorita*, por Teodoro Llorente—*El dervís*, por J. J. de Mora—*El niño*, por José Sienra Carranza—*Lázara*, por Teodoro Llorente—*Los duendes*, por Andrés Bello—*El Sultán Achmet*, por Fidel Cano—*Las fantasmas*, por Andrés Bello—*Éxtasis*, por José Ignacio Trujillo.—LAS HOJAS DE OTOÑO: *Atlas*, por Nicolás Pinzón W.—*A una mujer*, por Julio Calcaño—*Quien no ama no vive*, por Miguel A. Caro—*Por los pobres*, por J. Antonio Calcaño—*La oración por todos*, por Andrés Bello.—LOS CANTOS DEL CREPUSCULO: *Napoleón II*, por M. A. Caro—*Polonia*, por G. Gómez de Avellaneda—*Dametas*, por N. Pinzón W.—*La mujer caída*, por G. Gutiérrez González—*Anacreonte*, por Fernando Morales—*Alborada*, por Julio Calcaño—*¡Pasad!* por J. de Armas y Céspedes—*La flor y la mariposa*, por Rafael Núñez—*A....*, por Julio Calcaño—*Esperanza en Dios*, por José A. Calcaño.—LAS VOCES INTERIORES: *El siglo*, por José Rivas Groot—*Una noche en el mar*, por Isabel A. Prieto de L.—*A Olimpio*, por Andrés Bello—*La tumba y la rosa*, por J. Gutiérrez Coll.—LOS RAYOS Y LAS SOMBRAS: *La buhardilla*, por T. Llorente—*En el cementerio*, por E. León G.—*Despertar*, Anónimo—*Las aves*, por E. León G.—*Sobre la tumba de un niño*, Anónimo—*Amor y gloria*, por A. M. Gómez R.

LOS CASTIGOS: *En el desierto*, por I. E. Arciniegas—*Flores*, por Manuel S. Fronterías—*Stella*, por J. A. Soffia—*Josué*, por Fidel Cano—*Ultima verba*, por José A. Soffia.—LAS CONTEMPLACIONES: *A mi hija*, por Rafael Núñez—*El poeta por los campos*, por José Antonio Calcaño—*Mis dos hijas*, por Fidel Cano—*El triunfo*, por Teodoro Llorente—*La infancia*, por Carlos Calcaño—*El pensador*, por J. A. Calcaño—*El poeta*, por el mismo—*Jesús*, por I. E. Arciniegas—*Si alas tuvieran mis versos*, por Fidel Cano—*Amor de niña*, por Manuel del Palacio—*Ayer tarde*, por Fidel Cano—*Luna de miel*, por el mismo—*Crepusculo*, por Teodoro Llorente—*Mirando al cielo*, por Manuel M. Flórez—*En un ejemplar de la Divina Comedia*, por Fidel Cano—*Quia pulvis es*, por Rafael Tamayo—*La fuente*, por Mercedes A. de Flórez—*Lo que me dijo un ave*, por José Antonio Soffia—*Hermosura y pureza*, por Teodoro Llorente—*Aparición*, por M. M. Flórez—*El Puente*, por Manuel del Palacio—*Llantos en la noche*, por J. Rivas Groot—*Sombra*, por I. E. Arciniegas—*Cadaver*, por J. Rivas Groot—*Religio*, por J. A. Calcaño—*Llamando a una puerta*, por D. Uribe—*Nomen, numen, lumen*, por Ricardo Palma.—LAS CANCIONES DE CALLES Y BOSQUES: *Psiquis*, por H. C. Fajardo—*A Juana*, por Teodoro Llorente—*El dedo de la mujer*, por D. Arteaga A.—*A Fabio*, por Teodoro Llorente—*El sembrador*, por J. Rivas Groot—*Guerra*, por J. A. Calcaño—EL AÑO TERRIBLE: *El pueblo*, por R. M. de Mendivi—*Los insultadores*, por el mismo—*Los crucificados*, por el mismo—*A París*, por I. E. Arciniegas—*El trono y la Cruz*, por C. A. Torres.—LA LEYENDA DE LOS SIGLOS: *La conciencia*, por R. Palma—*El matrimonio de Orlando*, por Rafael Pombo—*El Bey ultrajado*, por E. Palacios—*El profeta*, por J. Rivas Groot—*Los infelices*, por J. A. Soffia—*El amor niño*, por Antonio Sellén—*Todo el porvenir*, Anónimo—EL ARTE DE SER ABUJLO: *La epopeya del león*, por J. A. Soffia—*Los niños pobres*, por M. Rivas—LOS CUATRO VIENTOS DEL ESPÍRITU: *Panoptia*, por J. Rivas Groot—*Los Castigos*, por E. Palacios—*Regreso*, por el mismo—*Los cómodos*, por Rafael Pombo—*La columna*, por el mismo—*Espada y puñal*, por Ricardo Palma—*Dejad*, por Fidel Cano—*Elección*, por E. R. A. *A mi hija Adela*, por Fidel Cano—*Canción del proscrito*, por el mismo—*Patí*, por Rafael Pombo—*Los probados*, por el mismo—*Labor*, por J. Rivas Groot—*Duo*, por J. Añez—*Paseo por las rocas*, por C. A. Torres—*Paseo por las rocas*, por Rafael Pombo.

De venta en la imprenta de M Rivas, á \$ 2-40 rústica y á \$ 1 pasta.

Fuente: *La Crónica*, marzo 9 de 1897. Biblioteca Luis Ángel Arango.

ANEXO 2. Otros avisos publicitarios de las principales librerías colombianas

“ROMANCERO COLOMBIANO.”

La Casa Editorial de J. J. Pérez publicó en edición esmerada y correcta la segunda edición del “Romancero Colombiano”; en él se refieren y cantan algunos de los infinitos episodios de la epopeya de la Independencia de Colombia tan íntimamente ligada a la Historia de la emancipación de todo el Continente Sur-Americano. Hay allí 49 romances de notables literatos y un magnífico retrato de Bolívar grabado en acero por Follet. Este homenaje a la memoria del Libertador en su primer Centenario está de venta en la *Librería Torres Calcedo* a \$ 3 el ejemplar a la rústica y \$ 5 en pasta francesa.

YA ESTA DE VENTA

La 2.^a edición completamente reformada, de los

ELEMENTOS DE PEDAGOGIA

POR LUIS MARTIN Y RESTREPO MEJIA

Texto adoptado para las escuelas Normales de Colombia; recomendado por el Consejo General de Instrucción Pública del Ecuador aprobado por los Ilustrísimos señores Arzobispo de Bogotá (señor Paul) y Obispo de Popayán (señor Ortiz); y premiado con mención honorífica en la Exposición Nacional de Cartagena.

Cada ejemplar vale \$ 1-40. En ventas por mayor se descuenta 20%.

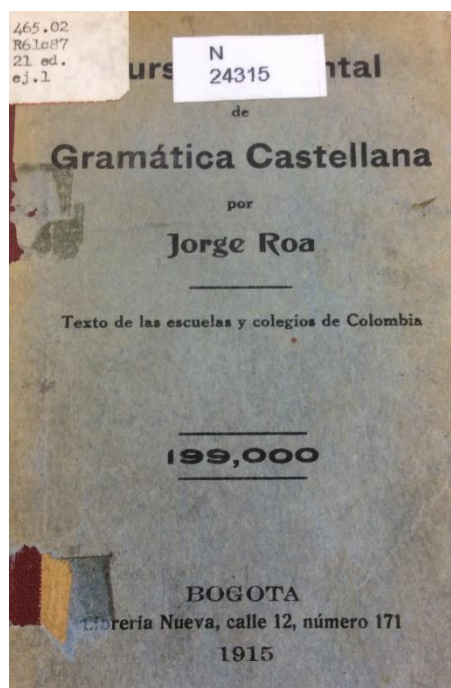
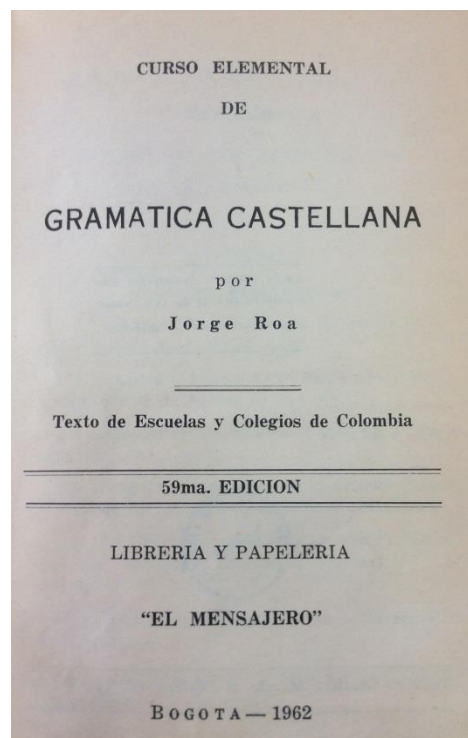
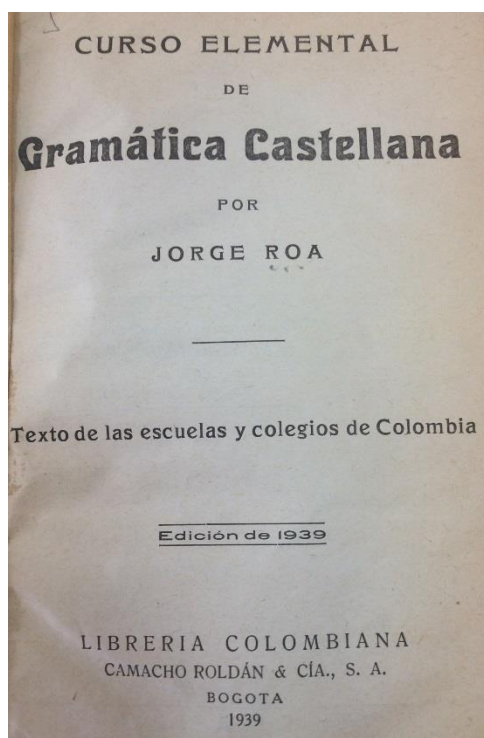
AGENCIAS:

Librería Nueva de Jorge Roa, Bogotá, Librería Colombiana de Camacho Roldán & Tamayo, Bogotá. Librería Caucaña de Francisco Malo, Popayán. Agencia de Carlos A. Molina, Medellín.	Papelería de Uldarico Castro, Cali. Librería de Florentino Mora, Panamá. Doctor José Caraballo, Cartagena.
---	--

Fuente: CUERVO, J. (1891). *Enciclopedia de Bolsillo*. Catálogo digital de la Biblioteca Nacional de Colombia.

El Telegrama, mayo de 1893. Biblioteca Luis Ángel Arango.

ANEXO 3. Ediciones de Curso elemental de gramática castellana, escrito por Jorge Roa.



Fuente: Catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.

ANEXO 4. Títulos completos de la Biblioteca Popular

<p style="text-align: center;">BIBLIOTECA POPULAR</p> <p style="text-align: center;">TOMO 1.º</p> <p>1 Pombo. Fábulas y cuentos. 2 Poe. Cuentos extraordinarios. 3 Nariño. Cartas. 4-6 Haley. El Abate Constantino. 7 V. Tejada. Fábulas políticas. 8 Juan Montalvo. Los héroes. 9 S. Arboleda. La República. 10 S. Pérez. Artículos y discursos.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 2.º</p> <p>11 A. France. Cofre de nácar. 12 J. Torres. Deberes. Ultimátum. 13-14 Ibsen. Casa de muñeca. 15 Ortiz. María Dolores. 16 Gladstone. Discurso. 17 M. A. Caro. Polémicas. 18-19 Caldas. El 20 de julio de 1810. 20 Tolstoy. Cuentos para el pueblo.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 3.º</p> <p>21 Morillo y Santander. Campañas. 22 Daudet. Recuerdos de un literato. 23-25 Santander. Cartas políticas. 26 Llanos. Cosas de mi tierra. 27 V. Sardou. La perla negra. 28 Díaz Mirón. Poesías. 29-30 Marroquín. Cuentas alegres.</p>	<p style="text-align: center;">122 Biblioteca Popular</p> <p style="text-align: center;">TOMO 4.º</p> <p>31 Auerbach. La selva negra. 32 Camilo Torres. Documentos históricos. 33-34 Gutiérrez. Tragedia de doce años. 35 T. Cuenca. Campaña de 1861. 36 Haley. Matrimonios por amor. 37 Echeverri. Noches en el hospital. 38-39 Max Müller. Amor alemán. 40 Groot. Cuadros y relaciones.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 5.º</p> <p>41 La Motte Fouque. Ondina. 42 Tolstoy. Juan el imbécil. 43 Samper. Sitio de San Agustín. 44 Pommartin. La Marquesa de Aurebonne. 45 G. González. Cultivo del maíz. 46 Carit Eilar. La copa de oro. 47-48 Fernández Madrid. Biografía del General Vélez. 49 Dickens. Cuentos. 50 Cortés. Sermones.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 6.º</p> <p>51 Soto. Memorias. 52 Moreau. Cuentos a mi hermana. 53 Ospina. Artículos. 54 Becquer. Leyendas. 55-56 Doña Manuela Sáenz, E. Rojas, F. González y General Santander. La conjuración de septiembre. 57 Manzoni. La peste de Milán 58 Mark Twain. Bocetos humorísticos. 59 Emiro Kastos. Cuadros vivos. 60 Rubén Darío. Azul.</p>	<p style="text-align: center;">Biblioteca Popular 123</p> <p style="text-align: center;">TOMO 7.º</p> <p>61-62 Macaulay. Cartas literarias y notas críticas. 63-66 Vargas Tejada. Recuerdo histórico. 67 Núñez de Arce. Idilio. 68 Ricardo Palma. Ropa vieja. 69 François Coppée. Cuentos. 70 Donoso Cortés. Discurso sobre la Biblia.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 8.º</p> <p>71-73 Schiller. María Estuardo. 74-75 Larmig. Las mujeres del Evangelio. 76-77 De Maistre. Viaje al redor de mi cuarto. 78-79 R. Núñez. Poesías y artículos críticos. 80 Camacho Roldán. Artículos.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 9.º</p> <p>81 Camacho Roldán. Artículos. 82-87 H. Balzac. Eugenia Grandet. 88-89 Eduardo Blanco. Queseras y Boyacá. 90 Uribe Angel. Escritos varios.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 10</p> <p>91 Jorge Isaacs. Poesías. 92-93 Ancizar. Biografía de Sucre. 94 Carrasquilla. Variedades. 95 Campoamor. Poemas y Doloras. 96 Julio Arboleda. Acentos republicanos. 97-99 Julio Arboleda. Gonzalo de Oyón. 100 Martínez Silva. Tres colombianos.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 11</p> <p>101 Bolívar. Discursos y proclamas. 102 Bolívar. Cartas inéditas. 103 Bello. Discurso académico y poesías.</p>
<p style="text-align: center;">124 Biblioteca Popular</p> <p>104-105 Caro. Historia del 7 de marzo. 106-107 Theuriet. El Padre Daniel. 108-110 Pouvillon. Bernardita.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 12</p> <p>111 Zenea. Poesías. 112-114 Ortiz. Cartas de un sacerdote católico. 115 Vergara. Artículos olvidados. 116 Gutiérrez Nájera. Poesías. 117-118 Alarcón. El Capitán Veneno. 119-120 Arroyo. Apuntes históricos.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 13</p> <p>121 Dante. La divina comedia. 122 Cervantes. El Licenciado Vidriera. 123-124 Shakespeare. El mercader de Venecia. 125 Valera. Asclepigenia, Parsondes. 126-129 Felipe Pérez. Estela. 130 Olmedo. La victoria de Junín. Miñarica.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 14</p> <p>131 García del Río. Página de oro. 132 Bourget. La edad del amor, Alina. 133 Velarde. Fray Juan, Pasión o locura, La venganza. 134 J. F. Ortiz. Carolina la Bella. 135 Livingstone. El centro de Africa. 136 Molina. Artículos literarios. 137-138 Hartzbusch. Los amantes de Teruel. 139 La Bruyere. Caracteres y retratos. 140 C. Obeso. Lectura para ti.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 15</p> <p>141 Padre Didon. Jesucristo. 142 Marmier. La dictadura de Francia.</p>	<p style="text-align: center;">Biblioteca Popular 125</p> <p>143 Goethe. Hermán y Dorotea. 144-145 Borda. Koralia. 146 Becquer. Rimas. 147 Mallarino. Viaje por el Quindío. 148 Larra. Artículos de Figaro. 149 Franklin. La ciencia del buen Ricardo. 150 Caicedo Rojas. Los amantes de Usaquén.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 16</p> <p>151-152 Calderón de la Barca. La vida es sueño (drama). 153 Courier. Folletos políticos. 154 Quijano Otero. Los Gutiérrez—¡Tierra! ¡Tierra! 155-156 Lavedan. Diario de una novia. 157 Manuel de Pombo. América y Filipinas. 158 J. David Guarín. Mi cometa, Entre usted que se moja. 159 José Zorrilla. Tradiciones de Toledo. 160 Nicolás Gogol. El abrigo.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 17</p> <p>161 H. W. Longfellow. Poesías. 162 Hoffmann. El violín de Cremona. 163 Eugenio Díaz. Cuadros de costumbres. 164 Milton. El paraíso perdido. 165 Acosta. Funerales del Arzobispo Mosquera, La mujer. 166 García Gutiérrez. El Trovador. 167 Guy de Maupassant. Tres cuentos. 168 Joaquín Pablo Posada. Camafeos. 169-170 M. A. López. Batalla de Ayacucho.</p>	<p style="text-align: center;">Biblioteca Popular</p> <p style="text-align: center;">TOMO 18</p> <p>171-172 Napoleón. Arengas y proclamas. 173 Restrepo. Diario de un emigrado. 174 Heine. Intermezo lírico. 175 Stanley. El Continente negro. 176 Arrieta. Poesías. 177 Chateaubriand. El último Abencerraje. 178 Vergara y Vergara. Un manojito de hierba. 179 Hugh Conway. El secreto del Stradivarius. 180 Fernán Caballero. Cuentos populares.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 19</p> <p>181 Murgér. Baladas. 182-183 Menéndez Pelayo. Los poetas colombianos. 184-185 Lamarine. Poesías. 186 Goethe. Mignon. 187 M. Pombo. Prosa y verso. 188 Julián del Casal. Nieve (poesías). 189 Andersen. Cuentos maravillosos. 190 J. M. Lleras. El espíritu del siglo.</p> <p style="text-align: center;">TOMO 20</p> <p>191-192 Pereda. Pachín González. 193 Merchán. Emociones (poesías). 194 Byron. Peregrinación de Childre Harold. 195-197 Coppée. Dolor benéfico. 198 Caro (J. E.) Poesías. 199 Tennyson. Idilios y poemas. 200 Luis Vargas Tejada. Las convulsiones (sainete).</p>

TOMO 21

- 201-204 E. Conscience. La tumba de hierro.
 205 Jovellanos. Diversiones públicas.
 206 Fallon. Poesías.
 207-209 Swift. Viajes de Gúlivero.
 210 Gray. Elegía.
 210 Schiller. La campana.
 210 Poe. El cuervo.

TOMO 22

- 211-212 El romancero del Cid.
 213 Herrán. Política de conciliación.
 214 Sienkiewicz. Janko el músico.
 215 Acuña. Poesías.
 216 Moratín. Derrota de los pedantes.
 217-218 V. Hugo. Waterloo.
 219 W. Irving. Herencia del moro.
 220 Topffer. Viajes escolares.

TOMO 23

- 221-227 Angel Cuervo. Cómo se evapora un ejército.
 228-230 bis. Pérez Galdós. Marianela.

TOMO 24

- 231-232 C. Nodier. Banquete de los Girondinos.
 233 Alfieri. La tiranía.
 234 Sáenz Echeverría. Juguetes cómicos.
 235 C. Lamb. Cuentos de Shakespeare.
 236 Fr. Luis de León. Poesías.
 237 A Rojas. El corazón de Girardot.
 238 Amicis. Cuentos escolares.
 239-240 Longfellow. Evangelina.

TOMO 25

- 241-242 Santander. Desavenencias con el Libertador.
 243 Walter Scott. Cuentos de un abuelo.
 244 Olegario Andrade. Cantos.
 245 Arzobispo Ireland. La Iglesia y el Siglo.
 246-247 Espronceda. El estudiante de Salamanca.
 248 Aparisi y Guijarro. Discurso de Rústico.
 249 M. Gutiérrez Nájera. Cuaresmas del Duque Job.
 250 Douglas Jerrold. Pláticas nocturnas de mi mujer.

~~~~~  
 LIBRERIA NUEVA

Fuente: ROA, J. (1915). *Curso elemental de gramática castellana*. Bogotá: Librería Nueva, p.p. 121-128. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia.



## ANEXO 5. Avisos de la Biblioteca Popular, Jorge Roa y Librería Nueva

### "Biblioteca Popular"

Los volúmenes 13 y 14 de esta publicación contienen uno de los dramas del famoso literato noruego Enrique Ibsen, titulado *Casa de Muñeca*. En esta producción estudia el autor y expone sus ideas acerca de uno de los problemas domésticos y sociales más importantes—la libertad de la mujer—y por lo mismo ha sido objeto de ardientes y apasionados ataques.

### Biblioteca Popular

El volumen dedicado a Vargas Tejada está formado en su mayor parte de piezas contra el Libertador. Otras obras dignas de la reproducción tenemos de este gran poeta, y no comprendemos por qué se le dió preferencia á los que atacan y tan injustamente á esta gloria universal.

### Biblioteca popular

Del *Cofre de Nácar* de Anatole France, tomamos uno de sus preciosos cuentos, para que el lector se forme una idea de estas joyas y de la manera como han sido vertidos al castellano.

### Biblioteca popular

La entrega 32 que acaba de publicarse contiene dos importantísimos escritos del gran Camilo Torres, precedidos de una noticia histórica y literaria. Todo lo que se refiere á este gran tribuno y mártir de la patria interesa sobremanera.

### Biblioteca Popular

La entrega 7.ª de esta publicación contiene las fábulas políticas del gran poeta Vargas Tejada.

Fuente: *El Telegrama*, mayo-junio de 1893.

**JORGE ROA ESTA RECOMENDADO**  
para comprar libros de **Autores colorados**.  
Dirigirse á la **Librería Nueva**, calle 12, número 171.

Fuente: *El Correo Nacional*, abril de 1893

## MEMORIAS HISTÓRICO-POLÍTICAS DEL GENERAL POSADA

El tomo 2.º de esta obra magistral tan ponderada, escrita por el General Joaquín Posada Gutiérrez, se encuentra en la *Librería Nueva*, á \$ 3-20 el ejemplar.

Fuente: *El Telegrama*, enero de 1894. Biblioteca Luis Ángel Arango.

# Biblioteca popular

Colección de las obras más notables de literatos y publicistas nacionales y extranjeros, antiguos y modernos.

Religión, Historia, Viajes, Novelas y cuentos, Teatro, Poesías, Filosofía, Bellas Artes.

El volumen vale DIEZ CENTAVOS.

Aparecerá un volumen por semana.

La suscripción á la 1.ª serie de 10 volúmenes vale un peso.

Cada serie formará un grueso tomo de 320 páginas de escogida y sana lectura, por lo cual los volúmenes llevarán doble paginación.

No habrá agencias departamentales. Los pedidos de fuera de Bogotá, bien sean de un volumen ó de una serie, que vengan acompañados de su valor, deben dirigirse á la *Librería Nueva* de Jorge Roa, los cuales se despacharán por correo *libres de porte*.

Entre los suscriptores á la 1.ª serie SE RIFARÁ, al terminarse la publicación, EL DERECHO A UNA SUSCRIPCIÓN GRATIS DE LA SEGUNDA SERIE.

## REMINISCENCIAS

—SANTA FE Y BOGOTÁ—  
POR JOSÉ MARIA CORDOVEZ MORENO

CON UN PRÓLOGO POR DON JOSÉ MANUEL MARECOQUÍN

Este volumen contiene interesantes y curiosas crónicas de esta capital. Está dividido en seis partes tituladas: I. Bailes. II. Colegios y estudiantes. III. Espectáculos públicos. IV. Fiestas religiosas. V. Crímenes célebres. VI. El hogar doméstico.

Bajo el título de CRÓNICAS están relatados gráficamente los más notables acontecidos en esta capital y especialmente los acaecidos y robos perpetrados por la célebre Compañía de Russi y la historia y terrible fin de esta asociación, con el fusilamiento de Russi y sus compañeros. Se encuentra de venta desde hoy en la LIBRERÍA NUEVA, á \$ 1-20 el ejemplar en rústica. Los pedidos de fuera de la capital deben hacerse directamente á la LIBRERÍA NUEVA, al señor don Jorge Roa, y para el pago del porte de correo deben enviarse veinte centavos más por cada ejemplar, fuera de su valor.

Bogotá, Septiembre 26 de 1893.

## Índice de imágenes

### Capítulo 2

|                                                                                               |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Imagen 1. Noticia biográfica de <i>El cofre de nácar</i> , de Anatole France.....             | 50 |
| Imagen 2. Extracto de carta incluido en la noticia biográfica a la obra de Torres.....        | 53 |
| Imagen 3. Autobiografía de Luis de Llanos.....                                                | 55 |
| Imagen 4. Argumento de <i>Gonzalo de Oyón</i> .....                                           | 56 |
| Imagen 5. Introducción escrita por Manuel Uribe Ángel.....                                    | 59 |
| Imagen 6. Noticia biográfica de <i>Página de oro de la historia de Cartagena</i> .....        | 60 |
| Imagen 7. Portada general de los tomos de la Biblioteca Popular.....                          | 63 |
| Imagen 8 y 9. Portada del catálogo de la Librería Colombiana y aviso publicitario.....        | 64 |
| Imagen 10. Página de Fábulas y cuentos de Rafael Pombo compuesta con tipografía Century.....  | 65 |
| Imagen 11 y 12. Contraste de portadas interiores de la colección con el paso de los años..... | 66 |
| Imagen 13 y 14. Composiciones y disposiciones generales del índice.....                       | 67 |
| Imagen 15. Aspecto general de las noticias biográficas, usos y posiciones tipográficas.....   | 68 |
| Imagen 16. Noticia biográfica de Hermán y Dorotea, de Goethe.....                             | 69 |
| Imagen 17. Análisis del poema <i>El paraíso perdido</i> , de Milton.....                      | 71 |



|                                                                                                                                 |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Imágenes 18 y 19. Páginas de erratas.....                                                                                       | 72 |
| Imagen 20. Carta del autor al editor incluida en Batalla de Ayacucho.....                                                       | 73 |
| Imagen 21. Textos post mortem.....                                                                                              | 76 |
| Imagen 22. Especificación de la colección: las obras, sus números y sus precios en Cartas, de Francisco de Paula Santander..... | 77 |
| Imagen 23. Portadas de otras obras ofrecidas en la Librería Nueva.....                                                          | 79 |

### **Capítulo 3**

|                                                                                                                             |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Imagen 1. Mapa distributivo del comercio en Bogotá a finales del siglo XIX. Año 1900.....                                   | 85  |
| Imagen 2 y 3. Antigua calle 12 de finales del siglo XIX. La calle de las librerías y papelerías.....                        | 88  |
| Imagen 4. Catálogos de las librerías presentes en los periódicos.....                                                       | 90  |
| Imagen 5. Productos y comercio dentro de las librerías y las librerías dentro del comercio.....                             | 91  |
| Imágenes 6 y 7. Catálogos de las librerías Americana y Colombiana en las primeras páginas de periódicos bogotanos.....      | 100 |
| Imagen 8. Volúmenes de la Biblioteca Universal, selección de textos editados en Madrid, España a finales del siglo XIX..... | 104 |
| Imagen 9. La Librería Americana en los periódicos locales.....                                                              | 106 |
| Imagen 10. Catálogos y avisos publicitarios de las Librerías Torres Caicedo, Torres Amaya y Popular.....                    | 107 |

|                                                                                                                 |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Imagen 11. Portada de Enciclopedia de Bolsillo, libro editado por la Casa Editorial J. J. Pérez y anuncios..... | 110 |
| Imagen 12. Primera sede la Librería Colombiana, en las décadas de los ochenta y noventa del siglo XIX.....      | 112 |
| Imagen 13. Librería Colombiana y agencia comercial de Camacho Roldán y Tamayo, año 1918.....                    | 113 |
| Imagen 14. Obra de Jorge Roa en su quinta edición de venta en la Librería Colombiana.....                       | 115 |
| Imagen 15. Catálogos de la Librería Colombiana en La Crónica.....                                               | 115 |
| Imagen 16. Jorge Roa, editor-librero, propietario de la Librería Nueva.....                                     | 116 |
| Imagen 17. José Camacho Carrizosa, director y editor de la Biblioteca Popular.....                              | 118 |
| Imagen 18. Portadas de los volúmenes de Biblioteca Popular vendidos en la Librería Nueva.....                   | 119 |
| Imagen 19. Calle 12: costado derecho, Librería Colombiana; costado izquierdo Librería Nueva. Año 1918.....      | 121 |
| Imágenes 20. La Biblioteca Popular y Librería Nueva en los periódicos locales.....                              | 122 |

## **Bibliografía:**

### **Fuentes primarias:**

*El Correo Nacional*, abril de 1893.

*El Telegrama*, abril-junio de 1893 y enero de 1894. Biblioteca Luis Ángel Arango.

*La Crónica*, marzo de 1897.

ROA, J. (ed.) (1893-1910). *Biblioteca Popular. Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros*. 25 tomos. Archivos y catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia y Biblioteca de la Academia Colombiana de la Lengua.

### **Fuentes secundarias y fundamentos teórico-críticos**

- ACOSTA, C. (1993). *Invocación del lector bogotano de finales del siglo XIX. Lectura de Reminiscencias de Santafé y Bogotá de José María Cordovez Moure*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- ACOSTA, C. (2005). *Leer literatura. Ensayos sobre la lectura literaria del siglo XIX*. Bogotá: Magisterio, 162 páginas.
- ACOSTA, C. (2007). *Lectores pensados a mediados del siglo XIX [en línea]*. Tomado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/septiembre2007/lectorespensados.htm>
- ACOSTA, C. (2009). *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- ACOSTA, C. (2012). *Leerse en la novela y formar parte de la cultura nacional (Colombia a mediados del siglo XIX)*. Revista Orbis Tertius, vol. 17 no. 18, p. 1-9.
- BARRAGAN, D., LEÓN, E., TORRES, F. (2010). *Relaciones entre contabilidad y redes familiares en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX*. Cuadernos de Contabilidad, Vol. 12, no. 31 (jul.-dic. 2011), p. 585-599.
- BERDUGO, E., MAYOR, A. (2012). *Vida social e influencia cultural de los libreros de Bogotá, 1960-2007*. Bogotá: Universidad Autónoma de Colombia.
- BROWN, J. (1980). *La tradición cortés en la cultura colombiana del siglo XIX [en línea]*. Recuperado de: [http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce30\\_03ensa.pdf](http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce30_03ensa.pdf)
- CEBALLOS, D. (2005). *Iconografía y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: una mirada a la representación. En Ganarse el cielo defendiendo la religión. Guerras civiles en Colombia 1840-1902*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- BOLLÈME, G. (1990). *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo "popular"*. Editorial Grijalbo.
- CHARTIER, R. (1992). *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- CHARTIER, R. (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- CHARTIER, R. (1996). *El orden de los libros*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- CHARTIER, R. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México: Fondo de Cultura Económica.

- COBO, J. (1990, abril). *Pioneros de la edición en Colombia*. En *Revista Credencial Historia*, 1990, pp 9-11.
- DEAS, M. et al. (1983). *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. Memoria de un seminario*. Bogotá: Fondo de Cultura Cafetero.
- GARCÍA, L. (1932) *Las viejas librerías de Bogotá*. En *Discursos académicos*. Biblioteca de la Presidencia de la República, 2 (19). Presidencia de la República, Bogotá, pp. 21-39.
- GOMEZ, L. (s.f.). *José María Samper* [en línea]. Tomado de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/sampjose.htm>
- GOMEZ, L. (s.f.). *Manuel Ancízar* [en línea]. Tomado de:  
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/ancimanu.htm>
- GONZALEZ, F. (2006). *Partidos, guerras e iglesia en la construcción del Estado-nación en Colombia (1830-1900)*. Medellín : La Carreta Editores.
- GUTIÉRREZ, E., MARROQUÍN, L. (1911). *Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910*. Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 420 páginas.
- JIMENEZ, R. (1991). *La literatura de folletín en el siglo XIX: Novelas de capa y espada y de amor apasionado* [en línea]. Tomado de:  
<http://www.banrepcultural.org/node/32774>
- LOAIZA, G. (1999). *El Neogranadino y la organización de hegemonías. Contribución a la historia del periodismo colombiano*. *Revista Historia Crítica* No. 18 (Diciembre 1999), pp. 65-86.
- LOAIZA, G. (2009). *La expansión del mundo del libro durante la ofensiva reformista liberal. Colombia, 1845-1886*. En *Independencia, independencias y espacios culturales. Diálogos de historia y literatura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, p.25-59.
- LÓPEZ, C. (2014). *Gobiernos, modernidad y producción escrita en Colombia (1880-1930): la escritura como terreno común de los antagonismos*. *Desafíos*, Bogotá, (26-2): 43-71.
- LONDOÑO, S. (1990). *Periódicos manuscritos del siglo XIX en Antioquia* [en línea]. Tomado de: <http://www.banrepcultural.org/node/32519>
- LONDOÑO, S. (1997). *El establecimiento de la imprenta en Antioquia. Largo camino hacia la industria editorial en el siglo XIX* [en línea]. Tomado de:  
<http://www.banrepcultural.org/node/120378>

- MARTINEZ, A (2012). *La función estética de las publicaciones ilustradas en Bogotá a finales del siglo XIX*. Universitas Humanística No. 74 (jul.-dic. 2012), p. 77-96.
- MEISEL, A., RAMIERES, M (ed.). (2010). *Economía colombiana del siglo XIX*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- MEJÍA, G. (1998). *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá, 1820-1910*. Bogotá: CEJA.
- MENDOZA, J. (1992). *Patrones de desarrollo de la industria editorial 1870-1930* [trabajo de grado]. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- MOLINA, L (s.f.). Salvador Camacho Roldán [en línea]. Tomado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/camasal.htm>
- MURILLO, J (2009). *El libro en Cali. Un acercamiento al mercado bibliográfico de la capital del departamento del Valle del Cauca durante 1910* [en línea]. Tomado de: <http://historiayespacio.com/images/Contenido/pdf/revista.35/Rev35art5.pdf>.
- OTERO, A. (2009). “*Jeneros de gusto y sobretodos ingleses*”: el impacto cultural del consumo de bienes ingleses por la clase alta bogotana del siglo XIX. Historia Critica No. 38, Bogotá, mayo-agosto, pp 20-45.
- RAMA, A. (2004). *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajarar Editores.
- SARMIENTO, A. (2005). *Bogotá fin de siglo XIX: ¿aldea o ciudad moderna? 1894-1910*. Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana, carrera de historia, Bogotá D.C.
- SILVA, R. (2008). *El libro popular en Colombia, 1930-1948. Estrategias editoriales, formas textuales y sentidos propuestos al lector* [en línea]. Revista de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes. Tomado de: <http://res.uniandes.edu.co/view.php/546/index.php?id=546>. Consultado el 2 de octubre de 2014.
- VALLEJO, M. (2006). *A plomo herido: una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá: Editorial Planeta. 430 páginas.